


II PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA
SOLAR DE SAMANIEGO

FRANCISCO ROBLES

La
MALDICIÓN
de los
MONTPENSIER

algaida



La enigmática muerte del escultor Antonio Susillo es el último eslabón de la cadena de maldiciones que sufrió la infanta María Luisa Fernanda de Borbón —hermana de Isabel II— desde que se estableció con su familia en el palacio de San Telmo de Sevilla, convertido en verdadera Corte Chica del reino de España durante una generación.

Su mirada femenina nos adentra en un siglo agitado y tumultuoso, plagado de revueltas, pronunciamientos y conspiraciones a los que algunos casos no fue ajeno su propio esposo, el duque de Montpensier, eterno aspirante al trono. Estas memorias apócrifas desvelan la clave de aquellos acontecimientos sucedidos en el siglo XIX y que sin embargo —como si de otra maldición se tratara— han marcado la historia de España hasta nuestros días.



Francisco Robles

La maldición de Montpensier

ePUB v1.0

311 13.02.18

más libros en **ePubGratis**

Título original: *La maldición de Montpensier*
Francisco Robles, 2016
Editores Algaida 2016
ISBN ebook: 978-84-9067-689-9

Editor original: **SMGX1**(v1.0)
ePub base v2.1

A Consuelo

El jurado del II Premio Internacional de Novela Solar de Samaniego estuvo presidido por Luis Alberto de Cuenca y compuesto por Jesús Ferrero, José María Merino, Soledad Puértolas y Luis del Val, resultando ganadora la novela titulada La maldición de los Montpensier, de Francisco Robles.

«Que todo lo ganaron y todo lo perdieron»

MANUEL MACHADO

CAPÍTULO 1
SALVAR AL ESCULTOR SUSILLO

1

Consolatrix afflictorum, ora pro
nobis, Auxilium christianorum, ora
pro nobis, Regina angelorum...

—Hay que salvarlo como sea...

La voz de la infanta María Luisa Fernanda de Borbón apenas traspasó el humo de los latines. El eco cortó la letanía azulada del incienso. Estaba rezando el rosario en la capilla del palacio de San Telmo cuando le dieron la noticia. La noche había caído sobre la ciudad de Sevilla. Una noche envolvente como un celofán húmedo. Fría hasta el extremo de llegar a la médula de los huesos. La mirada baja de la infanta alcanzó a ver una manga negra y algo raída, los puños blancos de la camisa, la plata ajada y brillante al mismo tiempo, levemente amarillenta como las hojas del otoño que acababa de morir aquel día: era 22 de diciembre. En los corrales de vecinos donde sobrevivían la pobreza y la esperanza se preparaban los crótalos y las zambombas que explotarían al cabo de dos noches. El sobre contenía una esquela breve, apenas tres frases que resumían el suceso recién acaecido. La noticia había caído sobre el alma de la infanta como si fuera uno de los misterios dolorosos del rosario que se vio apagado de repente. En el aire se quedó impregnando el final del último avemaría.

—Algo muy grave debe de haber ocurrido cuando interrumpen el rezo de la infanta. —Se escuchaba en las cocinas donde el caldo de la sopa hervía en las ollas como si fuera la noticia que acababan de darle a Su Alteza.

La ciudad herviría al día siguiente de la misma manera. O esa misma noche. O ya estaba hirviendo en algunos de sus cenáculos y el calor burbujeante no había llegado aún a San Telmo, el palacio grandioso y barroco situado extramuros, junto al río.

—Hay que salvarlo como sea...

La infanta repitió la frase y se quedó con el papel en la mano izquierda. En la derecha, el rosario empezó a repiquetear de nuevo con esa monotonía de la lluvia. Las damas que acompañaban a la infanta se miraban sin decir nada mientras todo se lo decían con leves gestos que apenas rompían la neblina del incienso. La capilla de la Virgen del Buen Aire, imprescindible para entender la arquitectura interior del palacio de San Telmo, era el lugar preferido de la infanta. Allí pasaba buena parte del día. Rezando. La planta cuadrangular y anodina si no fuera por

los oros de los retablos o por los caprichos de las yeserías. El triple de larga que de ancha para guardar esa proporción grata al sentido del equilibrio. Mucha decoración y poca arquitectura, como se estilaba en el siglo anterior, que para la infanta era el XVIII. Lienzos y pinturas murales. Protegida por la bóveda de cañón como un cielo curvo y sólido al mismo tiempo, justo lo que buscaba la duquesa de Montpensier. El presbiterio protegido por el cuarto de esfera de su bóveda.

Allí pasaba el día la mujer que sólo esperaba el momento de entregar su alma a Dios. Rezando ante el retablo mayor. Dorado. El sotabanco de piedra jaspe. Mucho poderío. La infanta le reza a la Virgen del Buen Aire, protectora de los navegantes que viven al albur de los vientos, que preside el gran retablo. Ropajes estofados. Se nota la mano magistral de Juan de Oviedo. Al principio sólo estaba tallada en su frontal, cuando estaba colocada en el edificio que la universidad de mareantes poseía en Triana, justo al otro lado del río. Desde el balcón principal de San Telmo se ve aquella casa minúscula si la comparamos con la magnificencia colosal del palacio que compraron los Montpensier. En las calles laterales del retablo, san Pedro y san Andrés. La infanta también les reza. En el ático, san Fernando y san Telmo. Detrás de ellos, la conquista de Sevilla. La infanta sigue rezando el rosario. Piadosa hasta el extremo de la beatería, María Luisa Fernanda de Borbón se mantiene fiel a los preceptos que ella misma se había marcado. Como si le fuera la muerte en ello.

Tras el rezo de las letanías que le ponen el broche del ora pro nobis al rosario, la infanta permaneció unos minutos en silencio. Las damas se fueron retirando. Una a una. Leves inclinaciones de cabeza como señal de respeto. Otra vez los gestos que pretendían conservar un mundo, una época, un siglo que estaba muriéndose en los almanaques y en los ritos. Aquel 22 de diciembre de 1896 empezaba a terminarse todo, y la infanta lo sabía. Lo había leído en aquel billete que le había pasado un criado fiel que pronto se dedicaría a profanar su memoria hablando mal de ella en los colmados del arrabal de Triana. Todo estaba cifrado en esa tinta negra como la noche que teñía de luto los cristales de las ventanas de un palacio que estaba maldito. Es una pena que su esposo, Antonio de Orleans, duque de Montpensier, no esté vivo para que pueda demostrárselo de forma empírica, como decía aquel hombre pagado de sí mismo con su acento incorregible y francés. El palacio estaba maldito, y la prueba irrefutable era aquella misiva que le había quitado la telaraña del sueño y la imperceptible punzada de un apetito que ella se había impuesto para no desfallecer, y que en nada se parecía al hambre de verdad.

Con los labios reseco de la edad, con la mirada acuosa, con esa tristeza líquida que inunda los recovecos del alma, con las canas donde un día hubo noche en forma de cabellos negrísimo y peinados en bandós, con una voz que apenas se abría paso en aquel aire cargado de recuerdos y de olor a incienso, la infanta le daba una orden a su propia sombra.

—Hay que hacer lo que sea por salvarlo...

2

Se llamaba Antonio. Su padre le cambió el apellido cuando nació el siguiente hermano. Era mercader de aceitunas y había conseguido un puesto digno en la escala social de aquella ciudad aún sometida a la división estamental del Antiguo Régimen. El apellido original no era propio de quienes pretendían ascender en ese reducto de la pequeña burguesía que formaban los comerciantes. Antonio Sucillo denotaba un origen que no era precisamente muy limpio. Y eso, en una ciudad donde la limpieza de sangre seguía formando parte del imaginario social, no estaba bien. Por eso el padre les cambió el apellido a todos, incluido a sí mismo. El seseo que se practicaba en la ciudad y que se exportó a América en los siglos del monopolio con las Indias ayudaba mucho. Sucillo y Susillo se pronunciaban de igual manera. Pero el segundo no estaba sucio. Y así quedó para la historia.

Antonio Susillo salió aquella mañana del día 22 de diciembre de 1896 muy temprano. A las ocho y cinco. No saludó a quien lo vio salir de su casa. Una hora extemporánea para un artista como él. Atravesó el patio de su casa de la Alameda. En lugar de dirigirse al taller donde ejercía su oficio de escultor, tomó las calles que conducen al río. Antes tendría que cruzar las vías del ferrocarril. Antes de que llegara este invento a la ciudad todo era más fácil. Aquella zona, conocida como la Barqueta, era un paraje natural que se abría a las mismas puertas de la vieja ciudad amurallada. Ahora no hay muros, los derribaron hace menos de treinta años. Pero ahí están las vías con sus traviesas para marcar el territorio. Hacía frío. Humedad. Era 22 de diciembre. El día en que murió un poeta que marcó la obra de Susillo. Siempre quiso ser el Bécquer de la escultura. Incluso esculpió obras que tituló inspirándose en las Rimas.

Susillo vestía de negro, como una premonición o un desafío. Negro el cabello compacto, la barba cuidada. Había negrura en la mirada y en el color de los ojos, en el gesto taciturno, en la figura escueta. Ni una gota de color. Su expresión era severa. Bajo la chaqueta negra ocultaba un arma de fuego. Pequeña. Lo justo para acabar con la vida del hombre al que odiaba. Tenía que quitárselo de encima si quería ser feliz. Él era el responsable de todas sus desgracias. El que le había impedido convertirse en un artista de fama internacional. Caminaba con paso decidido. Sabía que aquel hombre estaría junto a las vías del tren a aquella hora de la mañana. El encuentro era inevitable. Y él iba armado, decidido a terminar de una vez por todas con su enemigo.

Aquella mañana nublada y fría, húmeda y triste, Antonio Susillo salió temprano de su casa.

Recorrió la Alameda de Hércules, ese paseo que ocupó en el siglo del Renacimiento la antigua laguna que formaba un brazo perdido del Guadalquivir. A esa hora se desenredaban los flamencos de las mujeres de la vida, mezclados en la maraña de la juerga. Al llegar al extremo de la Alameda más cercano al centro de la ciudad, Susillo alzó la mirada. Allí, elevados sobre sendas columnas romanas que habían sostenido el templo de la calle Mármoles, las estatuas de Hércules y Julio César como trasuntos de Carlos V y Felipe II. Sus ojos de escultor escrutaron por enésima vez el paso del tiempo que esculpe al revés. Erosión. Decadencia.

Bajó por la antigua calle del Puerco, donde el pintor Francisco Pacheco estableció el taller que le sirvió de escuela al genio que terminará por convertirse en su yerno: Diego Rodríguez de Silva y Velázquez. Al final de esa calle se abre la plaza del Duque de la Victoria, vulgo Espartero. Susillo vio desde lejos la estatua de Velázquez que salió de sus manos. Lo vio de espaldas, como si el pintor estuviera despidiéndose de su autor.

Torció a la derecha y buscó la plaza de la Gavidia. Allí, subido a un pedestal que realzaba su figura y su leyenda, el bronce de Daoíz. O de Daoiz, como lo llaman sus paisanos. El militar valiente que nació en Sevilla se enfrentó con los franceses a cuerpo limpio. En la calle. Murió como un héroe. A Susillo le hace falta la determinación del hombre de bronce que también salió de sus manos. El pie adelantado que se sale literalmente del pedestal. La mirada alta busca el horizonte que hay más allá de las penurias que nos ofrece la vida. En su mano derecha, un papel arrugado es el símbolo de que Daoíz no se pliega al pliego de condiciones que le ofrece el francés para que pueda salvar su vida. La dignidad no tiene precio ni sabe de intercambios. Es mejor una muerte digna que una prisión donde el alma no pueda hacer otra cosa que reptar por los suelos inmundos de la vergüenza.

Susillo necesita ese valor, esa fuerza de la mano izquierda empuñando el sable. Es un artista, no un soldado. Es un escultor que nada tiene que ver con los valores ni con el arrojo de la milicia, pero esta mañana habrá de enfrentarse, cuerpo a cuerpo, con el hombre que pretende terminar con su vida. Por eso le reconfortan los bajorrelieves que él mismo ideó y que sobresalen de las caras laterales del pedestal. Ahí se ve a Daoíz luchando y muriendo por la patria, que es lo mismo que luchar hasta la muerte por el orgullo. Y por la memoria que habría de dejarles a los suyos. La estatua se la encargó el Ayuntamiento, y ahí está. Se fue Daoíz. Se irá algún día Susillo. Puede que se vaya hoy mismo. Pero los dos seguirán en el recuerdo de quien se acerque a esa plaza donde los niños jugarán, los viejos tomarán el sol y los que ignoran la historia se dedicarán a comer y a beber en las mesas y en los veladores que con tal fin se dispongan. Es la otra cara de la muerte. La irónica.

Susillo se sitúa frente a la estatua de Daoíz. La mira en silencio. Es temprano. La mañana aún está verde, como el bronce arrugado de los bajorrelieves. Alguien lo llama por su nombre.

—Don Antonio, buenos días, hay que ver la magnífica estatua que salió de sus manos, es usted un artista que pasará a la historia de esta ciudad, ¿qué digo de esta ciudad?, usted figurará con letras de oro en la historia universal de la escultura...

Susillo se vuelve para ver la cara de su interlocutor. El miedo se modela con la forma imprecisa de un hueco. Siempre. A su lado no hay nadie. Sólo el aire húmedo y desapacible de una mañana de diciembre. Con un escalofrío que disimula como puede, el artista desanda lo

andado, pero lo hace por una vía paralela. Recorre la calle Palmas en busca de la casa donde nació quien murió tal día como hoy hace veintiséis años: dos veces el fatídico trece. Una para cada uno. La casa no guarda huella ni memoria del poeta que la habitó. Susillo recuerda algunas rimas, alguna leyenda, algún verso suelto. Más escalofríos. Y se duele por dentro cuando a su memoria viene aquel monumento que no le dejaron esculpir. Siempre quiso ser el Bécquer de la escultura. Siempre quiso inmortalizar al poeta que lo inspiraba con sus versos. Sus manos traducían las palabras en volúmenes, la sintaxis en barro. Los academicistas de siempre se opusieron a su proyecto. Había una confabulación contra él. No estaba paranoico. Era la pura realidad. Cómo le habría gustado darle los buenos días a un Bécquer situado allí, en el barrio donde vivió. Pero no pudo ser. Con paso decidido se dirige a la cercana plaza de San Lorenzo para atravesarla en busca del río.

Sus zapatos marcaban el paso por las últimas calles de la ciudad, las que dan a poniente. Había dejado atrás la calle donde nació Bécquer. En la plaza de San Lorenzo, aquella torre medio desmochada que le provocaba malestar. No soportaba la falta de armonía.

3

—Hay que salvarlo como sea, conozco muy bien esta ciudad, como si fuera mía, de hecho lo ha sido... y de qué manera. Pero eso no importa ahora. Se trata de salvarlo como sea. No tengo fuerzas para escribir una carta. Tampoco quiero ir al cuarto del teléfono para hablar con el señor arzobispo. Estos asuntos no deben tratarse a través de ese aparato. Prefiero decírselo por escrito.

La infanta se encierra en su despacho. Los leños crepitan en la chimenea. La luz de las lámparas eléctricas está encendida. Diez focos eléctricos con bujías esmeriladas. Se sienta pausadamente. El secrétaire de madera con incrustaciones de ébano y jaspes de colores que forman grupos florales. Encima, un cuadro de terciopelo marrón con un medallón de bronce dorado de forma oval. Dentro, la fotografía iluminada donde aparece su hija, la reina Mercedes. En sendos cuadritos también de terciopelo azul, los retratos de su hermana la reina Isabel y de ella misma cuando eran niñas.

—Llévale esta esquila a don Marcelo. Dile que vas de mi parte y que él sabrá lo que tiene que hacer. Sólo eso. Y nada más que eso.

Tras la reverencia de rigor, el enlutado emisario sale del palacio de San Telmo. Sabe de qué se trata el asunto. Por eso no sale por la puerta de los coches, la más cercana al camino que habrá de tomar para dirigirse al Palacio Arzobispal. Prefiere cruzar el vestíbulo iluminado por la luz eléctrica que sustituyó a la luz de gas que todavía desprende, en las grandes ocasiones, la lámpara con forma de araña. Antes de salir les dio las buenas noches a las armaduras que escoltan la entrada al insomne edificio. Un espada en la mano. Así nadie se llevará la goma lacada que sirve para que los visitantes se limpien los pies de barro. O eso decían las malas lenguas cuando hablaban de la tacañería del difunto duque de Montpensier.

Se lo traga el lobo domesticado y urbano de la noche. Una oscuridad densa, apenas respunteada por la luz eléctrica que alumbrá alguna calle. Los jardines que se sitúan ante la fachada principal del palacio dan miedo. Los árboles parecen sombras chinescas, entintadas por la tiniebla que ha tomado posesión de la ciudad. Es tarde. El emisario cuenta, como siempre, los pasos. Es un maniático. Ochenta pasos. Eso es lo que mide la mitad de la fachada del palacio. Deja atrás la blanca catarata, el retablo de piedra. Barroco total. Se concentra la decoración en el centro de la fachada. Ahora es la mano de Leonardo de Figueroa, y la de su hijo. Columnas con relieves de guerreros. Atlantes. Alegorías marinas. Arriba, presidiéndolo todo desde una

espadaña hueca que deja ver los fantasmas de las nubes, san Telmo. Patrón de los navegantes.

Al llegar al final de la fachada principal, el emisario no puede reprimir el impulso. De reojo mira hacia su derecha. Allí, en la fachada donde se abre la puerta por donde entran los coches y por la que él debería haber salido, la balaustrada que corona el único piso. Y en esa balaustrada con vocación de proscenio, las esculturas teatrales que luchan contra la tiniebla. Hoy están más muertas que nunca. El cemento del que están hechas ha fraguado del todo. El emisario siente un escalofrío. Miedo. Se sacude el pánico apretando el paso. En el papel que no ha leído va escrito el nombre del escultor de esas sombras. Seguro.

El emisario cruza el lugar donde estuvo hasta hace unos años la Puerta Jerez. Derribada. Como las murallas que cerraban la ciudad. Sube por la calle de San Gregorio y cruza la plaza donde estuvo la Casa de la Contratación. Allí se firmaban los contratos de las flotas que iban a las Indias, cuando la ciudad era grande y no el remedo decadente de lo que fue. Al revolver una esquina se encontró con un mendigo despistado que enseñaba las cuencas vacías de unos ojos que no podían ver la magnificencia de la Catedral. A pesar de la oscuridad, aquella montaña de piedra aparecía en una plenitud que asombraba a los viajeros que se acercaban a la ciudad buscando ese exotismo que se elevaba en su torre más universal: la Giralda, que apenas se divisaba y que rozaba con su veleta las nubes bajas que rondaban sus alturas.

Llegó a la plaza que se abre ante el ábside abultadísimo de la Catedral: la piedra empujada por el edificio. En ángulo recto, pero sin llegar a tocarse, la fachada barroca del Palacio Arzobispal. Hacía un frío húmedo, pero el emisario no lo sentía. Había hecho el breve recorrido caminando con prisa, apretando el paso. Dejó la Giralda a su izquierda. Se acercó a la puerta de servicio del palacio. La conocía bien porque había servido allí antes de entrar en la larga nómina de servidores del palacio de San Telmo. El aldabón rompió la cáscara nocturna del silencio. Una voz renqueante y familiar preguntó a qué se debía esa visita a horas tan intempestivas. El emisario sonrió y lo llamó por su nombre. Al momento estaba pisando alfombras. Buena señal. El arzobispo andaría por allí cerca. Un candelabro iba sacando a los antiguos obispos y cardenales de esa neblina aceitosa que impregnaba los lienzos en que dormitaban.

—Me ha dicho la infanta que he de entregárselo en mano a don Marcelo.

Marcelo Spínola también conocía perfectamente la ciudad, aunque fuera su arzobispo desde hacía diez meses mal contados. Era un hombre sencillo que se desvivía por los pobres. Esto debería ser lo normal en un clérigo que predica el Evangelio, pero ya se sabe... Vivía en aquel palacio que rivalizaba con San Telmo hasta en el estilo y los colores almagre y calamocho de la fachada, pero no lo hacía a gusto. Su reino no era de este mundo de esplendor. Su reino estaba en los barrios donde a veces se comía, y a veces no. Cuando alguien sentía necesidad, lo arrimaban a la mesa. Y entonces se producía ese retruécano que recogió una escritora, amiga de la infanta, en su mejor novela: «comieron más y comieron menos». Al arzobispo Spínola, que aún no era cardenal, le preocupaba el estado de aquellas clases marginadas y marginales que conformaban una auténtica masa de desheredados. Esa virtud se la afeaban los que mandaban en la ciudad. Como si ellos, por ser ricos de cuna, tuvieran la culpa de la pobreza ajena...

Don Marcelo aún estaba despierto. Rezaba y leía. Leía y rezaba. A veces se dejaba llevar por sus veleidades periodísticas y literarias. Además, era hombre piadoso que no abandonaba la

oración. Cuando el emisario llegó a sus estancias más particulares, don Marcelo lo recibió con una sonrisa que descuadró a quien llevaba la epístola: esperaba un gesto desagradable, alguna impertinencia. Pero fue todo lo contrario. Spínola leyó la esquela. Lo comprendió todo al instante.

—Dígale a Su Alteza que haré todo lo que esté en mi mano, aunque el asunto es complejo. Un crimen de estas características sólo puede tener, en última instancia, el perdón de Dios, que es todo misericordia...

Ciencia y Fe. Con mayúscula en cada caso. El siglo XIX, moribundo como el polvo que acumulaban los almanaques, se había debatido entre la Ciencia y la Fe. Para salvar al escultor había que conciliar ambos principios rectores del conocimiento y de la conducta. El matrimonio que formaron la infanta y el duque de Montpensier representaba nítidamente estas dos concepciones de la vida. María Luisa Fernanda era una mujer religiosa, piadosa tirando a beata, se dedicaba a rezar de forma continua, como si en las oraciones estuviera el resorte que pudiera salvarla del infierno. Su esposo era todo lo contrario. Antonio de Orleans presumía de ser un racionalista confeso, un hijo de la Ilustración y de la Enciclopedia que recitaba a Voltaire.

—Tantos fraudes, tantos errores, tantas nauseabundas teorías como las que nos inundan desde hace mil setecientos años no han podido dañar nuestra religión. Debe ser sin duda divina, puesto que diecisiete siglos de bribonadas y de imbecilidades no han logrado destruirla; y reverenciamos tanto más la verdad cuanto que despreciamos la mentira.

—Hay que ver las cosas que piensas y que dices, Antonio, te vas a condenar...

—No lo digo yo, Luisa. Lo pensó Voltaire.

—Peor me lo pones.

Antonio de Orleans no soportaba el boato de esas misas interminables en palacio. Sentía que estaba perdiendo el tiempo. Cuando el cura se alargaba en la homilía, el duque hacía un gesto ostentoso con su reloj para indicarle que abreviara.

Esos dos principios contradictorios de la Ciencia y la Fe también se dieron cita en la acción que cometió Antonio Susillo al temprano anochecer de ese 22 de diciembre de 1896. Quien estaba dotado para imprimirle vida a la materia inerte a través del arte hizo todo lo contrario: un hombre quedó reducido a la pose de la escultura que ya no podría moverse, rígida y sin alma. Susillo cambió la pala de modelar por una pistola. La lentitud del barro por el fogonazo instantáneo del disparo. Y ahora tendrían que salvarlo de la condena fatal gracias a la Ciencia y a la Fe.

—Que llamen al doctor Roquero, quiero hablar con él esta misma noche, me da igual que esté despierto o dormido, tiene que venir aquí como sea...

La voz de la infanta suena débil y fuerte al mismo tiempo. Los años, las desgracias, el cansancio de la vida se notan en el volumen. Su afán de mando y el haber nacido para imponer su voluntad aparecen en el timbre seco, en el tono firme, en la dicción severa. Después de haberle

comunicado la fatal acción de Susillo al arzobispo don Marcelo Spínola, la infanta quería atraer a su terreno el mundo de la ciencia, de la medicina. Susillo no había cometido un asesinato porque sí. Seguro que en su personalidad, en su cerebro, en su raciocinio equivocado había algo que fallaba y que podría exculparlo.

La infanta permanecía en silencio. La mirada perdida. Los ojos caídos, acuosos. Se refugió en el oratorio antes de dirigirse a su dormitorio. En las paredes, los lienzos de Joaquín Bécquer: los Montpensier obviaban el apellido Domínguez, como el resto de la ciudad. Unos cuadros que ahora mismo no es capaz de mirar, porque ahí está cifrado el abandono de Dios. ¿Cómo pudo abandonarla quien era el norte y la luz, el santo y la seña, la contraseña y la guía de una mujer que no se cansaba de entregar su vida a Dios? Aquellos cuadros permanecen ajenos a la mirada de la infanta. En esta noche de diciembre no se atreve a contemplarlos. Cualquiera los habría quitado hace tiempo. Mucho tiempo. Nadie en su sano juicio los habría encargado. Pero ella es así. Y así le entregará el alma al Creador a pesar del abandono al que la ha sometido durante tantos años.

Los labios finos, marchitos como las flores que ya no se cuidan como antes en los jardines modernistas de palacio. Nunca fue guapa, pero siempre guardó un porte que no llegó a tener su hermana, la reina Isabel II. Su aspecto físico mejoró con la vejez. Su rostro se fue amoldando a su pietismo, a su forma de ver la vida como un campo abonado para la caridad. Socorrer a los pobres era su destino, y lo llevaba a cabo con esa expresión sin expresividad, con esa frialdad que poco o nada tenía que ver con la extraversión borbónica. Además, ahora estaba viuda. Era la viuda del único hombre con el que tuvo conocimiento carnal. En esto tampoco se parecía a su hermana Isabel.

Sonaron las diez de la noche. Era muy tarde. El doctor Roquero, médico de fama ganada a pulso, estaría dormido después de haber rezado sus oraciones y de haber estudiado en su gabinete. Era un hombre probo, recto, una autoridad en la materia. La nota con la petición de la infanta viajó por la ciudad a oscuras. Dentro de dos noches, a esas horas, los templos bullirían de sonajas y panderos, de cánticos de alabanza al niño Dios. Los pobres comerían de una forma más o menos decente gracias a la caridad de la infanta y de otras señoras que ejercían esa virtud para no ser menos. Aunque eso tampoco era como antes, cuando la Corte Chica de San Telmo estaba en la cima de su esplendor.

En la ciudad suena continuamente el eco del aldabón. Otra vez el sonido que pone en guardia al sereno, otra vez la nota que va de mano en mano para comunicar un suceso que poco a poco conmovería a la ciudad que admiraba sus estatuas y que tenía otro concepto del personaje. Antonio Susillo se debatía, a esas horas de la noche, entre el arzobispo y el médico, entre la Ciencia y la Fe, entre la condena y la salvación. El viaje fue en vano. El doctor Roquero no estaba en su casa. Había salido. Alguien se le había adelantado, pero eso no lo sabría la infanta hasta que llegara el momento.

5

El tiempo es un bucle. Viene y va. Regresa. Como la marea. El chirrido del tren correo lo despertó de sus cavilaciones. Estaba buscando al otro, pero aún no había llegado. El mediodía de aquel fatídico 22 de diciembre de 1896 había caído de forma precipitada. Como si el sol tuviera prisa por alejarse de las nubes que lo cubrían. Las vías discurrían paralelas, y se encontrarían en ese infinito que es una abstracción matemática. Ese infinito es, para el hombre, su propia muerte. Ahí termina la vida y ahí empieza la eternidad. Antonio Susillo acariciaba la pistola una y otra vez. De forma obsesiva. El chirrido del tren fue un mordisco de mastín que desgarró su cerebro por dentro. Susillo padecía esa hiperestesia que el Romanticismo, otra vez el dichoso Romanticismo, achacaba a los poetas y a los artistas, a los hombres que son más sensibles que nadie y por eso son capaces de darle forma a la materia o ritmo al lenguaje.

Le dolía la cabeza. Los nervios se le desataron después de escuchar ese chirrido horrísono. Le faltaba el aire, y eso que la explanada junto al río era un pulmón de oxígeno sin pleura. Respiraba con dificultad. El pecho oprimido. La tráquea le apretaba por dentro, como si la corbata negra fuera una soga anudada a su cuello. La palabra angustia se quedaba pequeña para describir la ansiedad que sentía en ese momento. Sus pupilas se afilaban en busca del lugar idóneo, del sitio exacto donde el otro esperaría el momento fatal. Un duelo a primera y única sangre.

—Ese hombre lleva el mal fario en la cara, ¿no lo has visto, Carmela? Me ha dado un repelús que me ha dejado el cuerpo cortado, ese pobre hombre tiene busilis...

El bucle del tiempo sigue regresando al origen de la mañana, al manantial del que brotó el último amanecer que sorprendió a Susillo. La gitana vendía especias para aderezar los pavos que tenían, como el hombre al que buscaba el escultor, las horas contadas. La gitana, sería como una estatua en el bronce de su color callado, lo había visto pasar por la plaza de San Lorenzo. Y no se le había borrado la imagen de la cabeza. Moreno. Con las cejas pobladas. Serio hasta el límite de lo fúnebre. La expresión febril y fría al mismo tiempo. Todo de negro, excepto la blanca camisa que servía para resaltar la enlutada indumentaria. La gitana se volvió solícita y zalamera, como si su profesión consistiera en eso. Le ofreció su mercancía: pimienta, clavos, matalahúga, ajonjolí... La gitana vendía el olor de la Navidad, el aroma de las Pascuas que estaban a punto de llegar a las mesas y a los manteles de forma irregular.

—Siempre hubo ricos y siempre hubo pobres, ¿verdad, Carmela? Y siempre los habrá, pero

nosotros podemos engañar al hambre durante una noche y creernos ricos con estas especias.

A aquella gitana, que no era vieja aunque lo pareciera por su aspecto y su pañuelo negro, no se le quitaba de encima la visión de aquel gachó. ¿Adónde iría tan temprano y tan compuesto? Con esa curiosidad que le picaba por dentro, la gitana dejó el puesto en manos de Carmela y siguió al payo. Se dirigía hacia el río, allí donde sólo estaban las vías del tren. La estación quedaba lejos. Podría cruzar las vías y acercarse a la orilla. Pero eso no tenía sentido. No hacía buen tiempo para pasear. Allí no habría nadie. ¿Qué iría a buscar en aquel lugar abonado a la soledad? El hombre sintió que lo seguían. Se dio media vuelta. La mirada heló la sangre de la gitana. De pronto, aquella mujer se sintió paralizada. Como si fuera una escultura. Y lo peor no fue eso. Salió corriendo en dirección contraria, en busca del puesto, de las especias, del refugio que siempre nos ofrece lo cotidiano.

—Mucho me equivoco o este gachó va a hacer algo muy gordo, Carmela.

—No mientes ruina, que cada vez que hablas así hay un muerto, Dios Santo...

Las dos mujeres se santiguaron. Una criada se acercó en busca de canela y de clavos. A Carmela le temblaban las manos cuando le dio los dos cartuchos con las especias.

6

Hay algo peor que el chirrido del tren. Es el llanto de un niño. Después de haber cruzado la plaza de San Lorenzo sintió ese aullido. Un niño moreno lloraba en los brazos de su madre. Ella no le echaba cuenta. Era una mujer humilde. Se le notaba en la ropa, en el habla, en la forma de coger al niño en brazos. Estaba hablando, tan tranquila, en medio de la calle con otra mujer como ella. Eran jóvenes, pero no lo parecían. Las dos habían parido. La otra llevaba una niña encima. Descuajaringada. Deforme. Susillo la miró brevemente con ojos de escultor. No le interesaba. Quiso quedarse en esa forma sin forma para no escuchar el llanto del niño. Pero fue imposible.

Ese niño sigue llorando en su cabeza. No lo puede soportar. El niño llora en la casa donde se fue a vivir con Antonia, su primera mujer. Había nacido antes de que se cumpliera un año de la boda. Era moreno. Como el niño que seguirá llorando en esa maldita calle. Como él mismo. Fue padre sin quererlo. Eso no lo sabe nadie. Lo lleva como un estigma, como una mancha. Aquel niño nació mal. Desde el principio se torció la cosa. Lloraba y lloraba. Y cuando no lloraba era peor, porque entonces era Antonia, la madre joven y débil, quien lloraba. Ese llanto martiriza sus tímpanos y rompe los oídos. Por dentro. Es más que insoportable. Es el sonido del infierno.

Aquel niño llegó atravesado al mundo. Vivió muy poco tiempo. Dios se lo llevó muy pronto, como repetían las plañideras con aquella salmodia que le provocaba tanta irritación como el llanto del recién nacido. El recién muerto ya no lloraba. La paz era el silencio. Estaría en el cielo, ese lugar donde no hay más sonido que el silencio de Dios. Aquel año también murió una muchacha que no pudo parir. La muerte se adelantó a la vida. Aquella muchacha hundió a la infanta en la ciénaga de un dolor que no cesaba. Ahora lo recuerda, cuando la noche ha caído como un telón sobre el gran teatro de la ciudad. Su escultor de cabecera lo recordó esta misma mañana, cuando iba a enfrentarse con el único hombre que podría quitarle ese llanto de la cabeza.

Al poco tiempo de morir el niño que llevaba el apellido de Susillo, se fue la madre. Al principio pensaron que era la tristeza de haber perdido a su primer hijo. En realidad eso no tenía la mayor importancia. En aquella época los niños morían en fila. Ordenaditos. Uno detrás de otro. Se les ponían jazmines y a volar. ¡Angelitos al cielo! La muerte estaba presente en las casas. No había cama de matrimonio donde no se hubiera velado un cadáver. O varios. El muerto reposaba donde los vivos yacían para engendrar nuevas vidas. Todo estaba entrelazado. La vida y la muerte se sucedían sin descanso. El horror ante la muerte de un niño vino después. La infanta lo sabe

bien. La memoria la lleva a los meandros de su vida que quiere olvidar. No es plan de irse al lecho con esa idea. Pregunta por el emisario. Al poco tiempo se presenta. Le ha entregado el billete en persona al arzobispo Spínola.

—¿Qué ha dicho don Marcelo?

—Que hará todo lo que esté en su mano, que no os preocupéis, Alteza.

—Que sea lo que Dios quiera. Ahora tengo que descansar. Ya no puedo con esto...

Esto es la vida. Esto es la memoria. Esto es la impedimenta que llevaba Antonio Susillo cuando se dirigía, esta misma mañana de humedad y diciembre, hacia las vías del tren que marcan las nuevas murallas de la ciudad. En su cabeza sonaba el llanto del niño que se le murió cuando no tenía ni un año de vida. El ruido del infierno lo llevaba en su cerebro. Y eso lo sabía el doctor Roquero, que a estas horas de la noche ya está documentándose para el informe que salvará a su amigo Susillo de la pena capital.

Aún no ha terminado el día. Los contornos del 22 de diciembre de 1896 empiezan a morder la última hora de la jornada. Pronto sonará el bronce de las campanas de la Giralda. Darán las doce. Y el arzobispo las escuchará desde su despacho. Ha cenado como es costumbre en él. Frugal. Una taza humeante de caldo con algunos trozos de verdura. Un huevo pasado por agua donde ha mojado algunas sopas de pan. Un vaso de agua clara. Y por aquello de la cercanía de la Navidad, unos mazapanes que le han llevado las monjas del cercano convento de Madre de Dios.

Don Marcelo Spínola aprieta en su mano el billete que le envió la infanta. De tantas idas y venidas, el papel está arrugado. Como el que modeló Susillo para la estatua de Daoíz. El arzobispo Spínola es hombre recto con vocación sincera de santidad. Todavía no ha salido con una hucha por las calles para pedir limosna para los pobres. Pero pronto lo hará. Ahora el tiempo es un bucle que se extiende hacia el futuro. No habrán pasado diez años cuando vaya por las casas señoriales para pedir esa limosna que pueda proporcionar el pan que necesitan los pobres para vivir. La cosecha de 1905 será pésima. La gente asaltará las tahonas. Y el arzobispo pondrá el pie en el suelo y la hucha delante de esas cancelas que protegen a la burguesía y a la aristocracia que se reparten los despojos de la Sevilla que fue grande.

El papel le quema en la mano. Si al final Susillo se salva por su influencia, estará cometiendo un pecado gravísimo. Habrá dejado sin castigar un crimen. Y el muerto no se lo perdonará jamás. Pero si deja que lo condenen a la pena capital, entonces habrá dos muertos en lugar de uno. El viento mueve los cristales. Fuera hace frío. Al viejo cura —estos obispos nunca dejan de serlo— se le remueven las entrañas. Sabe cómo se sobrevive en esas casas de vecinos donde hombres, mujeres y niños duermen apilados. Cómo la humedad reptaba por las paredes y muerde los bronquios hasta dejarlos listos para la pulmonía o la tuberculosis. Cómo escasea el pan mientras las casas nobles están decorando sus salones para celebrar el nacimiento del Hijo del Hombre, «el que eligió un humilde pesebre para encarnarse en uno de nosotros», sostiene Spínola en sus homilias.

La infanta no puede dormir. En su cabeza está ese papel. En sus manos, el rosario que se ha llevado a la cama. Está incorporada, apoyada en los almohadones que la mantienen en vilo. Antes de que cante el gallo, el arzobispo Spínola habrá tomado su decisión. No puede postergarla. La balanza que pintó Valdés Leal para el hospital de la Caridad está, sin necesidad de fiel ni de

platillos, en la mente del obispo. A un lado, la petición de la infanta y de los amigos de Susillo. Al otro, la justicia que ha de impartir desde su sede. Empiezan a sonar las campanas. El día se termina. Y el arzobispo Spínola siente cómo se inclina la balanza. Al principio, de forma imperceptible. Poco a poco va tomando forma la decisión. Antes de guardar el papel bajo llave en un cajón de la mesa de su despacho, don Marcelo Spínola siente un extraño calor dentro de su pecho. No sabe cómo definirlo. Cuando se va a la cama y cierra los ojos, en medio de la oscuridad lo ve claro. Ese calor es la forma corporal, humanísima, de la misericordia.

8

Los amigos de Susillo no pierden el tiempo. La noche echó el cerrojo de una oscuridad temprana y densa. El hecho sucedió alrededor de las cuatro de la tarde. Hubo testigos oculares. Los pasajeros que viajaban en el tren correo pudieron verlo todo. Dos guardias civiles echaron el freno de seguridad. Dispararon al aire para avisar a los maquinistas.

Los amigos de Susillo empezaron a recabar informes. Había que buscar una eximente. Para ello hacía falta un médico. El doctor Romero firmó los papeles necesarios para que el autor del crimen fuera considerado como un demente. Así se salvaría de la máxima pena. Luego vendría el informe, más detallado, del doctor Roquero.

Al mismo tiempo empezaron a correr, como la pólvora seca de la murmuración, las interpretaciones que iban de corrillo en corrillo, de mentidero en mentidero. Todas apuntaban a la segunda mujer de Susillo como la culpable del asesinato. Tras la muerte de su madre, el artista se casó con María Luisa Huelin. Los raíles le recordaron ese detalle que había pasado desapercibido. Antonio y María Luisa. Un duque casado con una infanta y un escultor que hace lo propio con una malagueña de familia distinguida. Dos matrimonios abocados al infortunio, aunque por motivos diferentes y con unas consecuencias distintas y distantes. Antonio y María Luisa. Nombres repetidos. Vidas paralelas que sólo llegaron a cruzarse en las estatuas de cemento que permanecen en la tiniebla de la balaustrada del palacio de San Telmo.

El vulgo empezó a murmurar aquella misma noche. Tres años antes había muerto la madre de Susillo. Eso le provocó un estado emocional del que difícilmente saldría. La euforia se alternaba con la depresión. Para colmo de males, aquel fatídico 1894 también murió su hermana. El padre había fallecido diez años antes, cuando él estaba en París. Su primer matrimonio apenas le duró dos años, y su único hijo falleció al poco de nacer. Todas las desgracias le fueron llegando para hundirlo en la amargura. En Málaga conoció a María Luisa Huelin. Una señorita de buena familia. Susillo era viudo y tenía cuarenta años. Había concluido recientemente una imagen que lo acompañaría después de su muerte: el Cristo de las Mielles. Luna de miel tras el Cristo que lleva ese enigmático nombre por la miel que mana de sus labios. En su interior de bronce, las abejas laboraban. Puro misticismo terrenal.

El vulgo le echó la culpa desde el primer momento a la segunda mujer. Una dama con pretensiones. Según el pueblo que no tiene nombre, pero que maneja una lengua afilada como el

veneno sutil de la sierpe callejera, la esposa lo colocó delante del espejo más peligroso. El que nos devuelve la imagen de lo que somos. Hecha al mundo burgués que despegaba en la ciudad costera, ambiciosa y presumida, esta María Luisa creía que iba a triunfar en la Sevilla donde aún alumbraban los rescoldos de la Corte Chica de los Montpensier. El duque había muerto cuatro años antes, pero la infanta seguía al frente de San Telmo. Y el escultor preferido de su tocaya era Antonio Susillo. De esa forma entraría en la alta burguesía y se codearía con la aristocracia. Pero todo se le vino abajo el día en que lo vio con el guardapolvo después de haber estado trabajando con el barro. La frase que le adjudica el pueblo es letal.

—Creía que me había casado con un artista y resulta que soy la mujer de un obrero manchado de polvo...

Eso le haría perder la cabeza a quien estaba tocado del ala por la muerte de su madre. En una mezcla de depresión y de euforia, Susillo decidiría matar a quien era el culpable de aquella situación. Al hombre que no le había permitido, con sus críticas acerbas dirigidas al talento del artista, desarrollarse como era menester. Por eso lo citó dos días antes en aquel lugar donde los raíles del tren corren paralelos al río. El tipo no se presentó por miedo. Una segunda cita lo obligó a hacer acto de presencia. Y ahí está. Delante de Susillo, que acaricia la pistola que guarda bajo la levita negra mientras el tren correo se acerca lentamente.

CAPÍTULO 2
LAS MANOS DE LA AMARGURA

1

A las cuatro de la tarde la infanta estaba tomando una infusión que mantuviera su estómago caliente, el arzobispo don Marcelo Spínola repasaba su breviario, el juez Fernández Amaya esperaba pacientemente que pasara el día de guardia mientras pensaba en la cena de Nochebuena, y el inspector Cranio cruzaba el zaguán de la casa donde trabajaba y vivía su amante. Todo en orden.

A las cuatro de la tarde Susillo se enfrentó con el hombre al que esperaba. Lo estuvo buscando antes de ayer, pero no apareció. Durante toda la mañana fue de un lugar a otro, cruzando las vías una y otra vez. El mediodía pasó sin que pasara nada. La tarde empezó a coger hechuras de telón. Por fin lo vio surgir de la espesa bruma que no había conseguido disipar el sol que encendía levemente las suaves lomas del Aljarafe que se divisaban a lo lejos. Aquel hombre venía desde la orilla del río, lo cual era bastante extraño. No se escuchó nada antes de la aparición. Ni el sonido de los remos al batir el agua. Un silencio mineral lo recubría todo. Susillo cerró un poco los ojos para distinguir el rostro a contraluz de quien lo había llevado hasta allí. Aquel hombre recortado contra el resol del poniente fue quien lo citó en ese paraje.

—Buenas tardes, don Antonio...

La voz le resultaba familiar, aunque sintió un punto de extrañeza al escucharla, como si la hubiera oído en otras ocasiones pero de forma diferente.

—Buenas tardes. Usted dirá...

—Yo no tengo nada que decir. Es usted quien me está buscando desde hace tiempo.

—Será al revés, amigo. Usted me ha citado aquí.

—Eso es lo de menos, don Antonio. El caso es que por fin hemos coincidido a solas. Eso es lo importante. Eso es lo único importante. El resto no cuenta.

Susillo empezó a desconfiar más todavía. Aquel semblante era impenetrable. Como un bloque de mármol que nadie pudiera esculpir. Tragó saliva aunque tuviera la boca seca, y se atrevió a preguntarle al desconocido.

—¿Qué quiere usted de mí?

—La verdad.

—¿La verdad? ¿He oído bien?

—Sí, la verdad. Esa palabra vana que colocaste en el pedestal del monumento que le hiciste a

Velázquez. ¿La recuerdas? Llamarlo el pintor de la verdad es un insulto, pero ahí sigue el lema. Tú, sin embargo, sí eres el escultor de la verdad. Y ése es tu problema, amigo mío...

Le molestó el tuteo. Le molestó que le llamara amigo cuando apenas se conocían. Y le molestó esa alusión a la verdad como impedimento a la categoría de su arte. Susillo no tenía más remedio que contraatacar.

—Veo que lo suyo, o lo tuyo, es la mentira. Te gusta mentir. Me citaste aquí hace dos días y no te presentaste. Hoy llegas tarde. Me mandaste recado con una hora que no has sido capaz de cumplir.

—Tú eres el que no has cumplido. Hace dos días no estabas preparado para el encuentro. Esta mañana tampoco estabas en disposición de hablar. Ahora, más o menos...

—¿Hablar? ¿No es eso lo que estamos haciendo?

—Todavía no hemos empezado, amigo mío.

A lo lejos se escuchó el silbido de un tren. Poco a poco fue aumentando la vibración en los raíles. El humo ennegreció la grisalla del cielo. Cada uno estaba a un lado de la vía. El tren pasó entre los dos. Durante ese tiempo dejaron de verse. En lugar del rostro con el que estaban dialogando, las caras de los viajeros, curiosos al ver a un hombre solo junto a la vía: cada uno veía a uno de los dos, ninguno podía verlos a la vez. El maquinista reparó en la presencia de Susillo, pero su compañero se fijó en el otro.

—Podemos proseguir. Íbamos por la verdad, ¿no es eso? Voy a empezar yo. Eres un escultor con cierta reputación, sobre todo en tu ciudad. ¿Es cierto?

—Si usted lo dice. —Susillo volvió al usted para marcar distancias mientras su contrincante seguía tuteándole.

—No eres malo en el oficio. Hay obras notables que han salido de tu taller. Pero yo sé que algo no te deja vivir por dentro en ese sentido. Confiésalo. Es el momento de la verdad...

—Dígalo usted, que tanto sabe de esto. ¿O me equivoco si lo catalogo dentro de la categoría de los críticos?

—Lo soy y no lo soy al mismo tiempo. Pero yo no soy importante. El importante eres tú, Antonio. Reconócelo. Te crees importante a pesar de tus lamentos, de tu ánimo decaído, de la derrota que sale de los poros de tu piel cuando te vienes abajo y te vuelves un pesimista sin fondo. Eres importante aquí, en la ciudad que te vio nacer, pero no eres importante en los lugares adonde llegan los trenes como el que acaba de pasar. En París te quedaste a mitad de camino. Sí, ya sé que tuviste que regresar porque tu padre estaba muriéndose, pero no hiciste nada por volver a la ciudad donde el arte evolucionaba de verdad. Preferiste ser el líder en tu aldea, en la ciudad de espléndido pasado que ha decaído de una forma irremediable. ¿O acaso habrías destacado en aquella Sevilla del Barroco cuya imaginería era la envidia artística de España, incluyendo las Indias?

Susillo empezó a incomodarse. Aquel desconocido estaba retratándolo por dentro. Y tenía razón. Podría haber sido un escultor de talla europea, pero no regresó a París.

—Sé lo que estás pensando. No eres Rodin, Antonio. Y eso te pesa. Lo has visto, lo has tocado, has hablado con él en París, has tenido esa textura del mármol sin pulir en las yemas de tus dedos, pero...

Un silencio compacto como el mármol se interpuso entre los dos. Susillo dio un paso atrás. Bajó la vista. Aquel hombre sabía más de lo que había imaginado.

—Pero ahí no queda la cosa, querido Antonio. No hace mucho buscaste refugio en San Telmo. Como hizo la ciudad hace cuarenta años, cuando los duques de Montpensier aparecieron por aquí con el aura mesiánica que los sevillanos les imponéis a los que llegan para salvaros. O eso creéis. Murió tu madre, murió tu hermana al cabo de dos meses, te sentías solo y desprotegido y te refugiaste allí, en ese lugar donde la duquesa estará ahora mismo preparando el rezo del rosario. ¿Ése es tu sitio, Antonio? ¿Después de haber estado en el París de Rodin, de Manet y de Monet, de Degas y de Cézanne vas a refugiarte ahí? Sí, ya sé que el encargo de esas estatuas de cemento te lo hizo el duque antes de morir, y que te lo vendió como un programa iconográfico que resaltara el historicismo del palacio al estilo francés. Pero eso ya no es la modernidad, querido amigo. Eso es el pasado. Y tú te has quedado en ese tiempo que ya ha muerto. Ése es tu problema. Tienes talento. Has sacado al bronce de la rigidez que le imprimían hasta ese momento tus colegas provincianos, pero el arte de este siglo que agoniza ya es otro. Y lo peor de todo es que tú lo sabes...

Susillo seguía en silencio. Ahora miraba fijamente a su interlocutor. Le costaba fijar la atención. Estaba a contraluz y el sol, muy bajo, alumbraba más de lo que parecía al otro lado de las nubes.

—Como también sabes que, por muy literarias que sean tus obras, nunca serás Bécquer...

Susillo empezó a temblar. Esa frase pertenecía a la estricta intimidad. Solamente la había escuchado en los labios ofuscados de María Luisa: no de la infanta, sino de su esposa. ¿Acaso aquel hombre había hablado con ella? ¿Estaba siendo víctima de un complot?

—Tranquilo, amigo mío. No he hablado con nadie de este asunto. Sólo digo lo evidente. Bécquer revolucionó la poesía. Podó los ramajes que la revestían y que ocultaban la sencillez del tronco. Hay una poesía anterior a Bécquer que nadie leerá. Al poeta que también murió joven lo leen y lo seguirán leyendo los poetas del futuro. Quisiste ser el Bécquer de la escultura, pero no tienes altura para eso. Tus obras son demasiado... literarias. Eso es. Prima la literatura sobre la escultura. Eso es un sinsentido, pero así es. Nunca serás como Bécquer, el poeta que enamora a las mujeres después de muerto...

El sudor recorría su espalda, empapaba su rostro y caía literalmente de sus manos. El sudor se mezclaba con la humedad fluvial del aire. Susillo esperaba lo peor. Aquel hombre sabía más de lo que nadie, ni siquiera él mismo, podría haberse imaginado. Lo sabía casi todo de su propia vida. No de la que hacía de puertas hacia fuera, sino de lo que pensaba y sentía, de lo que era y de lo que nunca había llegado a ser.

—Ya que te veo muy callado, voy a hacerte algunas preguntas. ¿Recuerdas el rostro de aquel hombre con nariz de berenjena?

—¡No, por favor, no me hable usted de eso! —Le temblaba la voz como si estuviera a punto de derribarse la sintaxis que apuntala el pensamiento.

—Dabas un rodeo para no encontrártelo. Nunca podrás olvidarlo. Como tampoco puedes ignorar el repelús que te provoca la música...

Aquel hombre empezó a tararear una obra de Ravel, pero Susillo no pudo descifrarla porque no entendía nada de música y porque se tapó los oídos para no escucharla.

—Tampoco te gustan los números. Ni la filosofía. No eres capaz de calcular, de pensar, de razonar. Lo tuyo es puro instinto. Como el que te asaltó aquel día en Málaga. ¿Recuerdas? Alguien te había dicho la verdad. No era una calumnia, Antonio, y tú lo sabes. Aquel tipejo miserable te insultó diciéndote lo peor que se le puede decir a un hombre: la verdad de su vida. En lugar de irte para él con la intención de lavar tu honor, te dirigiste a las vías del tranvía y te arrojaste al vacío de una muerte segura.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque yo estaba allí. Como también estuve en el puente de Triana cuando te quisiste arrojar a las aguas turbias del Guadalquivir para acabar con el dolor que te oprimía el pecho, con la angustia que no te dejaba vivir. No podías soportar la pérdida de tu madre. No podías soportar el secreto que llevas dentro del corazón. Por eso sacaste una pistola y te pegaste un tiro que a última hora se desvió...

—Entonces tú eres Pedro, eso es, ya me sonaba esa voz de algo, tú eres mi amigo Pedro Balgañón, lo que sucede es que con el contraluz y con el cansancio que llevo acumulado después de estar varias horas buscándote no te he reconocido. ¡Pedro, mi amigo Pedro!

Susillo abrió los brazos y los ojos, la mirada como un esguince, y quiso saltar las vías del tren que lo separaba de su amigo. Pero éste se lo impidió de forma tajante.

—No se te ocurra pasar las vías, Antonio. El tren que va a la estación está a punto de llegar y podrías ser hombre muerto. Y no soy Pedro Balgañón. Él te ha salvado la vida varias veces. Tal vez demasiadas. No sé si hizo bien prolongando tu sufrimiento. Esta vez no vendrá. De eso puedes estar seguro. Y no vendrá porque tú no quieres que venga. Ahora lo llamarías a voces, pero en realidad no quieres que venga otra vez. Le agradeces que te haya salvado la vida varias veces, pero también lo culpas de tu angustia. Olvídalo. Estamos solos tú y yo, Antonio.

Susillo estaba blanco. Sus manos dejaron de sudar. Su espalda estaba seca. El pecho quería salirse del chaleco negro. Susillo empezaba a tomar la forma estática de un daguerrotipo en blanco y negro. El aire le faltaba. No podía respirar por más que lo intentara, y eso que estaba en un lugar abierto al río y la llanura.

—Sé lo que estás pasando, pero es algo que yo tampoco puedo evitar, querido Antonio. Aunque no lo creas, lo hago por tu bien. Dentro de poco pasará el tren correo. Dejaremos de vernos otra vez. Como antes. Durante ese intervalo puedes marcharte si quieres. En ese caso, yo también me iré. Y de esta conversación no se habrá enterado nadie. Pero si sigues ahí, te diré la verdad que te muerde el pecho por dentro como si fuera una serpiente enroscada a tu tráquea. ¿Recuerdas la carta que le escribiste a tu amigo el artista Juan Lafita? Yo también la he leído...

El sudor frío se congeló como una imagen. El tren correo empezó a divisarse. Susillo ya no temblaba. El humo ennegreció el aire irrespirable. Se ahogaba por dentro. Las últimas palabras de aquel hombre le cerraron las vías respiratorias. Tenía dos opciones. O arrojarse a las vías para morir arrollado por el tren, o matarlo. Si quería hacer esto último, tendría que darse prisa. El tipo sonreía. Susillo acarició la pistola. La sacó y la cargó despacio. Tenía tiempo. El otro no hizo nada por ponerse a salvo. Seguía mirándolo a los ojos. Apuntó al sitio exacto para no fallar. Sólo tenía una oportunidad. El gatillo se le antojó como el reverso de la pala de modelar. Lo apretó mientras los ojos se le cerraron de forma instintiva. El disparo sonó al mismo tiempo que el tren

silbaba para prevenir a los que estaban cerca de las vías. Volvió a disparar de forma instintiva, o eso cree recordar en la fracción del instante en que todo sucedió.

Cuando pasó el tren, Susillo yacía junto a uno de los raíles con un agujero de bala en el cuello. El otro, por fin, se había esfumado.

2

El juez llegó al lugar de los hechos cuando la noche estaba cayendo como un telón de plomo. Un guardia civil lo había llamado por teléfono desde un almacén de petróleo situado en la estación del Empalme. Apenas se distinguían unos bultos junto a los raíles por donde pasaban los trenes que iban a Madrid o que llegaban desde la capital de España. Entre esos bultos adivinó la silueta del inspector Cranio. Al acercarse comprobó que aquel abrigo americano era el de Cranio. El cuello pequeño y las solapas anchas, el bolsillo mínimo al que el dandy de Cranio llamaba *coeur poche*, el tono de la prenda, ese gris casi negro que le añadía un toque de discreción a la elegancia natural del inspector de policía más perspicaz de la ciudad. La bruma se había vuelto oscura como el abrigo de Cranio, densa y un punto pegajosa a pesar del frío. El juez Fernández Amaya, del distrito de la Magdalena, sintió esa humedad en sus huesos. No le espantó ver el cadáver. Estaba acostumbrado a ello. Yacía en el suelo, entre guijarros que ya no le dolerían al infortunado. Una simple inspección ocular lo reveló todo. Los guardias civiles que se habían bajado del tren correo al ver la escena ya lo sabían.

Aquel hombre, de unos cuarenta años de edad, vestido de negro, de forma elegante a pesar del lugar y de las circunstancias, había muerto a causa de dos disparos efectuados en el cuello. A bocajarro. Con la pistola pegada a la piel. La quemadura que circundaba el agujero proyectado por las balas así lo confirmaba. Y el lugar de los impactos también era más que revelador: nadie le pone a nadie una pistola bajo el cuello en un paraje solitario para acabar con su vida.

—Parece que no hay caso, inspector.

—Eso nunca se sabe, señor juez...

Bajo la mano izquierda del finado aparecía una pistola. Más claro, agua. No la del cercano Guadalquivir, que bajaba algo turbia y demasiado oscura por la hora que a todos se les había echado encima. El juez procedió a identificar al fallecido. El rumor que ya había corrido por los que conocían la noticia se confirmó. En los bolsillos de la chaqueta, una carta dirigida al escritor cántabro José María de Pereda, y otras tantas remitidas a dos amigos suyos: Nicolás Luca de Tena y Enrique F. Pineda.

Pero la revelación no estaba ahí, sino en dos billetes con destinatarios señalados. En el primero que cogió el juez Fernández Amaya se podía leer lo mil veces repetido en estos casos. El suicida se dirige al juez y exculpa al resto de la humanidad. El segundo se lo guardó el juez

después de leerlo. No cuadraba lo que decía uno con lo que explicaba el otro. Le picó la curiosidad. Además, eso también formaba parte de su trabajo.

—¿Algo importante, señor juez? ¿O lo de siempre?

—Eso nunca se sabe, inspector...

Cranio sonrió levemente mientras le tendía la mano al juez. A pesar de la tiniebla, el inspector pudo leer el contenido de los dos billetes. Se los devolvió al juez después de haberlos guardado en su prodigiosa memoria. Por algo lo llamaban Cranio. El juez Fernández Amaya conocía a Cranio por su forma de investigar, y a Antonio Susillo por sus obras. Era casi inevitable tener alguna referencia del escultor más importante de la ciudad. Sus esculturas estaban en las plazas del Duque de la Victoria y de la Gavidia. En la balaustrada de la puerta de los coches del palacio de San Telmo aparecía una de las obras más entrañables de Susillo: Miguel Mañara llevando en brazos a un enfermo. La realidad no se reduce a la vía única que quieren inocularnos los que no ven más allá de la apariencia. Esa escultura se iba a repetir dentro de muy poco tiempo. En cuanto cogieran el cadáver del artista para llevárselo de allí. Mañara impulsó el hospital de la Caridad, cuyo objetivo era dar sepultura a los ahogados del río. Susillo murió junto a la orilla del Guadalquivir.

La comitiva fúnebre, sin abalorios ni boatos, salió de aquel lugar inhóspito. El juez ordenó que se le practicara la autopsia al cadáver para determinar las circunstancias exactas de la muerte, aunque todo estaba clarísimo a pesar de la penumbra condensada que se hundía en la noche inminente. Tendría que comunicar el hecho a sus superiores, al gobernador civil, al alcalde. Pronto la noticia correría como la pólvora por la provinciana ciudad que era tan dada a la murmuración... si no lo había hecho ya. La tarde plácida que presintió para aquel 22 de diciembre se había ido al garete. Los reporteros de los periódicos ya estaban detrás de la noticia. Uno de ellos se le acercó en cuanto pisaron la ronda urbana que circunvala la ciudad desde que hace treinta años se derribaron las antiguas murallas. El plumilla ya tenía el nombre de Susillo apuntado en su cuaderno.

—¿Ha sido un suicidio como se está especulando, señor juez?

—Ahora mismo no puedo decir nada, hay que esperar a la autopsia, aunque está claro que ha sido lo que ha sido. No sé si me he explicado bien. Creo que usted me entenderá lo que digo, ¿no? Tampoco hay que ser muy despierto para darse cuenta de lo que ha pasado...

—¿Y el fallecido es el célebre escultor Antonio Susillo, señor inspector?

—Todo apunta a él. Y perdón por el verbo...

En el palacio de San Telmo, la infanta está rezando el rosario. A Susillo no le gustaban los martes ni los viernes. Hoy se rezan los misterios dolorosos. Como todos los martes.

3

El inspector Cranio quiso que la destinataria de aquel billete que Susillo guardaba en su bolsillo fuera la tercera persona que lo leyera. No podía llevarle el original. En cuanto llegó a una calle iluminada por una farola eléctrica sacó un pequeño cuaderno del bolsillo interior de su abrigo americano y reprodujo literalmente el contenido de aquellos papeles que se había llevado el juez. Después de hacer las oportunas indagaciones —algo demasiado fácil para un inspector que conocía la ciudad como la palma de la mano de su amante— se presentó en su domicilio sin que nadie lo supiera. Ya le habían dado la noticia de la muerte de su esposo. Estaba entera. Firme a pesar del dolor. Su tez pálida contrastaba con la serenidad de la mirada.

—Imaginaba que tarde o temprano tendría que suceder, ya lo había intentado en varias ocasiones, cuando esta mañana salió tan temprano me temí lo peor, pero no quise obsesionarme. No saludó al criado que estaba en la puerta. No vino a comer. En el taller no estaba. Me puse en lo peor, pero quise apartar ese miedo pensando que eran obsesiones mías. Ahora veo que estaba en lo cierto. Y que todo ya es irremediable.

—Lo siento de veras, señora. Jamás hubiera deseado, como usted comprenderá, asistir al levantamiento del cadáver de un artista insigne como era su esposo. Y ahora que estamos a solas, permita que le muestre la copia de una de las cartas que el finado guardaba en el momento del óbito. Es un billete muy breve. Cuando lo lea comprenderá la causa de mi visita.

Cranio dejó el sombrero de copa encima de una consola. María Luisa Huelin, la viuda de Antonio Susillo, tenía veintisiete años. No llevaban casados ni quince meses. El matrimonio se celebró en su Málaga natal de una forma un tanto extraña. Él tenía cuarenta años, y ella, sólo veintiséis. Ella se llamaba como la infanta que le encargó a Susillo las esculturas que le darían realce a la fachada norte del palacio de San Telmo. Viuda y sin hijos, fuera de su ciudad. Estaba terriblemente sola.

—Usted es policía, no confesor. Pero antes de leer ese billete, permita que le diga algo. No le pido que lo guarde en secreto. Me basta con su discreción.

—Seré una tumba, señora.

—Creo que usted es un caballero, y por eso se lo confesaré. Además, es algo que necesito. Desahogarme... Los amigos de Antonio lo quieren, o lo querían, o lo querrán, con locura. Se hacía querer por los que veían en su obra el reflejo del genio. Yo me enamoré de él por eso mismo. Veía

que en su mente florecían volúmenes y figuras que embellecían el mundo. Pero el mundo no es como yo lo soñé. La gente, como usted sabe, es carne de murmuración. Empezaron a decir que yo quería casarme con Antonio Susillo porque era una vanidosa, una mujer que necesitaba estar a la sombra del artista para presumir de ello en la sociedad sevillana. Falso. Yo sabía que Antonio no era normal. En todos los sentidos de la palabra normal. Y que con él no iba a encontrar esa felicidad que él tampoco encontraría conmigo. Ni conmigo, ni con nadie. Se casó porque su madre y su hermana murieron en apenas tres meses. ¿O es que usted piensa que una no se da cuenta de nada?

El inspector, pulcro y elegante, silencioso y discreto, guardó un prudente silencio y asintió levemente con la cabeza. La viuda cogió aire para seguir hablando. Se notaba que no podía llorar, y eso la atormentaba.

—Nuestro matrimonio fue un desastre. No voy a contarle las intimidades porque no soy mujer de esa clase, pero usted, que ha visto todo lo que puede hacer y deshacer un ser humano, se lo imaginará. Los amigos me pusieron la proa desde el primer día. Estaban celosos de mí. Ya no tenían al genio sólo para ellos. Antonio dejó de dar clases. Quería dedicarse a mí. Pero no podía. Lo supe desde el primer momento. Pero lo acepté. ¿Un sacrificio? Tal vez. Me agarraba al clavo de la esperanza, cada vez más ardiente. Llegué a creer que cambiaría. Y así fue. Pero cambió a peor. Estaba melancólico, irascible, desquiciado, taciturno... Lo peor de cada estado negativo del alma pasaba por su mente como una sombra. Sólo faltaba que un día descargara aquella tormenta. Y ha sido hoy.

El inspector Cranio seguía atento al monólogo de doña María Luisa, que aún no se había vestido de luto. Llevaba una chaqueta que se puso de moda durante aquellos años del final de siglo. La manga de farol estaba fruncida por la parte superior. Cruzada y con bolsillos laterales, la chaqueta era de lana y de color negro. La falda estrecha de color gris le permitió imaginar una figura esbelta, atractiva. Los botines en punta se movían de forma incesante. Era una dama elegante, tal vez un poco cursi. Cranio reparó en el cambio que había traído la moda de París. Antaño se distinguía una aristócrata de una mujer de clase media al primer vistazo. Ahora era distinto. La emulación y la facilidad para adquirir tejidos de calidad había igualado a las clases medias y altas, al menos en la apariencia.

—Termino ya, señor inspector. Los amigos de Antonio emprenderán una cruzada contra mí. Seré la mala de esta historia. Lo supe desde que me casé con aquel pobre desgraciado. Mi familia lo celebró como si yo hubiera encontrado un buen partido. Como si Antonio Susillo fuera el artista que pudiera darle un poco de lustre a mi círculo familiar. Un escultor entre industriales que le habían dado mi apellido a un barrio obrero de Málaga. Allí somos una buena familia. Vivimos en la Alameda, curiosamente en un bulevar que lleva el mismo nombre que éste. Los amigos que tenía hasta hoy, y los discípulos y admiradores que le saldrán en el futuro, descargarán sobre mí el peso de la culpa. Al principio creía que todo eso me hundiría en la miseria, que nunca saldría del pozo donde me quedaría a vivir como si la luz me avergonzara. Hoy sé que no va a ser así. Regresaré a Málaga. Aquí no tengo nada. Aquí no tengo a nadie. Su primera mujer parió un hijo que se les murió enseguida. Conmigo, ni eso fue capaz de hacer. Ni siquiera eso.

Los silencios abrían horizontes escabrosos al relato de la viuda. El inspector Cranio, tan

acostumbrado a escuchar confesiones y a interrogar a los sospechosos, asentía ahora sin mover un músculo.

—Todo lo que van a decir de mí es falso. Si yo dijera todo lo que tengo guardado en mi pecho y en mi memoria, el personaje se les derrumbaría a muchos de ustedes. Lo único que puedo ofrecerle al pobre Antonio es el silencio. Y así será. Por mucho que hablen de mí, por muchas historias que fabulen, yo no diré nada. Absolutamente nada. Si alguien escribiera algún día la historia de lo que está pasando en estos momentos, no encontrará ningún testimonio mío contra mi marido. Aunque usted no lo crea, yo estaba enamorada de él. Tal vez fuera una ensoñación y a mí me pareciera amor. A pesar de mi edad, sigo siendo una chiquilla. Sigo siendo la adolescente que leía a Bécquer y que buscaba al poeta en los hombres que me rodeaban. Ninguno era como el autor de las Rimas. Ninguno. De pronto apareció Susillo. El poeta del barro. El Bécquer de la escultura. Y me enamoré de un sueño.

El inspector Cranio se levantó y le mostró a la viuda la copia del billete que Susillo llevaba en uno de los bolsillos de su chaleco. La destinataria leyó la esquila sin apenas mover los labios. Le temblaba ligeramente la mano derecha que sostenía el papel. Luego volvió a leerlo en voz baja. Casi susurrando.

—Perdóneme, María de mi alma. Me he convencido de que mi carrera no produce para ganar la vida. Adiós, mi vida...

El inspector le pidió, con un gesto amable, que le devolviera aquel papel. La viuda se lo dio sin mirarlo a la cara. Estaba abstraída. Hablaba para ella.

—Es lo único que faltaba para que la versión de sus amigos se convierta en la causa de este suicidio. Sólo quiero que usted sepa una cosa. Eso es falso. Rotundamente falso. Jamás le dije, cuando lo veía lleno de polvo después de trabajar el barro, que me sentía desilusionada porque creía que me había casado con un artista que en realidad era un albañil. Es cierto que soy vanidosa y presumida como todas las mujeres de mi clase. Es verdad que eché de menos la vida social que imaginaba cuando me vine a vivir a Sevilla. Pero de ahí a humillarlo va un trecho muy largo que jamás recorrí. Y ahora le voy a decir algo muy doloroso. Antonio Susillo no me necesitaba para nada. Ni para complacerse conmigo, ni para quitarse la vida. Ni para el amor, ni para la muerte.

La viuda no sabía que el inspector guardaba otro papel. Y ahí, en una frase escrita por Susillo antes de morir, estaba la contradicción que lo explicaba todo. Ese papel, arrugado, permanecía en el bolsillo interior del abrigo de Cranio. Esas palabras estaban en la cabeza de quien levantó el cadáver. El original de aquel billete iba dirigido al señor Juez.

4

Cranio se despidió, amable y cortés, de la viuda. Un pensamiento demasiado obsceno para el lugar y la hora cruzó su mente. Una punzada en el estómago. Un despertar súbito de la sangre. Primavera en pleno solsticio de invierno. Dos mujeres vestidas de negro se confundían con las sombras de la noche. En voz baja y nocturna, sin apenas romper el silencio.

—Todavía no ha visto al muerto y ya está recibiendo visitas, la vida ha cambiado que es una barbaridad...

—Y usted que lo diga, lo veo y no lo creo.

—No se ha despedido del marido difunto y abre su casa para que otro hombre le quite las penas... si es que las tiene. Porque todo el mundo dice que el pobre se quitó la vida por culpa de ella, por sus delirios de grandeza y por los pajaritos que tenía en la cabeza.

—Cuando el río suena, agua lleva...

—No somos nadie. Y cuando nos vamos, menos todavía. Ya ni una mujer decente y con clase le guarda el luto a su marido como antes. No digo un año ni un mes. ¡Ni siquiera un día! Tranquila y satisfecha se habrá quedado. Viuda y con un pretendiente que viene a verla en coche. Y luego se quejará del que se ha ido.

—¿De este hombre que acabamos de ver?

—No, mujer, del marido, que se ha ido para siempre.

Las mujeres se disolvieron en el silencio oscuro, dejando un hálito de veneno o de serpiente en el aire de la Alameda. Las farolas brillaban con el halo que la bruma forma alrededor de la luz. Los álamos se perdían en un cielo de luto, como sombras chinescas que conservan la tinta húmeda. El inspector Cranio no le dijo nada al cochero, que relampagueó el látigo en el aire cargado de bruma. El coche se puso en marcha. Quien lo guiaba sabía que el destino no podía ser otro que el Depósito Anatómico Forense.

Cranio intuía que allí mismo se encontraría con los amigos de Susillo. Pasó junto a ellos como si no existieran. Le interesaba mucho más conocer el informe que estaban elaborando los doctores León Escobar y Ricardo Filpo. Los conocía bien. Eran expertos en el arte de la autopsia. Estaba cantado que se trataba de un suicidio. Había testigos oculares. Los viajeros del tren correo que se dirigía a la estación lo vieron perfectamente. Sus testimonios concordaban. Los dos guardias civiles que pararon el tren también lo vieron. No había duda. Los disparos habían entrado por

debajo del cuello y habían destrozado el hemisferio izquierdo. Pero eso no era lo que buscaban los médicos que también conocían al escultor. Y Cranio lo presentía. Más que intuirlo, lo sabía.

Le echó un vistazo al informe. Era evidente que el juez no se había equivocado. Fuera, en una sala destartada y fría, con el color de las paredes de un gris tan triste y tan envejecido como la escena que allí se vivía, los amigos de Susillo esperaban el resultado de la autopsia. Allí estaban Nicolás y Guillermo Luca de Tena, Caballero y Rueda, Rafael León y el hermano menor del artista. Ignacio Susillo fue el primero de la familia que no llevó el apellido Sucillo.

—Anoche me buscó para que le arreglara sus asuntos económicos, era algo que le impedía razonar, odiaba los números y no soportaba las matemáticas, le tenía pavor a quedarse sin dinero. —Nicolás Luca de Tena habla en voz baja y los demás asienten.

—Además, ya sabemos quién lo empujó con sus malditos delirios de grandeza. —Suenan la voz, se repite el argumento en otros labios, en otros matices, con otras palabras, y todos vuelven a asentir.

Fueron llegando otros artistas. Amigos y admiradores del maestro. Sus discípulos le daban un aire espectral y pasionista a la escena mientras la duquesa de Montpensier, ajena a lo que sucedía en esta sala, rezaba los misterios dolorosos del rosario en San Telmo. El escultor e imaginero Joaquín Bilbao, Francisco de la Cuadra, Joaquín Gallero, Miguel Sánchez Dalp o Lorenzo Coullaut Valera, que sería el encargado de diseñar el monumento a Bécquer que no le dejaron esculpir al difunto.

El informe de la autopsia cuadraba con el mensaje que Susillo le había dirigido al juez y con el monólogo dramático de María Teresa Huelin, su viuda, en su casa de la Alameda. El juez no sería el encargado de recomponer las piezas, porque esa labor estaba al margen de su cometido. Si hubiera podido, tal vez lo habría hecho para detener la corriente que a partir de aquella noche se pondría en marcha para salvar a Susillo y para condenar, de camino, a su viuda. El depositario de ese mensaje tan breve como elocuente creyó por un momento que todo se aclararía con las luces del amanecer, ya que cada uno se quedaría en su sitio. Se equivocó. Pasarían los años, pasaría más de un siglo antes de que se supiera la verdad de lo que sucedió. Pero ya se sabe que el afán de protección puede más que la verdad desnuda.

Cranio le echó un vistazo rápido al informe de la autopsia antes de que se lo llevaran al juez Fernández Amaya. Mientras, un discípulo de Susillo ponía en práctica la devotio que los héroes despertaban en sus guerreros cuando morían. Al lusitano Viriato lo honraron con esa devotio aquellos que no lo habían traicionado. Precisamente Viriato se llamaba el escultor que se encargó de sacarle la mascarilla a Susillo. Viriato Rull preparó el barro como lo hubiera hecho el maestro, lo aplicó en la cara presionando para que no quedara ningún detalle sin su correspondiente registro en la arcilla que no era la de la creación de Adán, sino su reverso. Una vez sacado el molde espolvoreó escayola en agua para rellenar el vacío que a todos les había dejado el maestro. Al retirar el barro, Susillo apareció blanco, impecable. El artista que convertía la arcilla en un ser vivo consiguió todo lo contrario: la vida que latió en su rostro hasta hace escasas horas era una escultura.

5

Cranio subió al coche sin dirigirle la mirada al cochero. Hasta el caballo sabía adónde iban sin necesidad de que lo guiaran las riendas. La ciudad estaba sosegada y en calma. Dentro de dos noches todo será distinto. A estas horas habrá un runrún de sonajas y panderos, desde el interior de las casas se escapará algún villancico motivado por el alcohol del aguardiente o por la tristeza del vino, y una demandadera volverá a contar la becqueriana leyenda de maese Pérez el organista en el compás del convento de Santa Inés. Será Nochebuena, y los que se hayan enterado de la muerte de Antonio Susillo la habrán olvidado después del entierro, que se celebrará mañana, y de las crónicas o las gacetillas de los periódicos, que se publicarán el 24 por la mañana. Esas mismas páginas servirán, cuando llegue la noche, para envolver los restos de la cena.

La memoria es frágil y deleznable, como decía el clásico. Y eso es lo que nos permite vivir, como razona el inspector mientras recorre la ciudad en el destartado y maltrecho coche. En su bolsillo, el papel que desmonta la teoría que han urdido los amigos de Susillo para salvarlo. Lo desdobra parsimoniosamente. Como si se recreara en la suerte. No puede leerlo porque las luces de las farolas pasajeras no llegan a iluminar el billete. Pero se lo sabe de memoria. Y lo recita en voz muy baja.

«Al Sr. Juez: Me mato yo; mi mujer, D^a María Luisa Huelin, es mi única heredera. Antonio Susillo».

Cranio se interroga a sí mismo. ¿Cómo iba a odiar a esa mujer si le ha dejado todo lo que tenía? La nombra heredera, con lo cual se demuestra que Susillo no era pobre. Es cierto que en el otro papel aparece una frase que contradice la de éste. «Perdóname, María de mi alma. Me he convencido de que mi carrera no produce para ganar la vida. Adiós, mi vida». Ante esta paradoja, el inspector tira por el camino de en medio, o sea, por la comprobación empírica de los datos. Y trae a su memoria la respuesta a la pregunta que le hizo a la viuda hace un par de horas, cuando la visitó en su casa. No quiso insistir para que la dama no se diera cuenta de nada. Le había ocultado ese billete a sabiendas, a ver qué decía sobre el asunto.

—Señora, no creo que sea indiscreto si le digo que circula por Sevilla el rumor de que la situación económica de vuestro marido, y por ende la vuestra, no es precisamente boyante...

El inspector dejó la afirmación en el aire. Puntos suspensivos. Como si fuera una pregunta. La viuda no movió un músculo. Se quedó con la mirada fija en un punto abstracto del espacio. Sonrió

levemente.

—Ojalá ése hubiera sido el problema de Antonio, y por ende, como usted dice, el mío. Ojalá se hubiera reducido todo a una economía que no nos diera para vivir holgadamente. Antonio odiaba los números. No podía con ellos. Se obsesionaba cuando había que hacer un presupuesto. Las cuentas lo ponían nervioso, al borde de un ataque de pánico. Como verá, mi marido no era muy normal... En ese aspecto yo soy todo lo contrario. Me gusta llevar las riendas de la economía. No necesito hacer arqueos porque lo tengo todo en la cabeza. A falta de que se ajusten las cantidades al céntimo, creo que no me equivoco si le digo que el pobre Antonio nos habrá dejado unas trescientas mil pesetas...

Cranio arqueó las cejas. Se le escapó aquel gesto, que reprimió al instante. ¡Trescientas mil pesetas! Y encima iba de pobre por la vida. Y dejó escrito que su actividad artística no le daba para ganarse la vida. Además, el inspector sabía que Susillo no estaba, ni mucho menos, en la fase decadente de su profesión. Los encargos se sucedían. Y el prestigio que atesoraba, a pesar de contar con poco más de cuarenta años de vida, era tal que ahí, en el Depósito Anatómico Forense, estuvieron sus discípulos para atestiguarlo.

El coche llega al punto de destino. Un laberinto de calles tortuosas sin orden aparente ni concierto afinado por la geometría. En una esquina hay luz. Cranio abre la puerta. Necesita bajar lo que ha vivido, y para eso no hay nada mejor que el vino. Valdepeñas en vaso grande. Al fondo de la taberna, el individuo al que iba buscando. Todo va sobre ruedas. No hay caso para el juez. Para el inspector Cranio, sí. Lástima que no sea novelista. Con lo que le había contado la viuda podría haber iniciado una de esas novelas que tanto se estilaban en el siglo que estaba a punto de morir. Una novela que podría titularse *Las manos de la Amargura*.

6

En la ciudad todavía recuerdan aquella fatídica noche. Era Domingo de Ramos. La Virgen de la Amargura discurría por la plaza de San Francisco, esa platea al aire libre donde se habían instalado ochenta y cuatro palcos y ochocientas sillas para que los viajeros y los sevillanos pudientes pudieran ver las cofradías sin necesidad de desplazarse por las callejas y las plazuelas. Habían dejado atrás la calle de las Sierpes. Los hermanos de la cofradía iban orgullosos. El paso de palio estrenaba respiraderos, esa pieza de plata repujada y calada que permite el paso del aire para que los costaleros que llevan las andas puedan tomar el aire de la primavera que late ahí fuera.

Un acólito que portaba uno de los ciriales que preceden al paso dio la voz de alerta.

—¡Está saliendo humo, hay fuego!

De pronto, una llamarada provocó el pánico de los presentes. El fuego prendió en la saya de la Virgen y en la túnica de san Juan, que la acompañaba en el paso bajo palio, marcándole el camino que había de seguir para llegar hasta el Calvario. La calle de la Amargura empezó a arder. Aquel bosque breve de cera se incendió y prendió en el griterío de la bulla. El fuego no destruyó la imagen de san Juan, ni el rostro de la Virgen. Las imágenes se quedaron en la desnudez esquemática de los candeleros. Una mujer se quitó el abrigo y cubrió a la Virgen, apagando el fuego y evitando la visión de esa intimidad hueca de listones y vacíos. Pero las manos de la Amargura se perdieron. Dedos de ceniza. Desolación.

Desde la cercana iglesia del Salvador trajeron un manto de camarín de la Virgen de la Merced, titular de la hermandad de Pasión. Vestida con ese manto, la Amargura regresó a su templo. Al día siguiente, el pueblo de Sevilla fue a San Juan de la Palma para contemplar la imagen renegrida de la Virgen y de san Juan. Se recaudaron trescientas pesetas para reparar los efectos del fuego. La infanta contribuyó con quinientas pesetas. Corría el año 1893. El mismo año en que Susillo vació en cemento las estatuas que coronan la balaustrada de la puerta de los coches de San Telmo.

Susillo era hermano de la Amargura. Recibió el encargo de tallar las manos de la Virgen. Dolor crispado. Amargura en la forma y en los pliegues de los dedos. Y una premonición. Al cabo de tres años y nueve meses, las manos de Susillo servirían para quitarse su propia vida. Las manos que habían tallado las manos de la Virgen. Las manos de la Amargura.

No había tiempo que perder. La infanta había ordenado que se le hiciera llegar, de forma discreta, un mensaje al doctor Roquero, amigo de Susillo y médico de indiscutible carisma en la ciudad. Había que salvar a Susillo como fuera. No de la muerte terrenal, que es una minucia comparada con el castigo eterno. Era necesario el informe del doctor Roquero para que la autopsia tuviera un respaldo más fuerte en un futuro próximo. Los amigos del artista, a todo esto, se encargaron de que el diario El Porvenir se pusiera del mismo lado. Había que evitar, a toda costa, una oleada de protestas que impidiera el enterramiento en sagrado.

La infanta estaba ya en la cama, recostada, meditando sobre los pormenores del asunto. Antes de acostarse le había pedido por el alma de Susillo a la imagen del Gran Poder: una fotografía pintada, con marco negro y dorado. También se había encomendado a santo Tomás de Villanueva, que aparecía en la copia del cuadro de Murillo que colgaba en una de las paredes de su dormitorio. El santo da limosna a un tullido mientras otros mendigos esperan y una niña le muestra, sonriente, la moneda que acaba de recibir a su madre. Los tres tiempos del verbo, el pasado, el presente y el futuro, en esa diagonal murillesca que concentra el Barroco en una línea. La infanta siente devoción por ese santo, incluso por ese cuadro. Ella ha hecho eso mismo durante toda su vida. Y ahora lo está haciendo con Susillo. No se trata de darle una limosna, sino de ayudarlo a morir como Dios manda, que es mucho más importante.

La infanta estaba acostada en su cama de caoba, con sus tres colchones y sus dos almohadas, con el cubrecama de seda siena y celeste, con la colcha de felpa de seda del mismo color. Rodeada de cuadros con santos, desde san Francisco de Asís a san Antonio de Padua. Crucifijos de nácar y de marfil. El punto exótico lo pone la mesita de capricho que tanta gracia le hace, de estilo japonés, de nogal oscuro con incrustaciones de nácar. En momentos como éste siente un raptó de lucidez, un regreso a aquellos años en los que su marido controlaba todo lo que sucedía en la ciudad.

—Eso es el poder, Luisa Fernanda, y quien no lo ha experimentado no tiene ni la más remota idea de lo que se siente cuando uno se sale con la suya...

El poder era eso. Convertir a un suicida en un católico ejemplar que murió por una enfermedad mental. Ahí estaba la clave. Había que anular la voluntad de Susillo como fuese. El juez también tenía su papel en este teatro. En su despacho desconchado y vulgar, el juez Fernández

Amaya recibió un recado que venía desde San Telmo. Conocía poco a la infanta. Algo más a su difunto marido. Pero no estaba en el círculo de los Montpensier. El juez leyó la breve esquila y sonrió mientras el razonamiento se quedaba en el silencio de su monólogo interior.

—Si esto hubiera sucedido hace treinta años, cuando los Montpensier eran los dueños de la ciudad, su secretario habría redactado la autopsia y el informe judicial. Y yo me habría limitado a firmarlo. Ahora la infanta lo pide, lo ruega, y se basa en algo tan humanitario como salvar el alma de un desgraciado. Las órdenes no se razonan. Esto ya es otra cosa...

El juez no obedeció la orden camuflada de la infanta. Eran otros tiempos. Rompió el papel y lo echó al brasero con el que se calentaba en aquel despacho que era de todo menos hospitalario. Siguió redactando su informe. Con la verdad por delante. Con los datos que había puesto de manifiesto la autopsia. Susillo estaba loco. Y la evidencia era suficiente para certificarlo. Ya no hacían falta las influencias de la infanta. Eso se quedaría para otras instancias, como la eclesiástica.

Al Palacio Arzobispal llegó noticia de la autopsia. Don Marcelo Spínola respiró tranquilo. Aliviado. Con esa sensación que se experimenta cuando todas las piezas encajan en su sitio. Los canónigos que le discutirían la decisión de enterrarlo en sagrado ya no tendrían argumentos. Esgrimiría la locura como el detonante de tan fatídica decisión. Susillo no estaba en sus cabales. El maligno fue quien disparó, no él. Además, ¿cómo iba a explicar la Iglesia que el Cristo que presidiría el cementerio pocos años después era el mismo que Susillo acababa de entregarles?

Los sucesos se encadenaban. Hacía falta alguien que detuviera el tiempo y la sintaxis. Alguien que lo razonara todo y que abrochase esta sucesión de decisiones con una justificación clara y precisa. Por eso la infanta ordenó que se le solicitara al doctor Roquero ese texto que certificara lo evidente con argumentos sólidos y poderosos. Antes de que llegara el ruego a sus oídos, el doctor Roquero ya había empezado a redactar, en su cabeza, el artículo que publicaría al mes siguiente. Ahí desvelaría la causa física de la muerte.

Era tarde. La ciudad dormía. El arzobispo descansaba en el palacio. El juez regresaba a su hogar con la sensación que da el deber cumplido, y el inspector Cranio sentía la desazón de no ser un novelista para escribir la historia de María Luisa Huelin, la viuda del suicida. La infanta cerraba los ojos con la esperanza de que el sueño no la despertara con la pesadilla recurrente que no la dejaba dormir. En una casa sevillana de zaguán y cancela, de patio con fuente de mármol y macetas de aspidistras, un quinqué iluminaba la mesa donde un médico escritor, o un escritor médico, trazaba el título de un ensayo con la tinta indeleble que ha traspasado las fronteras de dos cambios de siglo. El título era directo. Certero: ¿Por qué se mató Susillo?

En un rincón de la taberna estaban los místicos. Así los llamaba Cranio por sus oficios sin beneficio. Vivían del aire. Vivían y bebían. Sus levitas raídas contrastaban con el chaleco impoluto del inspector, con los pantalones de rayas grises perfectamente planchados, con los botines abrigados de cuero terminados en punta, con el sombrero de copa que dejó cuidadosamente en un perchero. Cranio era un tipo definitivamente elegante. Un clásico. Canoso, feo y sentimental. De buen porte y finas maneras que contrastaban con su ferocidad a la hora de buscar la verdad en los interrogatorios. No podía sucumbir a la costumbre. Su vida consistía en preguntar. Cranio le dio un buen trago al vaso grande de valdepeñas antes de mirar fijamente a los

místicos que guardaban un silencio expectante.

—¿Por qué creen ustedes que se mató Susillo?

CAPÍTULO 3

EL SÍ DE LAS NIÑAS

1

—Yo no me casé a los catorce años. A mí me casaron, que es distinto. Ahora lo comprendo. Ha pasado más de medio siglo y lo recuerdo como si fuera ayer. Unos meses antes se presentó mi madre en el cuarto de juegos que teníamos en el Palacio Real de Madrid. Isabel ya no quería andar entre muñecas. Había crecido de repente y se había convertido en una mujer. Le había cambiado el temperamento y se había vuelto más salvaje aún de lo que era. En palacio estaban preocupados. ¿Una reina así? Yo llevaba esos signos ocultos bajo las ropas. No quería traspasar el umbral de la infancia. No quería que me alcanzaran los problemas que entristecían a los mayores. Prefería seguir en ese pequeño paraíso cerrado de los juegos infantiles, de los días que pasaban entre lecciones de piano, entre bailes y castañuelas, sin apenas estudiar, sin hacer nada que estuviera fuera de los límites placenteros del capricho. ¿Lo está usted anotando bien? Pues entonces continúo. Era por la tarde. Había almorzado como de costumbre, y me había retirado a aquella estancia repleta de muñecas, de escenarios de cartón donde representaba obritas de teatro que yo misma me inventaba para darles rienda suelta a las torpes musas que habitaban mi imaginación. De vez en cuando cogía las castañuelas e improvisaba el compás de un fandango. El tiempo fluía lentamente. Ni él tenía prisa por pasar, ni yo tampoco lo empujaba para que se acelerase. La tarde era un estanque. Hasta que apareció mi madre y lanzó la piedra que empezaría a crear esas ondas que llegan hasta hoy. Al principio me lo tomé a risa. Parecía una broma. ¿Cómo me iba a casar, si era una niña? Es cierto que ya había sentido ese susto que provoca la primera vez que se sangra sin motivo alguno, sin necesidad de darse un golpe ni de tener un accidente. Pero eso ya lo había olvidado. Era una rutina algo molesta que sucedía una vez al mes. Mis pechos se habían inflado y mis caderas mostraban una redondez sensual. El vello había ocupado el lugar donde antes sólo lucía la blancura de mi piel más oculta. Por lo demás la vida seguía igual. Mi madre había vuelto del exilio y se había puesto a hacer lo único que sabe: conspirar. Quería quedarse con todo. Era muy posesiva. Ahí está la clave que luego no han sabido manejar los historiadores. Mi madre lo quería todo para ella. Por eso chocó con mi tía Luisa Carlota: porque las dos hermanas eran exactamente iguales. Como iba diciendo, a mí me casaron cuando aún era una niña. Aquella tarde estaba vistiendo a una muñeca preciosa que era mi favorita. Con mi madre me pasaba igual. Ella no lo reconocía en público, jamás se lo dijo a nadie, pero yo sabía que era su preferida. Y lo que es peor: mi hermana Isabel también se había dado cuenta. Más adelante se

vengaría. Pero eso se contará a su debido tiempo. Mi madre me quería más que mi hermana. No sé si me quería tanto como a mis otros hermanos, los ocultos. Eso también se contará cuando llegue su momento. Yo siempre he sido más cariñosa que Isabel, aunque ella sea más zalamera. Somos distintas en eso. Yo soy reservada, más tímida, aunque sea agradable en el trato. O eso dicen para no llevarme la contraria. Isabel es arrolladora, lo cual tiene su parte buena y su lado negativo. Como coja a alguien entre ojo y ojo, se lo carga. No tiene piedad. Como tampoco tiene límites para demostrar su amor por alguien. Que se lo digan al general Serrano, por ejemplo. Yo no soy así. Por eso no me puse contenta, ni cogí las castañuelas cuando mi madre entró en el cuarto de las muñecas buscando mi aprobación para aquel matrimonio que no entendía. Su única obsesión era encontrar una palabra repetida. Sus intereses estaban por encima de todo. No le interesaba otra cosa que escuchar el sí de sus niñas.

2

El viejo Gil es químico y teólogo, dibujante de caricaturas que pisan los callos de la sociedad sevillana y del poder local. Sonetista y romancero. Luenga barba blanca. Un collar con el soniquete de amuletos y crucifijos mezclándose en el tintineo de su pecho. El viejo Gil es el único que no bebe el vino blanco y peleón del cercano Aljarafe. Sentado en el rincón que ocupan los místicos, su voz de trueno resuena en el techo. Vigas de madera del color de la caoba. Como el mostrador donde reposan los vasos antes de que Pepe, el solícito camarero, los lleve al mármol de la mesa tras la pertinente señal de Cranio. Hay que darles de beber para que canten. Como a los flamencos. Exactamente igual.

—Conocí a Susillo antes de que fuera un artista famoso. A veces me buscaba para enseñarme sus dibujos. Dudaba constantemente. Estaba atormentado. Eso se le notaba a leguas. Y las lenguas de doble filo decían que se había casado muy joven. Y no precisamente por amor.

El pulcro Guitard es un caballero de mostacho poblado y altura considerable. Viste de levita y escucha atentamente al viejo Gil. Guitard es periodista, y posee una memoria prodigiosa. Sabe que después de tomarse los vasos tendrá que irse al periódico para mandar un telegrama a Madrid. La muerte de Susillo es un asunto de trascendencia nacional. Y el viejo Gil lo deja muy claro mientras el tintineo de los amuletos y los crucifijos que cuelgan de su cuello se acompasa a su forma de hablar.

—Estamos ante uno de los mejores escultores que hay, o que había, en España. Para mí, el único con el que se podía comparar es Benlliure. Palabras mayores, señores.

—Eso está muy bien, Gil, pero no nos desviemos. Lo que yo quiero saber es por qué se ha suicidado un artista que está en lo mejor de su carrera y que no tenía problemas económicos de ningún tipo, aunque lo haya dejado escrito en su billete de despedida.

—Eso nunca se sabe, inspector. El alma de los suicidas es insondable. Pero le diré una cosa. Investigue en el proceloso y resbaladizo terreno del matrimonio.

—Ya he hablado con su viuda. Ahora mismo. En la Alameda, donde vivía Susillo.

—No me refiero a esa boda, inspector, sino a la primera. Lo he dicho antes. No se casó por amor.

—¿Entonces por qué lo hizo?

—Investigue, inspector. Investigue...

Guitard, el periodista del mostacho poblado, sonrió. El místico Leal era el tercer miembro del trío de capilla que se reunía en ese santuario pagano donde se le rendía culto al vino. Cronista de la ciudad y de sus puertas derribadas por la piqueta del olvido, el místico Leal miró fijamente a Cranio. Sabía que el inspector no tendría más remedio que ponerse manos a la obra.

3

La infanta está de buen humor. A pesar de todo, está de buen humor. Es Navidad. Anoche escuchó la misa del gallo en la capilla, ante la Virgen del Buen Aire. Concelebró la misa el Muy Ilustre Sr. Dr. D. Álvaro de Torres y Cansino, canónigo y dignidad mitrada de Doctoral de la S.M.P.I. Catedral de Sevilla, confesor de la priora del monasterio de Santa Paula, en el mundo doña Lucrecia de Vargas-Machuca y Castro. Antiguo monje jerónimo del monasterio de San Isidoro del Campo, exclaustro en 1835, había profesado en la orden con el nombre de fray Jorge de Sevilla.

Experto en dulces conventuales, don Álvaro de Torres dio buena cuenta de las tortas de Santa Paula, de los bollos de la dueña y del dulce de batata. En la mesa no podían faltar los huevos chocolateros y el bollo de aceite, así como el rosco de San Blas y la finísima cuajada de arroz. El toque latino lo pusieron, como siempre, el dúo que forman piñonate et angelorum. De la solidez repostera se encargaron las tortas de manteca con dulce, los bizcochos de naranja imperiales y el pan de naranja. Para bajarlo todo, el confitado de guindas. Y una copa de Luis Felipe, el coñac que le traían desde La Palma del Condado a la infanta en memoria de su augusto esposo.

Ese coñac llevaba el nombre del padre de Montpensier. La bodega lo comercializó con ese nombre tres años después de la muerte de don Antonio, en 1893. Las copas de Luis Felipe hacían las delicias de los ilustres visitantes, aunque quien de veras lo disfrutaba era Muñoz, el solícito y hábil electricista encargado del generador. No había día que no le diera un tiento. El canónigo, amante del coñac, nunca se explicaría cómo pudieron colocar uno de los barriles junto a una ventana por la que entraba el sol. Pero eso no era impedimento para que aceptara una buena copa cada vez que visitaba a la infanta.

Tras la dulce Nochebuena, la infanta se ha despertado con ganas de afrontar el nublado y frío día de diciembre que se adivina al otro lado de los cristales. Lleva demasiado tiempo mirando el mundo a través de esos vidrios que la aíslan de cualquier problema externo. Eso es algo que agradece en cierto modo, aunque le gustaría salir y pasear por las Delicias o por la orilla del río, como hacen tantos sevillanos en este día de fiesta que este año de 1896 ha caído en viernes. Pero ahora no es aconsejable. Sentada en su sillón del gabinete amarillo, la infanta se entrega a las confidencias con su amiga Cecilia.

—Tengo que seguir contándole todo lo relativo a mi matrimonio, y al de mi hermana, para que

tome las notas oportunas y luego lo transcriba como es debido.

Cecilia Böhl de Faber es algo más que su protegida. Cecilia es su amiga. Aunque nunca se lo haya dicho por aquello del desnivel aristocrático y social que las aleja. Cecilia nació en Suiza y celebró su cumpleaños ayer, el día de Nochebuena. Su vida ha sido un continuo viajar de acá para allá. De Suiza a Cádiz, y de allí a Hamburgo. Pasó por Puerto Rico y por el Puerto de Santa María. Se ha casado tres veces y ha enviudado otras tantas.

—¿Qué se dice en la ciudad de la muerte de Susillo? Usted está en el mundo, yo no. Vivo retirada y sólo me entero de aquello que me cuentan... o que quieren contarme.

El tercer y último marido de Cecilia también se llamaba Antonio, como Susillo, y también se suicidó. Por eso la pregunta de la infanta la deja un punto pensativa. Nunca se explicó aquella decisión. Es cierto que estaba enfermo de tisis y que la dejó en la ruina económica. La reina Isabel y su hermana María Luisa la acogieron y la protegieron. Se fue a vivir a Sevilla, donde los duques de Montpensier le ofrecieron una vivienda en el Alcázar.

—Es difícil resumir lo que se dice en la ciudad, porque hay tantas versiones como lenguas la habitan. Lo cierto del caso es que los sevillanos culpan del suceso a la viuda. Según corre de boca en boca por las tabernas y por los corrales de vecinos, por las casas más distinguidas y por el ceremonial de los paseos, Susillo estaba amargado porque María Luisa Huelin le hacía la vida imposible. Le decía una y otra vez que ella se había enamorado de un artista y resulta que vivía con un albañil. Susillo, como usted bien sabe, era un hombre extremadamente sensible, además de un gran artista. Y esa crítica acerba y despiadada pudo con él. Por eso decidió hacer lo que hizo...

—¿Usted cree que la viuda es la culpable de esa fatídica decisión?

Cecilia se quedó mirando su taza, donde humeaba un chocolate espeso y oscuro. Sin apartar los ojos de la porcelana blanca, y sin apenas mover los labios, habló con una voz interior, pausada, serena.

—Yo he pasado por eso, y sé bien de lo que hablo. Siempre se trata de justificar al suicida para no enviarlo directamente al infierno que se ha ganado con su nefando pecado. Y quien está más a mano es la viuda. No sé si es por identificación o por solidaridad, pero lo cierto es que yo no creo que la pobre mujer tenga la culpa de nada. Usted sabe, como yo, que Susillo intentó quitarse la vida varias veces, y que si no llega a ser por su amigo Pedro Balgañón, lo habría logrado hace tiempo.

La infanta recuerda el día en que llamó a Susillo para hacerle ese encargo del que se arrepiente desde que se enteró, hace dos días, del fatal desenlace. Ese palacio está maldito y ella fue la que introdujo a Susillo en el laberinto de la maldición. En los ojos de Cecilia puede verse la tristeza. Las dos aprovechan el silencio para tomar un poco de chocolate. Cecilia Böhl de Faber es escritora, aunque no firme sus libros con su nombre. Una mujer no podía dedicarse a esos menesteres. Cecilia era Fernán Caballero. Y la infanta, su mecenas y su amiga.

—Está bien, Cecilia. Ahora podemos seguir con el relato de mi boda. ¿Sabe usted que el culpable de todo fue un francés? Sí, un francés de cuyo nombre no consigo acordarme...

Mientras la infanta intenta recordar el nombre del francés que tramó su boda, Cecilia Böhl de Faber la lleva de la mano por el tortuoso y caprichoso camino de la memoria. Al principio hay que recorrerlo en el sentido inverso al del tiempo que no deja de fluir. Cuando se llega al punto deseado, hay que dejar de remontar el río de los acontecimientos para incorporarse a la corriente. Cecilia, que firma sus libros como Fernán Caballero, se detiene en un punto que le resulta inquietante a la infanta.

—Vuestro padre escribió una carta antes de morir. Erais muy pequeña. Apenas teníais dos años. El rey Fernando VII, a quien Dios tenga en su eterna gloria, quería cerrar el paso a su hermano Carlos. Por eso derogó la ley sálica antes de entregarle su alma al Altísimo. Esa ley prohíbe que reinen las mujeres. Y él sólo tenía dos hijas. Pues en aquella carta expresaba...

—Lo que mi madre quería —interrumpe la infanta con esa autoridad natural que no la dan los cargos, sino la cuna.

Cecilia calla. María Luisa Fernanda sabe que es el momento de retomar el relato. Y lo va a hacer ella.

—Mi tía Luisa Carlota pretendía que Isabel y yo nos casáramos con sus hijos, con nuestros primos. Isabel con Francisco de Asís, y yo con su hermano Enrique. ¿Y sabéis por qué estaba interesada en que se cumpliera esa teórica última voluntad de mi padre?

—Vos diréis, Alteza.

—Es evidente, Cecilia. Y de ahí vienen muchos de los males que padece la monarquía. Lo único que le interesaba era repartirse España entre ella y mi madre a través de sus hijos. España como la extensa finca de una familia, como una herencia que no hay que compartir con nadie. Ahí está la clave que jamás expondré en público. Para más inri, Luisa Carlota y mi madre se habían casado con dos hermanos: mi madre con el rey Fernando, y mi tía con mi tío Francisco de Paula, hermano de mi padre. Isabel y yo somos primas de Francisco de Asís y de Enrique por parte de padre y de madre.

El silencio se rompió por la hora que marcaba el reloj de pared. Al fondo se escuchó el bronze grave de una campana de la Giralda. Cecilia reconstruía el árbol genealógico en su cabeza. Esas niñas no tenían ocho bisabuelos, como todo el mundo. Vivían en una familia endogámica que se pudo escapar por el lado francés gracias a su boda con Montpensier, aunque Antonio de

Orleans también fuera primo lejano de su esposa. María Cristina, la madre de Luisa Fernanda, era sobrina de la Reina María Amalia, la madre del marido de María Luisa. Un lío de sobrinos y primos que al final terminaban casándose entre ellos.

—Al final mi madre rompió aquella carta, o sea, que incumplió el pacto que había hecho con su hermana Luisa Carlota. No sé cuál de las dos era más ambiciosa. El caso es que no me casé con Enrique, el duque de Sevilla, que era el preferido por mi hermana. Isabel odiaba a nuestro primo Francisco de Asís. Tan chico, tan melindroso, con esa voz atiplada, con esos ricitos, con esas caderas de mujer... Los periódicos se burlaban de él. Los ingleses se reían soterradamente de su falta de virilidad. Ése fue uno de los factores que provocó la crisis internacional. Francisco de Asís, alias Paquito, no tenía pinta de varón capaz de darle descendencia a Isabel, que como usted bien sabe arrastraba un herpes cutáneo que hacía temer por su vida. En ese caso la Corona pasaría a María Luisa Fernanda, o sea, a la esposa de Montpensier.

—Y los ingleses no podían consentirlo, claro está —terció Cecilia.

—Exacto. Por eso Montpensier no se podía casar con mi hermana. A ella le gustaba Enrique. Me lo decía en la intimidad, y yo callaba. A ella le gustaba Enrique, que en principio estaba destinado para mí. Era el reverso de su hermano. ¿Qué habría sucedido si me hubiera casado con él? Mi vida habría sido totalmente distinta. Y la suya, más aún. Pero no adelantemos acontecimientos, porque la historia de Enrique de Borbón, duque de Sevilla, tiene para otro libro, ¿no cree?

—Y tanto, Alteza. Don Enrique es un personaje novelesco por los cuatro costados.

—Al final se encontrarían mis dos pretendientes, Cecilia. ¿Ha reparado usted en eso? Se encontraron... y de qué manera.

Cecilia repasa mentalmente ese capítulo de la historia y siente escalofríos. Ni el novelista más atrevido se habría imaginado un encuentro así de dos hombres que coincidieron en la infancia, que pudieron ser el marido de la misma mujer, y que al final terminaron como terminaron...

—Cecilia, vamos a tener que llamar a Latour para que nos diga cómo se llamaba aquel maldito francés que urdió mi boda.

—¿Maldito?

—Digamos que intrigante...

5

El inspector Cranio pagó los vasos que se habían bebido los místicos que permanecieron impasibles en el rincón de la taberna. La llamaban así, El Rinconcillo, por esa costumbre de ocupar los sitios más protegidos del frío húmedo que se colaba por las médulas de los huesos. Cranio salió de la taberna y recibió la caricia fría de la noche. Giró a la izquierda y bajó la calle para regresar a la Alameda. Todavía era pronto para las juergas de los flamencos. De las ventanas salía el inevitable olor del caldo del puchero, del potaje de garbanzos. Apretó el paso. Se detuvo ante la casa donde lo conocían desde hacía años. Una campana rompió el silencio del patio cubierto que se abría tras la cancela.

—¡Ya va!

La voz desabrida de doña Carmela fue un paso más en el rito. La vieja le sonrió con esa untuosidad que gastan los sumisos y los ladinos.

—Señor inspector, ¡cuánto bueno por aquí!

—¿Está ocupada?

—No, señor, está en la cocina, junto a las otras niñas. ¿Quiere usted pasar y se toma una tacita de caldo calentito, que le vendrá bien?

—No. Iremos directamente a la habitación.

—Como quiera, señor inspector. Usted manda.

Cranio subió la escalera. Los peldaños crujían, como si el tiempo detenido en los escalones se desperezara a cada paso del viejo cliente y protector de la casa. Doña Carmela le seguía sin hacer ruido, como si no pesara. Al llegar a la habitación, la dueña le abrió la puerta y prendió la luz. Aquella casa era de postín. Luz eléctrica. Un lujo. Por eso iban los caballeros nobles y los notables de la ciudad. Además, todos sabían que Cranio era el protector. Y que eso era una garantía. Se sentó en la cama. La vieja esperó que llegara la mujer que apareció, radiante y morena, con el caldo calentando su estómago.

—Siéntate. Quiero hablar contigo...

—¿A qué viene tanto misterio, querido?

—Y usted no se vaya, Carmela. Quédese. No vengo a lo de siempre. Esto es más serio.

La vieja Carmela abrió los ojos como si quisiera que la vista huyera de las cuencas legañosas. Al lado de Cranio se sentó Manuela, aunque allí nadie la conocía por su nombre de pila. Allí era

la Roldana. Ese nombre artístico se lo puso un escultor que a esas horas de la noche estaba enfriándose en el depósito anatómico.

6

La hija llevaba sobre sus hombros la losa del padre. Era una cruz que soportaba María Luisa Fernanda como podía. Desde que empezó a tener uso de razón cargaba con aquel peso. Era un estigma que no dejaba de crecer. Otra maldición. Como la del palacio donde vive. Pocos reyes hay en la historia de España que hayan concitado tanto odio como Fernando VII, el padre de la infanta que no guarda memoria viva de su progenitor, pero que soporta el memorial de agravios que dejó quien la engendró. María Luisa Fernanda nació dos años antes de que muriera el Deseado, como llamaron los españoles de bien al monarca que abdicó la Corona en favor de Napoleón. Tras batirse el cobre contra el invasor, con fusilamientos y cargas de mamelucos incluidos, el pueblo reclamó la vuelta del rey, que estaba preso al otro lado de los Pirineos, en Valençay. Fernando VII juró que sería un rey constitucional. Después de las Cortes de Cádiz ya no cabía la estrecha horma del absolutismo. Todo fue una solemne mentira. El Deseado se reveló como un indeseable. Cínico hasta el extremo de no reconocer derecho alguno a los demás mortales, el padre de María Luisa ejerció el poder de una forma ominosa.

Fue tan nefasto que hasta los absolutistas le dieron de lado y se entregaron en cuerpo y alma a la figura de su hermano Carlos. Fernando VII no sólo dejó como herencia una deuda pública que contrastaba con su fortuna personal. A su gestión se deben las sucesivas guerras carlistas que empañaron el reinado de su hija Isabel. Las consecuencias de aquella división llegaron mucho más allá de lo que podía imaginarse la infanta que nació dos años antes de la muerte de su padre.

Tres matrimonios sin descendencia estuvieron a punto de dejar la Corona en las sienes más que absolutistas del infante don Carlos. Cuando aún era príncipe de Asturias, el primogénito de Carlos IV se casó en 1802 con su prima María Antonia de Nápoles, que murió cuatro años más tarde sin darle más descendencia que dos abortos. Tras permanecer diez años viudo —y preso en Francia por orden de Napoleón antes de su regreso inexplicablemente triunfal a España— Fernando se casó en segundas nupcias con su sobrina María Isabel de Braganza, con la que tuvo una hija que murió antes de cumplir los cinco meses de vida. El día de Navidad de 1818 la reina, embarazada y a punto de parir, no pudo celebrar nada porque la pobre estaba muriéndose. Al día siguiente los médicos le extrajeron el feto pensando que estaba muerta. El agudo y desgarrado grito de dolor de la madre los convenció de que la pobre mujer aún vivía. Al año siguiente se casó con María Josefa Amalia de Sajonia, con la que no tuvo descendencia.

Cuando parecía que el trono terminaría por ser el asiento de su hermano Carlos, en 1829 contrajo cuartas nupcias el soberano con su sobrina María Cristina de las Dos Sicilias, la hija de su hermana menor María Isabel de Borbón y de Francisco I de las Dos Sicilias. Todo quedaba en la familia. Esta vez sí hubo suerte. María Cristina demostró desde el primer momento que podía soportar las embestidas de aquel monarca dotado con un miembro viril ciertamente extraño. De dimensiones cercanas a lo colosal, el pene real era fino como un lacre por su base, e iba ensanchándose hasta tomar las dimensiones de un puño por el extremo con que se suele entrar en la concavidad femenina. Se dice que un médico le diseñó una especie de almohadilla circular que protegía a la reina, ya que servía como tope a la hora de la penetración de tan sorprendente como grandiosa herramienta. María Cristina parió dos hijas. Isabel, que nació el 10 de octubre de 1830, y María Luisa Fernanda, que vino al mundo el 30 de enero de 1832. La descendencia estaba asegurada, aunque no la estabilidad. Don Carlos seguiría aspirando al trono en nombre de la ley sálica que Fernando VII abolió antes de entregar la cuchara.

En cuanto a la carta en la que mostraba su intención de que sus hijas se casaran con sus primos los duques de Cádiz y Sevilla, ya se sabe que María Cristina se la pasó por el mismo lugar que sufría los embates del cónyuge real. En su descargo, la infanta María Luisa piensa para sí que su padre no tenía derecho a imponer nada semejante después de haberse saltado a la torera el pacto que hizo con el pueblo español. En esto, como en tantas otras cosas, su razonamiento íntimo le debe mucho a su amiga Cecilia, que no se anda con chiquitas cuando se trata de hablar en privado.

—Vuestro padre no fue precisamente un buen rey, y eso lo debéis reconocer para que no os afecten las más que justificadas críticas que lo zahieren.

—Pero eso no es justo, Cecilia. ¿Acaso tengo yo la culpa de lo que hizo quien me engendró?

Cecilia calla. Se lo piensa dos veces, pero sabe que al final lo dirá. Es algo que lleva dentro desde siempre. Desde que empezó a ejercer su razón. Las circunstancias definen y determinan, delimitan el yo. La infanta no es consciente de que todo tiene un precio. Y alguien tendrá que decírselo antes de que se vaya de este mundo.

—Claro que no es justo, Alteza. Como tampoco es de justicia que una escritora tenga que firmar sus libros con un pseudónimo masculino, como es mi caso.

—En eso estamos de acuerdo, Cecilia.

—Pero hay más, Alteza...

María Luisa clavó sus ojos descoloridos en los de su amiga. Quería la verdad. Ya estaba bien de darles vueltas y más vueltas a los asuntos que más importan.

Con un levísimo gesto, casi imperceptible, la animó a hablar. A desahogarse.

—Su Alteza nunca ha padecido los problemas que nos aquejan al resto de los mortales, y como vos bien sabéis, en esta vida todo tiene un precio. ¿O pensáis que no es humillante tener que pedir el amparo de la reina o de su Serenísima Alteza para no dormir al raso? Cuando me quedé sin techo, viuda por enésima vez y más sola que la una, acudí a vos y a vuestra hermana Isabel, que para mí siempre será Su Majestad la Reina. Gracias a vuestra protección y amparo hallé el consuelo de no verme en la calle.

Un silencio se interpuso como si fuera un ángel que no termina de pasar.

—Lo recuerdo perfectamente, Cecilia. Tú fuiste una de las tantas protegidas. A mi esposo le

encantaba ejercer de mecenas. Esa función otorga una distinción que eleva al noble por encima de la plebe. Así creía que era un noble del Renacimiento. Pensaba que esta ciudad podía ser la Florencia del siglo que hemos vivido. Acogió a pintores y escultores, a músicos y escritores. No sé si ha valido de algo. Aquí me tienes. Viuda y más sola que la una...

—Pero con techos que os acogen. Techos con artesonados y pinturas al fresco. Y rentas. Y fincas. Y la posibilidad de hacer con este patrimonio lo que os plazca.

—Todo en la vida no es el dinero ni la riqueza, querida Cecilia...

—Ya lo sé, Alteza, pero cuando las penalidades entran en la casa de una, sale todo lo demás. Huye la alegría. Se esfuman las ganas de vivir. Hasta se seca la pluma, porque el hambre no agudiza el ingenio. Eso es falso.

La infanta medita lo que va a decir. Quiere ser exacta como el álgebra que no aprendió de niña.

—Entonces, querida Cecilia, un razonamiento te lleva a la siguiente conclusión: debo pagar los platos que rompió mi padre porque ahí es donde puedo comer todos los días. Como si fuera una maldición heredada. No sé si la comparación es buena o no, pero yo sé lo que me digo.

—No es mala la alegoría, Alteza. Al final, lo que se disfruta hay que pagarlo. Por adelantado, al contado, o a plazos. Pero nada sale gratis en este mundo.

—Empezando por mi casamiento, que es de lo que estábamos hablando, mi querida amiga. Sigo sin recordar el apellido de aquel francés que lo urdió todo. Fíjate... Si no se hubiera salido con la suya, si yo me hubiera casado con mi primo Enrique, mi vida habría sido totalmente distinta.

—Y la de vuestro primo, más todavía, Alteza...

María Luisa Fernanda sonrió casi sin mover los labios. La ironía de la escritora rayaba en el humor negro. Pero tenía razón. Por eso no la contradijo.

—Llamemos de una vez a Antoine de Latour para que nos saque de dudas. No le preguntaré si le parece bien, porque ya sé que entre usted y Latour existe una amistad sana e incombustible. ¿O me equivoco?

Cecilia asintió mientras sonreía de manera franca. No había dobleces. No había nada que ocultar. La puerta se abrió. Allí estaba, impecable como siempre, el secretario del fallecido duque de Montpensier.

La levita inmaculada, ajustada al cuerpo sin oprimirlo, enfundando la silueta como un guante sin arrugas. El pantalón medido como un endecasílabo. La camisa blanquísima. El rostro pulcro. El olor suave y varonil, sin estridencias florales. El pelo canoso como la experiencia, limpio y un punto brillante. La raya caída al lado izquierdo. Como siempre. Con ese porte y esa distinción que embargaba a la escritora que mantenía una fluida y culta correspondencia con quien había sido el secretario del duque de Montpensier. Latour, como lo llamaba la infanta para no confundir su nombre de pila con el de su esposo, seguía conservando ese aire de militar ilustrado que siempre ha definido a los secretarios y los diplomáticos. Hijo de un bibliógrafo, Latour muestra un amor sincero por los libros, tanto por los que lee con fruición, como por los que escribe. Sus estudios académicos le permitieron impartir clases en los niveles superiores hasta que la llegada al trono de Luis Felipe le abrió las puertas de la familia real. El ambiente monárquico lo había vivido ya en su casa, pues su padre era el bibliotecario del rey. Luis Felipe lo eligió para dirigir la educación de su benjamín, el duque de Montpensier.

—Con vuestro permiso, Serenísima Alteza.

—Pase y siéntese, Latour, estamos en confianza.

—Buenas tardes, doña Cecilia, es un auténtico placer verla una vez más en palacio y poder compartir este tiempo de charla con usted...

Cecilia miraba a Latour como una viuda casta que no quiere mantener ningún ridículo idilio a la vejez, pero en sus ojos flotaba una llamita que el viento de la edad no podía avivar... ni apagar. Lo veía más delgado de lo que estaba. Más alto de lo que era. Más atractivo de lo que aparentaba ser. Y más joven. Latour se sentó en un sillón y declinó amablemente la invitación a tomar una taza de chocolate. Lo suyo era el café, pero ya lo había tomado y no era plan de quedarse esta noche sin dormir.

—Cuando el duque, que Dios tenga en su gloria, y yo nos casamos, usted ya era el secretario de Montpensier.

—Cierto, Alteza. Llevaba varios años con don Antonio, al que acompañé por tierras africanas en su formación militar. Aquello fue una aventura. Y una demostración del valor que atesoraba el duque, aunque luego no se lo hayan querido reconocer. Lejos de refugiarse en la retaguardia, el bravo Montpensier estuvo en primera línea más de una vez. Incluso lo condecoraron por aquello.

Fue un bravo soldado, ya lo creo.

—Dejemos eso ahora y vayamos al grano. Lo he llamado porque no recuerdo el nombre del diplomático francés que conspiró para que el duque y yo nos casáramos.

Latour se tomó su tiempo. Quería darle realce a su testimonio. No sólo era coqueto en el vestir, con esa elegancia afrancesada que no pasaba de moda, sino en el comportamiento. Estaba ante dos damas y eso siempre lo impulsó a esa forma discreta de la galantería.

—No era exactamente un diplomático, Alteza, sino el ministro de Exteriores. Su nombre no lo puedo olvidar: François Guizot.

—¡Ése! Lo tenía en la punta de la lengua. Guizot...

—Y tiene razón Su Alteza. En realidad fue Guizot quien lo tramó todo, aunque la orden llegara de Su Majestad. Pero lo cierto era que Luis Felipe había formado un pacto con la reina Victoria de Inglaterra. Un pacto que, como recordaréis, tenía varios puntos...

María Luisa se quedó con la mirada perdida, como si quisiera recuperar la memoria dejando de observar lo que tenía a su alrededor. El palacio era un museo habitado. Cuadros originales y copias, retratos, cuadritos y porcelanas, tibores y crucifijos, secrétaires y taburetes, mesas de caoba y sillones forrados de cuero o terciopelo, arañas que tejen la luz y lámparas eléctricas que le dan un aire de modernidad a cada estancia. El sofá amarillo que le da nombre al gabinete y en el que se sienta la infanta, y los sillones donde hacen lo propio Cecilia y Latour.

—Lo recuerdo perfectamente, Latour. Isabel se casaría con nuestro primo Francisco de Asís, y yo podría hacer lo propio con Montpensier siempre que mi hermana hubiera tenido descendencia con anterioridad a nuestra futura boda. Los ingleses sospechaban que Isabel podría morir por el herpes que la obligaba a tomar baños de mar. Su salud era delicada. Y para colmo, su prometido prometía poco a la hora de engendrar hijos. Con ese aspecto aññado, con esa voz de tiple, con esos ricitos...

Cecilia sonreía, al igual que Latour. Francisco de Asís provocaba la sonrisa de la nobleza y las invectivas sarcásticas del pueblo. La reina Victoria no se fiaba de aquella extraña pareja. La descendencia era improbable. En caso de que no se consumara el matrimonio como era menester, o que Isabel muriera demasiado pronto, el duque de Montpensier se convertiría en el rey consorte de España. Y por ahí no pasaban los ingleses, ya que eso rompería el equilibrio europeo y España podría degenerar hasta convertirse en un departamento francés.

—Los ingleses temían que lo que no pudo hacer Napoleón con sus ejércitos lo hiciera Luis Felipe gracias a mi primo Paquito, ¿no es cierto, Latour?

Las carcajadas fueron suaves y elegantes, pero sonaron en el gabinete amarillo.

—Algo así, Alteza, fue lo que sucedió. Por eso llegaron a ese pacto en el castillo de Eu. La reina Victoria no quiso pisar París. Allí, en Eu, se tomó la decisión que luego el conspirador Guizot se saltaría a la torera, aunque no fuera aficionado a la fiesta.

—¿Lo ve usted, Cecilia? Con catorce años esta infanta era el centro de las disputas diplomáticas en Europa. Y yo sin enterarme de nada...

—Suele pasar, Alteza. Al final la vida nos lleva por unos derroteros que no imaginábamos. ¿Somos los dueños de nuestra existencia o marionetas del destino?

—Buena pregunta, doña Cecilia. Como siempre, está usted acertada en sus disquisiciones —

esgrimió Latour con una sonrisa que buscó el flanco más vulnerable de la escritora.

—Y le repito, Alteza, lo que le dije antes. Este asunto es digno de una novela donde Su Alteza sería, evidentemente, la protagonista.

8

La infanta María Luisa Fernanda intenta poner en pie aquellos días de septiembre de 1845. La reina Victoria de Inglaterra y Luis Felipe, el rey de los franceses, se reunieron en el castillo de Eu para acordar que el marido de Isabel no sería ni un Orleans —así se descartaba a Montpensier— ni un Coburgo. Esto le provocó un ataque de rabia a la quinceañera reina Isabel, ya que el Coburgo teóricamente destinado para este cometido era un joven alto, atractivo, rubio. Nada que ver con su primo Francisco de Asís. Pero el Coburgo se quedó sin desposar a Isabel, y la reina se quedó sin catarlo.

—Como todos los males tienen remedio, excepto la muerte y el carlismo, Isabel se desquitaría con el tiempo gracias a la ayuda impagable de militares o ingenieros. —Latour tan irónico y preciso como siempre.

Victoria Eugenia y Luis Felipe negociaron en el castillo de Eu los matrimonios españoles en una reunión discreta pero pública. A cambio, la reina Isabel, su hermana María Luisa como princesa de Asturias, la reina madre María Cristina y el general Narváez como el jefe del Gobierno acudieron de forma aún más discreta a Pamplona, donde se encontrarían con los duques de Nemours y de Aumale, hijos de Luis Felipe y hermanos de Montpensier. La infanta recuerda aquel viaje fatigoso y emocionante al mismo tiempo. Su futuro, y el de Europa, se dilucidarían en aquellas dos reuniones. En Eu y en Pamplona. Montpensier estaba descartado para casarse con Isabel.

—El Tratado de Utrecht prohibía ese matrimonio entre una reina española y un príncipe francés, y no era cuestión de abrir semejante caja de Pandora en aquella Europa donde los equilibrios eran tan frágiles como necesarios. —Latour tan atinado y sensato como siempre.

En esta reunión de Pamplona se ratificó lo que habían acordado hace tiempo Luis Felipe y la madre de las niñas, esa reina madre a la que González Bravo llamaría ilustre prostituta cuando estaba exiliada, e ilustre desterrada cuando él mismo firmó, como presidente del Gobierno, el decreto que permitía su regreso a España en 1843. La fama de María Cristina discurría por los albañales de la maledicencia: orgullosa, mentirosa, cínica, siempre pendiente de sus intereses particulares por encima de cualquier otra razón... Además, cambió de montura a los tres meses de quedarse viuda. Eligió a un militar, Fernando Muñoz, para sustituir al difunto Fernando VII. Ya se sabe que los militares siempre tuvieron su aquel con aquellas reinas. Desde su suegra María Luisa

de Parma con el dotado Godoy, hasta su hija Isabel con Serrano... y con quien no era de la sierra. Aquella mala fama era otra cruz que tenía que soportar María Luisa, su hija preferida.

Las negociaciones dieron resultado. Pero el panorama, lejos de aclararse, se enturbió. Entre julio y septiembre de 1846, Europa estuvo a punto de estallar por culpa del matrimonio de la infanta de España con el duque de Montpensier. Los ingleses se olieron el acuerdo secreto y la reina Victoria reaccionó con esa flema británica tan elocuente y tan silenciosa al mismo tiempo. Su carta a la reina María Amalia, la esposa de Luis Felipe, era tan glacial que daba miedo leerla. Lejos de esa ira que se aplaca cuando se expande en gritos o insultos, aquella frialdad hacía temer lo peor. Guizot, el ministro de Exteriores que instruyó al embajador Bresson para que engañara a los ingleses, ganó la partida.

—Pero el tablero europeo se quedó descompuesto, a punto de que rodaran las fichas de tan delicado ajedrez por el suelo. —Latour tan cauto y estratega como siempre.

La fecha de los dos matrimonios sería la misma. El acuerdo de Eu entre la reina Victoria y Luis Felipe se había roto. Mejor dicho: lo habían roto los franceses, porque España asumió el papel de la cuchara. Se lo tragó todo sin pinchar ni cortar. Como si las novias no fueran españolas. Como si este asunto no afectara al país donde se celebraría la ceremonia conjunta. Como si Isabel no fuera la reina ni su hermana la princesa de Asturias. Ahora, al cabo de los años, todo se confunde en la neblina vaporosa de los recuerdos. Muchos de los que participaron en aquella conspiración internacional tramada por la diplomacia francesa están muertos. El curso de la historia no se modificó por aquellos matrimonios.

—Aquel verano de 1846 sigue siendo, para la historia de Europa, una tea que a punto estuvo de incendiar el viejo y añoso continente con el fuego de una guerra que nadie podía imaginar cómo terminaría. —Latour tan consecuente y racional como siempre.

CAPÍTULO 4

LAS BODAS REALES

1

La mañana del 30 de septiembre de 1846 partió el duque de Montpensier desde París con destino a Madrid. Lo acompañaban su hermano el duque de Aumale, su ayudante el coronel Thierry y su secretario particular, Antoine de Latour.

—La comitiva estaba bien nutrida, Alteza. Además de Thierry y de un servidor, el duque se hizo acompañar del barón Athalin, que era teniente general y ayudante de campo del rey Luis Felipe. También figuraban dos oficiales de ordenanza cuyos nombres no recuerdo ahora. Venía el doctor Pasquier por si surgía algún problema de salud durante la semana que duraba el viaje. Varios pintores formaban parte de la comitiva para registrar los momentos más solemnes que estaban por venir. Y no podía faltar el cronista oficial, que en esta ocasión era el gran Alexandre Dumas.

—¿El padre o el hijo?

—Vinieron los dos, Alteza.

—Ahora no me mienta. ¿Cómo fue el recibimiento al llegar a España?

—Si le digo la verdad, mucho más cálido del que yo preveía, doña Cecilia. En el paso de Behobia habían instalado un arco triunfal. Esa imagen no se me borra de la cabeza. Aquello era importante. Un recibimiento hostil podría haber influido negativamente en el ánimo del joven Montpensier. Las banderas de España y Francia estaban entrelazadas. Respiramos hondo. El duque sonrió. Buena señal. La reina Isabel había mandado, como es preceptivo en estos casos, una comisión de bienvenida. El entusiasmo popular se desbordó al pasar por Irún y por Tolosa, al llegar a Mondragón y al entrar en Vitoria.

—¿Y mi esposo qué decía sobre todo esto?

—Estaba muy contento. Nervioso pero feliz. En los banquetes agradecía el recibimiento con un discurso que le había preparado yo. Un discurso en francés, porque Montpensier no hablaba ni una palabra en español. El francés por aquel entonces era una lengua que no estaba muy bien vista en muchos de esos lugares. La última vez que la escucharon no fue precisamente en un acontecimiento tan agradable...

—Usted tan diplomático y tan elegante como siempre.

—Fue así, Alteza. Reconozco, como francés, que la invasión de Napoleón y sus ejércitos tuvo que dejar una huella en el pueblo español. Por eso temíamos cierta animadversión, algo que no se

produjo al cruzar España en dirección a Madrid. Recuerdo que en Burgos nos recibió el capitán general, y que nos llevaron al teatro y nos dieron un baile. Así llegamos a Madrid el día 6 de aquel histórico mes de octubre del 46. Recuerdo la luz de la primera hora de la tarde. Montpensier y Aumale bajaron del coche y montaron sendos caballos que había enviado la reina. Eran espléndidos, de pura raza española. Montpensier vestía de mariscal de Francia. El uniforme era muy vistoso y llamativo, aunque a muchos madrileños, sobre todo a los más viejos, no les haría ninguna gracia porque recordarían a los mariscales que entraron en la ciudad en otro tiempo más convulso que éste.

—No mienta, Latour, y diga la verdad. El recibimiento en Madrid no fue muy cálido que digamos.

—Es cierto, Alteza. El público se dedicaba a curiosear. No se notaba el entusiasmo que sí percibimos en otras localidades más pequeñas. El ambiente era frío. Montpensier sonreía y saludaba, pero no era correspondido del todo. Intentaba caldear el ambiente con su impecable dominio del caballo. Siempre fue un buen jinete. De niño recibía clases de equitación a primerísima hora de la mañana. Dominó al caballo y demostró sus habilidades, pero la escasa gente que lo esperaba en las calles no aplaudía ni mostraba signo alguno de fervor.

—Perdone que lo interrumpa, don Antoine. Aquella tarde un grupo de descontentos se reunió en torno al obelisco que se había levantado unos años antes en el paseo del Prado para honrar la memoria de los que dieron su vida por España contra el entonces enemigo francés.

—Yo también recuerdo eso, Cecilia, y al duque se lo dirían al llegar. ¿O lo mantenían ustedes engañado, Latour?

—No había que desanimarlo. Además, el gélido recibimiento se palpaba por sí solo. Y eso que la temperatura era muy agradable. Incluso pudimos escuchar alguna voz que nos llamaba franchutes. El tono era evidentemente despectivo, si bien la cosa no pasó de ahí.

El relato de Latour lleva inexorablemente hasta el punto del encuentro. Tras meses de nerviosismo y de incertidumbre, aquella adolescente que aún no había cumplido los quince años conoció al duque francés que habría de ser su esposo durante el resto de su vida.

2

—Nunca estuvo aquí, inspector. Nunca.

Cranio escucha pacientemente a la Roldana. Que le llame inspector y que se dirija a él con el usted por delante es algo que sigue excitándolo a pesar del tiempo que lleva con ella. El tuteo en la cama es algo evidente y vulgar. La Roldana no tiene más de veinte años, pero parece una mujer cuajada, hecha para el goce de los sentidos y para la conversación fluida. Llegó desde un pueblo perdido de la campiña un día caluroso y sofocante de agosto. La sequía había dejado a sus padres al borde de la miseria más absoluta. En su casa no tenían nada que llevarse a la boca. La madre le dio un papel doblado. Ahí le había apuntado Matilde la alcahueta una dirección de confianza. Una casa situada muy cerca de la Alameda de Hércules. Allí tratarían bien a la niña, y a partir de entonces podrían vivir con más holgura. De momento no pasarían el hambre que provoca un silencio espeso en aquella casucha con el suelo de tierra donde los muebles no son viejos ni nuevos, sino simplemente inexistentes. El padre, borracho de vino y deudas, estaba en la taberna cuando la niña se fue, sola y con una mano delante y la otra detrás, a la estación para coger el tren que la llevaría a la capital. Matilde la alcahueta le había prestado el dinero para el billete.

—¿Quieres decir que a pesar de pasar más de veinte años viudo jamás se le vio por aquí?

—Eso quiero decir, inspector. Me lo han dicho las veteranas. Y la dueña. Nunca estuvo el escultor por aquí. ¿Cómo quiere que se lo diga? Ya sé que no me cree, pero es la verdad.

La Roldana es un prodigio de perfección arquitectónica, como la definió Gil el día que la vio por primera vez en la casa. El viejo de las barbas pobladas no quiso tocarla. Sabía que Cranio andaba detrás de ella, y no quería pisarle el terreno al inspector. La dibujó con unos trazos ágiles como el vuelo lascivo de su pensamiento, y le regaló el apunte. La Roldana lo guardó celosamente en su ropero. Como si fuera un tesoro. Como si aquellas líneas onduladas resumieran la ligereza de su talle y la sensualidad de sus labios, el pretil de los pechos y la tersura de un vientre tan liso que parecía de cerámica. Los muslos eran vertiginosos, y se unían en esa cruz de la mujer donde confluyen todos los caminos del placer. Caderas pronunciadas pero contenidas. Una nebulosa negra era el cabello que caía con gracia sobre los hombros torneados por un alfarero que jamás podría repetir esa obra maestra. En los ojos, la noche circular y repetida.

—¿Nadie lo vio nunca por aquí?

—Nadie, inspector. Ya se lo he dicho.

Cranio sabe que Susillo se casó muy joven con una muchacha tísica, que tuvieron un hijo que se les murió muy pronto, y que la esposa del artista también murió al poco tiempo. Desde entonces hasta su segundo matrimonio pasaron muchos años. Tal vez demasiados.

—Tenga usted en cuenta que no volvió a casarse hasta que se le murieron su madre y su hermana. El dato no es baladí. —Cranio no recuerda quién lo dijo en el rincón de los místicos, si fue el periodista Guitard o si fue el nigromante Gil, el de las barbas verdes y los amuletos tintineantes, pero estaba seguro de que alguien lo dijo hace un momento, entre el aroma ácido del vino peleón mientras la noche empañaba los cristales que dan a la negrura de la calle.

La dueña aparece con una palangana de agua tibia. Se la lleva tras el gesto de Cranio. No ha ido para solazarse con la Roldana, sino para extraerle la información que necesita. En la pared, un crucifijo le da un aire extraño y solemne al dormitorio. Cranio medita. En su cabeza se agolpan preguntas, dudas, fechas. Necesita saber por qué se ha suicidado Susillo, aunque el caso esté judicialmente cerrado. Es una punzada que siente en lo más profundo de su profesionalidad. ¿Por qué se casó con una tísica? ¿Por qué no volvió a casarse hasta poco antes de su suicidio?

3

—Fue en el Palacio Real. Los rumores eran contradictorios. Al día siguiente sucedió lo mismo cuando leímos la prensa. Unos periódicos decían que los príncipes franceses habían entrado en Madrid entre un gentío que no cesaba de ovacionarles, de lanzar vítores y de homenajear a tan distinguidos personajes. —Latour quiere ser ecuánime y preciso.

El Heraldo, periódico afín al Gobierno, pintaba unas calles llenas de un gentío entregado al príncipe que llegaba a Madrid: «Los que, más atentos a la satisfacción de sus intereses bastardos que a la fama de nuestro país, esperaban ayer demostraciones imposibles, humillantes para nuestra civilización, impropias de las almas españolas, han sufrido un triste, pero elocuente desengaño. Si entre una concurrencia numerosa que se agolpaba ayer en la carrera seguida por los príncipes, hubiese habido un corazón bastante ciego por el espíritu de partido para insultar a los huéspedes augustos de nuestra reina, lo habría desarmado su gallarda presencia, y la actitud noble y respetuosa del pueblo habría ahogado en sus labios las palabras».

—Otros venían con la cara adusta, con el ánimo desencantado porque habían podido llegar hasta palacio sin rozarse con nadie. No había bullas. Todo era tan frío que se escuchaban los cascos de los caballos en la soledad de las calles. —Latour consigue ser preciso y ecuánime.

La noticia que aparece en El Clamor Público, el periódico del proscrito Partido Liberal, es tan escueta como directa: «Parece que entraron ayer los franceses que se esperaban, en medio de un frío y significativo silencio de los pocos que por curiosidad se hallaban en la carrera. Los agentes de la pública y secreta componían la concurrencia casi en su totalidad. Si en estas circunstancias no estuviera la imprenta sujeta a la previa censura, expresaríamos los vivos sentimientos que semejante suceso ha suscitado en nuestro corazón. Pero no siendo posible el hacerlo sin exponernos a que recojan el número, preferimos guardar silencio. Nuestros lectores suplirán con su buen juicio y patriotismo lo que nosotros callamos».

—Yo estaba nerviosa. Iba a encontrarme, por primera vez, con el hombre que sería mi marido. Me faltaban cuatro meses para cumplir los quince años. Al verlo me fijé en sus ojos. Me escudriñaron por dentro. Como si estuviera haciendo conmigo lo mismo que yo con él. Era más bien alto, aunque no tanto como su hermano Aumale. De cabello rubio, lo cual era algo en cierto modo exótico para nosotros. El color de su piel no era precisamente moreno, sino todo lo contrario. En los ojos se adivinaba cierta gracia. Aún no había caído sobre su mirada la gravedad

que le imprimieron los años. La boca no era grande, con un bigote que lo volvía más masculino aún, y que le hizo susurrar a mi hermana una frase que me provocó una sonrisa maligna: «Éste no es como el mío, Luisa». Me saludó de forma elegante. Se notaba que estaba acostumbrado a la vida refinada de una corte exquisita como la francesa. Al menos eso pensaba yo de Francia tras haber leído las cartas que mi madre me enviaba desde allí, o de haber escuchado las descripciones que nos hacía a mi hermana Isabel y a mí cuando regresó de París.

—Recuerdo perfectamente que no pudieron cruzar palabra alguna, Alteza. Eso preocupaba al duque. Me lo dijo varias veces durante el viaje desde París a Madrid. ¿Cómo voy a comunicarme con esa mademoiselle, Latour? Él pretendía conquistarla con su conversación. Aunque el matrimonio estuviera más que apalabrado y pactado, su vanidad masculina le provocaba esa necesidad de la conquista. Sin embargo, poco pudo hacer. Se limitaba a contemplarlos. Me confesó en privado que vuestra hermana hizo mucho para que Su Alteza le pareciera más bella aún. Y fue algo cruel cuando me deslizó aquella frase: «La reina parece la madre de mi prometida. ¿Tendré que llamarla suegra, o con mi prima María Cristina me basta y sobra?». Ya sabe cómo se las gastaba el duque. Además, las comparaciones siempre son odiosas. «De la que me he librado, Latour, de la que me he librado gracias al Tratado de Utrecht...». Se refería, evidentemente, a la reina.

—No sea usted malo, señor Latour. Aquellos días los periódicos describían al duque de Montpensier como un joven activo, buen jinete, culto y gran conversador. Recuerdo una noticia en la que se hacía hincapié en ello. Sostenía el periodista que la opinión del bello sexo era unánime ante la figura más que interesante del duque a caballo, lleno de gentileza, juventud y gracia.

—Pero eso es lo que decía El Herald, Cecilia. Algo lógico si tenemos en cuenta que era el periódico del Gobierno.

—Evidentemente, Alteza. No iba a ser El Clamor. Como escritora que soy, no tuve más remedio que imaginar el retrato literario del personaje. Porque al final, en este calderoniano teatro del mundo, todos somos máscaras destinadas a representar nuestro papel. Al leer que era un gran lector me lo imaginé en una nutrida biblioteca leyendo a los clásicos y a los enciclopedistas. Es curioso. Esa faceta del duque no la valoraron ni los unos ni los otros. Para el pueblo era un franchute; para el clero, un volteriano; y para los más ilustrados, un ambicioso que sólo quería poder y dinero a nuestra costa. Nadie empatizó con Montpensier cuando llegó, aunque algunos hablaran bien de él por el carácter adulator que nos lleva a salir en auxilio del vencedor.

—Es cierto, Cecilia. Yo era una niña y vivía ajena a esos movimientos, pero con el tiempo lo fui asimilando. Por mucho que disimulara en aquel primer encuentro, se le notaba nervioso. Era lógico. Nunca había estado en España. Nuestra boda había provocado, antes de su celebración, un conflicto internacional. En Francia su padre ya no estaba tan bien visto, ya no era aquella esperanza que llegó al trono como rey del pueblo. Sabía que tendría que ganarse una posición entre nosotros, y que eso sería difícil. El trono español no estaba tan asentado como decían nuestros agradaores. Mi hermana empezó a reinar demasiado joven, con trece años. Unos y otros tiraban hacia su lado con tanta fuerza que el país se podía desgarrar. Estaba nervioso, pero tan atractivo que me cautivó. No pudimos hablar antes de la boda. El duque no sabía español, ni lo entendía, aunque algunos periódicos dijeran lo contrario. Y yo no había aprendido casi nada de

francés, a pesar de mi tutor Argüelles. Sin embargo, el novio se las ingenió durante las visitas y los actos protocolarios que precedieron a las ceremonias para decirle a cada uno lo que quería escuchar: eso en España es imprescindible si se quiere llegar a algún sitio que no sea el de partida. Parece que lo estoy viendo cuando entré en el Salón de Embajadores. Iba a casarme con un desconocido. Han pasado cincuenta años de aquella tarde y aún recuerdo aquel día. Vestida de blanco, me enfrenté con su poderosa mirada. Había clavado sus pupilas en mis ojos. Estaba escudriñándome, como si quisiera saber lo que latía dentro de mi corazón.

4

El tiempo muerto. Así percibe la pintura que la rodea. La infanta no se somete a la trampa de la nostalgia y se enfrenta con los cuadros de Pharamond Blanchard que decoran el gabinete privado y los pasillos del palacio de San Telmo.

—Fíjense bien en esos cuadros y verán lo que queda de lo que pasó. Imágenes sueltas. Momentos pintados por un ilustrador a sueldo. Alguna crónica literaria o periodística. Y poco más.

—No es preciso que me lo diga, Alteza. Como escritora sé muy bien que es imposible recuperar el tiempo perdido, aunque hagamos un esfuerzo descomunal por buscarlo —esgrimió Cecilia Bhöl de Faber con la mirada perdida.

—Recuerdo cómo se pintaron estos cuadros. Yo mismo fui el encargado de contratar a su autor en París y de traerlo a Madrid —argumentó Latour con esa exactitud que siempre acompaña a los secretarios si lo son de verdad.

Cuando se casaron en 1846, el duque se trajo a varios pintores franceses para que cumplieran con su oficio de ilustrar un acontecimiento de semejante altura. Uno de ellos fue Pharamond Blanchard, que se alojó en la casa del librero francés monsieur Monnier en Madrid. El librero le cedió, además de una habitación con dos camas para compartirla con otro de los artistas que le acompañaron, una amplia estancia para que montara su taller durante los días de las bodas reales y las consiguientes celebraciones en Madrid.

Aquella mañana de octubre, algo fría pero sin llegar a ser desapacible, Blanchard estaba trabajando en el taller con Girardet y Gismain, los otros dos ilustradores que se había traído del duque de Montpensier de París. Planificaban los cuadros que deberían llevar a cabo para recoger aquel ambiente solemne y festivo al mismo tiempo.

—Tomaremos apuntes del natural durante las celebraciones y luego los pasaremos al lienzo en cuanto podamos, aquí en el taller. Lo principal es que la impresión no se vaya de nuestras retinas, que mantengamos intactos la luz y el ambiente. Ésa es la clave de una buena ilustración.

De repente se abrió la puerta. Era monsieur Monnier, que sonreía. Detrás de él, un tipo muy conocido en Francia. Su sonrisa mulata lo delataba. Allí estaba, contratado también por Montpensier. Minutos antes se había producido una situación curiosa. El viajero buscaba alojamiento por Madrid. No había hoteles que no estuvieran completos. Ni un hostel. Ni una

miserable pensión. Desesperado, el francés y su hijo se pusieron a preguntar por las casas particulares. Todo estaba ocupado. Quien disponía de una habitación, por pequeña e insalubre que fuese, ya la había alquilado. La gente dormiría donde fuere con tal de arrendar por unos días su propio dormitorio a los visitantes más o menos ilustres que acudían a las bodas reales.

Cuando estaba a punto de tirar la toalla y de disponerse a dormir en la calle, el ilustre visitante se topó con un cartel: «Monnier, libraire français». Tras el correspondiente grito de alegría llegó el razonamiento: era imposible que un compatriota le negara el alojamiento. Y más, si era un librero. Y si no, ya le ayudaría a encontrar algún lugar para dormir bajo techo. Al lado había una puerta acristalada con otro rótulo: «Casa de Baños».

—Al menos podremos asearnos, que buena falta nos hace —le dijo a su hijo y a los otros acompañantes que con él habían viajado desde París.

Entraron. Alrededor de un patio estaban las puertas de los cuartos de baño. En el centro, dos viejas y cinco gatos se calentaban alrededor de un brasero medio apagado.

—Por favor, ¿me pueden indicar cómo puedo encontrar al señor Monnier?

No hizo falta que las señoras le contestaran. Además, no tenían ganas de entablar conversación con el franchute. Se pusieron a gruñir. Los gatos hicieron lo propio. El ruido provocó que se abriera una ventana que daba al patio. Apareció una cabeza cubierta con un pañuelo. El rostro era afable. La camisa que llevaba, limpia.

—¿Qué sucede?

—Pasa algo muy sencillo, estimado monsieur Monnier. Mis compañeros y yo llevamos buscando alojamiento desde las dos de la madrugada, y es imposible encontrarlo. Como sigamos así nos veremos obligados a dormir en una tienda de lance después de habérsela comprado, claro está, a un general carlista jubilado. Acamparemos en la plaza de Alcalá y a dormir se ha dicho.

—Perdón, caballero. ¿Por qué me ha llamado Monnier? ¿Acaso nos conocemos de algo?

—Es evidente, querido amigo. Su nombre está escrito sobre la puerta. Y el mío también.

Monnier miró a aquel compatriota con una mezcla de sorpresa y de desconfianza.

—¿Su nombre está en mi puerta?

—Claro que sí. Baje y lo comprobamos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó inquisitivo monsieur Monnier.

—Alexandre Dumas.

5

—Cuando leí la crónica de Alexandre Dumas me quedé anonadada. ¿En qué ciudad estuvo ese insigne escritor? ¿Es cierto que anduvo por Madrid cuando nos casamos el duque y yo? Cualquiera lo diría...

—Tiene razón Su Alteza —asintió Cecilia Bhöl de Faber mientras sonreía levemente. A veces no valoramos a los escritores nuestros y adoramos a los franceses. No digo yo que Los tres mosqueteros o El conde de Montecristo sean malas novelas. Todo lo contrario. Pero ese extenso reportaje de Dumas sobre vuestra boda y la de su majestad la reina Isabel con don Francisco de Asís rebasa todos los límites de lo imaginable. Por no hablar de la descripción que hace posteriormente de la ciudad de Sevilla...

—De eso hablaremos otro día, Cecilia. Lo que me interesa ahora es recordar el día de mi boda. En la crónica de Dumas apenas se hace mención del acontecimiento. ¿Alguien podría explicármelo? —La infanta mira a Antoine de Latour, que no tiene más remedio que terciar en la conversación.

—Es cierto lo que decís, Alteza. Y doña Cecilia tiene toda la razón del mundo cuando se queja. Yo también he sido, con mi modesta pluma, cronista o reportero de esta maravillosa nación que se llama España. Y comprendo a Dumas en parte. Cuando un francés pone el pie en suelo español por vez primera se siente cegado por la luz. En Francia también luce el sol, como es natural, pero no es lo mismo. París es una ciudad sin color: el cielo suele ser gris y los edificios también lo son. Esto es diferente. Aquí los colores se gritan unos a otros, provocando una algarabía que puede cegarnos o dejarnos sordos de la vista. Dumas se encontró con un país donde cada región tenía su particular indumentaria. En Francia casi todo el mundo viste igual, siempre de acuerdo con su clase social, evidentemente. En España no es así. El valenciano muestra un colorido cobrizo, sus calzones son tan blancos como anchos, y calza alpargatas. El catalán, tan cercano en lo geográfico a su pariente el valenciano, camina con su bastón, que la policía mide para conocer su fortaleza y longitud; en la cabeza, un pañuelo atado por detrás y colgado en medio de la espalda. El manchego lleva la chaqueta parda, el cinturón rojo, el calzón corto, las medias de color, la corbata anudada al cuello como un aspa y la escopeta siempre enganchada al fuste de la silla. ¿Y el andaluz? Ese sombrero de bordes levantados y redondeados, adornado con dos pompones de seda; esa corbata color cereza; ese chaleco de vivos colores, ese traje abigarrado,

con los pantalones cortados a media pierna y las botas con bordados en cada costura y abiertas de un lado. Cada uno viste de forma diferente. O eso fue lo que vio Dumas hace medio siglo. Por eso concluyó que los hijos de las doce Españas consintieron formar un solo reino, pero jamás consentirán formar un solo pueblo.

—Esa diferencia es mucho más importante de lo que parece —subrayó la escritora. Modestamente he de decir que he dedicado buena parte de mi vida a la recopilación y al estudio del folklore, y ahí debo darle la razón a Alexandre Dumas. España es demasiado diversa para formar un reino que no se fragmente a las primeras de cambio, pero al final existen unos hechos objetivos que nos unen: la patria, la reina, la lengua, la religión católica...

—Eso nos unía, querida Cecilia. —La infanta piensa en voz alta—. Con mi padre en el trono se perdieron las Indias. Sólo nos quedaron algunos restos que están a punto de perderse antes de que muera este fatídico siglo. Y los españoles somos expertos en tirarnos los trastos a la cabeza. Incluido el trono. Cuando echamos a los franceses, perdón por la alusión, señor Latour, tuvimos la oportunidad de convertirnos en un reino unido. Pues fue al revés. Los liberales tiraron hacia un lado hasta hacerse progresistas, y los moderados hacia el otro hasta confundirse con los absolutistas. Por no hablar de mis «queridos» carlistas, siempre atentos a dividir el reino que dicen amar con todas sus fuerzas. Os lo digo sinceramente: no sé cómo hemos llegado vivos y juntos hasta el día de hoy...

—Tiene usted más razón que una santa —aduló Cecilia.

—A mí, como francés, también me sorprende esa tendencia española a la destrucción interna. A Dumas le sorprendió tanto que recogió una frase que lo dice todo. No la recuerdo de memoria, pero viene a decir más o menos lo siguiente: los españoles son capaces de montar una insurrección de un día para otro, pero todavía no han hecho una revolución.

—Eso lo diría antes de 1868 —argumentó la infanta.

—Cierto. Pero ahora estamos hablando 1846, y si Su Alteza me lo permite, le explicaré por qué le sorprendió tanto aquella España a mi colega Dumas. —Sonrió Latour con esa gentileza reservada a los caballeros que nunca dejarán de serlo.

6

El mismo Blanchard que pintaría la blancura inocente del traje de novia de la infanta María Luisa cogió, un día antes de la boda, un trozo de blanco de España y trazó una línea en el suelo de la estancia que monsieur Monnier les había alquilado como taller a él y a sus colegas Girardet y Gisnain. Esa línea marcaba el tercio de la superficie compartida que se quedarían los artistas para trabajar. Los otros dos tercios serían para el alojamiento de Dumas, su hijo, el pintor Boulanger y el sirviente Maquet. Los saludos entre Dumas y Blanchard fueron efusivos, alegres, sinceros. El librero Monnier le prometió a Dumas que a lo largo del día le amueblaría los dos tercios que le correspondían, y así fue para sorpresa y maravilla del escritor francés. En menos de una hora ya tenía una cama, una mesa y cuatro sillas. Al menos algo funcionaba en aquel país donde el primer desayuno fue una verdadera odisea: una taza de chocolate mendigada más que pedida a un ventero que fumaba un puro y que ni siquiera miró a los viajeros que entraron en su establecimiento. Allí probó Dumas los azucarillos.

—A pesar del aspecto horrible, reconozco que me gustan...

Mientras Blanchard preparaba el material donde quedarían registradas sus inmediatas impresiones de las bodas reales y de las fiestas y regocijos que se preparaban en la capital de España, Dumas y compañía fueron a la fronteriza Casa de Baños para darse el merecido homenaje tras recorrer sesenta leguas en tren, ciento cuarenta en diligencia y doscientas leguas en coche estafeta. El baño fue relajante y los dejó nuevos. Tan nuevos y tan relajados como hambrientos. Comer en España no es lo mismo que comer en París, se lamentaba Dumas a cada momento. Recorrer la capital de Francia en coche es encontrar, a los dos lados del camino, un sinfín de cafés decorados de forma exquisita, con los cristales alumbrados por lámparas que crean un ambiente acogedor en su interior. Si se pasea por una ciudad, los ojos se encontrarán con las vitrinas de los restaurantes que muestran al exterior lo mejor de sus irresistibles viandas. En España no sucede esto.

Comer en una venta perdida es algo más que una desagradable aventura. A veces es un imposible. No se sabe qué es peor, si el ventero o la comida. En Madrid la cosa cambia, y Dumas lo comprobó cuando fueron a cenar a Lhardy, el restaurante que le recomendó el librero Monnier. El cronista francés echó mano de la ironía.

—En Italia, como se come mal, los buenos restaurantes son los franceses; en España, como no

se come nada, los buenos restaurantes son italianos.

En Lhardy cenaron Dumas y sus tres mosqueteros. Volvieron a servirles lo mismo que habían comido en Vitoria y que les había sorprendido: en un país donde se come poco y mal es excitante encontrarse con una cena compuesta por tres platos deliciosos. De primero, una sopa de azafrán que hizo las delicias del escritor hasta el punto de comentar con sus acompañantes que era de las mejores que había comido en su vida. Después llegaron los garbanzos, desconocidos para los franceses hasta el momento. Dumas los encontró raros, pero comestibles.

—Os podía contar por qué llamaban Cicerón a Cicerón, es algo relativo a una verruga que tenía en la nariz con forma de garbanzo, pero no quiero ser pedante.

—Es mejor así, padre, usted se calla por una vez en su vida y nosotros disfrutamos de la comida.

—¡Criar un hijo y traerlo a Madrid para esto! ¿Habrás visto mayor desvergüenza? —Todos rieron y continuaron dando buena cuenta de una cena que no era precisamente ligera.

Para rematar la faena, como diría Cúchares, el puchero. Ante los ojos de los franceses apareció una fuente de loza donde relucía una mezcla de vaca, cordero, gallina, chorizo, tocino, jamón, tomates, col y azafrán. Era un bodegón barroco y horizontal. Una fiesta para los ojos y para el olfato que en poco tiempo se convertiría en una orgía para el paladar. Un reloj de péndulo rompió el silencio que se masticaba. Faltaban veintinueve horas y media para las bodas reales y el cronista que se había traído el duque de Montpensier desde París sólo estaba atento a la comida. Aun así pudo recordar la anécdota que le sucedió en Vitoria, cuando una posadera lo sorprendió después de que Dumas le pidiera dos huevos pasados por agua.

—¿El señor quiere los huevos de monje o los huevos laicos?

—¿Qué diferencia hay entre ellos, mademoiselle? —preguntó Dumas con tanto interés como incredulidad.

—Un par de huevos de monje se compone de tres huevos, y un par de huevos laicos, de dos.

Los privilegios de los que disfrutaba la Iglesia antes de la desamortización se quedaron fosilizados en el habla popular. Y el pueblo fue el verdadero protagonista de aquellas bodas que Blanchard empezaría a pintar en la misma librería francesa donde Dumas revisaba las notas que tomaba en las calles atestadas de gente.

Blanchard se situó virtualmente detrás del oficiante, a la izquierda del patriarca de las Indias, monseñor Bonel y Orbe. Ritual romano. Escondido entre los leones de bronce dorado que Velázquez se trajo de su segundo viaje a Italia, cuando fue a comprar obras de arte para decorar el Salón de los Espejos del antiguo Real Alcázar donde residía Felipe IV. Cada león apoya una garra sobre una bola caliza de color rojizo. El pintor, que en este caso no es de cámara como lo fue Velázquez, ni llegará a un cargo tan importante como el de aposentador real, ha pintado en su estudio improvisado el cuadro que ahora está viendo. Es la belleza de la mentira. Es el encanto de la ilustración. Blanchard abre el enfoque, el ángulo, el punto de vista. Blanchard abre el salón en una perspectiva imposible, como si estuviera mucho más lejos que la pared que cierra la estancia. Así el cuadro parece más real. Paradojas de la pintura. Blanchard ya ha pintado las estatuas que adornan el salón. También las trajo Velázquez. Son obras de discípulos de Bernini donde se nota la influencia del escultor italiano. Para darle más realismo al cuadro, Blanchard asiste a las bodas. Va de acá para allá. Con discreción. Sin hacerse notar. En la mano izquierda lleva un cuaderno. Esboza algunos detalles con trazo velocísimo. Como buen ilustrador, Blanchard sabe que la realidad es un espejismo, una ilusión. Y viceversa.

La boda se celebra a altas horas de la noche. Montpensier se indignó al leer la reseña del Times, que aprovecha esa circunstancia para criticar el acontecimiento. Los británicos están molestos por el engaño. El pacto no contemplaba esta posibilidad de las bodas paralelas. Y el periódico londinense se emplea a fondo, como recoge la prensa española. «Los vergonzosos detalles del crimen, las violencias nocturnas ejercidas sobre las infortunadas princesas, el secreto, lo repentino del golpe, la elección de la hora, a la media noche, cosas todas que constituyen en sí mismas un insulto especial a los gobiernos representativos y al espíritu constitucional de la Europa, el notorio disgusto de la nación española..., etc. etc... hacen evidente que en la combinación del doble enlace español se ha cometido con toda intención un ultraje contra la Inglaterra».

Aquel Real Alcázar que ocupó Felipe IV ardió, y en su solar se construyó el Palacio Real donde se celebran las bodas de la reina Isabel II y de la infanta de España doña María Luisa Fernanda de Borbón. Son las diez y media de la noche del día 10 de octubre de 1846. La reina cumple dieciséis años. Su hermana, que le besa la mano antes de la ceremonia, aún no tiene

quince. Blanchard toma notas de forma rápida y precisa, pero sólo puede registrar lo que ve desde su posición.

A Isabel le pasa lo mismo que a su cuñado. No puede apartar el debate de su cabeza. Tiempos paralelos, como las bodas. Incrustada en el presente de la boda, su mente recuerda lo que publica la prensa española ese día de octubre. Le duele leer esas infamias, y así lo siente a estas horas de la noche, en el Palacio Real, vestida de reina y de novia al mismo tiempo.

«Es indudable que la reina Isabel experimenta la más grande, la más justa repugnancia hacia su futuro esposo, y que sólo forzada y derramando lágrimas amargas ha renunciado a la dicha de toda su vida. En esta crisis terrible no ha tenido siquiera una noche para reflexionar... Dícese muchas cosas sobre el duque de Cádiz, y ya no cabe duda de que una de ellas ha sido la base de los cálculos del Gobierno francés. Una alusión más clara ofendería la delicadeza de nuestros lectores... Dos casamientos, el segundo de los cuales es considerado como una baja especulación, como el resultado cierto y desgraciado del primero, unos consentimientos arrancados a dos niñas, a altas horas de la noche, por una invasión repentina de los ministros y embajadores, a los que Cristina había abierto las puertas del palacio, son cosas tan miserables, que habría sido casi un pecado esperarlas y ponerse en guardia contra ellas».

Manos mal que el ilustrador francés no segregara esa mala baba. Como Blanchard está detrás del patriarca de las Indias, no puede pintar el frontal del pequeño altar que se ha montado para la ceremonia. Lo preside la Virgen del Olvido, del Triunfo y de las Misericordias: las advocaciones no pueden ser más premonitorias...

Blanchard es un especialista en estas lides. Por eso se lo trajo Montpensier desde París.

—Monsieur Blanchard, como bien sabéis me casaré dentro de dos semanas con la infanta de España. Quiero que semejante acontecimiento quede grabado, o mejor dicho pintado, en unos lienzos que dejen el testimonio necesario para la posteridad. Como siempre, quiero que esa tarea la cumpla el mejor ilustrador que hay en París. Y ese ilustrador es usted, monsieur Blanchard.

El pintor no se hizo mucho de rogar, sobre todo cuando el benjamín de Luis Felipe le habló con números. La reina ocupa el sitio del trono tocada con una diadema de brillantes. Ése será el centro del cuadro. A su derecha, la reina madre, embarazada de siete meses aunque en el cuadro aparezca con un talle similar al de sus hijas: el arreglo pictórico está incluido en la gama de los mejores milagros que pueda llevar a cabo un ser humano, aun sin estar tocado por el aura de la santidad. Junto a ella, don Francisco de Asís muestra un rostro sonrosado. Lleva el pelito rizado. Va vestido de capitán general con pantalón blanco y galón de oro.

—El rey consorte parece que va a hacer la primera comunión...

—No sea mala, y cállese esas cosas, que después todo se sabe.

—Yo soy más radical. Si no quieres que algo se sepa en la corte, no lo pienses...

La infanta está situada a la izquierda de la reina. Se inclina para besarle la mano: así se distingue perfectamente cuál de las dos es más importante. Montpensier, situado junto a su novia, luce el uniforme de mariscal de Francia, con calzón ceñido y botas de montar: lo de ceñido y el montar también era premonitorio. A su izquierda, su hermano el duque de Aumale, que ejerce de padrino. La infanta es una joven ocho años menor que el novio. Morena de cara y de pelo, alta y de hermoso y proporcionado talle, más esbelta que su hermana, algo rechoncha y regordeta.

—Yo siempre he visto a Luis Fernanda más tímida y reservada que Isabel. Y muy religiosa...

—Dicen que es demasiado religiosa, tirando a beatona y mojigata.

—Las malas lenguas son así. Yo la he visto bailar y toca muy bien las castañuelas.

—Y el piano también se le da bien, pero ahora vamos a guardar silencio, que nos pueden escuchar las estatuas o los leones...

El carboncillo viaja a la velocidad de la luz mientras permanece en esa penumbra discreta del fondo del Salón del Trono, vulgo de Embajadores. La luz que cae de una inmensa lámpara con forma de araña que está allí desde la época de Carlos III, antecesor de los cuatro contrayentes, de los padrinos y de la madrina: los borbones eran una gran familia que dominaba buena parte de Europa. La araña de plata está adornada con cuentas de cristal de roca tallado, engarzadas a su vez con hilos que también son de plata. Esa luz le servirá a Blanchard para situar el motivo central del cuadro. Esa luz cenital realza los vestidos blanquísimos de la reina y de la infanta, así como el de la madrina de ambas contrayentes. La reina madre María Cristina está lozana y fresca.

—Entre su marido Fernando VII, al que Dios tenga en su gloria aunque no se la merezca, y el duque de Riánsares le han hecho diez barrigas, y ahí la tiene, más guapa que su hija Isabel...

—Calle, calle, que pueden oírnos y no es plan de que nos tachen de murmuradoras en un acto tan solemne como éste.

La ceremonia se celebró bajo la bóveda donde se contempla la alegoría que pintó Tiépolo y que bien representa lo que su propio nombre indica, La grandeza de la monarquía española. Pintura dieciochesca de pincel suelto cuyo ampuloso lema contrasta con la escena que se vive en ese presente que el pintor quiere apresar con la rapidez del carboncillo. Toda esa grandeza se condensó en un «sí, quiero» que apenas pudieron escuchar los selectos invitados a un acto que entraría a formar parte de la historia de España y de Europa. Ese imperceptible «sí, quiero» salió de los labios de una reina joven que tuvo que casarse por obligación con su primo Francisco de Asís. El inminente rey consorte adelanta la pierna derecha y deja caer la cadera, como si estuviera posando.

Su esposa lo recibe con dos palabras que no pueden escuchar los asistentes. En ese momento pasó por la cabeza de Isabel la figura de ese Coburgo alto, masculino, rubio y atractivo, deseable en la cámara y en el tálamo. Un hombre del que podría haber presumido y disfrutado. Pero las razones o las sinrazones de los Estados impidieron aquella boda.

—La culpa de todo la tienen María Cristina y su hermana, se creen que España es suya y que pueden repartírsela casando a sus hijos para que todo quede en la familia.

—No hable así, que al final nos van a escuchar más a nosotras que a la reina. Y dé gracias a Dios. Lo único que hubiera faltado es que Luisa Fernanda se hubiera casado con el infante don Enrique, el hermano de Francisco de Asís. Entonces los lazos familiares habrían sido totales y absolutos. Dos hermanos casados con dos hermanas que son a su vez primas hermanas de los susodichos hermanos. ¿Se imagina eso?

—Imagino cosas peores, pero éste no es el momento de murmurar.

8

El inspector Cranio regresó a El Rinconcillo para reunirse con los místicos. Necesitaba información.

—¿Y Guitard?

—Se ha ido, pero volverá algún día de éstos. El telégrafo, ese invento del diablo, no da tregua. Ha ido a telegrafiar la noticia de la muerte de Susillo para el periódico de Madrid. Aquí se sabe todo, pero en la Villa y Corte no tienen ni idea de lo que ha pasado. Mañana saldrá la noticia. Y se enterará toda España.

Cranio pidió vino tinto. No soportaba el sabor peleón del blanco. Tampoco es que el tinto fuera una maravilla para el paladar, pero lo encontraba más pasable. En la mesa de mármol, un papel de estraza con tiras de bacalao salado. En la mente del inspector, una duda que podrían resolverle los místicos del rincón de la taberna.

—No sé qué decirle, inspector. Susillo siempre fue un tipo raro. En esta ciudad los hay a patadas. Yo mismo me considero así. —Leal es un erudito comprometido con el patrimonio de la ciudad que se está perdiendo, ha denunciado el derribo de las puertas y las murallas a pesar de que lo tildaran de reaccionario por oponerse a semejante idea progresista que iba en consonancia con la higiene y con el curso de los tiempos.

—Yo creo que estaba poseído por la Maldición, así, con mayúscula, y cuando digo la Maldición todo el mundo sabe a qué me estoy refiriendo.

—Explíquese, Gil.

—No hace falta que me sumerja en las aguas de la hermenéutica, inspector. Usted sabe perfectamente de qué estamos hablando.

—Voy a decirles una cosa. Estoy hasta la coronilla de esa manía, de esa forma de darlo todo por sentado, como si en esta puñetera ciudad todo el mundo lo supiera todo y no hiciera falta investigar nada, ni contrastar datos, ni someter los indicios a las pruebas que pueden elevarlos a la categoría de verdad. —Cranio estaba molesto, aunque su tono de voz siguiera siendo el mismo de siempre, comedido y educado.

—No se ofenda, inspector. Cuando hablo de la Maldición usted sabe a qué familia y a qué lugar me estoy refiriendo. —Gil sonrío tras vaciar su vaso de vino tinto, no ha tocado el bacalao seco que le sirve Leal para que le entren más ganas de beber vino.

—Como escéptico y racionalista me resisto en creer en maldiciones, pero en este caso le doy la razón, valga la paradoja, a maese Gil. Por lo que he visto hasta ahora, Susillo estaba maldito. Y creo que sus últimas obras sirvieron para acrecentar esa Maldición con mayúscula que esta noche se ha materializado hasta el extremo.

Cranio empezó a recomponer las piezas del mosaico en su cabeza, aunque sus pensamientos empezaron a teñirse de lujuria con el vino y con el recuerdo de la Roldana. Había dejado a la muchacha en la casa sin tocarla. La euforia provocada por el tinto empezó a despertar sus afanes más libidinosos. Se levantó y cogió su abrigo.

—Señores, ahora vuelvo.

CAPÍTULO 5

NOCHE DE BODAS

1

El domingo 11 de octubre amaneció soleado. Al mediodía se celebró la tradicional misa de velaciones en la iglesia de Atocha. Todavía no la había declarado basílica menor el papa Pío IX. Felipe IV había declarado a la Virgen de Atocha protectora de la familia real, patrona de Madrid y de todos los reinos. Esta ceremonia de las velaciones era muy antigua y servía para dar solemnidad al matrimonio. En los asientos esperaban, impacientes, los invitados que se sentían unos privilegiados por acudir a esta celebración.

—¿No ha notado usted la ausencia en el lugar reservado al cuerpo diplomático?

—Claro que la he notado. Al entrar en la basílica no se hablaba de otra cosa. Fíjese en los embajadores. Hablan en voz baja para no ponerse en evidencia, pero no somos tontas ni usted ni yo.

—Están hablando del embajador inglés, que no ha venido. Cuentan que la reina Victoria tiene un enfado monumental, y que le ha escrito una carta a la reina María Amalia de Francia, a la madre de Montpensier, donde se ha despachado a gusto.

—Pues eso es muy raro, que la reina de Inglaterra le escriba a la reina consorte de Francia.

—Es que estas bodas son muy raras.

—Raro es el marido de la reina. Nos va a dar gloriosas tardes de gloria.

—¡Qué nos gusta el ejercicio sistemático de la murmuración!

—Y que usted lo diga. Somos nobles y viejas, no servimos para otra cosa. Y ahora dígame si no es raro el muchacho.

—Más que raro, rarito...

—Al final usted es más mala que yo, jejeje...

—Es mejor que nos calleemos, la misa de velaciones va a empezar.

—Y el embajador inglés ha faltado a la ceremonia con puntualidad británica...

Se hizo un silencio solemne, de incienso y velas encendidas, de latines y sochantres. Las novias aparecieron con las cabezas cubiertas por sendos velos que a su vez caían sobre los hombros de sus respectivos novios.

—A don Francisco de Asís le sienta mejor el velo que a la reina...

—No siga con sus maldades que nos van a tomar por locas.

Este rito marcaba el punto final de la virginidad de la novia. Era costumbre, aunque no fuera

obligatorio, que la recién desposada se entregase al marido después de haberse velado.

—Yo creo que la reina se va a quedar con las ganas.

—¿Usted nada más?

Frente al altar, bajo la Virgen diminuta y sin policromar de Atocha, se hallaban colocados los sillones para la reina y su augusto esposo, para la reina madre, para el infante don Francisco de Paula, la infanta Lusía Fernanda, el duque de Aumale y las dos jóvenes hijas del infante don Francisco de Paula. Enrique no fue. Lugares reservados para autoridades, militares, cuerpo colegiado de la nobleza, diplomáticos, damas de compañía, gentiles hombres de casa y boca.

A las dos de la tarde el patriarca de las Indias pronunció la bendición nupcial. La infanta María Luisa Fernanda de Borbón y el duque de Montpensier, don Antonio de Orleans, ya eran definitivamente marido y mujer. O viceversa, que sería más apropiado. Ahora los esperaba el pueblo, ese sujeto que en realidad era el producto idealizado de la cosmovisión romántica. Los pintores que vinieron con Blanchard se apostaron en la calle de la Montera para esbozar la imagen del paso de los duques de Montpensier por esa vía tan castiza de Madrid. Allí recogieron el gentío que se agrupaba en la calle, los soldados apretadísimos en la primera fila para que nadie pudiera impedir el paso del cortejo, los inevitables chulos que caminaban delante de los caballos y que le darían un toque costumbrista al cuadro. En los balcones no se cabía de gente. Lo de menos era el retrato de los recién casados, que apenas se pueden distinguir en medio del tumulto y el revuelo. Había que dar una imagen: el pueblo se había echado a la calle para aclamar a los duques de Montpensier.

Esa imagen la recogió Dumas en su cuaderno y en su memoria. Luego la desarrolló en unas crónicas hinchadas, rebosantes, exageradísimas. El cronista francés vio al duque en ese momento como el hombre más feliz del mundo. Estaba encantador el día de la boda, algo habitual en él. Se las arregló para decirle a cada uno lo que quería escuchar. De su boca sólo salían palabras agradables, sintagmas que hacían las delicias de los que escuchaban esas frases llenas de halagos. Ya se sabe que el halago debilita, sobre todo para el que ya es débil y necesita que lo refuercen en su debilidad. El duque era un maestro en el arte de adular, y eso que todavía era joven. Esto último sorprendió a los franceses que acompañaban a Dumas. ¿Cómo es posible que un príncipe tan joven sea capaz de embaucar a sus interlocutores con tanta facilidad? El ingenio se hincha con el aire de la felicidad. Ahí estaba la clave. De la infanta María Luisa Fernanda no escribió casi nada. Y de las ceremonias, menos todavía.

—Dumas se fue a la calle y se quedó ahí, Alteza. —Latour sonrío con franqueza, sin dobles intenciones—. Eso lo explica todo. Ya os lo dije antes. Se deslumbró con el colorido de Madrid. A los españoles les falta perspectiva para conocerse a sí mismos. Madrid era un estallido de colores, de sonidos, de músicas, de fuegos de artificio, de luminarias que encendían la ciudad cada noche. Fueron días explosivos, y Dumas lo registró todo con ese afán por lo exótico que nos anima a los franceses a conocer España. Esto no es Europa, algo que no es ni bueno ni malo en sí mismo. Cuando llegué aquí, España me recordó al norte de África, a las expediciones militares en las que me enrolé para acompañar al duque de Montpensier, que iba como militar al servicio del ejército francés que mandaba su padre, el rey Luis Felipe, y que logró ascensos más que merecidos por su valor y su arrojo. España siempre me pareció el norte de África, y no el sur de

Europa. Y a Dumas le ocurrió lo mismo. Por eso no le interesaban las bodas reales, ceremonias más o menos calcadas de las que se celebran en otros países europeos. Al escritor, al cronista le interesaba lo que no existe en Francia ni en el resto de Europa: esa fiesta donde la muerte es un motivo para al jolgorio y la alegría.

Latour recuerda un suelto de la prensa de aquellos días. «Un morito. El famoso novelista francés Mr. Alejandro Dumas ha traído un morito de paje, que anda por las calles vestido de Otelo. Este nuevo personaje llamó ayer la atención en el paseo de Atocha. Bueno es que los españoles nos vayamos acostumbrando a estas y otras importaciones que nos han de venir del vecino reino». Dumas se trajo un morito al país donde los viajeros franceses como Latour buscaban los ancestros árabes en la cal y el azulejo, en la fuente y la acequia. Paradojas de un destino que aún estaba por escribirse.

2

La ceremonia había concluido cuando llegó al periódico sofocado, tenía prisa por escribir lo que había visto y no podía permitirse el lujo de perderse los detalles que aún latían en sus retinas. La escritura es un bucle del tiempo. Se escribe lo que ya ha pasado. Los tiempos se confunden en el reflujo de la memoria. Se sentó a la mesa, el recado de escribir preparado, la memoria hirviendo en el fanal de su cerebro.

A las diez de la mañana ya estaban formadas las tropas, la infantería desde palacio hasta el paseo del Prado, la artillería en las Delicias, la caballería hasta el mismo santuario de Atocha. El sol brillaba en el uniforme de los coraceros. Los invitados acudían en elegantes carruajes y lujosos trenes. A las once y media, el estampido del cañón anunció la salida del palacio del regio séquito. Al principio, los clarines y timbales de las reales caballerías, los coches a seis mulas llevando dentro ocho gentiles hombres de casa y boca, más coches con mayordomos, catorce coches de gala con la grandeza de España, con ricos adornos que en ellos se distinguían, el brío de los caballos, de las mejores castas de Europa, cubiertos de magníficos arneses, con penachos encarnados, azules, blancos y de otros colores, y servidos por lacayos lujosamente ataviados. Destacaba el que llevaba al duque de Riánsares, vestido de maestrante de Granada con el toisón.

El duque de Riánsares estaba haciendo sus pinitos en el mundillo de las influencias, en esos mentideros de los despachos y las covachuelas donde se cuece el caldo gordo del poder. Haberle hecho ocho barrigas, ocho, a la reina gobernadora es un trabajo que se cobra con sustanciosos dividendos. Pero el cronista de la ceremonia de las velaciones no podía escribir eso, porque eso era la verdad. Y muchísimo menos en un día como el de hoy. Se levantó, se sirvió un vaso de agua, hacía un poco de bochorno. Volvió a sentarse para seguir trazando la crónica de aquella mañana histórica.

Coches con los títulos de Valencia, Medinaceli, Abrantes, Osuna, Veragua, Altamira, Cervellón...

Detrás, los coches con los mayordomos de semana y los gentiles hombres de servicio, con el primer caballero de S.M., otro con los jefes de cuarto de S.M. la Reina Madre, otro tirado por seis bellísimos caballos llevaba brillantes penachos, con las camareras y damas de guardia, y otro con los jefes de palacio. En el penúltimo de éstos se veía a la señora marquesa de Santa Cruz y otras señoras de la servidumbre. El último de este grupo iba tirado por seis caballos bayos, y

llevaba al duque de Híjar, al conde de Santa Coloma y a otros altos empleados de palacio.

¿Cuánto le costaba todo aquello al pueblo que presenciaba el espectáculo? Las calles no estaban atestadas de gente. La monarquía había sufrido varios reveses por culpa de las mentiras de Fernando VII y de los engaños de la reina madre. Ese mismo pueblo había aplaudido la Regencia de Espartero antes de expulsarlo. Y ahora se veía en manos de una Reina demasiado joven, demasiado caprichosa, demasiado voluble. El papel del rey consorte era fundamental. En la redacción del periódico eran mayoría los que afirmaban que España necesitaba un hombre culto e ilustrado al lado de Isabelita, porque una muchacha así no podía regir los destinos de la nación en momentos tan complicados. Desde la Reina Católica no había reinado ninguna mujer en España, y menos una chiquilla como la esposa del rey Paquito. Un desastre. Dejó los pensamientos a un lado y siguió con la narración.

El coche de etiqueta tirado por cuatro caballos, y con las armas de Francia, llevaba al embajador Bresson, aunque quien llamaba la atención no era él, sino su esposa: el color rosa del traje contrastaba suavemente con la blancura de su manto de armiño.

Bresson el conspirador, la mano derecha de Guizot, el embajador que engañó a los ingleses y que manejó los hilos de este teatrillo de títeres en el Madrid que treinta años antes habían ocupado los franceses. Bresson, ese personaje...

Tras él, el coche del duque de Aumale tirado por seis lindos caballos tigres de la casta de Aranjuez con penachos encarnados y azules, llevando al lado un caballerizo de campo, oficial y la escolta correspondiente. Precedido por otros dos batidores seguía el carruaje del infante D. Francisco de Paula. A continuación, el coche de SAR la Serenísima Señora Infanta. Seis caballos del color de las perlas con penachos blancos. Iba acompañada por el duque de Montpensier, vestido de uniforme y con el toisón y el gran cordón de la Legión de Honor.

Bresson había conseguido que el duque de Montpensier se casase con la infanta Luisa Fernanda al mismo tiempo que lo hacía la reina con su primo Paquito. La reina Victoria estará hoy con un humor de perros. España en el disparadero. «Un franchute nos ha ganado una vez más la partida», se decía mientras repasaba las notas y recordaba el tenso periodo de negociaciones que cristalizaron en estos matrimonios. Había que encajar muchas piezas: los equilibrios entre las potencias europeas, los intereses de la casa de Borbón, las ambiciones de la reina madre, y el gusto particular de la reina hija, que tendría que entregarse en los brazos de un hombre que debería ser un pilar fundamental para la Corona. Al final, Paquito. Otra vez la misma frase en la mente del periodista. Qué desastre...

Cuatro batidores y el correo a caballo con su escolta correspondiente precedían el coche de S.M. la Reina Madre, de gran magnificencia, tirado por ocho caballos blancos con penachos azules. La reina María Cristina vestía un riquísimo traje de color carmesí, y al estribo de su coche marchaba el general Fulgoso, gobernador militar de Madrid. El sol brillaba en los relieves de oro que se destacaban sobre la caoba del coche de respeto de S.M. la Reina. Precedido de cuatro batidores, correos y lacayos, apareció por fin el coche de la reina y de su esposo, conducido por ocho caballos de color castaño claro, con penachos blancos, que llevaban sobre la testera la dorada corona de los dos mundos. Tanto Isabel como Luisa Fernanda lucían riquísimos trajes de brocado blanco y velos de enoage. El infante don Francisco de Asís llevaba el gran uniforme de

capitán general de los ejércitos. Cerraban el cortejo el capitán general, generales y plana mayor, palafreneros de servicio y algunas mitades de coraceros y Guardia Civil de caballería.

No había entusiasmo en la calle. No se palpaba esa alegría que caracteriza a los pueblos que se identifican con sus reyes o con sus reinas. Todo era demasiado frío. Dio con la palabra clave: el pueblo era un simple espectador. Exactamente lo que habían querido que fuese estos nostálgicos del absolutismo que se habían entregado al liberalismo por una cuestión de intereses estratégicos: así contaban con apoyos políticos para cegar la vía del infante don Carlos. Eso era todo. En el rostro del cronista se dibujó una mueca que se parecía demasiado a la sombra que proyecta el escepticismo.

En el templo se centraron las miradas, ya por sus lujosos trajes o por su posición política, en los duques de Medinaceli y de Abrantes, en el señor Pacheco y en el ilustre Quintana. Objeto de devoción fue el venerable duque de Bailén, encorvado por el peso de los años y por la gloria.

También estaban allí el general Serrano, apuesto y elegante como nunca, y el escritor Alexandre Dumas. Era más de la una y media cuando S.M. traspasó el pórtico del templo. El patriarca bendijo las arras y los anillos. Cada uno se lo puso en el dedo de la otra, y viceversa. Nadie se equivocó de dedo ni de anillo.

Dudó a la hora de escribir un párrafo parecido a éste: «En la entrega de las arras, un veterano vio cómo una lágrima con forma de brillante caía por una de las mejillas de la reina. También se percató del rostro grave que lucían la infanta y Montpensier a la salida del templo». Que censuren otros, se dijo, y lo incluyó en la crónica. Ya sólo le faltaba rematarla antes de entregársela al director.

Después de la ceremonia de las arras y de las oraciones que elevó el patriarca, empezó la misa. Durante la epístola, el patriarca entregó a SS.MM. y AA., arrodillados junto al altar, las velas encendidas, el velo y yugo conyugal. «Compañera doy a V.M. Y no sierva: ámela V.M. como Cristo ama a la Iglesia», le dijo el patriarca al rey Francisco de Asís ante la mirada de Isabel. Luego hizo lo mismo con ella y con la otra pareja. Serían las tres de la tarde cuando en medio del estruendo del cañón, de los ecos de la marcha real y de las aclamaciones del pueblo, salía la regia comitiva del templo de Nuestra Señora de Atocha, volviendo a palacio por la misma carrera, donde se apiñaban una multitud inmensa y un número increíble de carruajes. Al pasar por el Prado, las comparsas vestidas con trajes de diferentes provincias rompieron sus danzas, acompañándolas hasta palacio un séquito numerosísimo del pueblo.

A esa hora indecisa de la tarde, el pueblo festejaba el día a su manera, con las corridas de toros que se sucedían sin parar en el coso de la calle de Alcalá o en la plaza Mayor. Terminó la crónica y la leyó en silencio. Miró por la ventana para relajarse. Como un anuncio o una premonición, el sol había caído sobre los tejados de Madrid.

3

Alexandre Dumas se las arregla para vivir y para escribir al mismo tiempo. Vivir para contarlo. Toma notas y abre los ojos. En la calle de Alcalá se encontró, en medio del bullicio que iba de una corrida de toros a otra corrida de toros, a Giraud y Desbarolles, dos pintores viajeros que se enteraron en Sevilla de las bodas y se fueron andando a Madrid. Caminaban con un galgo que al principio iba delante, luego al lado, más tarde detrás, hasta que tuvieron que cogerlo en brazos. Murió y lo enterraron. Iban vestidos a la andaluza: sombrero de bordes levantados en forma de tortuga y con dos pompones superpuestos; la chaquetilla bordada, el chaleco resplandeciente, el cinturón rojo, el pantalón corto, las antiparas bordadas y la manta andaluza.

Ante un puesto de fritanga, humo de aceite y olor rancio, instalado muy cerca de la fuente de la Cibeles, Dumas reflexiona sobre uno de sus temas predilectos como cronista. Su hijo tiene que aguantar el chaparrón.

—Los españoles comen mal porque quieren. Si se agachan cogen fresas, y si se empinan, cogen esas naranjas que despiden sobre los paseantes su orbe perfumado, o esas granadas que al estallar como un corazón demasiado lleno hacen que sobre la frente del viajero lluevan rubíes. Las más hermosas hortalizas crecen sin que nadie las cuide, y los frutos más sabrosos maduran sin que nadie los cultive. Y si no, ahí está la caza. España es la tierra prometida para los cazadores, aunque luego estropeen las perdices metiéndolas en escabeche.

Aquella tarde, después de la misa de las velaciones, Dumas visitó a dos amigos que llevaban el señorío marcado en su personalidad. Roca de Togores era poeta de primera fila y uno de los hombres con más talento de España. El duque de Osuna era el propietario de unas tierras donde habitaban bandoleros que en cierto modo le debían obediencia. Un pacto entre los guardas y los ladrones permitía a éstos robar en ese territorio a cambio de no acosar a parientes ni amigos del duque. Una dama pasó por allí con su carruaje y fue desvalijada. Al enterarse el duque le escribió a la marquesa asaltada, que volvió desde Madrid. También ordenó que le llevaran al jefe de la cuadrilla o de la partida. Los reunió a los dos en una escena digna de una leyenda romántica. El ladrón le devolvió a la marquesa las joyas que tomaron prestadas y los cuatro mil escudos: no faltó ni uno que cogieron por error. La marquesa, a su vez, hizo gala de su generosidad y se quedó con un anillo: el resto se lo dio al bandolero, que tuvo que llevarse el botín por consejo del duque.

La leyenda romántica se retuerce al final. Cuando llegó al hotel, la marquesa se encontró con

un paquete que le había dejado un hombre que no se identificó. Allí estaban las joyas y todo el dinero. Ahora tendría que llevárselos de vuelta a Madrid. El final es muy literario: ¿cómo iba a perseguir a un bandido cuya especialidad era huir y esconderse en lo más profundo del bosque? Además, eso de perseguir a un bandido para entregarle lo que previamente había robado va más allá del romanticismo y linda con un movimiento artístico que estaba por llegar, pero que ya existía: el surrealismo.

Dumas se sorprendió del gentío que se acumulaba en las calles. Los liberales decían que todo estaba orquestado por el Gobierno. Ante la frialdad del pueblo, que no se identificaba con aquellos matrimonios reales, el poder sacó el arma infalible de la diversión callejera. Madrid era una fiesta continua. Los teatros y las plazas están llenos de actores y figurantes. Las catorce grandes provincias de España están representadas por grupos folklóricos que van de un lugar a otro cantando y bailando, vestidos con sus trajes típicos. Dumas pregunta, consulta, anota.

Esas catorce grandes provincias son Cataluña, Valencia, Aragón, Andalucía, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Murcia, Extremadura, León, Galicia, Asturias, Navarra, La Mancha y Vizcaya. Ya no eran las provincias romanas ni los reinos medievales. Eran grandes provincias o regiones que con el tiempo también evolucionarían. En los teatros siempre hay alguna actuación. A las danzas regionales les suceden los combates de los moros que representan a los soldados de Boabdil con los cruzados del rey Fernando. Representan la toma de Granada o las hazañas del Gran Capitán. Trompetas y tambores convierten la representación histórica en un espectáculo más propio de las murallas de Jericó.

Por la noche Madrid es un espejismo perpetuo de luz. Como si los españoles no tuvieran bastante con el sol que todo lo alumbra y que llega a cegar al observador durante las horas del día, la noche se ilumina de una forma exagerada. Luminarias encienden la ciudad. El paseo del Prado refulge como si fuera de día. Blanchard pintó esas iluminaciones donde se podían ver caprichosas formas como la estrella de David.

Los toros no dejan de lidiarse. En la plaza de la calle Alcalá, o en la que han montado en la plaza Mayor, de la que han retirado el pavimento para sustituirlo por arena. Dumas llegó a contar cien mil espectadores en esa plaza. Tal vez se quedara corto... La plaza se dividía en dos partes para que pudieran lidiarse dos corridas de forma simultánea. Al francés le llamaba la atención todo aquello que atrae al extranjero cuando se enfrenta con la plaza de los toros. Buscó la capilla mortuoria donde velan el cadáver del torero, y se sorprendió de la habilidad de los chulos a la hora de tomar el olivo, o sea, saltar la barrera que protege a los toreros de la fiera. Sus acompañantes se pusieron pálidos, se marearon, incluso hubo algún desmayo por culpa de la sangre de los toros o de las vísceras de los caballos que morían en la misma arena después de la cornada mortal. Los picadores tenían que pararlos con la puya, ya que no iban protegidos por el peto. Esas escenas provocaban el mareo del foráneo y el grito enfervorecido del espectador: «¡Bravo toro, toro bravo!».

Cúchares y Montes fueron los nombres con los que se quedó el cronista. Su valor y sus habilidades sorprendieron al novelista francés, que se percató de la vergüenza que acompañaba al cachetero, ese peón encargado de darle muerte al toro cuando ya estaba echado sobre la arena. Salía del burladero sin alarde alguno, buscaba al toro por detrás y le asestaba el cobarde

cachetazo antes de salir sin ser notado. Todo lo contrario del torero, que hacía gala de su valor y de su técnica. El arte aún no había llegado a las crónicas, y todo se quedaba en el quiebro y en la demostración de un valor que iba mucho más allá del instinto de supervivencia.

Quien tampoco se cortaba a la hora de ser vista en los toros era la reina madre. Conocedora de los resortes que mueven al pueblo español, María Cristina se presentó en la plaza cuando la corrida ya había comenzado. Cuando aún era una silueta en la penumbra de su palco, los clarines anunciaron su llegada. Los chulos apartaron al toro llevándose a un lugar alejado y todos los que intervenían en la corrida —matadores, chulos, picadores, banderilleros, mozos— se dispusieron en orden ante el palco y clavaron la rodilla en la arena para mostrar su cortesía o sumisión a la que fuera regente antes de que la echara Espartero, aquel general que compartía apellido con el apodo del célebre torero que aún estaba por llegar.

El cachetero no participó en el homenaje porque su oficio vergonzante se lo impedía. La reina madre, que en esto del gusto por lo popular no se distinguía de cualquier marquesa, demostraba de esta guisa que aún conservaba no sólo la lozanía que encandilaba a más de uno, incluso el duque de Riánsares que le hizo ocho hijos, ocho, sino el poder que seguía ejerciendo a través del ascendente que tenía sobre su hija, la reina Isabel felizmente casada con su sobrino Francisco de Asís. Al verla tan guapa y tan graciosa, un fulano sentado al sol dejó el puro que fumaba y se atrevió a decir en voz alta lo que muchos pensaban:

—Si parece la hermana mayor de la reina...

La infanta recuerda aquella tarde en la plaza Mayor de Madrid. El sol la cegó cuando salió al palco, acompañada de su marido. Delante de ellos, su hermana Isabel y el rey Francisco de Asís, que ya iba pálido antes de que empezaran a sangrar los toros. Detrás, su madre, que no se perdía una y que resistía mucho mejor que los franceses invitados por el embajador —y conspirador nupcial— Bresson el drama sanguinolento a pesar de su embarazo, del brazo del duque de Ahumada.

De todo aquello han pasado cincuenta años. Un reloj da una campanada. En el palacio de San Telmo empieza a encajar la noche temprana de diciembre. Es Navidad. La infanta recuerda lo que sucedió hace medio siglo, como si ahí estuvieran las claves de su vida.

—Era imposible calcular el número de almas que se apretaban en la plaza Mayor. Aquel espectáculo servía para darle el realce que necesitan unas bodas reales para que se incardinan dentro del espíritu del pueblo. Sonaron los clarines y entraron los rejoneadores acompañados de sus padrinos. Iban en un coche de gala, los dorados brillaban al sol. Los coches dieron la vuelta a la plaza, los graderíos que llegaban al primer piso eran un rugido de palmas que se rompían para animar a los caballeros. Al llegar al palco que ocupábamos toda la cuadrilla de chulos, banderilleros y toreros se arrodillaron ante mi hermana Isabel. El duque sonreía con esa imperceptible ironía que era tan característica en él. Con el tiempo me diría que aquello le pareció un remedo colorista del circo romano. Se cambiaban los leones por toros, y los gladiadores por rejoneadores, como fue el caso en aquella tarde. A partir de ahí mi memoria se bifurca en caballos que corren, en lanzas que se clavan en toros sangrantes, en el fervor de un público febril, en la sangre que no me disgustaba, pero que tampoco me emocionaba. El duque prefería estudiar las reacciones del público. El nuevo rey miraba para otro lado, estaba lívido, a

punto de desmayarse. Mi hermana, para consolarlo, lo miraba con una mueca de desprecio. Sólo se le veía animado cuando algún chulo se contoneaba delante del palco. A partir del segundo toro el duque empezó a mirar de forma insistente el reloj.

4

—Monsieur Latour, seguro que usted tendrá cosas más importantes que hacer. Ya me ha sacado de algunas dudas, algo que le agradezco como siempre.

Latour entendió a la primera el mensaje de la infanta. El sol había caído sobre los tejares de Triana con las prisas de los días que rodean al solsticio. El Guadalquivir era una sombra líquida que no dejaba de pasar. Al otro lado de los cristales se adivinaba ese frío húmedo de Sevilla que cala los huesos y deja el cuerpo destemplado. Dentro del gabinete apenas había luz. Aquello parecía un oficio de tinieblas destinado a evocar la memoria de un tiempo muerto.

—El agradecido soy yo, Serenísima Alteza. Con vuestro permiso me retiro a mi despacho. Es cierto, como decís, que tengo asuntos que resolver aunque ya sea de noche.

Dirigió una mirada galante a Cecilia Böhl de Faber, que apenas emergía de una oscuridad que se tragaba su figura poco a poco.

—Doña Cecilia, ha sido un placer.

—El placer ha sido mío, caballero.

Un reloj dio una hora imprecisa. Latour cerró la puerta y dejó a las dos mujeres en un silencio propicio a las confidencias.

—Por fin nos hemos quedado solas. Ya que estamos rescatando aquellos días, no quiero saltarme el final. Usted es narradora y sabe, mejor que yo, la importancia de dejar las historias rematadas.

—Abrochadas para que no se pierdan los hilos, Alteza.

—Eso mismo, Cecilia, bien abrochadas...

Llegaron al palacete de la Moncloa cuando la noche se había echado sobre aquel Madrid iluminado que seguía festejando las bodas reales. La mañana había sido pródiga en emociones. La ceremonia de las velaciones dio paso a un paseo por las calles de Madrid. El sol de octubre aún centelleaba en el recuerdo de los estoques que pedían sangre de toro en la plaza. El día fue un continuo ajeteo. Era el precio que debían pagar los que tienen que ganarse el favor, incluso el cariño, de un pueblo que nunca traspasará el umbral de la frontera que marca la división de los estamentos.

Ahora todo es distinto. Un silencio apartado sucedió al bullicio de las calles, de los toros, de los vítores que no eran tan fuertes como los que escuchó algún cronista. El pueblo se divertía a

costa de los reyes y de los duques de Montpensier, pero no mostraba un entusiasmo exagerado por aquellos nobles que estaban demasiado lejos de la gente que aprovechaba los festejos para romper con la grisalla de la monotonía. El palacio también está iluminado, pero de una forma más discreta, más elegante, más acogedora.

—Y más íntima. Era el momento de la intimidad, Cecilia. Usted ya me comprende...

María Cristina había aleccionado a su hija en los rudimentos de las artes amatorias. La primera lección se la impartió en el mismo cuarto donde jugaba con sus muñecas, algo que incomodó a la reina madre. A partir de la siguiente sesión se reunirían en el dormitorio de la infanta, que abría los ojos y se tapaba la boca cuando su madre le contaba cómo tenía que abrir las piernas y taparse los oídos.

—Y con la boca sólo se besa, recuérdalo, Luisa, sólo se dan besos en la boca del marido, nada más. Que estos franceses son unos pervertidos, y cualquiera sabe qué habrá hecho el Orleans en París...

Montpensier tuvo su amante de costumbre en París. Los hijos de Luis Felipe siempre fueron aficionados, en su juventud, a los caballos y a las mujeres. Tanto monta, monta tanto. Que un príncipe se desfagara antes de casarse era una norma que no estaba escrita en ningún código de buena conducta, pero que se cumplía a rajatabla. La amante que tuvo el joven Montpensier se llamaba Beausire. Era joven. Era bella. Era actriz. Se dedicaba a la ópera. Y estaba casada con un tipo huraño con el que no convivía. A pesar de ello, el marido la siguió un día hasta el Palais Royal, donde se veía con su joven y principesco amante, y estuvo a punto de pillarlos in fraganti. Madame Beausire iba envuelta en su vestido de noche y no se le veía bien el rostro. El esposo la persiguió por las escaleras de palacio. La portera le ordenó que se detuviera, pero el marido se puso a discutir con ella.

—¡Mi mujer acaba de entrar en esas habitaciones y quiero ver con quién está!

La discusión se elevó de tono. Entre una portera y un marido celoso tampoco se podía esperar una conversación galante llena de guiños literarios ni de circunloquios que despertaran el ingenio mutuo. Una sirvienta de Montpensier llamada Mélanie estuvo rápida de reflejos. Se asomó a una buhardilla y preguntó qué pasaba.

—¿Quién es ese hombre que me ha perseguido hasta aquí?

El marido se creyó el embuste y salió como había entrado, si bien la satisfacción de no haber corroborado sus sospechas se le veía en la cara.

—Tuve que leer esa historia cuando la escribió Victor Hugo, y lo cierto es que no sentí celos ni nada que se pareciera a ese tormento. Antonio era joven y era libre. Con su edad era normal que buscara esos entretenimientos. Yo, en cambio, era una niña cuando nos casamos y no me dio tiempo a probar nada parecido. Algo que por supuesto tampoco habría hecho si me hubiera casado más tarde.

—Eso no lo dudo, Alteza. Conociéndola como la conozco me resulta impensable imaginarla en una situación parecida a la que vivió su esposo, que Dios tenga en su gloria. Su Alteza no es mujer de esos comportamientos. Usted no es como... como otras.

—Como mi hermana Isabel. Dilo claro, Cecilia, estamos en confianza. Ni como mi madre, que se lio con un militar cuando mi padre llevaba tres meses en El Escorial. No tengo nada que ver

con ellas, y ahora puedo decirlo sin tapujos.

Aquel mes de octubre de 1846, antes de partir hacia Madrid, el duque de Montpensier pasó su última noche en París con madame Beausire en un discreto aposento del Palais Royal. Fue una noche de pasión sin sosiego, de promesas y despedidas, de lágrimas y arrebatos. El príncipe se fue y madame Beausire se quedó sola a la espera de sus noticias. Como no le llegaban personalmente, se puso a escribirle unas cartas que le entregaba a la fiel Mélanie. Esas cartas de amor las llevaba Mélanie hasta el palacio de las Tullerías, donde residía la familia real, para que se las enviaran a Montpensier. Pero las epístolas llenas de vivas expresiones de amor y deseo no salieron nunca de París. Tampoco llegaban cartas desde Madrid. Cuando se hartó del asunto, el asistente del príncipe le dijo a Mélanie que dejara de jugar a las cartas. Madame Beausire sintió en el pecho el puñal frío y certero del desamor, del desengaño y del olvido. Cuando los duques se establecieron en Vincennes, aquella pasión ya se había apagado. Todo se convirtió en esa ceniza que tanto se parece a la nada.

—Menos mal que a mi marido no se le ocurrió traérsela a Madrid. Fue lo mejor. Ella sabía que no tenía nada que hacer. No sé cómo las cómicas y las plebeyas pueden enamorarse de un príncipe. ¿Son tan ignorantes que no se dan cuenta de que están destrozando, por anticipado, su propio corazón?

—¡Ay, el amor! Es ciego y sordo, Alteza.

—Pues ya va siendo hora de que abra los ojos y espabile. Además, eso de engañar a su marido, por muy hurraño que fuese y aunque no conviviera con él, no está bien. ¿O usted piensa de forma distinta, Cecilia?

Un silencio oscuro se apoderó del gabinete en tinieblas. La infanta necesitaba contar lo que sucedió durante su noche de bodas, y había llegado el momento de hacerlo, aunque fuera con más de cincuenta años de retraso.

5

Dejó atrás el aullido sordo de la noche, las dentelladas heladas y húmedas del lobo que mordía la médula de sus huesos. En la casa hacía un calor de cisco y alhucema, de braseros que ardían como los cuerpos que se iban consumiendo en el pabito alquilado de las habitaciones. Cranio se fue directo a la que tenía por costumbre ocupar, con la dueña pisándole los talones de sus botines relucientes, casi acharolados. Allí estaba la Roldanita. Esperándolo. Sabía que más pronto que tarde regresaría. Y que llegaría con los ojos inyectados de lujuria.

La dueña cerró, cortés y discreta, la puerta. Dentro, el colchón tibio fue testigo de las embestidas del hombre que se había desnudado con una destreza más propia de cómicos que de un inspector de policía. Sus labios, hasta hace un momento ateridos y morados de frío, se fueron incendiando a medida que recorrían el cuerpo torneado de la muchacha que gemía como si todo fuera de verdad, como si estuviera enamorada del hombre sin edad que recorría la cara interior de sus muslos con unas manos que pasaron de la nieve al fuego en menos que canta el gallo de la madrugada que aún estaba por llegar.

Obediente y sumisa, la Roldanita se tumbó bocarriba y dejó que Cranio le abriera el hojaldre que guardaba celosamente bajo su cintura. Una miel tan cálida como los días de mayo que estaban al otro lado de los calendarios. Un jazmín brotando de su ombligo, oloroso a nardos y a sexo. La serpiente del deseo mordía las ingles de la muchacha, que cerró los ojos para imaginarse al novio que dejó en el pueblo. Su boca mentía.

—¡Qué gusto me está dando usted, inspector! Siga así, no se detenga, no pare...

Que lo llamara de usted y que nombrara su cargo en semejante trance era algo tan morboso que endurecía el pedrusco que latía, pura sangre, entre el vello de sus muslos. El miembro de Cranio se abrió paso del todo y llegó hasta el fondo de ese pozo que contenía las delicias que buscaba el macho. Una vez encajado, el inspector empezó a batirse en duelo con su propio placer. Marea y embestida. Una y otra vez. Hasta que un largo gemido rebotó en la tela de las paredes, amarillenta de la pálida luz eléctrica y del tiempo que se había posado en esos muros ciegos y sordos. El cuerpo del inspector cayó como un cadáver ardiente sobre la tersura femenina de la Roldanita. El miembro se fue relajando dentro del horno que se había encendido para la cocción. Cuando recuperó el habla, Cranio fue directo al grano.

—Ahora dime qué te pasó con el escultor. Con pelos y señales.

En el Depósito Anatómico, Susillo era un cadáver frío.

6

—Casarse por amor es cosa de locos, de personas desequilibradas que anteponen su capricho a la razón. En nuestro caso era una razón de Estado, algo de lo que me había convencido mi madre con el apoyo de mi hermana, de Narváez, incluso del tal Guizot, al que no entendía ni una palabra cuando me hablaba en francés. El matrimonio no tiene nada que ver con esas pasiones que destruyen a las heroínas de las novelas románticas, esas esposas infieles que se asoman desnudas a los espejos, o que se entregan en los brazos del primer galán que las conquista con las mentiras de unas palabras estudiadas para derribar los muros que toda mujer decente ha de poner entre su cuerpo y el deseo masculino. Yo no me casé por amor, sino por obligación con mi familia, con mi paria, con mi deber. No podía estar enamorada de Antonio de Orleans por una sencilla razón: ni siquiera lo conocía cuando llegamos a la Moncloa. Antonio se apresuró a consumar el matrimonio, como si tuviera prisa. Yo era una niña grande, una joven tímida que no sabía a qué sabe un beso, ni había experimentado las caricias de un hombre. Me cogió de la mano y me llevó a mi dormitorio. Empezó a besarme. Yo era muy torpe y no sabía qué hacer ni deshacer. Me besó el cuello, y eso me provocó un temblor que aún no había identificado con el placer. Me apretó la cintura, me tocó los pechos, fue calibrando, una a una, todas las partes de mi cuerpo. No me dijo que me desnudara porque no sabía cómo se decía ese verbo en español, pero no hizo falta. Yo sabía lo que tenía que hacer. Él se quitaba la ropa sin quitarme ojo. Me daba vergüenza, sentía un pudor que excitaba aún más al hombre que me iba a poseer por vez primera. Yo le tenía miedo a ese dolor del que me habló mi madre, aunque no iba a sufrir como ella, «seguro que no lo tiene como tu padre, que era un animal, hija mía». Cuando me vio desnuda durante un buen rato, se acercó lentamente. Me volvió a besar el cuello, bajó hasta los pechos, y entonces yo me recosté como me había dicho mi madre. Todo iba bien hasta que empezaron a moverse las cortinas...

Los tiempos corren paralelos en habitaciones donde debería suceder lo mismo, aunque ya se sabe que hay asuntos que deberían ser lo mismo y no son lo mismo...

—Nunca añoré tanto al Coburgo como aquella maldita noche de bodas, yo sabía que, como reina de España que era, no podía casarme con quien me saliera de las narices. Pero aquello ya era demasiado. Mi primo se asustó al ver en la antecámara la llama vacilante de unas bujías, «esto no puede ser bueno, Isabelita, esto trae malos presagios, aquí hay una maldición y no podemos consumar el matrimonio en estas circunstancias», me decía con su voz atiplada mientras se movían

sus rizos y su carita se ponía más colorada aún que de costumbre. Yo estaba cansada y aturdida, llevaba dos días ejerciendo de reina sin parar, casándome en palacio y velándome en Atocha, saludando a unos y a otros, soportando la hipocresía de los nobles, la osadía de los políticos y el griterío del populacho. Necesitaba una buena dosis de pasión y de placer, y nada de eso podría darme ese hombrecito que apareció en mi dormitorio vestido con más encajes que yo, asustado como un pajarito y suplicando que el amargo cáliz de la consumación pasara de largo. Miedo me daba verle su miembro masculino, porque me habían dicho que tenía una deformación que le impedía orinar por la punta, como todo hombre que se precie. Vaciaba la vejiga por un lado, a la mitad más o menos de ese órgano que sólo servía para eso. La gente lo cantaba con esa mala baba que siempre ha tenido y tendrá el populacho. «Paquito Natillas es de pasta flora, y orina en cuclillas /como una señora». Al final tuve compasión de mi pobre marido, de mi primo Paquito, y le dije que no se preocupara, que yo tampoco estaba para muchos trotes, y menos para el galope blando que a duras penas podría llegar a acometer semejante esposo. Desde ese día supe que los militares no sólo estaban para defender a la patria. Su misión consistía en que la reina no tuviera que salir de España para conseguir fuera de nuestras fronteras lo que aquí había de sobra, aunque en mi dormitorio no se viera ni sombra de lo que era un hombre.

En la Moncloa todo era distinto, y el francés le ganaba la partida al español.

—Empezaron a moverse las cortinas justo cuando Antonio iba a consumar el matrimonio. Se asustó al ver ese movimiento de los pesados cortinones. El viento no podía ser. Alarmado, se levantó. Ahí comprobé que tenía carácter. Iba desarmado, aunque las apariencias fueran otras. Desnudo y solo se enfrentó con el peligro. Yo sabía que no podían herirle, que nada malo podría pasarle. Quise explicarle la situación pero no podía, porque yo ignoraba el francés y él no entendía mi lengua. La dama de honor que se había ocultado tras las cortinas salió pidiendo perdón. Estaba avergonzada y muerta de miedo, aunque los ojos describieron un movimiento de bajada más de una vez. Yo la había convencido para que estuviera allí y me sirviera de apoyadura moral, pero al deshacerse el engaño todo se tornó en una situación tragicómica. La dama se excusaba como podía, y cuando hacía una reverencia ante el cuerpo desnudo del duque, cuya descripción me ahorro por evidente e innecesaria, parecía que iba a hacer otra cosa que nada tenía que ver con las disculpas que le presentaba. Yo no me reí porque era muy joven. Ahora sí me río cuando recuerdo aquel momento. La dama salió del aposento y Antonio volvió al lecho. No sé por qué, pero estaba más excitado que al principio. Rabioso. Y sordo. No escuchó mi grito de dolor cuando me convirtió en su esposa. Tenga presente, querida Cecilia, que jamás le he contado esto a nadie. Ni siquiera a mi hermana, que no pudo decir lo mismo de su nefasta y blandengue noche de bodas, y que se lo confesó a todo el que quisiera escucharla. Hasta en eso somos diferentes. Aquella noche yo no hablé y ella no hizo otra cosa que charlar con Paquito. Del dicho al hecho hay mucho trecho. Y el del duque no era precisamente corto.

—Venga, preciosa, dime con pelos y señales lo que te pasó con Susillo...

La Roldanita bajó los ojos. Parecía una virgen sevillana. El cutis terso como la luz de la candelera que alumbra el rostro de una joven dolorosa. El óvalo afilado, la nariz recta y proporcionada, los ojos como almendras nocturnas, grandes, rasgados por esa melancolía sin nombre de la belleza. Los labios sellados. No quería hablar. Cranio acariciaba su mano derecha y recorría con delectación las curvas suaves de los pechos, los volúmenes tiernos y duros al mismo tiempo que se elevaban en la cima rosada de los pezones. El inspector dejó que el silencio fuera insistente, monocorde.

—Me da vergüenza decirlo, inspector...

—¿A estas alturas te da vergüenza? —Cranio fue comprendiendo que estaba cometiendo un error mayúsculo a medida que las sílabas iban cayendo de su boca, a una mujer nunca se le puede suponer una desvergüenza que en este caso sería inherente al oficio que ejercía sin quererlo.

—Sí.

—Perdóname, cariño, no he estado fino y me he dejado llevar por los prejuicios. —Cranio anduvo listo y rápido, eficaz y efectivo, provocando la sonrisa leve y añiada de la meretriz.

—Verá, inspector, es que cuesta mucho trabajo decirlo, y más aún creerlo.

—Bien. Eso está mejor. Ahora empecemos por el principio.

—Era una tarde de primavera, el aire olía a flores, yo llevaba una alegría en el cuerpo que me parecía extraña. Había escuchado a varias compañeras de la casa hablar del escultor. La Extremeña había posado varias veces para él, y decía que no había disfrutado tanto en su vida. Reconozco que eso me picó la curiosidad. Y el orgullo. ¿Por qué iban ellas y no yo? Hasta que llegó mi día. Me bañé en una tina de agua caliente, me perfumé y me puse guapa, con una lencería poco apropiada para lo que iba a hacer, pero no quería que nada estropeará el asunto. Llegué a su estudio tras un paseo que me sirvió para comprobar cómo atraigo a los hombres. Las miradas eran alfileres, inspector. Se clavaban por todo mi cuerpo. Susillo me recibió de forma cortés. Como si yo fuera una dama. Me explicó que quería hacer una escultura que al principio no entendí muy bien. Me leyó un poema de Bécquer, el mismo poeta que tanto le gusta a uno de mis clientes más fieles. Bueno, no se me ponga celoso, inspector. El más fiel es usted, y lo sabe. Total, que me leyó el poema y se quedó en silencio. Como si estuviera rezando sin decir nada. Tenía la barba

cerrada, el color moreno de su piel, los ojos negros, muy negros y muy tristes. Me pidió que me desnudara. Cuando empecé, me paró en seco y me señaló un biombo. Era un asunto profesional, me dijo. Me fui tras el biombo y me quedé como mi madre me trajo el mundo. La lencería no había servido para nada. Cuando me vio así lanzó un suspiro extraño. Nunca he visto a un hombre suspirar así...

Cranio tomaba nota de todo en su privilegiada memoria, y al mismo tiempo se excitaba al imaginar la escena. La Roldanita no era ajena a la provocación que ejercían sus palabras. A la vista estaba que el inspector se venía arriba a medida que la joven desgranaba el encuentro con el artista.

—Sigue, cariño, soy todo oídos.

—Me situó en el centro del estudio, me dijo que mirara al techo como si fuera el cielo. Que me olvidara del mundo. Yo iba a ser la mujer imposible de la rima de Bécquer. La verdad es que no comprendía nada. Absolutamente nada. Pero me quedé con la copla porque me lo repetía a cada instante. Fue rodeándome mientras tomaba apuntes en un cuaderno. Iba dibujando mi cuerpo desde todos los puntos de vista. Yo no sabía lo que era un punto de vista, pero él me lo explicó. Así se llevó un buen rato. Noté que pasaba el tiempo porque escuché varios toques de campanas, y porque la luz fue menguando poco a poco. Cuando se echó la noche pasó lo que nunca imaginé que podría ocurrir.

—Entiendo. No hace falta que entres en detalles. El escultor dejó el cuaderno y se fue directamente para la modelo. Te dijo que tu belleza era sobrenatural, superior al arte que salía de sus manos, y que no tenía más remedio que tocar tan preciada obra divina. ¿No fue así?

—Pues no, inspector. Me miró con una tristeza que nunca he visto en los ojos de un hombre. Y me dijo que me vistiera.

8

La puerta se abre. Un rayo de luz eléctrica hiende la tiniebla como un cuchillo tibio. La infanta abre los ojos. A pesar de la oscuridad reconoce a su hija Isabel. La primogénita. La que se casó con el conde de París. Ha pasado la Navidad en palacio y allí sigue.

—¿Se ha marchado ya Cecilia?

—¿Qué me dice usted, madre? ¿Cecilia?

—Sí, hija mía, Cecilia, ¿o ahora no te vas a acordar de quién es mi amiga Cecilia?

—¿Cecilia Bhöl de Faber, la escritora?

—Claro. ¿Quién va a ser? ¿Se ha marchado ya?

Isabel duda. En su rostro se refleja esa mezcla de resignación y de serenidad que se hacen imprescindibles en estos casos.

—Sí, madre, se ha marchado ya.

—¿Y Latour? ¿Lo has visto? ¿Te ha dicho algo?

—¿Latour?

—Hoy estás tonta, Isabel. Antoine de Latour, el secretario de tu padre, ¿o es que vas a olvidar ahora a quien conoces desde que naciste?

—No lo he visto...

—Ya es tarde, se habrá ido a su aposento. Hemos tomado el chocolate juntos y hemos recordado la que se formó con las bodas reales, la de mi hermana Isabel y la mía. ¡Qué tiempos!

Isabel calla. La infanta está recostada en su cama. Abre los ojos pero no mira hacia ninguna parte. El dormitorio permanece en penumbra, aislado del mundo.

—Dile al servicio que retire las bandejas. Y que no me traigan la cena. Hoy no tengo ganas de cenar. Ahora me iré a mi dormitorio y me acostaré. Necesito tiempo para recordar. Tú no lo entiendes porque eres joven todavía, pero es una necesidad. Ajustar las cuentas con el pasado es lo único que me queda por hacer. Cecilia vendrá por las tardes para recopilar el material de mis recuerdos. Así podrá redactar mis memorias. Si quieres, puedes estar presente. Pero tu hermano, no. Me niego a hablar delante de ese vividor.

Isabel asiente. Le sigue la corriente a su madre. Después calla. El silencio se prolonga como la noche al otro lado del balcón. Luego la arropa y le besa la frente. Se retira muy despacio, sin hacer ruido. La infanta duerme, o eso parece. Deja la puerta levemente entreabierta. En el pasillo

se encuentra con su hermano Antonio. Tiene veinte años menos que ella.

—¿Cómo está?

—Muy rara. Extraña. ¿Sabes con quién ha estado merendando?

—Con nadie. Porque nadie ha entrado en palacio durante toda la tarde. Esto ya no es lo que era, hermanita. O lo que fue.

—Ha estado tomando el chocolate con Cecilia Böhl de Faber y con Antoine de Latour.

—Eso es imposible.

—Ya lo sé, Antonio. Es completamente imposible. Los dos murieron hace tiempo.

—Nuestra madre está delirando y por eso habla con los que ya no están. Suele ocurrir.

—Es algo peor, Antonio. Y no me digas que estoy loca. Este palacio está lleno de muertos.

Antonio sonrió con aires de suficiencia. Cogió a su hermana por los hombros y le habló de forma directa y sencilla.

—No digas esas cosas, hermanita. Los muertos están en los cementerios. O en el cielo. O en los infiernos que me esperan a mí. Pero aquí sólo hay polvo y decadencia. Por no decir algo peor. Aquí ya no hay nada, Isabel.

—Te equivocas, Antonio. Este palacio está maldito, como siempre ha dicho nuestra madre. Y además, está lleno de muertos.

—No me hagas reír, mujer.

—Y tú no hagas que te diga lo que no quiero decirte. Esto está lleno de muertos, Antonio, y nosotros dos somos los únicos supervivientes.

Un escalofrío recorrió la médula de Antonio de Orleans, que no volvió a abrir la boca en toda la noche.

CAPÍTULO 6
LA REVOLUCIÓN DE 1848

1

—Nunca te lo perdonaré...

Lloraba desconsolada, con las lágrimas sucias de barro y de frío. La lluvia caía como si fuera el cumplimiento del presagio que venía barruntándose en los últimos días. El trono de Francia se tambaleaba, el único que no estaba dispuesto a verlo era el rey que se sentaba en aquel sillón oscilante.

—Hace frío, y además está lloviendo —repetía ayer y antes de ayer el rey Luis Felipe en el palacio de las Tullerías.

Hacía frío, estaba lloviendo y Francia se encontraba descabezada, sin rey que rigiera sus desatinados destinos. Hacía frío, era noche cerrada y llovía de forma agresiva. Las gotas parecían alfileres que se clavaban en su cuerpo. Aquella muchacha de dieciséis años, embarazada, repetía una y otra vez la misma frase. Estaba sentada en una piedra. A su alrededor, una cantera a oscuras como la boca de un lobo de tierra y lodo. Al otro lado de unos muros que apenas se divisaban, una ciudad desconocida situada al noroeste de París.

—Nunca te lo perdonaré, jamás podré perdonarte que me dejaras así...

La muchacha está protegida de la lluvia por la capa de un general que ha ido a pedir ayuda. El tiempo no pasa. Se estanca en los charcos que ha tenido que atravesar para huir del peligro que le mordía los talones como si fuera un perro invisible. En la huida ha perdido el calzado. Mojada y calada hasta la médula de los huesos. Con el embarazo asomando en las náuseas y en la fatiga. Su cuerpo no puede más, pero hay algo en su interior que la empuja a mantenerse entera. Ahora no puede permitirse un desfallecimiento. Está completamente sola. Aislada. Envuelta en el silencio sin pausa de la lluvia que cae de forma incesante, inmisericorde. Ni siquiera se ve la pobre luz de aquella ciudad reverberando sobre el cielo cuajado de nubes bajas y plomizas. Cierra los ojos para protegerse del agua fría que corre por su cara y se imagina el mundo como si fuera un paréntesis de tiempo sumido en la ceguera. No resiste la angustia y abre los párpados para agarrarse a la visión de un charco que apenas se vislumbra bajo sus pies desnudos.

Aguza el oído. Necesita escuchar el relincho de un caballo, el sonido pesado de unas herraduras chapoteando en el barro, el chirrido que provocan las ruedas del carro cuando giran sobre el eje, el grito del general que regresa para llevársela de allí, pero todo es silencio. Un silencio líquido que flota sobre el fango. Las formas caprichosas de la piedra inerte se adivinan en

la tiniebla de la cantera. Parece que la tierra quiere tragarse aquel cuerpo juvenil y embarazado.

—Nunca te perdonaré lo que me has hecho, me has dejado sola, abandonada, en manos de las hordas que podrían haberme matado fácilmente...

Ahí sigue, sentada sobre la piedra empapada de agua, apenas cubierta por el capote de ese general que está tardando demasiado tiempo en regresar para llevársela de allí. El miedo es una tenaza que aprieta su cerebro y que lleva al racionicio hasta el borde del vértigo. ¿Habrán capturado al general? ¿Lo habrán encerrado en un calabozo para vengarse del rey en su persona? ¿Habrán ido por otra puerta de la ciudad para salvar su vida? Está a punto de llorar, pero se contiene. Aunque esté descalza y sola, cubierta con un capote por el que caen los canales de agua, con el pelo despeinado por la lluvia y el cuerpo desencajado, ella sigue siendo María Luisa Fernanda de Borbón, infanta de España y duquesa de Montpensier.

2

Llueven agujas. Diagonales de agua fría que harían inútil el refugio de un paraguas que Cranio no lleva en su mano. En este juego de espejos, de idas y venidas de la taberna a la casa de niñas, el inspector se pierde por el laberinto nocturno de una ciudad que vuelve a poner en práctica su actividad preferida: la murmuración. En la taberna, los místicos siguen anclados en ese reloj que nunca se mueve.

—Se ve que ha disfrutado usted de lo lindo, inspector, y eso que está de servicio. —Leal sonríe con ese humor punzante que en Sevilla se llama guasa.

—No creas, tengo algo que me ronda la cabeza y que no consigo desentrañar, ya sé que con el suicidio se cierra el caso, pero no me resigno a dejar de averiguar por qué se mató Susillo. —Cranio hace una señal para que le sirvan vino tinto.

—Ya le he dicho que el pobre Susillo estaba maldito. Mejor dicho. Estaba contagiado por la Maldición, que es distinto. Su infancia no fue mala. Su familia no era pobre. Conocí a su padre, un comerciante, un hombre trabajador que quería sacar adelante a su familia y que quería limpiar su apellido. Llamarse Sucillo no era muy honroso que digamos. Y menos en esta ciudad que sigue estancada en la Edad Media. —El viejo Gil tintinea y calla después de haber soltado el primer tramo de su reflexión, interrumpida por el chirrido de la puerta.

—Señores, buenas noches de nuevo. —Guitard, altísimo y sonriente tras su bigote espeso, se sienta en la silla que dejó libre antes de irse al periódico.

—¿Qué se dice por ahí, Guitard?

—La noticia ha corrido con esa velocidad que imprime el morbo, inspector. Ya se sabe lo que pasa en esta ciudad de demandaderas y de porteras. La infanta está al tanto. La autoridad eclesiástica también. El entierro en sagrado se da por descontado. Imaginen el escándalo. El autor del Cristo de las Mielas enterrado como un infiel. El escultor de la talla que preside el cementerio, fuera del recinto sagrado. Impensable en esta Sevilla.

—Cosas peores se han visto, señores. —Leal sigue con su sonrisa escéptica, irónica, epicúrea, esdrújula.

—Como os estaba diciendo, Susillo no nació maldito. La vida lo hizo así. Y conste en acta que no era la primera vez que lo intentó. —Gil miró al techo para provocar esa tensión del relato que obligara a los demás a preguntarle por el final de la secuencia narrativa.

—Aclare eso, Gil. —El inspector Cranio no está acostumbrado a sugerir, lo suyo es dar órdenes directamente.

—Pues que ya intentó quitarse la vida en otras ocasiones. Menos mal que estaba su amigo Pedro Balgañón para empujarlo cuando se tiró al tranvía. O para desviar el tiro de su pistola. Es posible que entonces no se hubiera contagiado del todo, que la Maldición no hubiera hecho mella definitiva y honda en su espíritu. Estaba predestinado. Eso está claro. Las ciencias que manejo lo dicen de forma taxativa. Los que no sois espiritistas no podéis seguirme el razonamiento sensitivo. No estáis capacitados para desentrañar lo que sucede en los mundos paralelos. —Gil se da pisto, vuelve a beber su blanco peleón y deja en suspenso el discurso.

—Causas, señores. Quiero las causas. O la causa. El móvil del crimen. —Cranio sigue obsesionado, ya se le ha olvidado el aroma de jazmín y lujuria que le dejó la Roldanita cuando lo cabalgó con esas ansias que le provocaba esa angustia placentera que lo dejaba sin respiración.

—Como periodista no estoy capacitado para definir una causa, habría que bucear en la mente del suicida. —Guitard, ecuánime y profesional como siempre.

—Lo raro es que no hagamos los demás lo mismo que ha hecho Susillo. —Leal, escéptico como siempre.

—Ante eso no hay nada mejor que abandonarse al vino. —Gil, bebedor como siempre.

El camarero llenó los vasos mientras Cranio se devanaba los sesos. La causa estaba ahí. Pero nadie la veía.

3

Nadie la quería. Ni en Francia ni en España. En su país era la culpable de una boda que podría dejar la Corona española en manos de un francés. La memoria de Napoleón estaba reciente. Viva y fresca como una herida abierta. Fusilamientos, mamelucos, Pepe Botella, Bailén, el mariscal Soult llevándose los cuadros... El pueblo no olvidaba tan fácilmente. Esa boda había servido para romper el equilibrio internacional. Inglaterra se sentía engañada. El pacto de un matrimonio posterior al de su hermana no se había cumplido. Tuvo que irse de España con apenas quince años. Una niña.

En París tampoco la quería casi nadie. La familia real estaba dividida, y ella se dio cuenta al momento. Por un lado, el rey, la reina, la princesa Adelaida y Nemours. Por el otro, la duquesa de Orleans con su viudedad a cuestas y con el niño que era su seguro de vida como futuro rey de Francia. Aliados con la duquesa estaban Joinville y Aumale.

La princesa Adelaida era la hermana y la mano derecha del rey, la que lo elevó al trono y la que le aconsejaba en todo: desde lo más importante hasta cualquier nimiedad. Aquella mujer fue extremadamente cruel con María Luisa. No podía creer que la princesa de Asturias fuera tan inculta. ¿Dónde habrán educado a esta niña? La cogía a solas y le hacía mil preguntas para corroborar la ignorancia general de la infanta española. La educación de los Orleans era tan profunda como exquisita, tan científica como humanística. Es algo natural en una familia que aspira a reinar. María Luisa se resistía. Callaba. Como si le hubieran sellado la boca con el lacre ardiente de la dignidad. No contestaba. La princesa Adelaida, hermana, consejera y confidente del rey Luis Felipe, le puso un apodo. La *petite sauvage*. La pequeña salvaje.

La presencia de los duques de Montpensier en París iba contra natura. Deberían haberse quedado en España. Todo el mundo creía que el delicado estado de salud de la reina Isabel podría provocar, en el momento más inesperado, una sucesión imprevista. ¿Era lógico que la princesa de Asturias no viviera en Madrid? Tenía su razón de ser esa lejanía. Ni Isabel ni el pueblo español querían al francés cerca del trono. Por eso se marcharon. Allí no fue la cosa mejor. Como princesa real tenía derecho a una residencia acorde con su rango. Pero Luis Felipe no podía remover a sus hijos de los lugares donde vivían para que una princesa española los ocupara. La solución fue intermedia. Disfrutarían del castillo de Vincennes, a las afueras boscosas de París, y tendrían un apartamento en el palacio de las Tullerías.

Vincennes... La memoria de la infanta se ilumina. Allí recibían todos los lunes, como si fuera una pequeña corte. De aquel complejo amurallado recuerda el pequeño y tosco castillo que sirvió de residencia a los reyes medievales. Todo era tan rudimentario que le causaba una extraña desazón, una especie de indescifrable tristeza. El castillo se reducía a una torre. Salas sobrias con una chimenea de piedra como único mobiliario. Menos mal que al otro lado del recinto se alzaba una capilla gótica. Ahí pasaba las mejores horas de la tarde, cuando se refugiaba de la lluvia que oscurecía el cielo turbio de Vincennes. Allí dentro todo era claridad. No se explicaba la paradoja, pero era así. Las vidrieras góticas iban desde lo más alto hasta lo más bajo, desde el suelo hasta el cielo. Fuera, la densidad del plomo. Dentro de la capilla todo era luz. Una luz que se ha colado en su memoria y que enciende esta noche en su retiro de San Telmo. Una luz de fiesta y de derroche que viene de pronto, como un capricho de la memoria.

La infanta recuerda aquel banquete que ofreció el duque en Vincennes. Era verano. A primeros de julio. Los días se estiraban hasta hacerse interminables. Cree recordar la fecha exacta. ¿Fue el 6 de julio de 1847? Es posible. El lugar elegido para la fiesta no podía ser más bello ni más elegante: el lago de Minimes en el Bois de Vincennes. Agua y bosque. Vacieron el tesoro y el guardamuebles de la Armada francesa: tiendas tan lujosas como históricas para recibir a unos invitados de excepción. Allí lucía la tienda que le arrebataron al sultán de Marruecos, Abd-el-Kader, o la que le regaló a Napoleón el sultán Selin. Cuando remataron la lista de personalidades que acudirían a la fiesta sintieron un vértigo provocado por la cifra: cuatro mil invitados.

Allí estaba toda la familia real francesa, excepto la duquesa de Orleans, que guardaba el luto de su esposo. Allí estaba la madre de María Luisa, la reina María Cristina. Allí estaba Narváez como primer ministro. Y Guizot, el hombre que gobernaba a las órdenes del rey y que fue el conspirador de las bodas reales. Apellidos sonoros como monedas de oro: Rothschild. Plumas ilustres e ilustradas, como las de Théophile Gautier o Alexandre Dumas, padre e hijo. Generales de gala: Gourgaud, Lagrange, Saint-Yon... La fiesta costó doscientos mil francos, pero su precio real fue mucho más elevado. Al paso de la comitiva de los invitados por el faubourg de Saint-Antoine, el pueblo no los acogió con vítores ni aplausos. A la vuelta fue peor. Regresaban los invitados con las primeras luces del día, justo cuando los campesinos se dirigían al duro cultivo de la tierra. Entonces tuvieron que escuchar, desde el interior mullido de sus carruajes, los insultos que les dirigía el populacho. En los cristales, el resultado del lanzamiento de pegotes de barro. La brecha social era cada vez más evidente. Unos derrochaban lo que otros no tenían. Lujo alrededor de un lago y hambre en la escasez de una mesa. El malestar del pueblo y el odio hacia la nobleza eran cada vez más evidentes, aunque el duque de Montpensier no lo viera así. Ni su jovencísima esposa, que sólo estaba segura de que no la querían en Francia.

Llueve al otro lado de los cristales negros, cae un agua blanda y obediente sobre las cubiertas del palacio de San Telmo. Se cuele la lluvia por los patios y repiquetea en los mármoles y en las fuentes donde se invierte el sentido del agua. La infanta no puede dormir. Los recuerdos se agolpan en el furioso galope de la memoria. Siente ese frío, esa rabia, ese rencor que fue acumulándose en su pecho mientras caía la lluvia oscura sobre Abbeville. Ahora que tiene tiempo porque el tiempo se le acaba, la infanta reconstruye lo que pasó. La noche del 23 al 24 de febrero de 1848 empezó a preocuparse de verdad. Hasta entonces había vivido en el limbo de la corte. Los rumores apenas la rozaban. Ella tampoco hacía nada por escucharlos. No les prestaba la más mínima atención. Pero aquella noche fue diferente.

Nadie durmió en el palacio de las Tullerías, donde se alojaba toda la familia real: los reyes y los príncipes, los niños que ya ostentaban títulos nobiliarios del más rancio abolengo. La monarquía entera estaba allí, en aquel palacio que había elegido Luis Felipe por temor a hechos como los que ahora se producen: el cercano Palacio Real está inmerso en el laberinto urbano del viejo París, y ese entramado es más propicio para los desórdenes y las revueltas que la amplitud que rodea a las Tullerías. Situado entre el Sena, el Louvre, la plaza del Palacio Real y la amplísima Concordia, el palacio de las Tullerías está rodeado de amplios jardines. Un lugar más abierto, y por tanto más seguro que el Palacio Real. Lo apropiado habría sido vivir en Versalles, pero Luis Felipe no podía llevar a cabo semejante signo de ostentación: él se proclamó rey de los franceses.

El 23 de febrero había sido un día breve, escuálido, raquítico, sombrío. El invierno recortó aquella tarde sin sol. Las masas errantes aumentaban por las calles. La penumbra se hizo presente antes de que anocheciera. El pueblo, ese magma que a veces estalla sin que nadie lo dirija, empezó a levantar barricadas para tantear las posibilidades de una revolución. El descontento con el rey y con el Gobierno de Guizot era palpable. Aquel desengaño tomaba forma en los comités de insurrección, en las sociedades secretas y en las redacciones de los periódicos republicanos. La sangre aún no había corrido. El rey era el menos interesado en ello.

Llegó la noche como un lobo o como un presagio. La calma chicha que antecede a las grandes tormentas se adueñó de París. El silencio atronaba en la calle. Era un silencio extraño, un silencio lleno de ecos que estaban por venir. La inquietud se apoderó de todos los parisinos, incluidos los

miembros de la familia real que permanecían en las Tullerías atentos a lo que pudiera pasar.

—Antonio, lo que está sucediendo es muy extraño, las luces del palacio no se apagan, el rey está reunido en su gabinete con los personajes más importantes del Gobierno. ¿Qué sucede?

—No te preocupes, Luisa Fernanda, todo marcha razonablemente bien. El populacho está descontento por la prohibición de esos banquetes donde los conspiradores se proponen destrozarlo todo. Como si la chusma tuviera algo que ver con esos grupitos de ilustrados que desprecian a los pobres más que tú y que yo. Es injusto, pero es así, querida. La situación es delicada, pero mi padre está sobre aviso y tomará una serie de medidas que calmarán a los descontentos. Retírate a tu habitación y descansa, que te vendrá bien.

La infanta no se cree lo que le ha dicho su esposo. No es que sea mentira, es que no se corresponde con el nerviosismo que se palpa en aquel palacio donde la jornada no ha terminado aunque las campanas hayan doblado el cabo de la medianoche. Más allá de la Concordia, en los Campos Elíseos, la luz deshace la tiniebla nocturna: unos muchachos han incendiado algunos bancos y algunas sillas. Es una luz desordenada que contrasta con la tensa oscuridad en que se sumerge París.

5

—Imagino la angustia que sintió Susillo esta mañana, cuando salió de su casa y se fue a la Barqueta en lugar de irse a su estudio, imagino esa opresión en el pecho, esa mirada nublada, ese sabor a muerte presentida en la boca. —Gil habla pausadamente mientras los amuletos repican en su pecho.

—Tuvo que haber un móvil, siempre lo hay. —Cranio deja el vaso en la mesa, el color tinto contrasta con la blancura apagada y manoseada del mármol.

—No necesariamente, inspector, en esta ciudad las cosas se hacen y se deshacen porque sí, o por alguna razón oculta que se nos escapa, Sevilla está suicidándose a cada momento, derribando puertas, murallas, palacios, conventos, iglesias... Dentro de poco saldremos del siglo de la destrucción de la ciudad. Ya sé que me diréis que el progreso es inexorable, más o menos lo que escribía Bécquer cuando ejercía de periodista, pero yo no lo veo así. Entre los invasores franceses, los desamortizadores, los revolucionarios de la Gloriosa y los progresistas a la violeta se están cargando la ciudad. Habrá que reinventarla. Lo advierto, aunque mis advertencias no sirvan para nada. Sevilla tendrá que reinventarse a sí misma. Y el pobre Susillo pervivirá en el olvido de sus estatuas. Como si no hubiera existido. —Leal calla como quien cierra una puerta sin hacer ruido.

—Sea como fuere, lo cierto es que hemos perdido a un artista que podría haber dado muchísimo más de sí, en Madrid están al tanto de la noticia y no se lo creen, con Benlliure era el más reputado de nuestros escultores patrios, y no se explican cómo ha podido quitarse la vida cuando lo mejor de su carrera artística estaba por llegar, y eso que algunos críticos le han dado fuerte en los periódicos nacionales. Recuerdo aquella portada donde lo ponían de vuelta y media, algo que le hizo mucho daño a Susillo. Sin embargo, debería haberse venido arriba. A un artista mediocre no se le dedica la primera noticia de la portada de un diario nacional. Tiene que ser muy bueno el escultor de turno para ello. Y Susillo, en mi modesta opinión, lo era. —Guitard es ponderado como una balanza sin pesas o una mañana de abril sin nubes ni viento.

—No podemos engañarnos, querido Guitard, ya sé que soy el más cínico de la tertulia, pero hay algo que no podemos olvidar. Susillo tuvo una magnífica oportunidad para convertirse en el Rodin español. Cuando estuvo en Francia lo premiaron por todo lo alto, sorprendió a profesores y alumnos de la École de Beaux Arts, yo estuve allí un año, dibujando mis cosas, y puedo dar fe de

que el nivel es tan alto como inalcanzable para los mediocres como yo. La muerte de su padre fue una excusa para ese regreso definitivo. Tendría que haber vuelto allí. Y haberse quedado. En París estaba cociéndose el nuevo arte, la revolución de esos impresionistas que aquí no comprendemos nosotros y que la gente no comprenderá en muchos años. Allí estaba su sitio. Pero cometió el error y el pecado del volver —Gil se atusa la barba mientras una lágrima invisible lo recorre por dentro, como si estuviera contándose su propia historia.

—¿Y por qué fue Susillo a París? —Cranio no deja de interrogar, es su oficio y es su sino.

—Esa historia podría añadir algo de luz a lo que ha pasado hoy, inspector. Es algo de lo que nadie quiere hablar en voz alta. —Leal deja la incógnita sobre el mármol, como si fuera una ecuación sin resolver.

—Pues ya me la estáis contando.

6

Aquella noche del 23 de febrero de 1848 la infanta se retiró a sus aposentos. Era un apartamento situado en la planta baja del palacio de las Tullerías. Hizo todo lo posible por dormir, pero no podía. Estaba en una situación similar a la que se encuentra ahora, cuando ya no tiene dieciséis años, sino cuatro veces más. Cuando ya no está embarazada, sino desembarazándose de la vida. En San Telmo ya no le teme a las masas enfurecidas: su enemiga es una mujer que tal vez no exista, una personificación de la nada que lleva las tijeras para cortar los hilos que nos unen a la telaraña donde la vida nos atrapa. Aquella noche de febrero de 1848 la joven duquesa sentía el temor de perderlo todo. Esta madrugada de enero de 1897 la anciana viuda está preparada para ese viaje definitivo que se producirá cuando Dios quiera, aunque ahora tenga que pensar en la forma de celebrar los sesenta y cinco años que cumplirá dentro de unos días.

Aislada en su habitación de las Tullerías, la joven duquesa de Montpensier no sabe a ciencia cierta qué sucede en las calles de París. Tendrá que esperar un año para enterarse de todo con detalle. Ya no vivirá en Francia. Así se confirma el adagio: para conocer algo hay que marcar una cierta distancia con el hecho y con el lugar donde se produce. Al año siguiente, su marido le llevará los tomos de la Historia de la Revolución de 1848 que habrá escrito Lamartine. Entonces leerá lo que vivió sin saberlo. Entonces se enterará de lo que ocurría al otro lado de los muros de las Tullerías. Incluso de lo que pasaba dentro del palacio.

En los cristales fríos que protegían las ventanas se dibujaba la silueta confusa y traslúcida de la noche. Eso fue lo único que pudo ver la joven embarazada desde el lecho que le sirvió para soportar su insomnio sobrevenido. A esa hora indefinida los caminos que conducen a las puertas de París se hallaban cubiertos de columnas de caballería, de infantería y de artillería. El Gobierno se había puesto manos a la obra. Si esas hordas pasaban de ahí todo estaría perdido, o al menos en el peligroso entredicho de la duda.

Las tropas imponían con su presencia, con su número, con su armamento y con su disciplina. ¿Cómo iban a enfrentarse a ellas un ejército sin ejército de desarrapados que no conocían más obediencia que el seguimiento ciego de los impulsos que generan el odio y el rencor? Pero había algo en las tropas que no se percibía desde lejos. Había que meterse en la mente, en el alma, en el corazón de cada soldado para darse cuenta de que todo estaba inundado por la tristeza. Aquello no

era una guerra limpia y abierta contra un enemigo armado como ellos. Aquello era una guerra intestina que empezaba a supurar la pus antes de que se abrieran las primeras heridas.

Las tropas perfectamente pertrechadas de material —lo espiritual es algo muy distinto— tomaron posiciones en los cruces de los barrios más poblados de París. El enemigo, que en este caso era el propio pueblo que le daba el sentido y el ser a su ejército, no actuaba en masa. Aquello era el reverso de Waterloo. Grupos aislados colocaban una barricada en un punto clave, o asaltaban un cuerpo de guardia aislado para desarmar a los soldados y engrosar el pobre arsenal con el que contaban. Se ocultaban en cualquier lugar y disparaban a la tropa, que no sabía qué hacer para luchar contra esos disparos perdidos, aleatorios.

Las barricadas se multiplicaban al paso del ejército. Una vez levantadas, sus constructores huían. Así el ejército luchaba contra las piedras como don Quijote embestía a los molinos de viento. Se burlaban de los soldados, que se mostraban tan perplejos como enfurecidos. La batalla era silenciosa, invisible. En realidad no había batalla, sino una especie de juego donde los revolucionarios despistaban a las tropas del Gobierno.

Los soldados estaban fatigados al no ver enemigos y al sentirse, sin embargo, hostilizados por todas partes. A la duquesa de Montpensier le sucedía algo parecido en su lecho del palacio de las Tullerías. Los soldados permanecían fieles pero sin entusiasmo, exactamente igual que aquella joven infanta española que en ese momento formaba parte de la odiada familia real francesa. En las calles, los generales y los oficiales hablaban en voz baja de la inexplicable indecisión de los sucesos. Esa voz baja se apoderó de los salones y los pasillos de palacio, algo que comprobó Luisa Fernanda cuando decidió levantarse antes de tiempo para enterarse de lo que estaba pasando. En los cruces de las principales calles se encontraban pelotones de jinetes envueltos en sus capas grises, con el sable desenvainado, inmóviles desde hacía treinta y seis horas. Dejaban dormir a sus caballos, que se estremecían de frío y de hambre. Frío y hambre no tenía la joven embarazada, pero sentía escalofríos en su interior, y unas ganas terribles de desayunar como Dios y la costumbre mandan. La rutina sólo se echa de menos cuando el peligro ronda a quien sueña, en ese momento, con la grisura de lo cotidiano.

Las noticias que llegaban a palacio eran confusas. Los más conscientes del peligro que se vivía cuchicheaban entre ellos. Se extrañaban de que hubiera muy poco pueblo en la calle. Un anciano de voz dulce y destemplada por la hora susurraba para sí mismo una frase que dejó helada a la infanta mientras buscaba a su marido después de haberse levantado.

—Hay poca gente en la calle porque existe un pacto entre las masas y los republicanos para que la monarquía caiga por su propia peso. Ellos saben que sólo tienen que empujarla por la pendiente que ella misma se ha fabricado.

El anciano miró a la infanta, que lo escuchaba hablar solo. Le clavó unos ojos grises como el cielo que de un momento a otro amanecería sobre París. La voz tenía un eco de caverna o de ultratumba.

—Antes de que se oculte el sol habrá triunfado la república...

Frente al clamor popular, un cambio de Gobierno. El pueblo estaba dirigido por los líderes que de pronto se ponen al frente de un grupo, empuñan un arma y se enfrentan con las tropas que han recibido la orden de no disparar. Pero bajo esa apariencia latía una dirección más importante, más sólida a pesar de su ingravidez. Los periódicos republicanos dirigían la revolución desde sus páginas. O desde el portal de su sede, a la que acudían los descontentos que querían cambiar el rumbo del país como si allí estuviera la razón de ser de la revolución. Montpensier lo vio claro. Aquellas enseñanzas le servirían para el resto de su vida. Lo susurraba a quien quisiera escucharlo.

—Hay que comprar los periódicos. Y cuando digo comprar un periódico no me refiero a adquirir un ejemplar...

Frente al grito desesperado que clamaba por la revolución, una sucesión de cambios que no iban más allá del gabinete donde el rey se reunía con los políticos de su estricta confianza. Aquel anciano que le provocó un escalofrío a la infanta de España con su frase sobre el final de la monarquía seguía por allí. Soltando frases lapidarias como si fuera el editor de la enciclopedia del instante. Pero nadie lo escuchaba. Parecía ciego, como aquel Tiresias de la tragedia griega que todo lo veía con las cuencas vacías de sus ojos. El anciano ilustrado y clarividente entrecerraba los párpados como si rebuscara las palabras en su interior. Y las soltaba para quien quisiera escucharlo en medio de aquella algarabía palaciega.

—Luis Felipe quiere cambiar a las personas: un cambio de las cosas le parecería una abdicación.

Cuando Montpensier, que acompañaba a su esposa en la antecámara del gabinete del rey, escuchó ese aserto se puso de mal humor.

—No digáis esa palabra ni por equivocación. Siempre fuisteis pájaro de mal agüero, y ahora volvéis a demostrarlo.

El anciano miró con una fina sonrisa al joven príncipe, se dio la vuelta y se marchó de la antecámara atestada de duques y políticos, de levitas y murmuraciones, de miedos ancestrales y conspiraciones actuales. Luisa Fernanda estaba inquieta.

—¿Quién es ese hombre, Antonio?

—Un historiador que se cree el tipo más sabio del mundo, pero no le hagás caso. Los

historiadores no sirven para nada. Se limitan a contar lo que ha pasado. Francia necesita un hombre de acción en este momento. Y mi padre lo encontrará.

El rey lo había decidido a lo largo de la larga noche. Guizot, el mismo que tramó el engaño a la reina Victoria con las bodas españolas de Isabel y María Luisa Fernanda, ya no le servía al monarca para encabezar un Gobierno que el pueblo había descabezado. Guizot le sirvió para llevar las riendas de una monarquía más autoritaria de lo debido, más absolutista de lo que pactó Luis Felipe con los franceses cuando llegó al trono. Era inevitable. El junco dejó de serlo, y por eso estaba a punto de quebrarse. El poder siempre lleva al poder absoluto. Lo ejerza quien lo ejerza. Guizot había prohibido aquellos banquetes que eran mítines disfrazados. Antes de eso había prohibido los mítines. En realidad, el pueblo también estaba fuera de aquellas reuniones donde comían y hablaban los ricos y los ilustrados, los trescientos mil franceses que podían votar gracias al estricto censo elaborado por Luis Felipe. Era el censo de plata, como lo conocían los críticos que demandaban una democracia en toda regla. Un hombre, un voto. La dignidad valía más que el dinero. Pero eso no se lo creía el rey. Y su ministro Guizot, mucho menos.

El método se repite siempre. Cuando una jauría espera a las puertas del poder, quien lo ostenta ha de echarle algo de comer. La víctima fue Guizot, que dejó de presidir el Gobierno durante aquella noche interminable del 23 al 24 de febrero. Luis Felipe no podía cambiar las cosas, como decía el historiador que deambulaba por los pasillos de palacio. Eso sería una abdicación para él. Sería la abdicación de sus ideas, de su sabiduría, de su aureola de infalibilidad a los ojos de Europa, de su familia, de su pueblo. Ceder un trono a la fortuna adversa es poco para un alma grande. Ceder su fama y su autoridad moral a la opinión triunfante, y a la historia implacable, es el esfuerzo más doloroso que se puede obtener del corazón del hombre, porque es el esfuerzo que lo destroza y que lo humilla.

Montpensier trataba de calmar a su esposa. Y lo hacía con unos razonamientos que se le escapaban a aquella muchacha que sentía cada vez más miedo.

—El rey sabe que todavía tiene delante de sí unos cuantos escalones que puede bajar para calmar al pueblo. No se trata de dejar el trono. Eso no se lo ha pedido nadie en realidad. Los franceses quieren reformas. Por eso eligieron a Luis Felipe. Y Luis Felipe lo sabe. No llegó al poder por medio de las balas, así que las balas no lo desalojarán de él. Llegó gracias a la opinión, eso que tanto se desprecia en los países que no son ilustrados. Y no lo digo por nuestra España, Luisa Fernanda. No lo tomes a mal ni pongas esa cara. Lo digo porque aquí no sólo se revuelve el pueblo. Los que manejan esta situación son los que mandan en la opinión. No pienses que ahí fuera sólo hay mendigos y gente que no tiene para vivir, obreros sin trabajo o mal pagados. No. Ahí fuera también están los estudiantes y sus padres, las familias bien comidas y bien vestidas de París. Se mezclan a veces en la calle. Los desheredados buscan a esa élite en los cafés o en las redacciones de los periódicos para que los dirijan. Sé que esto es muy extraño para ti. Pero Francia es así, querida...

Lejos de tranquilizarla, Antonio de Orleans descompuso a su esposa. Más todavía. Como descompuso Molé los planes de Luis Felipe para calmar a la opinión, como llamaba su hijo Montpensier a los revolucionarios que cada vez estaban más cerca de las Tullerías. Luis Felipe entregó la cabeza de Guizot a la jauría y llamó a un político prudente y metódico que pudiera darle

tres o cuatro días de tregua para recomponer la situación. El elegido era Molé. Un Gobierno al mando de Molé podría detener la revolución aunque fuera temporalmente. Molé era afecto a la monarquía por naturaleza, y sus habilidades podrían convencer a la oposición parlamentaria. Pero Luis Felipe no contaba con un inconveniente: Molé estaba tan desanimado con la situación que se vivía en París, que ni siquiera se presentó en palacio. El requerimiento del rey fue en vano.

María Luisa Fernanda de Borbón no era tonta. Podía ser joven, podía hablar el francés con dificultad, podía tener todas las lagunas del mundo gracias a la mala instrucción recibida cuando niña. Pero tenía ese instinto natural que la llevaba a pensar en lo inevitable. En los corrillos ya no se hablaba de Molé, sino de Thiers.

—Thiers es el ideal, se ha llevado siete años en la oposición y puede devolverle al rey la adhesión, o al menos la confianza, de aquella facción del país cuyo republicanismo no es más que mal humor.

—¿Y Thiers no significa que el rey se pliega a sus opositores?

—No es así, amigo mío. Con Thiers al mando del Gobierno, la oposición le habrá ganado esta partida al rey, pero no a la monarquía. Además, Thiers tuvo en su mano acabar con el rey hace siete años, cuando aquella coalición sediciosa que formaron los partidos más radicales de la Cámara se lo impusieron a Su Majestad. Thiers era el dueño del rey, no lo olvide. Aun así, dejó que Guizot lo sucediera. Y ése es el aval con el que cuenta para hacerse cargo de la situación en este momento.

María Luisa no puede conciliar el sueño. San Telmo se parece cada vez más al insomnio: grande, destartalado, sin límites. ¡Qué contraste con aquellas Tullerías llenas de nobles y sirvientes, de militares y ministros en aquella noche interminable que se confundió con la mañana del 24 de febrero! Ahora se da cuenta de la capacidad del ser humano para engañarse a sí mismo. Ahora, al recordar aquellas conversaciones que luego leería en un libro de historia, o al evocar aquellas páginas del libro de historia que le recordaron las conversaciones que escuchó aquella mañana en que todo cambió. ¡Cuántas excusas, cuánto optimismo impostado brillaba en aquella antecámara, en aquellos salones donde la revolución parecía algo que no existiese más allá de las palabras y de los propósitos!

En medio de la confusión apareció de nuevo Montpensier, que iba y venía para darle noticias, para tranquilizarla, para que no se sintiera sola en medio de tantas personalidades.

—¡Buenas noticias, Luisa Fernanda! Thiers ha aceptado. Va a redactar una proclama para calmar al pueblo. París puede ser una ciudad sosegada y en calma antes de que amanezca.

8

El aire contenido en el palacio de las Tullerías se ensancha, como si los muros fueran una pleura elástica que permite respirar a los que viven, allí dentro, los momentos más decisivos de sus respectivas vidas. Thiers, el flamante primer ministro, se dirige a la salida, pero se da media vuelta. Regresa al gabinete del rey y se encierra con él. Hablan durante una hora que a Montpensier se le hace eterna. María Luisa se asoma a una de las ventanas que dan a los jardines. Ahí fuera todo es plácido y gris. Amanece tan lentamente que la luz no termina de cuajar sobre los parterres pardos. En las calles de París todo es distinto. Las campanas han callado, como si las horas no existiesen, como si el tiempo hubiera encallado antes de expandirse en esa entropía que es consustancial a toda revolución.

Un silencio expectante cubre la ciudad. Masas armadas se van concentrando en la parte antigua. No hacen ruido. Thiers intenta despejar el camino a su nuevo Gobierno en el gabinete del rey mientras los revolucionarios levantan las piedras del suelo para convertirlas en armas arrojadizas. Sobre la mesa de Luis Felipe, papeles y más papeles. Sobre las calles, piedras y más piedras. La proclama llega tarde. El pueblo la recibe como una estratagema para que deponga las armas, para que abandone la lucha. En lugar de hacer eso, los insurrectos buscan por las casas nuevos partidarios. Reclutan a los que van a cambiar el rumbo de la historia de Francia.

Una proclama que anuncia reformas frente a las barricadas que pretenden subvertir el orden y terminar con la monarquía. María Luisa tiene hambre, pero no se atreve a decírselo a su esposo, que va de un lado para otro recabando información. Con la llegada del día, el palacio se llena de políticos que forman parte de la oposición constitucional. Son ambivalentes. Por un lado están comprometidos con la libertad, a la que profesan un afecto que forma parte de sus principios; por el otro, muestran su lealtad abnegada al rey. Ese difícil equilibrio no tiene cabida en las barricadas ni en los montones de piedras que esperan el momento en que se encienda la mecha. Estos políticos se reúnen con algunos generales que acuden a las Tullerías para ofrecer su espada ante los peligros que se avecinan.

Los leales están con Luis Felipe, pero eso es una redundancia tan engañosa como peligrosa. En los salones que preceden al gabinete del rey se celebra un consejo tumultuoso, interrumpido continuamente por los que llegan a cada instante trayendo noticias contradictorias del exterior.

—Los insurrectos son cada vez más numerosos.

—Hay barrios que están dominados por los revolucionarios.

—Y el problema es que la tendencia ya está marcada. Cada vez es más fácil encontrar gente dispuesta a sumarse a la insurrección.

Montpensier está nervioso. De nada le sirve engañarse a sí mismo. La situación no es delicada. Es alarmante. El cansancio no hace mella en su aspecto. Aún es joven. Ha combatido en África. Está acostumbrado a la tensión. Su padre sí está fatigado. En su semblante aparecen las huellas que han dejado las inquietudes del día anterior y las agitaciones de la noche que se ha pasado en blanco. No puede más. El rey de Francia descansa algunos instantes sobre un canapé. Cierra los ojos, pero no puede dormir. A su alrededor, el murmullo de las conversaciones en que se discute su victoria, su derrota o su abdicación.

Los que llegan del exterior siguen trayendo noticias.

—Los estudiantes han salido de la escuela politécnica.

Las masas de los desheredados son la carne y el cañón. Quienes las dirigen y las disparan son otros. Siempre ha sucedido y siempre sucederá lo mismo en la historia de la humanidad, que es una: tanto la historia como la humanidad. Los estudiantes se han constituido en la inteligencia del pueblo. Por eso han tomado la dirección política y estratégica del movimiento revolucionario. La fuerza ciega de las masas necesitan ojos y mentes preclaras que la dirijan. Los estudiantes fraternizan con el pueblo. Libertad, igualdad y fraternidad en medio de las calles. Gritos y vítores. Y esa extraña alegría que precede al momento en que un hombre se juega la vida.

—Están bajando hacia el centro de la ciudad cantando La marsellesa.

El círculo sobre las Tullerías se va estrechando aunque los allí presentes no quieran verlo o no se atrevan a decirlo. Los estudiantes y los obreros levantan el suelo de París como si debajo de las piedras estuviera el mar de la libertad.

9

Llega un momento de la vida en que tomamos conciencia de lo que está sucediendo a nuestro alrededor. La infanta María Luisa Fernanda sintió esa lucidez a las once de la mañana del día 24 de febrero de 1848. A esa hora el rey da una orden que hace recapacitar a la duquesa embarazada. Luis Felipe está tan convencido de que su proclama surtirá los efectos oportunos gracias a la capacidad de Thiers para liderar un nuevo Gobierno, que da la orden de que se sirva el desayuno.

—Antonio, creo que tu padre ha perdido la cabeza. ¿Cómo vamos a desayunar si los revolucionarios están ahí fuera, a punto de tomar el palacio?

Montpensier se encogió de hombros. María Luisa había estado atenta a los corrillos. Durante la última hora, entre las diez y las once de la mañana, las noticias se habían sucedido de forma arrolladora. Ahora todo es confusión. En una planta del palacio se discute sobre el futuro de Francia mientras en la otra se desayuna a cuerpo de rey.

—La multitud está concentrada en los dos costados del Louvre y las tropas no hacen nada, han recibido la orden de no disparar y la están cumpliendo a rajatabla. —El general mueve la cabeza mientras las condecoraciones se mecen suavemente al ritmo de la frustración.

—Esta mantequilla está deliciosa, ¿verdad, querida? —El rey se dirige a la reina María Amalia, que sonríe como puede, como si nada estuviera pasando.

—En la plaza del Palacio Real y en la Concordia pasa algo similar —añade el político de la oposición que muestra un rictus serio, como si estuviera asistiendo a un acontecimiento histórico.

—Deberías comer algo, el día puede ser largo, y en tu estado más todavía. —Montpensier mira a su esposa con ternura.

—Sólo hay que ver las caras de cansancio de los soldados y palpar la tristeza que flota en el ambiente —añade el general de forma terminante, como si fuera una orden dirigida a nadie.

—Los niños buenos desayunan bien para crecer y ser muy fuertes, así que cómete esos pastelillos ahora mismo. —La duquesa de Orleans se muestra dulcemente enérgica con su hijo, al que ya está viéndolo coronado como rey de Francia.

—La guardia nacional se interpone entre el pueblo y los soldados, pero están divididos, y son muy pocos para la cantidad de gente que intenta el asalto. —El general baja la cabeza y mira el brillo del mármol jaspeado.

—La gente grita «¡Viva la reforma!», el avance es imparable. El pueblo ya ha tomado la plaza

del Carrousel y el patio de las Tullerías. —El político se retira de forma discreta, busca la salida del palacio entre los corrillos que siguen discutiendo sobre lo indiscutible.

—Desayunemos tranquilamente. La proclama y el cambio de Gobierno terminarán por apaciguar a esos pobres ignorantes. Os lo he dicho más de una vez. En invierno no puede estallar una revolución porque hace frío. Y hoy está lloviendo. —El rey unta otra rebanada de pan con mantequilla y señala su taza para que la llenen con más chocolate caliente.

—Si esto no es el final, que venga Dios y lo vea. —Un clérigo se dirige al general con cara de circunstancias, como si estuviera oficiando un responso.

—Déjalo, Antonio, no tengo ganas de comer, sólo voy a tomar un poco de zumo. —La infanta se queda con la mirada perdida mientras su marido se fija en las puertas del comedor, que se abren de repente como si algo muy grave estuviera a punto de suceder.

10

María Luisa da un respingo, las puertas se quedan abiertas de par en par. Entran dos individuos con pinta de políticos, de ministros o de consejeros que se dirigen al duque de Montpensier y le ruegan que los escuche aparte. El rey se queda con la tostada en la mano. La reina, inmóvil. Montpensier se levanta y le hace una señal al rey y a la reina para que no se preocupen. Pero es imposible contener la alarma. El rey y Montpensier interrogan a Remusat, consejero del recién nombrado Thiers.

—Señor, es necesario que el rey sepa la verdad; ocultársela en semejantes momentos sería hacerse cómplice de los sucesos. Vuestra confianza prueba que estáis engañado. A trescientos pasos de vuestro palacio, los dragones cambian sus sables, y los soldados sus fusiles, con el pueblo.

—¡Es imposible! —La voz del rey resuena en el comedor mientras su cuerpo retrocede como si estuviera viendo al mismísimo Satanás.

Un ayudante de órdenes, M. de L'Aubepin, carraspeó levemente, venció la tartamudez que se enredaba en su garganta y se atrevió a hablar en voz alta, con todo el respeto del mundo, dirigiéndose al rey:

—Yo lo he visto, señor...

Tras escuchar estas palabras, toda la familia se levantó de la mesa con un estrépito de porcelanas y cucharillas, como si un terremoto hubiera fijado su epicentro bajo la mesa donde lucían las bandejas primorosamente dispuestas. El rey subió a sus habitaciones con toda la rapidez que le permitían sus años, se quitó la ropa de casa y se revistió con el uniforme militar. Bajó al patio y montó a caballo acompañado de sus dos hijos, los duques de Nemours y de Montpensier. Un grupo de generales fieles se puso a las órdenes de su jefe. Los generales acompañaron al rey, que se disponía a pasar revista a las tropas poco numerosas de la guardia nacional que estaban destacadas en la plaza del Carrousel y en el patio de las Tullerías. La actitud de Luis Felipe era de evidente desaliento. Alicaído y pensativo. Las tropas se mostraban tan frías como la leche del desayuno que se quedó en las jarras de porcelana. La guardia nacional se mostraba indecisa. En el aire tenebroso y desapacible de febrero se mezclaban los gritos de viva el rey con los vítores a la reforma.

María Luisa estaba junto a la reina y las demás princesas. Las damas se encontraban asomadas

a un balcón de palacio, y seguían con los ojos y con el corazón los movimientos del rey y de sus hijos, Nemours y Montpensier. Podían divisar los saludos de los oficiales agitando sus sables. La necesidad de creer en algo positivo las llevó a pensar que la tropa había renovado su entusiasmo. Como además no podían escuchar lo que le decían al rey, se retiraron llenas de alegría al interior. María Luisa se contagió por un momento de aquel optimismo. En realidad era una necesidad más que una realidad.

El rey, en cambio, ya no podía hacerse ilusiones. Había visto la fría acogida de los soldados que deberían defender el palacio y la monarquía, los rostros inquietos y hostiles, y el grito de viva la reforma y abajo los ministros que había podido escuchar hasta su propio caballo. Volvió abatido y consternado. Su desgracia fue esperar demasiado. Estaba acostumbrado a la felicidad, y eso le engañó el último día de su reinado. Thiers, testigo de esta catástrofe acelerada, esperaba al rey dentro del palacio para entregarle el poder que se escapaba de sus manos antes de haberlo ejercido. Su popularidad y su cargo duraron apenas una noche. La proclama no había surtido el efecto esperado. Más bien el contrario.

Thiers, cansado y abatido, le indicó al rey que nombrara al opositor Barrot, aunque la medida pudiera interpretarse como desesperada: así la oposición llegaría al Gobierno mientras subsistía la monarquía. Pero había ocurrido algo que ignoraban Thiers y el mismo rey: a Barrot ya lo había rechazado el pueblo en los bulevares, donde se había mostrado impotente y frágil ante las masas. Sin embargo, Barrot aceptó sin saber que estaba sacrificando, por gobernar durante unas horas, una popularidad que le había costado forjar los casi dieciocho años que llevaba Luis Felipe en el trono. Tal vez le pudiera la vanidad. Barrot se puso manos a la obra: tomó posesión del Ministerio del Interior para restablecer el orden. En ese momento todo su consejo de ministros se reducía a una persona: el rey. Montpensier, derrotado, se desahogó con su esposa.

—En una noche se han hundido tres gobiernos: Guizot, Molé, que ni siquiera llegó a tomar posesión, y Thiers. ¿Tú crees que esto lo va a arreglar Barrot?

María Luisa no sabía quién era Barrot, pero estaba segura de que aquello no tenía arreglo. Sólo tenía clara la conciencia de estar asistiendo a un acontecimiento que luego leería en los libros de historia. La infanta se preparaba para lo peor, aunque en ese momento no sabía qué era lo peor.

La reina, los príncipes, los diputados, los simples oficiales del ejército y de la guardia nacional se hallaban alrededor del rey, confundiéndole con noticias y pareceres interrumpidos por pareceres y noticias contrarios. Palidez en las mejillas, lágrimas en los ojos de las mujeres, ignorancia e inseguridad en los niños de la familia real. Abiertas las puertas y las ventanas del piso bajo, los soldados y los guardias nacionales podían presenciar la escena de angustia de la familia que se desangraba en azul, algo que hundiría definitivamente su disposición moral. ¿Para qué iban a defender a los que ya se daban por vencidos?

—¡Debéis hacerlo ya, las masas enfurecidas están aquí, y siguen bajando por el bulevar de Capucines mientras nuestra guardia no está en disposición de contenerlas!

Quien gritaba era Antonio de Orleans, duque de Montpensier. La infanta María Luisa entendía lo que decía, aunque aún no hablara el francés con la corrección debida. Se casó dos años antes con el benjamín del matrimonio que formaban el rey Luis Felipe y la reina María Amalia, pero no

dominaba la lengua que servía de koiné en aquel tiempo. El francés era la lengua universal, el idioma de los diplomáticos y de las casas reales. La infanta apenas se podía comunicar con el novio que le habían elegido. Ahora es capaz de coger las frases al vuelo. Pero lo importante en este momento no es el contenido, sino la forma de expresarlo. Todos están nerviosos, menos el rey. O eso pretende aparentar.

—Es imposible que triunfe una revolución cuando hace frío. Además, está lloviendo...

Su hijo Antonio estaba desencajado, la repetición continua de aquellas frases lo enfurecía, pero por el respeto debido a su padre y al rey no podía decirle que se callara de una maldita vez. Las noticias eran cada vez peores. El hilo que se estableció hace casi dieciocho años entre el pueblo y el monarca se había desgastado hasta el límite. En los últimos días se rompió definitivamente. Sólo había que esperar la llegada de las mismas hordas que elevaron a Luis Felipe al trono en el Hotel de Ville. Antonio era un niño, pero recuerda perfectamente la escena. Luis Felipe era la última oportunidad, el último cartucho que le quedaba a la monarquía. Carlos X, el viejo Borbón, ya no les servía. El pueblo necesitaba un rey que fuera suyo, no de la dinastía. Y Luis Felipe lo vio claro.

—No seré el rey de Francia. Seré el rey de los franceses...

Ahora todo es distinto. María Luisa observa el trajín de palacio sin abrir la boca. Poco a poco va tomando conciencia de que está asistiendo al final de una época de su vida y del país que la acogió como reina. La monarquía se derrumba como si fuera un castillo de naipes. Cada hora que marcan los relojes de pared con su armónico tintineo es una fracción de tiempo perdida. El rey quiere resistir, pero sus hijos gritan a su alrededor. La princesa Clementine, presa de un ataque de pánico que le hace ver el futuro que le espera fuera de las Tullerías, le suplica a su padre que no abandone:

—¡No, padre, no abdique, no se deje llevar por ese consejo funesto!

Antonio, el duque de Montpensier, es más sensato. No sólo le pide a su padre que abdique, sino que le urge a ello.

—¡Rápido, padre, rápido! El tiempo es fundamental. Si llegan antes de que nos hayamos ido, la masacre puede pasar a la historia de forma ignominiosa y vergonzante. Nuestras vidas corren peligro y aquí no tenemos nada que hacer. En el bulevar de Capucines la guardia se ha mezclado con la chusma. Hay muertos y heridos. Pero sobre todo, ya no hay guardia que nos pueda proteger. Están ahí, padre. Desde los balcones se puede escuchar el ruido de la masa enfurecida.

El rey se sienta en su escritorio. Escoge un papel adecuado para el histórico documento que va a firmar. Moja la pluma en el tintero con parsimonia. Empieza a escribir como si estuviera haciendo un ejercicio de caligrafía. Las voces a su alrededor se convierten en el coro de una tragedia griega.

—¡Rápido, sire, más rápido!

El rey levanta la cabeza. Una sonrisa automática se dibuja en su rostro. Mira a su alrededor como si no estuviera viviendo sus últimos minutos como soberano de Francia. O como rey de los franceses, como le gustaba decir antes de convertirse en un rey déspota como todos los que le antecedieron: la costumbre no hace mudanza, porque entonces no lo sería.

—Siempre escribí despacio y con buena letra, y no creo que éste sea el momento de cambiar

mis hábitos...

Fuera, el populacho rodea el palacio de las Tullerías para asaltarlo. La guardia hace lo imposible por contener a la masa de harapos mojados, pies enfangados y gargantas rugientes. Luis Felipe ya no es el rey de estos franceses. Tal vez nunca lo fue. Firma la abdicación y se retira a sus habitaciones. Tiene que vestirse para emprender la huida. Elige un traje negro. En ese momento se convierte, por fin, en el burgués que siempre quiso aparentar. Disfrazado, el rey sale de sus aposentos. Coge un portafolios con los documentos más importantes que atesora, pero olvida lo más importante: los setecientos mil francos que guardaba por lo que pudiera pasar y que los introduce en su escritorio. Echa la llave y la guarda en el bolsillo. Como si alguna vez fuera a regresar...

—¡Vamos, padre, estamos rodeados y no vamos a poder salir!

La infanta busca a su marido en el tumulto que se forma a la hora de huir.

Pero no lo encuentra.

CAPÍTULO 7
LA INFANTA ABANDONADA

1

Los recuerdos son como esas muñecas rusas con las que jugaba la infanta María Luisa cuando era niña. En los salones de las Tullerías se reprodujo la escena que vivió siete años antes en el Palacio Real de Madrid, cuando su madre María Cristina vivía en un amargo y doloroso exilio que le impedía ser la regente de España. La viuda del rey Fernando VII y madre de la futura reina Isabel no podía gobernar a su antojo en Madrid. Ni siquiera podía ver a sus hijas. Espartero, el regente, se lo impedía. Entonces ideó una forma de hacerse con el poder.

Aquel día de octubre de 1841 la infanta María Luisa sintió como nunca la ausencia de su madre. María Cristina llevaba un año fuera de España, en París, acogida por el rey Luis Felipe. El mismo que acaba de abdicar en esta mañana lluviosa y fría de febrero, encapsulada en el recuerdo de la infanta que fluye por los salones de San Telmo en el húmedo invierno sevillano de finales de siglo. Las cartas oficiales y las secretas que se remitían la pequeña María Luisa y su madre no servían para calmar la soledad, la orfandad, la ausencia. María Luisa sabía que su madre estaba en Francia con sus hermanastros, y por eso los envidiaba. En su mente de niña aún no había interpretado aquella actitud de su madre, que a los pocos meses de enviudar ya estaba trayendo al mundo los hijos que le engendraba su amante, el oficial del ejército que aún no era duque de Riánsares.

Madrid era una olla donde hervía la inestabilidad. Se preparaba un golpe para derrocar a Espartero como regente. Todo se precipitó la mañana del día 7 de octubre de 1841. Aquel día no se dedicaría a jugar con su hermana, a perder el tiempo mientras la formación educativa pasaba de largo. De pronto las cogieron y se las llevaron a las habitaciones altas de palacio. Ninguna de las dos hermanas sabía muy bien qué estaba pasando.

Bajo los colchones, el tiempo se detuvo. Estaban protegidas por los dieciocho valientes que se enfrentaron a la insurgencia. Al mando estaba el comandante Domingo Dulce, quien ayudado por el sargento Santiago Barrientos había conseguido parapetarse en el Salón de Embajadores para repeler la agresión. El resto de la guarnición de palacio hizo algo que no era nada raro en aquellos años de revueltas y asonadas: se vendió a los conspiradores. Algo muy propio de esa época... y de las que estaban por venir. Era la primera vez que María Luisa experimentaba esa sensación en su vida. Sólo latía el tictac de su corazón. La tarde se estancó. La noche fue eterna. La pregunta retumbaba dentro de su cerebro infantil y martilleaba sus sienas. ¿Quién estaba detrás de ese

secuestro?

A las seis y cuarto de la mañana cesó la refriega. El balance cayó por su propio peso. ¿Cómo es posible que sólo dieciocho hombres defendieran a la reina y a la princesa de Asturias? Era la primera vez que se intentaba el secuestro de la reina. El asunto era más que grave. Espartero no se quedó quieto. El regente, encargado de la protección de la reina en cuyo nombre gobernaba el país, ordenó el fusilamiento de los generales Montes de Oca y Diego de León. La medida fue desproporcionada según aquellos españoles que no le daban importancia al intento de secuestro de su propia reina. Curiosamente aquellos fusilamientos desgastaron a Espartero más que la sublevación. Había que depurar responsabilidades entre el personal de palacio que colaboró con los secuestradores. De la investigación se obtuvo una conclusión paradójica. Los que prestaron apoyo a los insurrectos lo hicieron más de palabra que de obra, ya que no les indicaron a los intrusos el camino a las habitaciones reales, lo que provocó el fracaso de esta intentona. Pero la pregunta seguía en el aire. ¿Quién había promovido aquel secuestro? ¿Cuál habría sido el destino de las dos hermanas tras el rapto?

Ahora, en la cama de su dormitorio en el palacio de San Telmo, donde intenta restaurar los recuerdos para engazarlos unos con otros, la infanta recuerda la decepción que se llevó cuando se enteró de la amarga verdad. Quien estaba al frente de aquella conspiración que consistía en secuestrar a las dos niñas era su propia madre. María Cristina quería llevárselas a Francia para dejar en evidencia a Espartero. ¿Cómo iba a gobernar España un general incapaz de proteger la seguridad de la propia reina y de la princesa de Asturias? El plan era maquiavélico. Perfecto. María Cristina volvería con sus hijas y se haría cargo de la Regencia. Así le concedería los más altos honores al hombre que por las noches le quitaba la pena de ser viuda, de no ser regente y de vivir fuera de España. El militar que le daba protección en el lecho se llamaba Agustín Fernando Muñoz y Sánchez. Ocho hijos le fue engendrando, uno detrás de otro, a la viuda de Fernando VII: había que cebar los abrevaderos de la maledicencia y de la murmuración en aquella España donde el pueblo llano, y el escarpado de la nobleza, se entretenían con estos asuntos de Estado.

La infanta recuerda que su hermana le concedió el toisón de Oro al conde de Riánsares: tan sonoro título obtuvo aquel militar que hizo su carrera lejos de los campos de batalla, si bien con la viuda del difunto Fernando VII el lecho conyugal era lo más parecido a una refriega con todos sus avíos. Aquel trepa era el padre de los ocho hermanastros que tuvo la infanta María Luisa, y el ejemplo palmario de cómo se medraba en la España donde reinaría su hermana Isabel. Eso es lo que piensa en voz baja María Luisa. Eso es lo que no tiene más remedio que pensar.

Suenan algunas campanadas que la infanta no se molesta en contar. El reloj de la fachada principal del palacio de San Telmo da las once de la noche. Es enero y sigue lloviendo. En la taberna, los místicos intentan descifrar la causa que llevó a Susillo al patíbulo interior del suicidio. Es una historia oscura que algún día tendrá que desvelar alguien. Una historia hilvanada y tejida con esos hilos que nadie quiere ver. La infanta está al tanto, pero ella también quiere olvidar ese asunto escabroso al que se refería el duque de vez en cuando con palabras que ocultaban más de lo que decían, o que lo decían todo sin decir nada. De pronto, la infanta siente un estremecimiento. Como si alguien la cogiera de la mano para alejarla de un peligro que no es una pesadilla imaginaria, sino algo real. Terriblemente real. Está recorriendo el último tramo de su

vida, y ella lo sabe.

2

María Luisa Fernanda de Borbón, infanta de España y duquesa de Montpensier, se encuentra sola en sus habitaciones del palacio de las Tullerías. Le han aconsejado que descanse un poco antes del viaje que le espera. La joven embarazada ha visto cómo su suegro, el todavía rey de los franceses Luis Felipe, ha firmado su abdicación. No ha llegado a verlo disfrazado de burgués, vestido con un sencillo traje negro después de despojarse de sus medallas y de sus condecoraciones. Ni tampoco ha visto a su suegra, la reina —en realidad ya no lo era— María Amalia vistiéndose de forma discreta para pasar inadvertida en la huida. Recostada en su cama, la joven María Luisa empieza a tomar conciencia de lo que está viviendo: el derrumbamiento de la monarquía francesa.

A pesar de que la ventana está cerrada para que no entre la lluvia, desde la cama se oyen voces y disparos, cargas a caballo, maldiciones proferidas por la chusma que lleva meses rebelándose contra un rey que les prometió una apertura democrática que jamás llegó. Su primer ministro, el odiado Guizot, era todo lo contrario a lo que se habría esperado de un rey que no quería volver al despotismo ilustrado. Lejos de abrir la nación a reformas que implicaran la participación del mayor número posible de franceses en el Gobierno, Guizot reformaba las leyes para lo contrario. Prohibió las reuniones y los mítines, lo cual dio origen a un truco muy curioso. Los partidos de la oposición organizaban banquetes. Los asistentes tenían que pagar el cubierto. Así no se podía prohibir el acto: no se trataba de un mitin, sino de un banquete.

El último banquete que se había convocado originó controversias y una fuerte polémica. El pueblo creyó que Guizot había prohibido el banquete, cuando en realidad fue desconvocado por los organizadores, que temían una represalia del poder. El duque de Montpensier había intentado explicárselo a su esposa, pero ésta no entendía muy bien lo que pasaba. Eso mismo les sucedía a muchos parisinos, que se echaron a la calle por culpa de la prohibición de un banquete que en realidad no se había prohibido: cuando la dinamita es abundante, cualquier mecha puede prender. En cuanto al bienestar y al nivel de vida de la gran mayoría de los franceses, sólo había que asomarse a la ventana para ver hasta dónde había llegado la pobreza que exhibía su poder en aquella masa que estaba a punto de tomar el palacio de las Tullerías.

La infanta esperaba la llegada de su esposo, que la conduciría a un coche para salir de París antes de que el palacio sucumbiera a la revuelta. El duque de Montpensier acompañó a su padre a

la puerta que daba a la extensísima plaza de la Concordia. Es curioso: huían de la discordia por la puerta de la Concordia. Una vez que Luis Felipe se acomodó como buenamente pudo en su coche, un espontáneo le cerró la portezuela. El rey que ya no lo era se lo agradeció cortésmente para demostrar, una vez más, que los hábitos distinguidos no han de perderse nunca. Aquel hombre pobre no le había hecho ningún favor, sino todo lo contrario. Su respuesta fue definitiva y definitiva.

—No me dé las gracias. Yo llevaba más de diecisiete años desando hacer esto. Y por fin lo he conseguido...

La carcajada desdentada de aquel tipo le produjo una sensación de miedo y de asco a Luis Felipe. Había que huir como fuera. Las hordas ya estaban entrando en palacio por las ventanas y las puertas más cercanas al Louvre. Antonio de Orleans se dio media vuelta y fue a recoger a su esposa. Algunos revolucionarios ya habían llegado a las salas del palacio y se habían desparramado por los jardines. En ese momento tuvo que tomar una decisión trascendental. El coche con su padre esperaba la partida. Antonio lo escoltaría a caballo. Su mujer, mientras tanto, lo esperaba en una de sus habitaciones. Montpensier había estado en África y se había enfrentado a los peligros que son inherentes a la milicia. Había ganado alguna condecoración por su arrojo militar. Todo era muy confuso. Gritos. Carreras. La guardia que aún protegía el palacio seguía cargando contra los que pretendían tomarlo. Llovía sobre las Tullerías. Su padre gritaba desde el interior del coche.

—¡Antonio, vámonos antes de que nos tomen prisioneros!

Su madre lloraba con disimulo. Se le notaba el miedo en el rostro enmarcado por un tocado vulgar que disimulaba ese origen aristocrático que la acompañaría hasta la muerte. Montpensier intentó regresar para recoger a María Luisa. Los jardines de las Tullerías estaban conformados por unos senderos que se bifurcaban. Cualquier decisión llevaba a otra. Y así hasta el infinito. Si volvía, dejaría a su padre solo ante el peligro de los que pretendían terminar con él. Si lo acompañaba en la huida, su esposa se quedaría a merced de los revolucionarios. Entonces fue cuando vio a aquel hombre que salvaría la situación. O eso es lo que diría posteriormente Antonio de Orleans para salvar algo tan importante como la vida: su honor.

3

—Al rey la hacienda y la vida se ha de dar, pero el honor es patrimonio del alma... —El barbudo Gil deja el verso en suspenso, como si se quedara sin rematar en el aire espeso y aceitoso de la taberna.

—Y el alma sólo es de Dios —responde solícito Pepe, el camarero que cambia el vaso de vino por el de aguardiente de Zalamea.

—Hablando de honor, usted debería saber algo, inspector. —El barbudo Gil le da el primer tiento al vaso de aguardiente que le añade un olor serrano y seco al aire de la taberna.

—Insisto: están tardando demasiado en contármelo.

—Es un asunto muy delicado. Susillo estaba triunfando en Sevilla como escultor. Eso es algo que no se le escapaba a nadie.

—Algo que levantó la inevitable y puntiaguda envidia, amigo Gil. —Leal tercia.

—Cierto. Tan cierto como inevitable en esta ciudad que sólo eleva a sus hijos predilectos al pedestal de las estatuas... cuando se han tomado la molestia de morir. Susillo triunfaba en la ciudad. Es verdad que ese triunfo era algo modesto. Y molesto para los que no son capaces de destacar en nada y pierden el tiempo y la energía haciendo eso que se llama vida social, y que no es más que una mentira revestida de tules y moarés. Buena culpa de ello la han tenido los Montpensier con su Corte Chica.

—¿Ahora también vamos a echarles la culpa a los Montpensier de la postración de esta ciudad? —Leal enciende el debate, las primeras ramas secas crujen en la chimenea de la discusión.

—No es eso, amigo Leal. Quiero decir que esa Corte Chica ha servido para que la ciudad ponga sus energías en esa vida falsa, en ese trampantojo de los serviles besamanos, de las serenatas que tocaban las bandas militares delante de la fachada de San Telmo, de tantas y tantas recepciones, de tantos y tantos bailes como se han celebrado en ese Salón de las Columnas que quería ser una emulación provinciana del Salón de los Espejos de Versalles. La ciudad se entregó a los duques como si fueran los salvadores que la liberarían de la pobreza y de la miseria. Siempre hacemos lo mismo. Los invasores franceses lo supieron muy bien. Y el duque franchute, también. Sevilla se entregó al gabacho pensando que don Antonio la salvaría, y sólo empezó a protestar cuando el Orleans le cobraba las naranjas del huerto. Acostumbrados a la limosna, los

sevillanos no tenemos remedio, amigo Leal.

—Sí lo tenemos, lo que pasa es que no queremos verlo, y mucho menos ejecutarlo. Pero ésa es otra historia. Lo cierto es que los Montpensier han traído algo de modernidad en el buen sentido de la palabra, ahora que se está imponiendo el uso de ese vocablo. Tampoco voy a echarles la culpa de la degradación estética de Sevilla. En lo que han podido y querido, han ejercido de mecenas. Muchos artistas han vivido, o han sobrevivido, gracias al Naranjero. Soy crítico, pero sé dónde están los límites. O eso creo, porque uno ya no está seguro de nada. Lo mismo ha amanecido y no lo sabemos, señores.

—Sigo esperando la historia que alumbre el suicidio de Susillo, y ustedes se enfrascan en discusiones bizantinas. —Cranio empieza a desesperarse, mira a Guitard como si el periodista pudiera servirle de salvación en ese trance.

—No me mire así, inspector. Soy un simple periodista. Cuento lo que pasa. El pasado es historia. Aunque puedo decirle que esa historia la tengo fresca en la memoria. De aquello hace poco más de diez años. Tal vez doce, creo recordar. Susillo exponía algunas obras en el Alcázar. Allí estaba la reina madre, la Isabelona. Tronante y destronada. Hablando pestes del palacio frío y austero que le habían dejado tras robarle la Corona. Así era y así sigue siendo la que fue Isabel II. Entonces fue cuando a Susillo se le presentó la oportunidad de su vida. Pasó ese tren que nunca pasa dos veces. Alguien se fijó en sus esculturas. Y le hizo una propuesta que no pudo rechazar.

—¿Qué propuesta fue ésa? ¿Quién se la hizo? —Cranio está impaciente, como si la Roldanita estuviera quitándose el corsé para quedarse desnuda frente a sus ojos maduros y deseosos.

—Ahí está la clave, inspector. A partir de ahora me agarraré a la palabra de honor de sus señorías. Esto es un asunto de honor, señores. ¿Cuento con su discreción absoluta?

—No se ponga tan histriónico, amigo Gil. Todos sabemos de qué va esto, menos el inspector. Hable, que nosotros callaremos. —Leal apura su blanco y le señala a Pepe, el camarero, el vaso de anís que Gil está vaciando para que le llene el suyo de aguardiente.

La infanta recuerda aquella noche desde su cama de San Telmo. Fuera llueve y hace frío. Se acerca febrero. Cierra los ojos y ve aquella oscuridad. La lluvia, el viento y el abandono. ¿Cómo había podido llegar una infanta de España a esa piedra de una cantera situada a las afueras de un pueblo que no conocía y que se llamaba Abbeville, al noroeste de París? Con dieciséis años y embarazada. La infanta se concentra y pone en orden la secuencia de los recuerdos.

—Tuve que irme con mi padre, te dejé en buenas manos, incluso me atrevo a decir que aquella decisión, tomada en un instante, fue la mejor para ti, porque no te arriesgabas en absoluto.

El duque de Montpensier le sigue recordando a cada momento, incluso después de muerto, que no la abandonó cuando las turbas entraron en el palacio de las Tullerías, sino que la dejó en manos de la servidumbre y de una persona respetada por todos: Jules de Lasteyrie, nieto de Lafayette y reputado político que sería reverenciado por los revolucionarios que lo reconociesen. El duque partió a caballo junto al coche de su padre rumbo a Saint Cloud.

Tan pronto como fue invadido el palacio, Jules de Lasteyrie buscó a la princesa, le dio el brazo y la sacó de las Tullerías mezclándose con la muchedumbre. Todo estaba demasiado confuso, nadie sabía muy bien qué derroteros tomaría aquella invasión, y la ausencia de un poder real y efectivo era el mejor aliado para salir sin que ningún asaltante reparase en aquel caballero que atravesaba el jardín acompañando a una muchacha.

El plan de Lasteyrie era muy sencillo: buscar el puente Tournant para que la duquesa pudiera huir de forma segura con el resto de la familia real. Pero apenas habían salido de los jardines cuando el carruaje, lleno hasta los topes, partió al galope dejando a la princesa Clementina abandonada y sola, errante y sin poder hacer nada: ni regresar a la plaza por miedo a las turbas, ni correr detrás de un carruaje tirado por caballos que galopaban al ritmo frenético del látigo que restallaba como si fuera un eco flexible de la revolución. La fortuna se alió, a pesar de todo, con la princesa Clementina, que vio de lejos a Lasteyrie y a su cuñada Luisa Fernanda.

Los tres se marcharon de allí en busca de un lugar seguro: Lasteyrie se llevó a las dos jóvenes a casa de su madre. Nadie lo reconoció por el camino. Nadie le preguntó nada. Como si fueran invisibles en medio de la turbamulta. La madre de Lasteyrie era, además de una mujer virtuosa y respetada por el pueblo, hija del general Lafayette. Allí podrían permanecer las dos damas sin temor a las sospechas, a las pesquisas que se sucederían a partir de aquel momento por la ciudad

de París.

La princesa Clementina se marchó de aquella casa al poco tiempo para reunirse con su padre en Trianon. Pero la duquesa de Montpensier se quedó hasta el día siguiente bajo la protección de la hija del general Lafayette. Su esposo le había mandado un mensaje desde Dreux a través de su ayudante, el general Thierry: debería partir hacia el castillo de Eu, situado al noroeste de París, lugar al que se dirigiría Luis Felipe para permanecer allí en espera de los acontecimientos que pudieran devolverle la Corona. Todo era confuso. Cuando le llegó el mensaje a Luisa Fernanda, su suegro ya buscaba algún punto seguro en la costa para embarcarse hacia Inglaterra.

5

Como María Luisa no sabía nada de eso, el día 25 se puso en camino junto al general Thierry hacia el castillo de Eu. Cuando llegó, lo encontró vacío y abandonado. Por la comarca se había extendido un rumor incendiario y alarmante: una columna de obreros de Rouen se dirigía al castillo de Eu para asaltarlo tal y como habían hecho en Neuilly, donde nació Montpensier, o en las mismas Tullerías. La joven duquesa no está para más asaltos, así que deja atrás el castillo que había sido la plácida residencia estival de Luis Felipe y su familia cuando las cosas pintaban bien para el rey.

Necesita ayuda y se la pide a M. Estancelin, un diplomático agregado a la embajada de Múnich con el que se encuentra de forma casi milagrosa. Acuerdan poner rumbo a la frontera belga para huir definitivamente de Francia. La tarde empieza a caer cuando Luisa Fernanda, acompañada por M. Estancelin y el general Thierry, se dirige a Bruselas.

La noche se les echa encima cuando cruzan Abbeville. El pueblo no es tonto y está avisado. Francia arde en una nueva revolución. El carruaje despierta las sospechas de los lugareños. Agitados, los habitantes de Abbeville que ven tal carruaje en las calles de su pueblo se precipitan sobre el coche. Lo detienen. La duquesa vuelve a escuchar gritos. Otra vez las mismas caras desencajadas. Otra vez el odio y el rencor. M. Estancelin saca la cabeza por la portezuela y aprovecha que su nombre es conocido en el país.

—Dejadnos pasar, voy en compañía de mi esposa rumbo a un destino en el extranjero.

Al principio consigue su propósito, pero necesita desorientar al populacho para ser creíble. Manda al postillón que conduzca el carruaje a casa de un amigo suyo. Cuando la gente escucha el nombre de M. Estancelin se calma momentáneamente: es un republicano que nada tiene que ver con la familia real ni sus allegados. El diplomático baja del coche cuando llega a casa de su amigo. Le da un abrazo y baja el tono de voz.

—Tenéis que ayudarme como sea, la mujer a la que acompaño no es mi esposa, sino la duquesa de Montpensier, que ha salido huyendo de París y va en busca de su marido. Es una muchacha que no tendrá más de dieciséis años y que está encinta. Si la dejamos en manos del pueblo, no quiero pensar qué podría suceder...

El buen hombre no se esperaba que una noche lluviosa y fría de febrero se le presentase semejante problema en su propia casa. ¿Quién iba a decirle que una nuera del rey aparecería por

Abbeville para pedirle ayuda a él? Se queda pensativo. Cuando puede articular algunas palabras, balbucea.

—No... no puedo decirle que no, M. Estancelin, pero... pero hágase cargo de mi situación.

El general Thierry tercia con la autoridad que le confiere su cargo. Aunque no vaya de uniforme, sigue siendo el ayudante del duque de Montpensier y un servidor fiel de la monarquía que ya no existe.

—Si usted no nos ayuda, el populacho cometerá un acto criminal contra una joven embarazada de su primer hijo, la violará o la ahorcará, le cortará la cabeza o la expondrá a la vergüenza pública. Tenga en cuenta que si ocurre eso, la sangre de esa muchacha caerá sobre su conciencia...

El diplomático actuó como tal y suavizó las palabras del general. Sin apenas intercambiar palabras hicieron lo propio de estos casos: uno presionaba hasta el límite y el otro se mostraba comprensivo con la negativa en un primer momento para conseguir, de esa forma, ablandar el corazón de quien se negaba a ofrecer su ayuda.

—Entiendo lo que me dicen, pero sólo les pido que me entiendan ustedes a mí. No puedo acogeros en mi casa ni defenderos públicamente. Si se deshace el engaño, soy hombre muerto. Mi casa será saqueada y mi memoria mancillada.

Estancelin y el general Thierry insistieron, pero no había nada que hacer. Aquel hombre estaba bloqueado por el miedo. El tiempo corría en contra. Poco a poco empezaron a concentrarse algunos hombres del pueblo en torno al carruaje. Sus ocupantes se bajan a toda prisa antes de que los rodeen del todo. M. Estancelin le indica al general la dirección de una de las puertas de la ciudad.

—Salid por esa puerta con la duquesa, y esperadme en la orilla del camino que de allí parte y que conduce a Bélgica. Necesitamos cambiar los caballos si no queremos que revienten por el camino. Además, así nos quitamos de encima a la chusma y evitamos el peligro de un linchamiento. Mientras tanto, yo me encargaré de que el carruaje pase por ese lugar entre las once y las doce.

6

El general Thierry y la duquesa ponen pies en polvorosa, aunque sería más preciso decir en el fango que se acumula en la calle tras las lluvias de febrero. La lluvia, la oscuridad y el desconocimiento de aquel pueblo terminan por despistar al general. El viento ha apagado los faroles. No se ve nada. Caminan a tientas en la dirección que les ha indicado M. de Estencelin, pero no están seguros de que lo estén haciendo de forma correcta. La duda es la gran aliada del error, y dudando continuamente, tras muchos rodeos y tentativas, el general y la duquesa llegaron a una puerta de la ciudad. Una puerta, para colmo de males, que estaba en construcción. El general le echó un vistazo, y en medio de la oscuridad pudo adivinar que el arco, lleno de andamios y maderas, estaba cerrado con tablones por su lado exterior. Vuelven sobre sus pasos.

—Creo que deberíamos deslizarnos por aquí, Alteza.

—No me llaméis Alteza. Si alguien os escuchara sería mujer muerta, y vos os convertiríais en algo parecido.

—Es cierto, a partir de ahora os llamaré...

—Marie Louise. La gente cree que me llamo Luisa Fernanda, pero mi verdadero nombre empieza por María y Luisa. Así me reconozco, y despistamos a quien pudiera estar escuchando más de la cuenta.

—Entonces bajaremos por esta puerta lateral, María Luisa. Me da la impresión de que los albañiles la han dejado abierta para que puedan entrar en la ciudad los que vengán caminando. O salir de ella los que quieran huir, como es nuestro caso.

Pasaron por aquella puerta lateral y respiraron aliviados. Ya estaban fuera de Abbeville, la ciudad que los había recibido con miradas amenazantes. Siguieron el camino que partía de aquella puerta, ahondado por la lluvia, hendido por el peso de los carros, repleto de charcos que se sucedían de forma anárquica, como si fueran la metáfora perfecta de lo que estaba sucediendo en Francia.

—Esta corredera no tiene salida, general.

—Es cierto. Creo que nos hemos perdido.

—Perdidos están mis zapatos, me los he dejado en el fango.

El general calla. María Luisa nota que el plan se ha ido al infierno. En las facciones del militar se dibuja de forma clara, a pesar de las tinieblas que las envuelven, la desesperación.

—Por aquí no podemos seguir, una mujer en su estado no puede caminar descalza y hundida en el fango.

—Si os dijera que estoy fatigada, mentiría. Confieso que nunca me he visto así, y no sé qué puede suceder a partir de ahora.

El general, lívido, tiene que tomar una decisión.

—Os vais a sentar en esa piedra de ahí. Os cubriréis con mi capa y me esperaréis sin moveros. Os lo suplico. No os mováis por nada del mundo.

—No os preocupéis, general, no tengo fuerzas para salir corriendo, así viniera el diablo mandando a los revolucionarios del pueblo para apresarme.

—Regresaré a la ciudad en busca de ayuda y volveré hasta aquí para dejar atrás este maldito pueblo de una vez.

El general desapareció, engullido por la oscuridad y por la lluvia. La infanta María Luisa Fernanda de Borbón, duquesa de Montpensier, se quedó sola bajo la capa del general, sentada en una piedra y sin saber qué sería de su vida.

Era abril y Sevilla resplandecía. El palacio de San Telmo apenas podía contener la avalancha de la luz que caía desde un cielo azul inmaculado que se colaba por las hendiduras de los patios y por los cristales de las ventanas. Una luz total y armoniosa recorría los pasillos, destellaba en la porcelana brillante de los tibores, despertaba los óleos de los cuadros que colgaban en las paredes y se hacía omnipresente en los jardines. Allí juegan los niños bajo la mirada atenta de una madre que aún no ha sufrido el dolor de la pérdida.

Cuando visitaba los corrales de vecinos para repartir hogazas de pan que paliaran el hambre y la miseria, la infanta se encontraba con el olor de los jazmines que acompañan el velatorio de un niño muerto. Ella no había pasado por ese trance.

Entre fuentes modernistas y palmeras que ardían con la luz del mediodía jugaban Isabel y Amalia, Cristina y Regla. En su vientre, esperando el momento de nacer, quien sería el infante don Fernando. Las cuatro niñas ríen. La tarde va girando lentamente sobre el gozne inasible de la luz. Todo es felicidad. Este año van a retrasar la partida hacia Sanlúcar para pasar el verano junto al mar, como es costumbre. Abrirán estos jardines del palacio de San Telmo durante la Feria de Abril que se inventaron Narciso Bonaplata y José María Ybarra: un concejal catalán y un edil vasco querían promocionar la agricultura y la ganadería para incentivar la economía sevillana. De aquello hace algo más de una década. En poco más de diez años la Feria ya se ha convertido en una fiesta propicia a la alegría y al baile.

—Antonio, dile a las ayas que traigan a las niñas, por favor, estoy cansada y no puedo moverme mucho. Quiero verlas merendar aquí, a mi lado...

El duque, solícito ante el estado de gestación de su esposa, reúne a las niñas alrededor de la mecedora donde su madre toma el sol de abril. Las ayas disponen los pastelillos y la limonada. Hace un calor tibio, dulce. Las niñas se sientan, ríen, provocando esa leve algarabía que deja una sonrisa de ternura en el rostro a menudo impenetrable del duque. Isabel, la mayor, toma la palabra.

—Mamá, quiero que nos cuentes otra vez qué te sucedió cuando tuviste que huir sola de París por culpa de la revolución.

Se sabía la frase de memoria. Isabel tiene diez años. Le gusta escuchar esa historia porque se siente protagonista. Iba en la barriguita de mamá. El duque, volteriano y positivista, no soportaba las leyendas de las cigüeñas o similares, aunque en ese caso Isabel sí vino de París...

La noche envuelve la nave encallada del palacio de San Telmo. La oscuridad baja desciende de un cielo plomizo como la lluvia sutil que empapa los patios y las tejas. La infanta recuerda aquella tarde de abril desde el lecho que le sirve de compañía. En su memoria va narrando los acontecimientos en primera persona. Ella es la protagonista. M. Estencelin y el general Thierry son personajes secundarios. Cuando llega al momento cumbre, ahueca la voz y se pone muy seria. Los tiempos convergen, se funden, confluyen.

—Me quedé sentadita en aquella piedra. No podía volver al pueblo porque los hombres malvados que nos habían recibido con malas pulgas me podrían hacer daño. Tenía miedo, pero mi valor era más fuerte. Había perdido los zapatos, así que encogí las piernas para que el agua no me mojara los pies. Y para que las ratas no me mordieran.

—¿Había ratas, mamá? ¡Qué miedo!

—Eran enormes, como monstruos. Se movían de un lado para otro. Yo no las veía porque me daban asco, pero sentía cómo corrían a mi alrededor. La capa del general me protegía de la lluvia, pero yo estaba empapada del camino. Le hice caso y no me moví. Como si fuera una niña como vosotras, me inventé un juego. Yo era una estatua. Un fantasma convertido en estatua que en las noches de lluvia se les aparecía a los que entraban en el pueblo por aquella puerta. Mientras tanto, imaginaba al general buscando ayuda en el pueblo, algo que era casi imposible. ¿Cómo iba a ayudarnos, si lo que querían era precisamente lo contrario? Me puse a rezar todas las oraciones que me sabía de memoria. El general no podía llamar a cualquier puerta. Podrían delatarnos y encarcelarnos. Podían ponerle una trampa para que cayera en ella, para que confesara que yo era una princesa que necesitaba ayuda. En ese caso todo se habría terminado para mí. Quiso Dios que el general se encontrara, en medio de aquel pueblo que desconocía, a un desconocido que era amigo de M. Estencelin, el diplomático que nos ayudaba y que se había quedado en el pueblo para buscar los caballos que nos permitieran continuar el viaje. Ese buen hombre se dio a conocer y guio al general al sitio donde yo estaba. Cuando lo vi aparecer creí que era un milagro. Estuve a punto de ponerme a gritar, pero la niña que llevaba en la barriguita pesaba mucho y no me dejaba.

Isabel reía cuando llegaba ese momento del relato. La misma infanta creía que el embarazo estaba muy adelantado y que su vientre era prominente, como cuentan las crónicas. Pero en realidad no fue así. La huida fue en febrero e Isabel nació en septiembre: el embarazo apenas llegaba a los dos meses.

—Me daba igual ir sin zapatos, chorreando y muerta de frío. Por fin podíamos salir de aquella maldita ciudad. Aquel guía nos condujo por el camino correcto y nos dejó fuera de Abbeville. Nos refugiamos bajo el cobertizo de una tejería abandonada. ¡Qué casualidad! Tullerías significa en realidad tejerías. El palacio se llamaba así porque allí había fábricas de tejas antes de que se construyera. De las Tullerías asaltadas a la tejería abandonada. Parece una novela, y lo es. Una novela de aventuras, ¿verdad?

—¿Y qué pasó al final, mamá?

—Eso, eso, cuéntanos el final.

Cristina y Amalia se impacientan. Regla, que aún no ha cumplido los tres años, mira a su madre con una profundidad de mar o de océano presentido.

—Allí nos quedamos el general Thierry y yo esperando el carruaje con los caballos que había

buscado M. Estancelin. Yo creía que me iba a morir de la tensión y del cansancio, del frío y del hambre. Hubiera dado cualquier collar, la mejor de mis joyas por un plato de sopa caliente. Al final el coche llegó antes de lo que pensábamos. Nos subimos rápidamente y los caballos, que estaban descansados, galoparon como si huyeran del mismísimo diablo. En el coche, el general Thierry me repetía una y otra vez que yo era una heroína. Brava y valiente como un soldado. Se le quedaba la mirada suspendida, como si no estuviera viendo el interior del carruaje, y repetía una frase que se quedó grabada: «¡Qué extrañas aventuras en esta noche horrible!».

El duque de Montpensier sonrío y aprovecha la pausa dramática que siempre hace su esposa cuando llega ese punto para hacerle la pregunta que pone fin al relato.

—¿Y tú qué le respondiste, querida?

—¡Oh, sí, una noche terrible! No obstante, prefiero estas aventuras a la monotonía de la mesa redonda de trabajo en los suntuosos salones de las Tullerías.

La infanta lo recuerda todo con una nitidez de grabado minuciosamente trabajado con el buril de la memoria. El carruaje partió hacia Bruselas. De ahí, a la costa para tomar un barco que la llevara hasta Inglaterra. Se reencontró con su esposo en Claremont, donde estaban Luis Felipe y María Amalia como dos reyes sin corona que barajaban su destino. Antonio la abrazó y le dijo una y otra vez:

—¡Cuántos peligros habrás pasado, querida!

Ella no le respondió. Sólo quería su protección. Necesitaba creer que su esposo no la había abandonado. Era la única manera de perdonarle algo que no tenía perdón.

CAPÍTULO 8
EL EXILIO SEVILLANO

1

—No pueden quedarse a vivir en Madrid.

La voz de la reina suena rotunda. Tiene dieciocho años pero parece mayor. Narváez escucha atentamente los silencios de quien lo ha llamado de forma discreta. No es hora ni lugar de audiencias. Isabel II no está despachando con el jefe de su Gobierno en el Palacio Real, aunque lo parezca.

—Tienes que hacer lo que sea para que se vayan de aquí lo antes posible. No los quiero cerca de mí.

El tuteo le confiere una sombra conspirativa a la orden. La reina está de espaldas. Narváez mira sus caderas anchas, su figura regordeta tirando a rechoncha, su piel de lagarto o de quelonio, su pelo recogido como el de una dama de avanzada edad.

—Mi cuñado es un peligro, y tú lo sabes mejor que yo. Lo han echado de Francia y lo han expulsado de Inglaterra. No puede aspirar al trono que ha dejado vacío su padre. ¿Tú crees que se dedicará el resto de su vida a asistir a actos sociales y a ejercer esa caridad en la que no cree? Se casó con mi hermana para ser rey de España. Pensaba que yo iba a morirme sin dejar descendencia. Es un indeseable. Así que ya sabes lo que tienes que hacer.

Narváez carraspea. Ha meditado lo que va a decir. Su voz sigue siendo autoritaria a pesar del tono confidencial que emplea para no salirse de un contexto tan reservado.

—Señora, he pensado que podrían irse a Aranjuez, pero...

—¡Eso está demasiado cerca! —interrumpe Isabel mientras se vuelve y mira a Narváez con pupilas de acero afilado. ¿Qué quieres, que se vaya a vivir a las puertas de Madrid para preparar el golpe desde allí? Mi cuñado ha nacido para conspirar. Como su padre. Como su abuelo. Te lo digo yo, que lo tengo calado. Además, con esto del ferrocarril, Aranjuez estará demasiado cerca de Madrid. Está bien que se vayan allí por un tiempo, para disimular. Pero los quiero lejos, más lejos.

Narváez deja que el silencio se interponga en la conversación. Respira profundamente y se dirige a la reina mirándola a los ojos.

—En ese caso la ciudad ideal está al otro lado de Despeñaperros. Cuando llegue el ferrocarril habrán pasado unos cuantos años. El terreno es escarpado para las vías del tren y el tiempo jugará a nuestro favor. No podemos mandarlos a un exilio que el pueblo vería con malos ojos. Quiérase o

no, es la princesa de Asturias. Una infanta de España. Y además es vuestra hermana.

—Deja de dar vueltas y suéltalo de una vez. Si te he elegido dos veces como presidente del Gobierno es porque tienes las cosas claras y no das tantos rodeos como esos políticos parlanchines que viven en el mundo de las palabras.

Narváez eludió circunloquios y fue directo al nombre de la ciudad elegida.

—Sevilla.

—Sevilla... No está mal pensado. Aquello sigue siendo exótico y le encantará al francés. Mi hermana podrá montar su propia corte y vivirá feliz. Es lo único que quiero. No que ella viva feliz, que también, sino que no me den disgustos. Los sevillanos los recibirán con los brazos abiertos, aunque luego se las gastarán como ellos saben. Recuerda lo que le hicieron a mi padre...

Narváez no es muy partidario de la memoria de Fernando VII. En vida del rey felón se negó a aceptar cualquier cargo. Un liberal como él, aunque pasara por autoritario y lo llamaran el Espadón de Loja, no podía colaborar con semejante traidor al pueblo español y a su Constitución.

—Si no ordenáis nada más, se hará lo que habéis decidido, señora.

—Eso está muy bonito, Narváez. Ahora resulta que quien ha decidido que mi hermana se vaya con el francés a Sevilla soy yo. Así se escribe la historia...

2

Nos nos querían en ninguna parte. Tuvimos que salir huyendo de París antes de que las masas nos aniquilaran. Cuando al fin pude cruzar el canal de la Mancha y nos reencontramos en Claremont, mi esposo estuvo cariñoso conmigo. Como si nada hubiera pasado. Como si todo hubiera sido una pesadilla. Como si no me hubiera dejado abandonada en las Tullerías mientras aquellos revolucionarios ebrios de odio asaltaban el palacio. Como si yo, una joven de dieciséis años y embarazada, pudiera librarme por mí misma de aquel asalto.

Entonces recordé lo que mi madre me había dicho y repetido mil veces. Tenía que apartar mis sentimientos y comportarme como una princesa, que es lo que soy. Hice de tripas corazón, aunque lo tuviera roto por dentro. Disimulé como pude. Y volví a integrarme, en la medida de lo posible, en aquella familia descompuesta que buscaba asilo político en Inglaterra después de haber engañado a la reina Victoria con nuestra boda.

—Las malas noticias nunca vienen solas, querida. Acabo de hablar con mi padre y me ha dicho lo que esperaba. La reina no nos quiere aquí. Tú y yo somos el símbolo vivo de aquella boda que dejó en evidencia a la diplomacia británica y a la misma reina. Nunca olvidará la reunión secreta que mantuvo con mi padre en el castillo de Eu. Reconozco que Luis Felipe faltó a su palabra, pero la política es así. Ahora tú y yo pagaremos el precio de aquel desaire.

—¿Cuándo nos vamos?

—En cuanto zarpe un barco fiable.

—¿Fiable?

—El Gobierno británico no pondrá a nuestra disposición ningún buque. Tendremos que viajar como cualquier pasajero, en un barco comercial. No te preocupes por eso. Todo saldrá bien. Y cuando nos demos cuenta habremos llegado a Madrid.

El día de la despedida la reina María Amalia se abrazó a su hijo, y entre lágrimas le hizo la pregunta retórica que nació en las entrañas de la madre.

—¿Volveré a verte alguna vez en este mundo?

Partieron en un barco que los dejó en Ostende. En Rotterdam embarcaron en el Batavia, un vapor que los llevó hasta San Sebastián, donde desembarcaron el 2 de abril. Por fin pisaban suelo español. Cinco días más tarde llegaron a Madrid. En Fuencarral los esperaban la reina Isabel, su marido Francisco de Asís y la reina madre María Cristina. No hacía ni un año y medio de la

llorosa despedida de las dos hermanas. Isabel se separó por primera vez de María Luisa Fernanda cuando ésta cogió el camino de París tras las bodas reales. Aquella despedida no tuvo nada que ver con la fría bienvenida que le dispensó la reina a su hermana.

—En Madrid tampoco nos quieren, Antonio. No disimules. Te lo ruego. Dime la verdad. La prefiero antes que vivir con esta intranquilidad.

—Tranquila, Luisa Fernanda, tranquila... No he podido hablar con Narváez, pero me han llegado comentarios, noticias, rumores... Lo propio de la corte. Y tienes razón. No quería decírtelo porque bastantes sustos te has llevado ya, algo que no es saludable en ningún caso, y menos en un estado como el tuyo. Una mujer encinta no debe preocuparse por estos menesteres. Yo me encargaré de todo...

—Nos iremos de aquí, ¿verdad?

—Tanto como irnos... En principio viviremos en Aranjuez, que está a dos pasos de Madrid.

—En principio...

La princesa de Asturias sabía que no volvería a vivir en la corte. Hace año y medio Madrid era su ciudad. Allí había nacido y allí había vivido. Recorría los paseos y los parques en un carruaje, o paseaba con su hermana y las ayas hasta el punto de mezclarse, con las debidas distancias, con el pueblo de Madrid. Ahora todo era diferente. Se le notaba en los ojos caídos y en la sonrisa imposible. No tenía ganas de bailar, ni de coger los palillos, ni de tocar el piano. Miraba a su marido con esa frialdad que envuelve a quien es consciente de lo que está sucediendo.

—No nos querían en París. No nos querían en Inglaterra. Y ahora no nos quieren en mi propia ciudad. ¿Qué hemos hecho, Antonio? ¿Qué maldición nos persigue desde el día en que nos casamos?

3

Los místicos siguen en el rincón de la taberna. Ni ellos mismos podrían decir cuánto tiempo llevan allí. ¿Una noche? ¿Una semana? ¿Una eternidad cifrada en los ectoplasmas que el vino dibuja en el cristal de las cañeras? Los amuletos de Gil no tintinean. Erguido sobre el asiento de la silla que se ha amoldado a su cuerpo, el barbudo deja que su mirada se pierda en las barricas que contienen el vino que bebió y que seguirá bebiendo. Le da un sorbo al aguardiente seco. Y habla.

—Susillo no estaba maldito. Eso llegaría luego. Es cierto que su primera mujer murió al poco de casarse, como el único hijo que tuvo con ella. Pero la vida le sonrió. Dejó el negocio del padre para dedicarse a lo que verdaderamente amaba: el arte. Primero se hizo pintor, con Villegas. Y después se sumergió en ese mundo volumétrico e insaciable de la escultura. El pintor domina su obra de un vistazo. El escultor, no. Perdonen la digresión, pero esto es importante. Susillo no se veía a sí mismo como un solo hombre, sino como muchos. Y eso fue determinante para que tomara su última y definitiva decisión.

Cranio estaba tan desesperado que tuvo que levantarse. Le vino bien el paseo por la taberna para desentumecer los músculos. Se había relajado con la Roldanita y ahora estaba rígido, tenso. Al sentarse no tuvo más remedio que volver a lanzar el dardo de la pregunta que nadie quería contestar.

—¿Qué pasó en el Alcázar con la exposición de sus obras? ¿Alguien me lo puede decir de una vez?

Guitard sopesa los argumentos que pugnan en su privilegiada mente por salir a la luz aceitosa de la taberna. Calla. Leal no puede mantener cerrada la abotonadura del silencio. Y habla.

—Verá, inspector... En aquella exposición todo el mundo alabó la maestría de Susillo, si bien la obra mostraba aún el polvo inconfundible de la provincia. Le hacía falta viajar. Y eso fue lo que le dijo un príncipe ruso que estaba de visita en Sevilla. Aquel noble se interesó por nuestro autor. Era un mecenas. Como el duque de Montpensier.

—¿Qué ocurrió? ¿Me lo pueden decir de una maldita vez?

—Algo muy sencillo, inspector. El príncipe ruso invitó a Susillo a su casa de París. En la rue d'Assas, justo al lado del Jardín de Luxemburgo. Conozco bien la zona. Una casa pudiente que usaba como hotel para sus compromisos y para sus mecenazgos. —Gil deja que tintineen sus

amuletos, está más relajado y apura el aguardiente mientras busca los ojos de Pepe, el solícito camarero.

—No entiendo tanto misterio, de verdad.

—Ya lo entenderá, inspector. Cada cosa, a su tiempo. —Gil se puso nigromante y la conversación se centró en aquel episodio que podía explicar lo que pasó por la mañana, aunque el tiempo devorara relojes y almanaques con la misma avidez que gastaban los místicos al trasegar el vino y el aguardiente.

Nunca creí que un viaje al destierro fuera tan emocionante. A las seis de la mañana, cuando salimos de Aranjuez, la tristeza se reflejaba en mi rostro. No hacía falta que nadie me lo dijera. Aquel penúltimo día de abril me sobraba la primavera.

Entramos en el paisaje monótono de La Mancha. Un silencio roto por el movimiento de la diligencia, el restallar del látigo, las voces que llegaban como ecos difusos. Los molinos de viento marcaban la ruta imaginaria de aquel caballero cuyas aventuras me habían leído cuando era niña, y del cual conocía el nombre y poco más. Latour estaba entusiasmado con este viaje porque suponía recorrer los lugares de los que no quería acordarse Cervantes.

Pasamos por Ocaña, donde nos ganaron una batalla los franceses: de eso sí querían acordarse mi marido y su fiel secretario. En Madridejos me emocioné por primera vez. Llegamos a la hora del mediodía. Las mujeres del pueblo habían colgado sus colchas en los balcones a modo de reposteros. Era una pobreza sana y humilde. Una pobreza alegre. Todas las flores del pueblo y de sus alrededores se dispusieron en aquella casa donde nos recibieron. El patio era una delicia en su sencilla desnudez.

Llegamos a Manzanares cuando estaba atardeciendo. El pueblo era una fiesta por nuestra presencia. Tuve que salir dos veces al balcón de la casa donde nos hospedaron. Recuerdo que la puesta de sol componía un cuadro bellissimo, y que varias mujeres se habían subido al tejado de la casa de enfrente. Allí arriba zarandeaban a sus hijos para que yo los viera. Entonces me sentí querida. Es algo difícil de recomponer. Llevábamos más de dos meses huyendo, y nos dirigíamos al destierro que habían decretado, sin decreto alguno, mi hermana y el Gobierno de Narváez. Aquel amor popular era el contraste, la antítesis. Por eso la emoción era inevitable.

Al pasar por los campos de Valdepeñas alguien dijo una maldad que salta a la vista: en ese pueblo hay más vino que viñedos. En Santa Cruz de Mudela dejamos el paisaje manchego y nos acercamos a la sierra. Latour sólo hablaba del Quijote con mi esposo. Yo iba medio dormida. El cansancio y la fatiga se habían acumulado en estos meses de embarazo y necesitaba descansar. Además, no tenía ganas de esforzarme en comprender las frases que se decían en francés.

De vez en cuando abría los ojos y veía un precipicio. Volvía a cerrarlos a sabiendas de que los peligros nos acechaban: era nuestro sino. La tierra empezó a colorearse y a empaparse por la lluvia. El cielo cárdeno cubría Bailén. Ahí les ganamos nosotros a los franceses, algo que

provocó la amnesia histórica de Montpensier y de Latour. Aquel cielo bajo y oscuro iba acorde con mis pensamientos. La derrota de Napoleón corría pareja con mi suerte. Me sentía una derrotada a pesar de que tuviera dieciséis años.

Al salir de Bailén el cielo se fue aclarando. Eso influyó en mi estado de ánimo, como si previera lo que iba a pasarnos en Andújar. Íbamos envueltos en el paisaje retorcido de los olivos y posteriormente en la robustez de las encinas. Las aguas de los afluentes que nutren el Guadalquivir le recordó a Latour el color del Nilo, algo que sirvió de excusa para que se pusiera a hablar con el duque del viaje que hicieron por Egipto y que los dejó marcados para el resto de sus vidas. En Andújar no había una casa ocupada cuando llegamos: todo el pueblo estaba en el camino esperándonos.

Nos miraban con esos ojos encendidos por el asombro que caracteriza a los gitanos. Tez oscura y el cabello del color de la noche, o sea, como el mío. Vestidos de colores chillones que contrastaban unos con otros hasta formar una paleta variopinta. Las miradas que bajaban de los balcones eran más dulces. Los pétalos de rosas que arrojaban a nuestro paso no se podían contar. Me complació recibir en besamanos a las damas más distinguidas de Andújar. Antes del mediodía volvimos a la diligencia. Nos quedaba un buen trecho para llegar a la ciudad donde haríamos noche. Era mayo. Atardecía. Nos esperaba esa mezcla de misterio y de embrujo que se llama Córdoba.

5

Si la sencillez había sido el canon que había marcado los sucesivos recibimientos en los pueblos por los que iban pasando los duques, al llegar a las afueras de Córdoba todo cambió. En la última parada esperaba una diputación de las autoridades con una vistosa calesa que sustituiría a la pragmática diligencia. Cabellos enjaezados y empenachados tirarían del carruaje, que entró en Córdoba abriéndose paso entre la multitud. La estrechez de las callejas que conformaban el laberinto islámico de la ciudad obligó a dar un rodeo por sus murallas. El sol poniente se quedaba suspendido en las almenas. Calles estrechas, tortuosas y blancas. La calesa se detuvo ante la puerta del palacio del conde de Torre Cabrera. Al verlo, la infanta sintió un escalofrío: era la viva estampa de Narváez.

—No se extrañe por el parecido, Alteza. El general que ostenta la presidencia del Gobierno es pariente mío.

Al más puro estilo árabe, el palacio presentaba una fachada sobria que nada tenía que ver con su interior. Latour estaba encantado con aquel exotismo de aguas que corrían buscando los estanques, de recoletas fuentes escondidas entre tímidos arbolillos, de arrayanes olorosos y de flores que se abrían a la primavera. El duque miraba a su secretario y sonreía. Ésta era la España que venían buscando, la que guardaba sus señas de identidad en la Andalucía. La infanta estaba cansada pero alegre. En las calles había una multitud que no quería desalojarlos del poder, como les había sucedido tres meses atrás en las Tullerías, sino mostrarles su cariño.

La estancia en Córdoba fue un paréntesis de calma, si bien los duques no dejaron en ningún momento de moverse, de ir de la Mezquita a la sierra, de recibir el agasajo de los soberbios banquetes camperos servidos en su honor, de asistir a improvisados espectáculos musicales donde no podía faltar el son de unas castañuelas que provocaron en la infanta el deseo reprimido de salir a bailar. De eso se encargaban las gitanas que unían la profundidad nocturna de sus miradas con el duende misterioso de unos bailes que surgían de la tierra. Latour siguió viendo ecos egipcios en los ojos de las gitanas, y no cesaba de comentar a quien quisiera escucharlo que el bosque de columnas de la Mezquita era la imagen misma del asombro.

El francés se perdió por las calles de Córdoba para disfrutar del encanto que proporciona esa sensación. Se imaginó al Profeta entre los frutos de oro de los naranjos, entrevió harenes en los zaguanes y en los patios de las casas que mantenían la puerta de la calle misteriosamente

entreabierta, y se bebió todo el vino que le pusieron por delante: tal vez hubo cierta relación entre lo uno y lo otro.

A la sierra subieron en carruajes que hubieron de abandonar cuando el terreno empezó a mostrarse más escarpado. A lomos de caballerías convenientemente entrenadas, los duques fueron ascendiendo por aquellos senderos pintorescos hasta recalar en la casa del duque de Almodóvar, o en la que mantenía el marqués de Benamejí más arriba, hasta llegar a la altura de la que poseía don José Barbero, donde pudieron saciar el apetito en una succulenta mesa que mostraba la riqueza gastronómica cordobesa. En las laderas había grupos de gentes llegadas de los pueblos vecinos que no se querían perder la visita de los duques.

—¿Quién os iba a decir hace poco más de tres meses, querido Latour, que íbamos a encontrarnos aquí, en esta sierra cordobesa, contemplando una puesta de sol con unos colores y unos matices dignos de Poussin? —preguntó retóricamente el duque, que como buen Orleans sabía pintar y analizar el arte de la pintura.

—¿Y quién iba a decirles a estas gitanas que bailarían para una infanta de España y para el hijo del rey Luis Felipe de Francia? —respondió Latour mientras se extasiaba con la gama de rosas y de malvas que descomponían la luz del ocaso.

Al escuchar la conversación, la infanta se quedó pensativa. Nadie le podía haber anunciado que su vida iba a ser tan azarosa. Pero había algo más inquietante, y era la mirada que le había echado una gitana vieja tras contemplar con sus ojos el vientre abultado.

—Señora, no tiene que temer por lo que lleva ahí dentro. Lo demás, ya se verá...

Cuando bajaron de la sierra, el pueblo de Córdoba estaba ansioso de volver a ver a los duques en las calles laberínticas y encaladas de la ciudad.

6

La última noche antes de llegar a Sevilla dormimos en Carmona. Nos agasajaron con una espléndida cena en una de las mejores casas palaciegas de la ciudad. Nuestros anfitriones insistieron en que la vieja Carmo, cuyo origen se remonta a Roma, no era un pueblo, sino una ciudad por privilegio de mi antepasado el rey Felipe IV. Elevada sobre un alcor, Carmona miraba al mar de la vega. El paisaje era relajante. La primavera renacía en las tierras de labranza y en las flores que emergían de los sencillos y humildes tiestos de barro. Todo era paz y felicidad.

—¡Qué diferencia con la noche que pasé en Abbeville, muerta de miedo y de frío, sola bajo la lluvia y en medio de un país desconocido donde no había ley ni autoridad!

—No hablemos de eso, Luisa Fernanda, yo también sufría al estar lejos de ti. Ahora vamos a disfrutar del final de este viaje...

—Perdona que te interrumpa, Antonio, pero no estamos gozando de un viaje de placer. Te recuerdo que vamos al destierro que han decretado Narváez y mi hermana. Aunque lo prefiero mil veces antes que la huida de París. Ya sé que te molesta cuando te lo recuerdo, pero aquella angustia la sigo llevando clavada, como un puñal, en el pecho.

Salieron temprano hacia Sevilla. Los acompañaba el capitán general, don Ricardo Shelly, y el jefe político y corregidor de Sevilla, don Javier Cavestany. La mañana de mayo era limpia y luminosa. Al llegar a Alcalá de Guadaíra, el último pueblo por el que pasarían antes de entrar en la ciudad de Sevilla, los aguardaba una diputación del Ayuntamiento para cumplimentar a Sus Serenísimas Altezas. La corporación municipal los esperó en La Cruz del Campo, un templete gótico de ladrillo que servía de humilladero y que marcaba el momento de la despedida y del reencuentro con la ciudad.

Del capote del general Thierry que le sirvió para resguardarse de la lluvia aquella noche aciaga de febrero en la difusa ciudad de Abbeville, a la fastuosa tienda de campaña donde le habían preparado una estancia privada que sirviera de gabinete y de tocador. Allí se cambió de vestido la infanta de España mientras el pueblo iba llenando las calles de la ciudad por las que pasaría. En la otra estancia de la tienda habían preparado un refrigerio para reponer fuerzas y calmar la sed del camino. Desde el campo esmaltado de amapolas y jaramagos llegaba la música que interpretaba la orquesta del Teatro San Fernando.

—Igualito que la salida de París, corriendo a toda prisa como si fuéramos o como si fueseis

delincuentes, con el pueblo esperando en los cruces para montar una emboscada, con el rey disfrazado de burgués y la reina guardando las joyas y las alhajas donde podía, con el miedo metido en el tuétano de los huesos y con la lluvia cayendo como los insultos que arrojaban al paso de la familia real... Menos mal que esto es diferente. No sé si me equivoco, Antonio, pero creo que aquí, al menos, nos quieren.

—No cantes victoria tan pronto, querida. La situación de España no difiere mucho de la francesa, aunque ya sabes cómo son tus paisanos. Aquí montáis un pronunciamiento o un golpe en un momento, pero no sois capaces de hacer una revolución.

—Eso ya lo veremos —soltó la infanta con ese orgullo que era una cruel paradoja, ya que lo último que podía esperar Luisa Fernanda era otra revolución después de haber sufrido la que conllevó su expulsión de París hace tres meses y medio.

La carretela de lujo tirada por seis caballos enjaezados partió de La Cruz del Campo y siguió el camino marcado por el viejo acueducto romano que transformaron los almohades. A lo lejos, envueltas en el polvo y el sol del radiante mediodía, las torres y las espadañas de la ciudad que esperaba a los duques de Montpensier.

CAPÍTULO 9
SALVAR AL SARGENTO SANZ

1

El 7 de mayo de 1848 era domingo. Y no llovía. Madrid se levantó con la tranquilidad propia de un día de fiesta. Pero al poco tiempo se torció el rumbo de la mañana. El 26 de marzo, que también cayó en domingo, los jóvenes progresistas que no estaban contentos con el Gobierno de Narváez se habían alzado en una asonada que volvió a levantar las alas del pánico en la capital de España. Detrás de la insurrección estaban José María Orense, Nicolás Rivero y un joven comprometido con el progresismo que daría mucho que hablar en el futuro: Práxedes Mateo Sagasta. Los apoyaban algunos militares, como el coronel Gándara, como era costumbre en estas comedias tragicómicas que con el tiempo inspirarían los materiales en los que se cimenta el esperpento. Aquello no era más que la versión histriónica de la revolución que habían sufrido los duques de Montpensier en el febrero parisino de aquel mismo año. Un mes más tarde, el lunes 27 de marzo, en plena Cuaresma, Narváez sofocó la intentona y dominó la situación.

Aquel 7 de mayo todo parecía tranquilo. Tras la tormenta de marzo brillaba el sol pacífico de mayo. Pero las asonadas y las insurrecciones no obedecen a ningún calendario racional.

—¡Revolución!

El grito se escuchó como el eco de un disparo por las calles de Madrid.

—¿Otra revolución? ¿Y a estas horas de un domingo? —respondió una maja entrada en carnes que acababa de levantarse y que no estaba por la labor de presenciar otro baño de sangre.

Las mujeres más medrosas clamaban desde las ventanas o cerraban los balcones. Aquí no se combatía en campo abierto, como sucedió en Bailén o en Waterloo. Por el arco de la Puerta de Toledo asomó la tropa del Gobierno para enfrentarse con los militares sublevados.

—¡No se te ocurra salir al balcón, que te pueden dar un tiro!

El pueblo asistía a la función galdosiana. Otro episodio nacional en las calles madrileñas. Los protagonistas de la intrahistoria que aún no había formulado Unamuno se desperezaban soñolientos y se disponían a presenciar otra matanza callejera. Los rebeldes se acumulaban tras barricadas construidas con sacos de arena o con montones de piedras.

—Se están matando de verdad.

El tiroteo era cada vez más vivo. No hacía falta que entraran los franceses en Madrid para que la sangre corriera por las calles convertidas en arterias sin remedio. Los gritos del vecindario se mezclaban con el ruido de la pólvora.

—¡Por Dios, señor, no se asome al balcón, cierre los vidrios y las maderas, que a un vecino del siete que se asomó a curiosear lo han dejado seco de un tiro!

El miedo volvió a instalarse en las plazas donde la revolución se vendía en el mercadillo del chalaneo político.

—¿Y Narváez, no hace nada? ¿Para eso lo ha puesto ahí la reina? ¡Orden, queremos orden!

La vecina de Lavapiés no sabe que el general no está en su despacho presidiendo una sesión somnífica del Gobierno, sino en plena calle, mandando a las tropas leales y sofocando el incendio revolucionario. El Espadón de Loja no se queda quieto, que es la mejor forma para que lo remuevan del asiento. Es un militar. Y actúa. La tropa entra en las casas y dispone de los balcones mejor situados —prefieren los del segundo piso— para tirar al blanco con más comodidad.

—¡Ay, Señor, qué mal hemos hecho! Mañana volveremos a vivir lo de siempre. Medio Madrid fusilando al otro medio, o echándole las cadenas que algunos festejaban cuando nos gobernaba el Felón.

A esa misma hora, los duques de Montpensier, que ya no vivían en París ni en Madrid, entraban triunfalmente en la aparentemente pacífica ciudad de Sevilla.

2

Las vidas no son raíles que discurren en paralelo. Las vidas se cruzan, aunque unos y otros no lo sepan. A veces, el cruce se produce en el mismo instante. Y se ve. En otras ocasiones hay que tener perspectiva temporal, porque ese encuentro se lleva a cabo en tiempos distintos. Y no se ve. Fue lo que les ocurrió a los duques de Montpensier y a Susillo. Los primeros llegaron a Sevilla desde París, con paradas en Inglaterra y Madrid, en 1848. Desterrados, aunque la ciudad los recibiera con los brazos abiertos. Susillo se fue de Sevilla a París años más tarde, y volvió al poco tiempo. La muerte de su padre lo devolvió al origen. Corría el año 1884. Las mismas cifras cambiadas de orden. 1848 y 1884.

Cranio espera pacientemente. Antes de que termine la noche tiene que llevarse a casa la causa del suicidio. Al final terminarán cantando. Como todos los delincuentes. Sabe que en la ciudad se valora en demasía a quien se cree el dueño del secreto, ese tesoro que circula a media voz. Guitard, el periodista mesurado y discreto, se atreve a entrar en la conversación. Se atusa el bigote. Bebe un trago de blanco.

—No me gusta hacer elucubraciones, mi trabajo me obliga a contrastar las noticias, pero esto es distinto. Como bien dice el inspector Cranio, Susillo no se suicidó así porque sí. Algo llevaría dentro del magín para que su mano empuñara la pistola de esa manera tan trágica e irreversible. Ya sabemos que lo intentó en varias ocasiones. Empero, su día estaba por llegar. Y era el aniversario de la muerte de su dilecto Gustavo Adolfo Bécquer. Pero eso sólo explica la elección de la fecha. ¿Qué había bajo esa decisión? Yo creo que Susillo no estaba conforme con ser quien era. Sí, ya sé que eso nos pasa a todos...

Guitard dejó la palabra suspendida en el tiempo. Gil se vio a sí mismo como un filósofo frustrado, Leal nunca llegará a ser el alcalde que se merece esta ciudad de espléndido pasado, y Cranio tiene que conformarse con un cargo intermedio en una ciudad de provincias. Gil vive solo, Leal se siente así, Cranio se evade con los encuentros que le permiten gozar del cuerpo luminoso y torneado de la Roldanita.

—Continuaré con mi exposición. Cuando Susillo se marcha a París descubre una nueva dimensión del arte. En esos años se produce la revolución que terminará con las estructuras académicas o academicistas, que lucharán de forma terca e inútil con el arte emergente que mana de los pinceles impresionistas. Un nuevo mundo se abre ante sus ojos. Y Susillo no puede

asimilarlo todo. Es incapaz de dejar la piedra en su estado primitivo, como Rodin, aunque muestre unas facultades muy superiores a la media. Además, su vida sentimental sufre un vuelco que no puede asimilar. O eso parece. Porque testimonios no hay. Sólo elucubraciones.

—Bien. Ahora van a decirme con quién se lió Susillo en París.

3

Una luz oscura, humeante y pringosa, desdibuja los rostros de los asistentes a la reunión. Nadie debe pronunciar el nombre de nadie. Las paredes están desnudas, pero no son sordas. Los muros pueden escuchar la conversación.

—En Madrid ha fracasado el intento, Narváez ha sido duro y se ha encargado personalmente de sofocar la rebelión, pero aquí será distinto.

—Sevilla será la avanzadilla, la ciudad que podrá presumir en el futuro de haber sido el lugar donde se proclamó por vez primera la ansiada República de España.

—Dejémonos de emociones y de historias, que esto es mucho más pragmático. Se trata de llevar a cabo el plan previsto. Los duques ofrecerán un besamanos el sábado por la mañana en el Palacio Arzobispal. Será el último que celebren allí, porque las obras del Alcázar están muy adelantadas y se trasladarán en breve. En el Alcázar no podemos hacer nada, aquello es demasiado grande, pero el Palacio Arzobispal es fácil de tomar.

—Durante el besamanos se reunirán todas las fuerzas vivas allí. Es una vergüenza que toda la ciudad se postre ante un tipo que ya no es duque de nada porque en Francia se ha proclamado la República y la nobleza ha quedado anulada. En ese caso la consorte, como es una mujer, también pierde los títulos nobiliarios y se convierte en una plebeya.

—Deja esos argumentos, porque te estás volviendo más aristocrático en tus razonamientos que los mismos nobles. Nuestro juego no es ése, sino el de los tres ideales que nos mueven: libertad, igualdad y abundancia.

—¿El tercero no era la fraternidad?

—Eso es en Francia, aquí preferimos comer todos los días y vivir bajo un techo digno.

—¡Bien dicho!

—Volvamos al plan, que nos estamos desviando. Cuando se esté celebrando el besamanos tomaremos el Palacio Arzobispal. Tenemos a uno de los nuestros infiltrado.

—¿Quién es?

—No puedo decir su nombre para eliminar el posible chivatazo, pero será el jefe de la guardia de honor. Ordenará, ante la llegada de las tropas, que se cierre a cal y canto el palacio para resguardar las vidas de los allí presentes. Eso nos vendrá de perlas para nuestro propósito. Como estarán allí dentro todas las fuerzas vivas, la ciudad será nuestra. Estarán incomunicados y

harán lo que les ordenemos en cada momento. Nos haremos con la plaza y proclamaremos la República a la hora del mediodía.

—¿Con qué apoyos contamos?

—Los jefes de las partidas de algunos barrios, como Triana o San Roque, ya están con nosotros.

—He oído que en algunos pueblos importantes están por la República.

—Es cierto. Nos ayudarán a crear un cinturón republicano en torno a Sevilla antes de que llegue la tarde.

—¿Y el inglés?

—Esto no debería decíroslo, pero el embajador Bullwer nos está apoyando. Maneja mucha información y tranquilizará a las cancillerías europeas cuando el golpe triunfe. Los cien mil hijos de mala madre de San Luis no volverán a pisotear nuestro suelo.

—Entonces la cosa está muy clara, ¿no?

—No cantemos victoria, no echemos las campanas al vuelo todavía. Ellos son fuertes, tienen el poder.

—Y el pueblo está de su parte, sólo hay que ver el recibimiento tan vergonzoso que les han propinado a los Montpensier.

—El pueblo abrazará la causa republicana en cuanto le demos la libertad y la igualdad.

—Y la abundancia, camarada, no te olvides de la abundancia...

Los duques trajeron la abundancia en forma de encargos a los comercios más distinguidos de la ciudad. Había que amueblar y alhajar las habitaciones del Alcázar que iban a ocupar. A Montpensier le fascinó el Palacio Mudéjar que mandara construir Pedro I de Castilla, para unos el Cruel y para otros el Justiciero. Desde que viajó con Latour por África y por Oriente se sintió atraído por ese exotismo artístico que volvió a encontrar en Sevilla. Lo mudéjar es una síntesis entre el encargo cristiano y la realización de los musulmanes que se quedaron a vivir en los territorios reconquistados.

Había que revestir aquellas estancias con suelo de ladrillo cocido, con zócalos de auténticos azulejos cortados con alicate que componían geométricos mosaicos. Los duques se dejaron ver por los comercios que habían empezado a abrirse en la calle Sierpes, verdadera vía principal de la ciudad, y sus alrededores. Comercios que irían surgiendo con el tiempo gracias al impulso de la Corte Chica que se estableció en Sevilla, y que llevaban unos nombres teñidos de suave romanticismo, como la zapatería La Bota de Oro, la sastrería El Museo de la Moda, la guantería El Guante de Oro, la tienda de muebles de lujo El Renacimiento, La Relojería Suiza, La Flor Imperial, o esas tiendas de moda femenina cuyos rótulos eran deliciosos: La Dalia Azul, El Buen Tono o El Taller de Madame Emeline, «una de las más acreditadas modistas de París».

Ante la ausencia del mobiliario apropiado y del menaje acorde con la categoría y la corte que traían consigo sus nuevos huéspedes, la compra de enseres fue inevitable. Durante aquella semana de mayo la actividad en las tiendas de la ciudad fue frenética. Aquello sí que era una revolución. Los comerciantes abrían sus tiendas y sus sonrisas ante la llegada de los duques y del séquito que los acompañaba para elegir las piezas más lujosas, y por tanto más caras.

—Esto provocará que las mejores familias de la ciudad se animen a amueblar y a alhajar sus casas para parecerse a los duques, parece que han caído del cielo para revitalizar el negocio...

—Tiene usted razón, jefe, esto no se había visto nunca en Sevilla, al menos que yo lo recuerde, y llevo en el oficio más de cuarenta años...

Desde el lunes 8 de mayo hasta el viernes 12 se compraron y se trasladaron al Alcázar una cama de acero con mosquitero para los duques, cinco camas más y treinta y tres colchones, veintisiete mantas, treinta y siete almohadas, doce catres de tijera, treinta y tres palanganas, ocho jarras finas y doce ordinarias, así como cinco orinales finos y veintidós ordinarios: siempre hubo

clases en todo. Cinco retretes harían la función para la que estaban destinados. Trece candelabros de latón para alumbrar las estancias, cincuenta y ocho sillas victoria para dar asiento a la corte y a las ilustres visitas, cinco sofás, además de mesas de escribanía, cómodas, armarios...

—Hay que encargar los muebles y el menaje a los comercios locales preferentemente, querida, así nos hacemos con el favor de los comerciantes, esos creadores de opinión que charlan con todo el mundo...

Al duque le encantaban las reformas arquitectónicas, las obras destinadas al lucimiento de los edificios, así como la compra de artesanías y de obras de arte. Al no poder comprarlas en una semana de actividad febril, Antonio de Orleans se dirigió a Cavestany, el jefe político y corregidor de la ciudad, y le pidió prestados varios cuadros del Museo de Bellas Artes para decorar las desnudas paredes del Palacio Mudéjar. Pero sintiéndolo mucho no se los pudo prestar, ya que el museo era propiedad de la Diputación Provincial, ese organismo que nació durante la década anterior tras la reforma del Estado que dio origen a las provincias trazadas por la mano del ministro de Fomento, Javier de Burgos.

El desaire burocrático no hizo mella en Montpensier, que siguió adelante con el plan propuesto. El Alcázar se fue engalanando, y los mejores comerciantes sevillanos empezaron a solicitarle el título que luciría en sus fachadas y en los envoltorios, en sus tarjetas y en cada ocasión que fuera propicia para publicitar tamaña distinción: «Proveedores de Sus Altezas Serenísimas los duques de Montpensier». La batalla por hacerse con la ciudad empezaron a ganarla a través de sus comerciantes, aunque había otra guerra, soterrada, que estallaría antes de lo que pudiera preverse.

5

—¡Maldita sea!

El sargento Sanz escupe la blasfemia cuando un soldado le entrega la orden de cambiar la vigilancia del Palacio Arzobispal. En la calle luce un sol de mayo que le saca aristas de belleza a la ciudad que sigue mostrando su cariño a los recién llegados. Los duques le agradecen al arzobispo Romo la cariñosa acogida y el trato dispensado durante los seis días que han permanecido alojados en palacio. Desde la ventana de su dormitorio la infanta casi podía acariciar la Giralda, y el duque se extasiaba ante la labor minuciosa de las sebkas que le sacaban el relieve al ladrillo monocorde.

—El honor ha sido mío, como Sus Altezas pueden comprender. La Iglesia de Sevilla está de enhorabuena. Esta archidiócesis tendrá motivos más que fundamentados para agradecerle a Dios la venida de tan augustos moradores a esta ciudad. De eso no me cabe duda ninguna... —dejó caer el obispo, adelantándose a unos acontecimientos históricos que ni él, ni la infanta ni el duque de Montpensier podían sospechar en ese momento.

El viernes transcurrió con normalidad en la ciudad. Sólo se veía un trajín inusitado en el Patio de Banderas que da acceso a la puerta del Apeadero del Alcázar, por donde entraban los últimos muebles y los enseres más rezagados que habrían de amueblar y alhajar las habitaciones elegidas para que las habitasen la hermana y el cuñado de la reina Isabel II.

—No me gusta nada depender de tu hermana a la hora de fijar nuestra residencia, pero no hay más remedio por ahora...

La infanta calla. Las palabras de su esposo, camino del Alcázar, son tan reales como el sol que cae sobre la gente que sigue manifestándoles su cariño en el corto trayecto que hay del Palacio Arzobispal hasta el Alcázar. El recibimiento que le dispensó su hermana tras la huida de París y la expulsión de Inglaterra fue frío. Nada tuvo que ver con aquella despedida que las desgarró un año y medio antes, cuando el 22 de octubre de 1846 se abrazaron delante del carruaje que esperaba en la puerta del Palacio Real para partir hacia París. Entonces lloraron y se fundieron en un abrazo que resumía la vida que habían hecho juntas desde que naciera María Luisa Fernanda. Ahora todo era distinto.

—El plan ha fracasado antes de ponerse en marcha, al cambiar el lugar del besamanos se ha cambiado también al jefe de la guardia, así que no tenemos a nuestro hombre infiltrado. —El

sargento Sanz está furioso, inquieto y abatido al mismo tiempo, su interlocutor es un comandante que se toca la barbilla mientras busca una solución.

—No podemos tomar el Alcázar, donde se celebrará el besamanos mañana por la mañana, pero sí podemos hacer algo, sargento. —Sonrió el comandante antes de ordenarle que se sentara con un movimiento de la cabeza.

—No podemos permitir que los duques se hagan con la ciudad, mi comandante, el populacho está encantado, y los comerciantes agradecen su presencia como un revulsivo para sus negocios. La causa liberal espera un acto firme de nuestra parte. —El sargento Sanz habla convencido de lo que dice, de lo que piensa y de lo que pretende hacer.

—Y así se hará, sargento, así se hará...

6

El besamanos fue apoteósico. Todos los que eran algo en aquella ciudad un tanto provinciana estaban allí, en el Salón de Embajadores del Alcázar, inclinándose ante Antonio y ante mí. La fila se perdía por el Patio de las Doncellas, el lugar más hermoso de aquel Palacio Mudéjar que sería nuestra residencia oficial a partir de ese momento. Se notaba que las señoras no iban todavía a la moda de París, y que los caballeros no tenían el porte ni la elegancia del duque que los recibía con la más profesional de las sonrisas, pero hacían lo que estaba en sus manos. Nosotros nos encargaríamos, con el tiempo, de darle un impulso social a aquella ciudad que fue grande durante los siglos en que ejerció el monopolio con las Indias, y que había caído en franca decadencia cuando perdió aquel estatus.

Latour sonreía, se le veía satisfecho, había bastado menos de una semana para que nos hiciéramos con el cariño y la veneración de la nobleza, de los comerciantes, del pueblo más humilde. Las damas se inclinaban y admiraban mi vestido, la forma de mi peinado que algunas ya habían imitado, se interesaban por mi embarazo y daban gracias a Dios por nuestra presencia en Sevilla. ¡Si supieran cómo terminamos recalando allí! Pero de eso no había que hablar, Antonio me lo repetía a cada momento.

—Hay que convencerlos de que somos un regalo del cielo, una gracia de Dios, estas pobres gentes necesitan un estímulo externo, a todas las ciudades así les ocurre lo mismo, somos el deus ex machina del que hacen uso los dramaturgos cuando no saben cómo salir del callejón del argumento.

Por la tarde fuimos al teatro. Antonio sentía cierta curiosidad por conocer cómo era el Teatro San Fernando, un edificio del que hablaban continuamente los sevillanos con los que nos habíamos entrevistado durante esa semana. Se había inaugurado un año antes, y en tan corto espacio de tiempo se había convertido en el eje de la vida social sevillana.

—Es el primer edificio con estructura de hierro erigido en la ciudad, obra del insigne ingeniero Gustave Steinacher.

Al final del besamanos, el corregidor Cavestany se había deshecho en elogios al teatro y al ingeniero, que poco después construiría, también en hierro, el puente que llevaría el nombre de mi hermana Isabel, aunque los sevillanos, para íntima satisfacción de mi esposo, no lo llamaran así: para el pueblo era el puente de Triana. Gracias a la desamortización decretada por el ministro

Mendizábal se habían construido teatros donde hubo, como en este caso, edificios religiosos.

—En la calle de Colcheros, donde hoy se alza el teatro, tuvo su sede el extinto hospital del Espíritu Santo. —Cavestany nos lo había explicado todo y Antonio había seguido sus frases con una atención que iba muchísimo más allá de la educación y la cortesía, quería hacerse con la ciudad y para eso había que conocerla bien.

Pasamos por el Ayuntamiento, junto a las ruinas de lo que fue la Casa Grande de San Francisco, el gran convento de la ciudad que se derribó por culpa del malvado e impío Mendizábal.

—El teatro es orgullo de esta ciudad donde estos edificios están ganándole la partida a los conventos de antaño. El patio de butacas tiene una altura de veinticinco metros, algo inusitado en Sevilla. La platea se extiende por una superficie cuyos lados miden veintidós y veintitrés metros. El escenario donde se representará la obra no es pequeño: diecinueve por diecisiete metros. —Cavestany nos había recordado las cifras aunque su mente estuviera, en ese momento, pendiente de lo que sucedía en su casa.

Antes de bajarnos nos ilustró acerca del café Los Lombardos, incluido en el edificio del teatro. Un café construido y decorado con el gusto moderno que imperaba en las ciudades más avanzadas de Europa.

—Un café que no tiene nada que envidiarle a los que Sus Altezas han podido ver, o incluso disfrutar, en la capital del reino. —Cavestany estaba nervioso, su mujer se había puesto de parto y él no podría acompañarnos en nuestra primera visita al teatro que encarnaba el orgullo de los sevillanos de aquella época.

Al entrar nos sorprendió la decoración. Antonio preguntó por el pintor que se había hecho cargo de tan artístico trabajo.

—Estas escenas se deben a los pinceles de don Antonio Cabral Bejarano, digno sucesor de los grandes pintores que ha dado al orbe esta ciudad a lo largo de los siglos —nos aclaró un señor elegante y ansioso de hablar con el duque, al que yo no conocía, algo que en aquel momento me llamó la atención pero que con el paso del tiempo comprobé que era lo común en aquella ciudad donde todo el mundo se conocía y entablaba conversación sin presentarse previamente.

—Cabral Bejarano, me lo apunto —dijo el duque con evidente satisfacción por haber encontrado alguien que pudiera servirle para sus encargos en el futuro.

Cuando salimos al palco de honor para presidir la función, el público estalló en un sonoro y prolongado aplauso. Antonio sonreía y yo estaba feliz, algo que me inquietó. La felicidad se me hacía extraña, y auguraba todo lo contrario cuando se manifestaba con aquella franqueza. Yo era demasiado madura a los dieciséis años de edad. Ahora lo comprendo. Ahora me comprendo.

El telón se levantó. La obra, de Bretón de los Herreros, se titulaba Un enemigo oculto. En el acto segundo, el criado Fermín le pregunta a don Andrés, el protagonista, si trae luces. El señor le responde que sí. Y entonces inicia un monólogo en verso que resumía la situación de incertidumbre política que se vivía en aquella España dividida en bandos que se tiraban los trastos a la cabeza.

Parece que la sesión
del Congreso se prolonga.

Siento no encontrarme en ella.
Se me olvidó... con la historia
del mirlo... La oposición
trabaja, pero no logra
su objeto. La mayoría,
aunque no muy numerosa,
es compacta, y para el caso
de una improbable derrota
al ministerio le queda
el recurso de una prórroga,
después la disolución
y nueva convocatoria.

A mitad del acto, don Andrés hace planes con un monólogo que asustó a Montpensier: parece que era el duque quien estaba hablando consigo mismo, algo que me hizo sonreír, ya que hacía alusión a la dote, esa cantidad de dinero en metálico y en joyas que en mi caso había puesto a la Hacienda en un brete cuando mi esposo se la reclamó a Narváez después de nuestra expulsión de Francia: ya no disponíamos del apoyo que nos procuraba el patrimonio real del país de mi esposo para vivir. El monólogo del personaje era delicioso y revelador:

Veinte y veinte son cuarenta;
otro tanto de la novia;
mi sueldo además... y luego,
si la fortuna me sopla...
Con menos empezó Rothschild
y hoy es el amo de Europa.

Al duque se le encendieron los ojos cuando escuchó el apellido de Rothschild. A Antonio no le gustaba el dinero: lo amaba, que era distinto. ¿Quién nos iba a decir que aquel multimillonario se hospedaría en nuestro palacio al cabo de los años? En esas cavilaciones andaba yo cuando se nos acercó Cavestany acompañado por el capitán general Shelly. Yo creía que iba a explicarnos quién era Rothschild, como si nosotros no lo supiéramos, pero su rostro demudado indicaba algo que no tenía que ver nada con aquello.

—¿Ha ocurrido algo en la casa del señor Cavestany? ¿Su señora ya ha dado a luz? —le pregunté por cortesía, pero a la vez interesada por el asunto, tal vez influida por mi estado de gravidez.

—Sus Altezas deben abandonar el teatro inmediatamente —dijo el capitán general Shelly mientras una gota de sudor frío resbalaba por su frente y recorría mi espalda.

Otra vez la revolución, o la insurrección, o como quiera que se llame el levantamiento en armas de un sector del ejército, eso fue lo primero que nos dijeron cuando todavía estábamos en el palco, cuando la función aún no se había suspendido y el público no había abandonado, en medio del pánico, sus butacas. Un enemigo oculto: el título de la obra de Bretón no podía ser más apropiado ni más premonitorio.

Otra vez la confusión, otra vez la huida, otra vez los disparos que suenan a lo lejos, en la plaza del Duque de la Victoria, que no es otro que el general Espartero, el que mandó a mi madre al exilio, el mismo que ordenó que bombardearan la ciudad que le tiene dedicada una de sus mejores plazas. Otra vez los gritos, las carreras, la cara en tensión de mi esposo, que se ofrece al capitán general Shelly para ponerse al frente de las tropas leales al Gobierno.

—Le recuerdo que soy capitán general del ejército por decisión personal de Su Majestad la Reina —dijo Montpensier irguiéndose con esa apostura de los militares que sacaba de quicio a mi hermana.

—Y yo le recuerdo que mi misión es llevarlo a un lugar seguro, ya que la intención de los sublevados era secuestrar a Sus Altezas en el Palacio Arzobispal, y que han cambiado sus planes a causa del cambio de lugar del besamanos que se ha celebrado esta mañana en el Alcázar. Cambiaron los planes a última hora. Pretendían secuestraros aquí en el teatro, pero nos hemos enterado a tiempo para poneros a salvo. Y ahora vámonos de aquí, que los disparos que se oyen en la plaza del Duque sonarán dentro de poco en esta calle.

—¿Adónde iremos? —preguntó Montpensier, visiblemente molesto porque Shelly no le cedió el mando.

—Sus Altezas tendrán que separarse, es lo más seguro en estos momentos —ordenó Shelly.

Montpensier tuvo tiempo para despedirse de mí, algo que no sucedió en las Tullerías. Todo era tan parecido que sentí un ahogo en el pecho, como si se estrecharan los pulmones, como si la tráquea se hundiera sobre sí misma. Mi esposo se fue con Shelly y con una escolta de varios soldados armados para ponerse a salvo en el Alcázar. Yo no podía ir caminando, mi estado de gravedad, el vestido y los zapatos lo desaconsejaban. Mientras se dominaba la situación me pondría a buen recaudo en el cercano Ayuntamiento. Allí me llevaron, porque yo no fui. No recuerdo nada de lo que sucedió entre la despedida de mi esposo y el momento en que desperté en

un salón del Ayuntamiento donde me habían recostado en un sofá.

—Ya vuelve en sí, ha sido un síncope provocado por su estado. —Vi a Cavestany nervioso, en su casa dejó a la mujer pariendo porque la ciudad que gobernaba se había levantado en armas contra el Gobierno de Narváez.

No recuerdo el tiempo que pasó, pero sí tengo memoria del carruaje que se quedó muy pegado a la puerta del Ayuntamiento y que me trasladó al Alcázar. Iba escoltado por soldados a caballo que no ejercían el papel estético que suelen llevar a cabo en los desfiles. En sus ojos había tensión, miedo. Los disparos sonaban en el eco que los redoblaba. Llegué muy pronto al Alcázar, el coche se movía, aceleraba de forma impulsiva, doblaba las esquinas arrojándome contra las ventanas selladas por cortinas oscuras convenientemente echadas.

Entramos en el Patio de Banderas. Las puertas del Alcázar se abrieron rápidamente y el Salón del Apeadero se tragó el coche en el que yo viajaba. Todo era tan rápido que me costaba trabajo asimilar lo que estaba sucediendo. Dos meses y medio habían transcurrido desde el asalto a las Tullerías que a punto estuvo de terminar con mi embarazo y con mi vida. Me vi en la soledad lluviosa de Abbeville, sin zapatos, con la capa del general Thierry sobre los hombros. Ahora era distinto, pero los sentimientos se repetían. Antonio me esperaba. Me dio un abrazo y me preguntó cómo estaba. La noche se había echado en una ciudad donde nadie dormía.

8

La madrugada iba a ser eterna. Antonio daba vueltas de un lado para otro en aquel salón mudéjar que parecía el escenario de una pesadilla. ¿Qué hacíamos nosotros allí, si nuestro destino era vivir en Vincennes, donde no había nada que se le pareciese a la estética árabe? La vida nos arrojó a un vendaval que nos llevaba de un lado a otro de forma completamente azarosa, involuntaria. Y eso, para un dominador nato como Antonio de Orleans, era un tormento.

De pronto apareció el capitán general Shelly. Antonio se fue directamente para él. Estaba intranquilo, quería saber qué estaba ocurriendo en la ciudad que nos había recibido de forma festiva y que ahora se rebelaba contra el Gobierno de mi hermana Isabel.

—La insurrección empezó con la sublevación del regimiento de Guadalajara, formado por setecientos hombres, tienen su guarnición en los cuarteles de la Gavidia y del Carmen, por eso se escucharon los primeros disparos en esa zona de la plaza del Duque, porque se dirigieron al centro de la ciudad en cuanto se sublevaron. También se ha levantado un escuadrón de caballería del regimiento del Infante, situado en el cuartel de la Puerta de la Carne. De allí han salido unos trescientos hombres a caballo.

—¿Cuál es el objetivo político de la insurrección? —Antonio quería llegar, como siempre, al fondo de la cuestión.

—De momento sabemos que van gritando a pleno pulmón lo que quieren conseguir: «por las libertades y por la República» —contestó Shelly con esa precisión que caracteriza los partes de guerra.

—Es decir, que son liberales —repuso Montpensier rápidamente.

—Como de costumbre, Alteza. Los liberales están hartos de esperar y se valen de los militares que profesan sus ideas para llegar al poder a través del pronunciamiento —argumentó Shelly con una objetividad que se notaba en la serenidad de su parlamento.

—¿Alguien más se ha sublevado?

—Las tropas del regimiento de León, acuartaladas en la misma plaza del Duque, intentaron alzarse.

—¿Por qué no lo han conseguido?

—Porque yo mismo las contuve con mi presencia. —Shelly no presumía de nada, sólo daba cuenta de los hechos.

Con esa amabilidad que caracteriza a quien está seguro de sí mismo, el capitán general Shelly nos recomendó —o nos ordenó, aunque eso no podría asumirlo un capitán general como Montpensier— que no saliéramos del Alcázar por ningún motivo.

—La infanta se disfrazará convenientemente y saldrá de aquí acompañada por su camarera para dirigirse a un lugar seguro. —Shelly me miró a mí, y luego a Montpensier.

—¡Eso no lo consentiré! —respondió enérgico el duque.

—Una vez que esté en ese refugio, Su Alteza saldrá de aquí con destino al muelle, donde se reunirán los dos y emprenderán un breve viaje que los dejará en un pueblo cercano hasta que pase todo esto. —Shelly seguía firme y seguro, me dieron ganas de decirle a Antonio que ojalá hubiera actuado así en las Tullerías, pero me contuve.

Mi camarera mayor, la duquesa de Pinohermoso, me ayudó a vestirme como una señora de la burguesía provinciana que podría pasar desapercibida para los sublevados. Un coche discreto nos esperaba en el apeadero. Me despedía otra vez de Montpensier. El coche salió veloz, pero no con tanta prisa como el carruaje que me trajo desde el Ayuntamiento.

—Vamos a la casa de don Domingo de Alcega, Alteza, un señor respetado que nos ofrecerá un lugar más que seguro para refugiarnos.

—Está bien. Ya estoy acostumbrada. En sitios peores he pasado la noche —le respondía mientras recordaba aquel viaje por las entrañas de la Francia revolucionaria.

Don Domingo nos recibió con esa actitud propia de los que abren sus puertas a alguien que es superior a ellos, pero que en ese momento necesitan su ayuda. Rechacé la cena a destiempo. Sólo tomé una taza de caldo. No llegué a dormir. Al día siguiente me reuní con Montpensier en el muelle. Embarcamos en un vapor que nos llevó, río abajo, hasta el cercano pueblecito de San Juan de Aznalfarache. Las casas escalaban la colina del Aljarafe. Desde allí arriba se veía toda la ciudad, pero no se apreciaba lo que sucedía en el laberinto de sus calles. Llevábamos una semana en Sevilla y ya sabíamos de la dulzura y de las amarguras que puede encerrar esta ciudad.

Lo más importante estaba por llegar. Aún no sabía que en mis manos estaba la resolución de aquella insurrección.

9

Desde la altura de San Juan de Aznalfarache podíamos contemplar, al otro lado del meandro que formaba el río, la ciudad entera. Montpensier guiñó un ojo y extendió la palma de su mano. Así pudo hacerse la ilusión óptica que buscaba.

—Esta ciudad tiene que caber en la palma de mi mano. Así, tan llana, con la Giralda señalando al cielo. En la palma de nuestra mano, querida...

Yo seguía con el miedo metido en el cuerpo y Montpensier seguía tramando la conquista de aquella ciudad que le serviría como un punto de apoyo para escalar cotas más altas en el futuro. Pudimos ver cómo llegaba el vapor que zarpó en Cádiz para traer quinientos hombres con el fin de apoyar a Shelly. Los insurrectos habían cruzado el puente de barcas en su huida, dejando atrás el barrio de Triana para buscar, por el Aljarafe y el Condado, la raya de Portugal. Lo mismo que hicimos nosotros dos meses y medio antes en Francia.

—Pero hay una diferencia, querida. Aquel día fuimos nosotros los que tuvimos que huir, y hoy son nuestros enemigos. No lo olvides...

Como si eso fuera posible. En medio de aquella calma, provisional como un paréntesis en blanco, llegaron noticias. Estábamos expectantes. Un capitán joven y apuesto —es inevitable que ahora, al cabo de los años, piense lo que habría hecho mi hermana con él si hubiera estado destinado en palacio— pidió permiso y nos comunicó las últimas novedades.

—Las fuerzas leales al Gobierno han alcanzado a los sublevados a la altura de Sanlúcar la Mayor. El capitán general Shelly ha conseguido vencerlos y reducirlos. Los prisioneros llegarán a Sevilla lo antes posible para ser sometidos a consejo de guerra.

Montpensier sonrió y le dio las gracias al capitán. Luego me miró y volvió a poner la palma de la mano bajo la silueta lejana y luminosa de la ciudad.

—Ahora tendremos que conquistarla. Es nuestro momento. Seguramente ocurrirá algo que me estoy oliendo, pero aún no es el momento de pensar en eso. Primero hay que regresar al Alcázar.

Habíamos amueblado aquellas habitaciones que aún no habíamos habitado de verdad. Montpensier era, para algunas cosas, medio brujo. Una vez instalados en el Alcázar llegó el arzobispo Romo sin haber anunciado su visita. Venía acompañado por el corregidor Cavestany, al que se le veía feliz tras el parto de su mujer y tras la victoria sobre la sublevación. Les ofrecimos una limonada, ya que el calor de mayo se colaba por los patios y propiciaba el disfrute de alguna

bebida refrescante.

—Perdonarán Sus Altezas el atrevimiento, pero la cuestión es asaz importante —tomó la palabra el arzobispo después de tomar un poco de limonada con esa sencilla y austera elegancia que se contagia entre los seminaristas.

—Su Ilustrísima dirá. —Montpensier me miró mientras animaba al arzobispo a hablar, y en sus ojos vi la predicción de lo que me había anunciado, sin decírmelo, en San Juan de Aznalfarache.

—El jefe político y corregidor, señor Cavestany, aquí presente, me ha hecho llegar una petición desde el Ayuntamiento de la ciudad. Tras los tristes sucesos acaecidos el pasado día 13, el sargento Gaspar Sanz ha sido el único condenado a... —Se le secó la boca y no podía seguir.

—A muerte. Condenado a muerte. Es lo normal, me perdonarán ustedes, pero los militares estamos acostumbrados a este código de sanciones ejemplarizantes que son inevitables. —Montpensier dejó que un silencio de piedra se interpusiera entre sus palabras y las que habría de decir el obispo.

—Es cierto, Alteza. Los servidores de Dios no deberíamos guiarnos por esa forma de justicia.

—Aunque hubo tiempos en que lo hicieron, no quiero sacar el asunto de la Inquisición, pero la memoria también es inevitable. —A Montpensier le salió el ramalazo volteriano, aunque eso lo dijo para darle más mérito a lo que estaba a punto de pedir el arzobispo Romo.

—Es cierto, Alteza, pero como bien decís, ése no es el asunto que hemos de tratar. Desde el Ayuntamiento me han hecho llegar una petición para que medie ante Sus Altezas con vistas a obtener el indulto para el sargento Sanz. La condena ha trascendido y en la ciudad no se habla de otra cosa.

—No se habla de otra cosa y buena parte de los sevillanos estarán indignados porque van a fusilar a un sargento mientras sus superiores y el resto de los sublevados podrán contarlo, ¿no es cierto? —Montpensier llevaba el timón del diálogo y se adelantaba una y otra vez al arzobispo, que no tuvo más remedio que asentir con la cabeza, algo que le libró de darle la razón una vez más al duque.

—Os rogamos desde el arzobispado y desde el Ayuntamiento que intercedáis ante Su Majestad la Reina para que el indulto sea posible.

Montpensier me miró. Ahora tenía que hablar yo. No sé cómo lo hizo, pero me sugirió sin gesto alguno y sin pronunciar palabra que me quedara callada durante unos segundos para darle más trascendencia a mi respuesta. Incluso cogí el vaso con la limonada y me lo llevé a los labios mientras el arzobispo y el corregidor me miraban fijamente.

—Contad con eso que me pedís. Como infanta de España le rogaré a Su Majestad que haga uso de su facultad y ejerza la virtud de la clemencia en este caso.

Respiraron de forma notoria y sonora. El duque celebró mis palabras. El domingo 21 de mayo se cumplían tres semanas justas de nuestra llegada a Sevilla. Ese día estaba prevista la ejecución del sargento Gaspar Sanz. Pero antes llegó el indulto. Cuando se lo comunicaron en el calabozo donde esperaba su ejecución, pidió un vaso de vino. Lo alzó ante la mirada de los soldados y del oficial que lo custodiaban. Y brindó.

—¡Viva Su Alteza Real!

Para Montpensier habíamos puesto una piedra angular en nuestra conquista sentimental de la ciudad. Para mí todo era mucho más sencillo: le había salvado la vida a un hombre. Algo que volvería a suceder al cabo de medio siglo, o sea, hace unos días. Cuando me comunicaron lo de Susillo.

CAPÍTULO 10
EL PALACIO MALDITO

1

Tú fuiste la única que nació en el Alcázar, Isabel.

Parece mentira que aquel embarazo llegara a su fin. Te llevaba dentro de mí cuando tuve que salir huyendo de París. Recuerdo el exilio, la cara de mi hermana Isabel cuando me dijo que teníamos que marcharnos de Madrid, la llegada a Sevilla, el intento de secuestro en el Teatro San Fernando, otra vez la huida, el vapor a San Juan de Aznalfarache...

Parece mentira que no te perdiera, que en uno de aquellos síncope no hubiera sangrado, que un médico no me hubiera dicho que había perdido lo que más esperaba en este mundo.

Después de aquellos terribles días en Sevilla, el Ayuntamiento quiso quitarnos el mal sabor de boca, y organizó la procesión del Corpus de una forma muy especial. ¡Qué diferencia con el trato que nos habían dado en Inglaterra! El corregidor Cavestany procuró por todos los medios que aquella mañana de junio fuéramos los protagonistas, siempre después del Santísimo que sale a la calle en la magnificente custodia de Arfe que conoces. A tu padre, tan mirado siempre con el dinero, le llamó la atención que se gastaran cerca de ocho mil reales, recuerdo la cifra porque se la escuché muchas veces.

Delante de la fachada del Ayuntamiento instalaron una marquesina para nosotros, tú también estabas allí, dentro de mi vientre. Cavestany había dispuesto un gabinete en la planta baja de ese edificio tan hermoso para mi uso. Yo iba vestida de blanco, radiante, contigo en el seno, con la curva abultada del vientre, con diadema y collar, con brazaletes de brillantes, lo discutí con tu padre y él me dijo que debía lucirme, que el pueblo de Sevilla iba a sacar a la calle lo mejor que tenía y que yo, la infanta, no podía irle en zaga.

Recuerdo las guirnaldas de flores que se enredaban en las barandas, el brillo dorado de las columnas, nuestros escudos de armas, que a partir de entonces estarían ligados a la ciudad, la luz que caía desde un cielo tan azul que daba vértigo mirarlo, parecía que la bóveda celeste te iba a absorber con su infinitud. Los niños seises bailaron ante nosotros, y no exagero si te digo que me entraron unas ganas terribles de coger unas castañuelas y seguir el ritmo que los llevaba a danzar con esa gracia.

Tu padre reseñó todo aquello en las cartas que escribía a Madrid. Los ministros estaban al tanto del cariño que nos profesaban y de lo a gusto que yo me sentía en Sevilla. Y era cierto, Isabel. En Madrid había celos. Llegaban hasta aquí. Ese sentimiento traspasa llanuras y

cordilleras. Es como una aguja que avanza allí donde se clava. Mi hermana llevaba dos años sin parir y sin quedarse encinta. La esterilidad se abatía sobre su reinado. Para colmo, el pueblo se burlaba de su marido. Paquito no era precisamente la imagen viva de la virilidad, sino todo lo contrario.

Ella sin descendencia y yo a punto de parir.

Eso provocó un nuevo enfado soterrado entre las dos. La reina no vino a Sevilla para asistir al parto. Las excusas que pusieron para no movilizar a la corte se cayeron por su propio peso. La nobleza sí vino a Sevilla. Narváez no quería. Tu padre se puso furioso. El mismo general que había apoyado nuestro casamiento se oponía ahora a darle el más mínimo protagonismo al duque de Montpensier.

Tu nacimiento era un peligro para los que esperaban que la Corona pasara de Isabel a ese hijo que aún no había engendrado. Te situabas en el segundo puesto de la sucesión, justo detrás de mí. Pero eso no me importaba tanto en aquellos días como el desarrollo del embarazo. Después de tantos sustos y de algún síncope, la gestación seguía su curso.

Cuando llegó septiembre empecé a sentirme pesada y cansada. Cualquier actividad me provocaba fatiga. Don Antonio Serrano, que fue el médico que me atendía, intentaba tranquilizarme como podía, y don Juan Drumen, mi médico de cámara, me daba conversación para que no pensara en el embarazo. El día 21 de septiembre me desperté intranquila. Acudieron don Antonio y don Juan al momento.

Estaba de parto, Isabel.

Tu padre avisó inmediatamente a las autoridades de Madrid. Sartorius era ministro de algo, creo que de Gobernación. Le llamaban el Polaco por su ascendencia eslava. El pueblo tiene estas cosas. La gente lo decía en Sevilla. Que viene el Polaco... A los seguidores de su partido también los llamaban los polacos. Siempre me hizo gracia ese término. Tu padre era el Franchute, y el ministro que registraría tu nacimiento como notario mayor del reino sería el Polaco.

Todo se precipitó y al final naciste en el Alcázar cuando el otoño estaba a punto de llegar.

El arzobispo Romo mandó que repicaran todas las campanas de la ciudad. Los artilleros llenaron el aire con el estruendo de los cañones y el olor de la pólvora. Como fuiste una niña, en el balcón del Alcázar y en lo alto de la Giralda se izó la bandera blanca. Si hubieras sido un niño se habría izado la de España. Así el pueblo supo al momento que mi niña estaba en el mundo.

Tu padre entró en la habitación y te cogió en brazos. Iba con la condesa de Malpica y con el conde de Santa Coloma. Lo recuerdo todo. Te llevaron para que el Polaco te mostrara a las autoridades presentes como hija de la infanta de España y del duque de Montpensier. La ciudad era un puro regocijo.

Al día siguiente te bautizó el arzobispo en la capilla del Alcázar. El Ayuntamiento le puso tu nombre a la nueva plaza que había quedado detrás de su edificio, en el solar que quedó después de que derribaran el inmenso convento de San Francisco. Aquello me dio una gran alegría que con el tiempo se trocó en un dolor que me sigue y me persigue: después de la Revolución que llaman Gloriosa, le quitaron tu nombre a la plaza y le pusieron Libertad. El pueblo no quería eso.

El pueblo nos vitoreaba a los tres, a tu padre vestido de maestrante, a ti que ibas en mis brazos, y a mí misma, vestida de rosa, el día en que fuimos a la Catedral para la misa de parida.

Iba con nosotros tu nodriza, aquella moza rolliza de La Algaba que se vistió para la ocasión con el traje típico de las santanderinas, porque ya sabes que las mujeres cántabras tienen fama de dar la mejor leche del país. En el suelo, la juncia y el romero que sirven para alfombrar y perfumar las calles cuando sale el Corpus. La ciudad estaba con nosotros, y nosotros con la ciudad que nos había acogido con los brazos abiertos.

El regreso al Alcázar fue apoteósico, y aunque estaba cansada, tu madre lucía fresca y alegre en el Patio de la Montería. Aquel besamanos congregó a lo más granado de Sevilla. Todo el que era algo o alguien en la ciudad quiso acudir. Pasado el mediodía seguimos recibiendo a los sevillanos que acudieron a rendirnos más cariño que pleitesía. Las calores ya habían pasado, pero yo no las sentí. Me habían metido cierto miedo. Un verano en Sevilla... Pues no fue para tanto. ¡Qué razón tuvo quien dijo que los inviernos había que pasarlos en Burgos y los veranos en Sevilla! ¿Fue Isabel de Castilla?

Allí mismo parió la Reina Católica al infante don Juan. Muy cerca de la estancia donde viniste al mundo. Aquel infante nació débil, los médicos le aconsejaron que no hiciera el menor esfuerzo, pasó una niñez entre mimos y algodones, pero no pudo resistirse ante el fuego del amor y cayó en la hoguera, murió del corazón en los dos sentidos del término, y así cambió la historia de España. Si hubiera sobrevivido, Carlos no habría sido emperador, ni hubiera acondicionado el Palacio Mudéjar del Alcázar para su boda, ni hubiera sido rey el pobre del Carlos II, el último Austria, ni los Borbones hubiéramos llegado a España, ni yo a Sevilla, ni tú hubieras nacido en aquella habitación que daba a un jardín recoleto, típico de los árabes, como le gustaba a tu padre, que en el Alcázar se sentía un rey moro o un sultán, estaba encantado de vivir entre aquellos arcos, entre aquellas yeserías finamente adornadas, con tantas columnas creando perspectivas inverosímiles, aquello no tenía nada que ver con la frialdad de Vincennes, donde te concebimos, absolutamente nada que ver, aunque recuerdo aquella capilla gótica, era bellísima, armónica, estaba exenta y todas las tardes iba a rezar para disfrutar de la luz, te parecerá mentira pero dentro de la iglesia había más luz que fuera, sería por las vidrieras, no me lo preguntes porque no lo sé, pero allí dentro no se estancaba la tarde en la penumbra típica de París, allí había esa luz que aquí en Sevilla se derrama y se regala.

Viniste al mundo cuando la luz era más bella, más aquilatada, más nítida, más dorada.

Éramos tres exiliados, tu padre, tú y yo, pero la gente de Sevilla nos trataba como si fuéramos reyes, pronto empezó a emplearse esa expresión que quedó para la historia: la Corte Chica. Era verdad, Isabel. Fuimos capaces de formar una verdadera corte. Para ello hacía falta un palacio como Dios manda, y no unas habitaciones en un edificio prestado por la reina, por muy hermoso que fuera el Alcázar.

Una tarde gris paseábamos por las Delicias, esos jardines tan hermosos que siguen estando ahí fuera y que llevaré en la memoria hasta que muera, que será dentro de muy poco, no pongas esa cara, hay que resignarse ante los designios de Dios, Isabel. Íbamos tu padre y yo paseando por las Delicias cuando de pronto empezó a llover. En Sevilla ocurre eso más de lo que se creen los viajeros, que piensan que aquí siempre luce el sol, menos mal que nuestro querido Latour aprendió pronto que esta ciudad es más peligrosa, incluido el tiempo, de lo que algunos creen. Se puso a llover y buscamos refugio en aquel edificio que alguna vez nos había llamado la curiosidad

porque desentonaba en aquel lugar.

Una mole tan enorme no tenía sentido en una ciudad donde las casas estaban medidas, donde sólo destacaba por su tamaño la montaña hueca de la Catedral. Salimos corriendo y entramos por la puerta principal, que estaba entreabierta. La fachada era imponente, y el interior estaba lleno de polvo y de muebles viejos y desvencijados. No se sabía muy bien a qué se dedicaba aquel edificio que había sido escuela de mareantes. Un joven aprendiz que miraba la lluvia desde la puerta nos dijo que habían abierto un tramo de la reja que protegía el palacio para que pudieran entrar y salir los carros llenos de corcho.

Un palacio destinado a almacén de corcho. Tu padre no se lo podía creer.

Sin pedir permiso, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se puso a recorrer el interior de aquel edificio que en algunos techos amenazaba ruina, o eso parecía. Cruzó un bellissimo patio de columnas finamente medidas y empujó una pesada puerta de madera que rechinó ante el giro.

No puedes imaginar lo que sentí cuando vi por primera vez nuestra capilla, cuando descubrí la belleza infinita de la Virgen del Buen Aire, a la que me he encomendado tantas veces y a la que pido que me ayude con su brisa purísima cuando tenga que cruzar el mar que me espera, que no es otro que el océano de la muerte. ¿Cómo era posible que aquella capilla, decorada con los más exquisitos retablos donde aparecían imágenes de un altísimo valor devocional y artístico, estuviera abandonada? Le recé una salve a la Virgen mientras tu padre recorría la capilla con ojos de tasador, ya sabes que en eso siempre fuimos la noche y el día.

Yo rezaba y él calculaba cuánto podía costar aquello.

Subimos una escalera formidable, nos perdimos por unos salones que tu padre fue amueblando y alhajando con la mirada y con los dineros de mi herencia, todo estaba en su cabeza, y ya sabes que cuando se le metía algo entre las sienes era imposible sacárselo. De pronto un rayo de sol entró por unos de los ventanales. Acariciando el suelo lleno de polvo. Nos asomamos y contemplamos el río en toda su grandeza. Atardecía sobre los tejados del barrio de Triana y la visión era sobrecogedora. Entonces tu padre me miró. No hizo falta que me dijera nada. Desde aquel momento supe que aquel palacio sería la sede de la Corte Chica de los Montpensier.

2

Al cabo de los años, la infanta le encargó al escultor Antonio Susillo varias estatuas para decorar la fachada de los coches del palacio de San Telmo. El tiempo no es una línea recta. La compra de ese palacio influyó de manera decisiva en el destino de Susillo. Aquel día, cuando el escultor aún no había nacido, ya estaba escrito lo que iba a pasarle. Lo piensa y lo mantiene el barbudo Gil.

—No hay que dejarse llevar por las apariencias. Bajo la superficie de la realidad late un submundo de pulsiones, de bendiciones y maldiciones. Y Susillo estaba predestinado antes de nacer. La infanta le encargó la realización de esas esculturas, y aquello lo marcó con la maldición que anidaba en ese palacio.

—¿Y qué tiene ver eso con lo del príncipe ruso? Me están sacando de quicio y me están mareando más que el tinto que no dejo de trasegar por vuestra culpa. —Cranio desesperado y desafiante.

Leal tercia con su habitual escepticismo.

—Verá, inspector... Una cosa es que alguien esté maldito, y otra muy distinta son las circunstancias que le lleven a materializar esa maldición. Es distinto. Susillo estaba maldito por culpa del palacio donde intervino, y eso no se lo voy a discutir a maese Gil. Pero antes de eso su personalidad estaba sumida en un estado de angustia y desesperación. No podía admitir que era como era. Y no pregunte más. O usted lo deduce, o vamos a seguir aquí hasta el día del juicio final.

—¿Dónde hay que firmar para que eso ocurra? —Gil se entusiasma ante la idea de permanecer en ese asiento de la taberna hasta que el juicio lo mande a su deseado infierno.

Cranio se rasca la cabeza. Está cansado. Sopesa la alternativa: o se marcha a su casa directamente, o vuelve con la Roldanita para retozar otra vez. La tensión dialéctica ha acelerado su deseo. No sabe por qué, pero es así.

—Podríamos decírselo más claro, inspector, pero estaríamos faltando a la verdad. Como periodista no puedo mancillar el nombre de un artista tan glorioso. Sus motivaciones tendría para hacer lo que hizo. Pero creo que todo está claro. Se fue a París con el príncipe ruso. Allí vivió con él. En cuanto pudo, regresó a Sevilla y no volvió a marcharse a la capital del arte europeo. ¿Miedo? Sí. Miedo a aceptarse como era. Miedo a ser quien era. Tal vez por eso se casara otra

vez, cuando se quedó sin madre y sin hermana. Sin protección femenina. Creo que me estoy explicando en demasía, inspector.

—Y yo creo que necesito algo más que una explicación. Y como ustedes no se moverán de aquí, seré yo el que lo haga. Dentro de un rato nos vemos, señores. Para asegurarme su presencia y permanencia, les anuncio que no pagaré la cuenta hasta mi regreso. ¿Oído?

3

Necesito contar todo esto antes de entregarle mi alma al Altísimo, y sólo queda una persona en este mundo a la que puedo confiarle mi memoria o mis memorias, que no sé muy bien distinguir lo uno de lo otro.

Y esa persona eres tú, Isabel.

Una vez se lo escuché a un cantaor en Triana. Mi hermana ya había inaugurado el puente que lleva su nombre aunque nadie lo llame así. Fuimos tu padre y yo, con Latour, a una fiesta gitana. Nos recibieron con muchos halagos en una casa vieja pero muy bien adornada, con flores que habían plantado en unos tiestos de barro. El suelo estaba limpio a pesar de que era de tierra, y en el aire flotaba un olor antiguo. Muchachas como juncos bailaron boleros y seguidillas.

Se me iban los pies. Lo que yo habría dado en ese momento por no ser la infanta, por ponerme una de aquellas faldas con volantes y salir a bailar al son de la guitarra que tocaba un hombre mayor con patillas espesas y con la mirada perdida. Un cantaor viejo nos preguntó si queríamos escuchar los cantes de sus ancestros, lo verdadero y puro del cante gitano, y Latour se entusiasmó. Ya sabes cómo son los franceses cuando vienen de viaje a España, y sobre todo a Andalucía. El guitarrista cerró los ojos y empezó a tocar de forma solemne. Aquello se convirtió en un ritual. El cantaor apretó los párpados. Eran dos ciegos en busca de la luz, de la verdad, como me dijo Latour cuando regresamos, ya de noche, a San Telmo por el nuevo puente de hierro que tanto se parecía al puente del Carrousel de París. De lo que cantó aquel hombre me quedé con una letrilla que desde entonces me persigue, y que ahora cobra todo su sentido.

A partir de cierta edad,
el porvenir es la muerte
y la vida es recordar.

Eso es lo que estoy haciendo ahora.

En estos días últimos, recordar es vivir.

Recordar es sacar a los muertos del olvido.

Te parecerá muy sombrío, incluso macabro, lo que te digo, querida hija, pero es así. Tan cierto como la luz del día que ya no veré más. Sé que saldré de aquí sin el hálito de vida que me queda. No quiero que te asustes ni que me tomes por loca, pero hablo más con los muertos que con los vivos. Tengo más gente al otro lado del río que en esta orilla.

Todos los días le pregunto a tu padre por qué me trajo hasta aquí, por qué revolvimos aquella tarde el silencio estancado en el interior de este edificio que estaba maldito desde que empezaron a levantarlo. Tu padre me decía, al final de su vida, que todo era una pura ironía, que la vida se reía de nosotros mientras nosotros nos la tomábamos muy en serio. Yo le reprochaba que hubiera leído tanto a Voltaire, que para mí siempre ha sido el demonio con una pluma en la mano, y él se reía y me animaba a rezar, que era lo mío. Aquella tarde debería haberle dicho que no, que este palacio me creaba intranquilidad, que todo se torcería si nos viniésemos aquí, pero lo cierto es que no tenía ningún motivo para ello.

Todavía no había visto el bajorrelieve donde está esculpido el secreto de este palacio, ni había consultado la Biblia para descifrar aquel mensaje cifrado.

Porque esta maldición es cierta, y está escrita. Tallada en la piedra. Sosteniendo el palacio.

4

En aquel tiempo, a pesar de los sustos revolucionarios, todo nos iba bien. Naciste sin ningún problema. Te llevamos de viaje por aquella Andalucía llena de color y de alegría. Nos embarcamos en un vapor que nos llevó hasta Sanlúcar de Barrameda. El viaje por el río y por el mar era mucho más placentero que en las horribles sillas de postas que martirizaban el cuerpo y congelaban el tiempo. Aún no se había construido el ferrocarril que al principio llegaba hasta Córdoba y luego hasta Madrid.

La primera vez que me subí a un tren fue en Francia, de recién casada. Me asustó el ruido, el traqueteo, la velocidad. Tu padre y el séquito francés —a esas alturas del viaje mis criados se habían dado la vuelta para volver a Madrid y me habían dejado sola— se reían de mí.

Embarcamos con rumbo a Sanlúcar. El paisaje era una delicia. ¡Cuántas veces hemos hecho ese viaje, Isabel! ¡Cuánta paz en el río, en la marisma donde el silencio es de cristal y sólo lo rompen los cantos de las aves! Ojalá el mundo fuera así, ojalá el viaje de la vida fuera exactamente así. Llegamos a Cádiz, pasamos por Gibraltar, fuimos a Málaga, donde nos recibieron como si fuéramos reyes, y recalamos en Ronda. Habían trenzado arcos triunfales con flores.

Todo era cariño, todo era amabilidad. Pero había algo que empecé a interpretar de otra manera, no sé cómo decírtelo. Aquellas gentes nos rendían pleitesía porque así se creían más importantes. En realidad engalanaban sus pueblos o sus ciudades para disfrutarlas. Por eso encendían luminarias por la noche o pagaban a los músicos para que nos tocaran una serenata que ellos disfrutaban más que nosotros. Algunos ayuntamientos se arruinaron después de nuestra visita. O algunas instituciones como la Real Maestranza de Granada.

La belleza nos esperaba en Granada.

Allí estuvimos un mes. Montpensier y Latour sólo hablaban del Palacio de Carlos V en la Alhambra. Es un edificio imponente, con un patio circular que le otorga esa grandeza que iba buscando tu padre, la grandeur de los franceses, Versalles, las Tullerías, los Inválidos... Tu padre se interesó por el edificio para comprarlo, para que nos estableciéramos en Granada, pero creo que era propiedad del Estado y que la venta o la expropiación no era posible, no me preguntes porque de esos asuntos sé lo imprescindible.

Todavía no vivíamos aquí, San Telmo era un proyecto en su mente, aunque yo estuviera segura de que sería nuestro destino. Ahora mismo la memoria me falla, me resbalan las fechas, como si el

suelo estuviera manchado de aceite. He dicho aceite y de pronto se me viene a la cabeza el olivo centenario que nos regalaron en Órgiva cuando subimos a las Alpujarras. Era inmenso. El tronco estaba hueco y dentro podían jugar tres personas cómodamente sentadas al tresillo. La cosecha que daba aquel olivo catedralicio nos la mandaban en forma de aceite cada año. Cuando me lo ponía en el pan, el sabor me llevaba hasta aquel paisaje único. El olivo de la infanta. Así lo conocen en ese pueblo al que no regresaré nunca.

Me falla la memoria y no recuerdo si antes fue el viaje a Granada con la pretensión de comprar aquel Palacio de Carlos V o la visita furtiva a San Telmo... Creo que ya habíamos estado aquí, y que la compra estaba apalabrada, pero este Montpensier era mucho Montpensier y no se conformaba con nada. Siempre quería más. También recuerdo que en Granada tu padre quiso comprar el Generalife para que nos estableciéramos allí. Preguntó por las tierras que rodean a la ciudad, para él no cabía la posibilidad de vivir en un lugar donde no hubiera tierras fértiles de su propiedad en los alrededores.

Los aristócratas de entonces le echaban en cara su afán por ganar dinero, por especular con el precio de las tierras, pero tu padre fue un innovador, un pionero que introdujo nuevas técnicas de cultivo y de regadío, el primero que empezó a usar máquinas de vapor para las faenas agrícolas, y eso no se lo agradecieron nunca. Se lo reprochaban. Cuando se enteraba de las murmuraciones venía hecho un basilisco y se ponía a despotricar de la nobleza andaluza, y por extensión de la española. Decía que siempre seríamos pobres, porque los ricos no querían ganar dinero. Y si los ricos no ganaban dinero, ¿cómo iban a ganarlo los pobres? Eso lo ponía de los nervios.

A mí me daba mucha rabia que lo llamaran el Naranjero.

Los sevillanos estaban acostumbrados a coger las naranjas de las huertas que rodean San Telmo. Cuando compramos el palacio esto era como una aldea fuera de las murallas de la ciudad. Había una pequeña ermita, aquí estuvo instalado durante un tiempo el obispo de Marruecos, cuando no le permitían ejercer al otro lado del Estrecho de Gibraltar. Todo era muy exótico, como repetía Latour. Nos quedamos con el palacio y con las huertas que lo rodeaban. Tu padre necesitaba tierras, jardines, huertos, un sitio para cazar. Un palacio se le quedaba pequeño por muy grande que fuera.

Le llamaron el Naranjero porque cobraba las naranjas que la gente ya no podía recoger de forma gratuita. Siempre lo envidiaron en la ciudad. Con el tiempo he ido comprendiendo el carácter de los sevillanos, que es el carácter de los españoles. Por delante, el halago. Y por detrás, la crítica más despiadada. Los mismos que le llamaban el Naranjero se mataban por venir a un besamanos y se rompían las palmas de sus manos a la hora de aplaudirnos cuando presidíamos una corrida de toros, o aquel combate del toro con el león que se le ocurrió montar al empresario de la plaza de toros. Fue increíble, cada vez que lo recuerdo me parto de la risa.

Al final de la corrida montaron una jaula en medio de la plaza. Dentro, un león destinado a enfrentarse con un toro. El público estaba expectante. Se hacían apuestas. La gente creía que iba a contemplar un drama de sangre y fiereza. Cuando el toro entró en la jaula, el león reculó y no hizo nada. Estaba acobardado. De fiero no tenía nada. El toro se aburrió y la gente empezó a gritar. Querían que les devolvieran el dinero de las entradas. Al empresario querían meterlo en la jaula, jajaja...

Los recuerdos vienen y se me van, Isabel. Así es la memoria. No te preocupes, no estoy fatigada. Sólo quiero revivir contigo aquellos años felices. Si tuviera que resumirlos con una palabra, diría que fueron luminosos. Con todas las sombras habidas y por haber, fueron unos años luminosos hasta que pasó de lo tu hermana Regla...

5

Aquellos años fueron luminosos en Sevilla. La corte de los Montpensier se convirtió en una realidad. Nos halagaban los viajeros ilustres que recalaban aquí después de haber estado en Madrid. La corte madrileña era un cúmulo de intrigas palaciegas. Tu tío Francisco de Asís tenía su camarilla, algo que no soportaba Narváez. Tu padre y yo no nos separamos jamás. Isabel se iba a Aranjuez para que las citas con sus amantes no fueran tan escandalosas, y Paquito se instaló en El Pardo.

Isabel en Aranjuez.

Y Paquito en El Pardo.

¿Tú crees que esa imagen de la monarquía era la que quería el pueblo?

Para colmo, Paquito contaba con una camarilla de la que se burlaba tu padre para convertir el enfado en algo más llevadero. Yo soy una mujer piadosa. Ya me conoces y no vas a descubrir nada nuevo a estas alturas, aunque eso siempre es posible. Incluso nos conocen mejor después de que hayamos muerto. Pero no voy a meterme en ese berenjenal. Quería decirte que esa camarilla era muy negativa para la monarquía. Paquito confiaba en sor Patrocinio, una monja que, según tu padre, estaba loca, y que iba presumiendo de llevar en su piel los estigmas de Jesucristo.

Narváez, harto de todas esas intrigas, tuvo que expulsarla de El Pardo y de Madrid. Con el padre Claret, confesor de mi hermana, también hubo sus más y sus menos. Todos querían influir en una reina caprichosa, impulsiva, poco reflexiva.

Te voy a decir algo muy gordo, Isabel. A mi hermana no la educaron para ser reina. Ni a mí para ser la princesa de Asturias. Y eso que tuvimos como preceptores a personajes de la talla de un Argüelles o de un Quintana, el gran poeta de aquella época. Hacíamos lo que nos daba la gana cuando éramos niñas. Mi ortografía sigue siendo un desastre. No aprendimos nada de francés, que ya era la lengua de la diplomacia. Cuando me presentaron a tu padre no pude hablar ni una palabra con él.

Mi hermana llegó al trono con trece años tras la expulsión de Espartero. A mi madre ya la habían echado de la Regencia y del país unos años antes, y no era cuestión de que regresara. Los políticos y los militares se pusieron de acuerdo y decidieron que Isabel fuera reina con trece años. Y que se casara con un hombre que le causaba repugnancia y que nunca podría ser un esposo como Dios manda. No te digo que se hubiera casado con quien hubiera querido, porque eso no está bien.

Pero al menos que le hubieran buscado a alguien que no le causara esa repugnancia. Aquel matrimonio nació muerto. Y así siguen. Paquito en El Pardo. Y mi hermana de militar en militar, de amante en amante. Pasto de la murmuración.

El pueblo lo sabe y no se calla. Que si el general Serrano, que si Arana, que si el favorito Puigmoltó, que si Marfiori... Y los que habrá dejado por ahí como juguetes rotos. Ahora, cuando todo ha pasado, no sé cómo pudo mantenerse tantos años en el trono. Tuvo doce hijos, pero les nacían medio muertos.

Para colmo, tras el primer parto, la gente empezó a acusar a tu padre. Sí, como lo oyes. Fue una niña y murió a los pocos minutos de haber nacido. Las malas lenguas decían que Montpensier le había puesto la mano en la boca para ahogarla. Así la heredera seguía siendo yo, y la siguiente en la línea de sucesión seguirías siendo tú, que ya tenías tres o cuatro añitos.

También decían que Paquito mandó que le hicieran un vaciado a uno de los hijos que nacieron medio muertos. Quería conservar ese rostro en una escultura que le permitiera averiguar, por el parecido, quién era el padre de la criatura. Habladurías, pero con fundamento en algunos casos. No creo que Paquito pudiera hacerle doce barrigas a Isabel. Perdona el lenguaje, pero al final me sale mi vena castiza y en ciertas ocasiones hablo como la gente de los corrales de vecinos. Esas pobres gentes a las que les he llevado pan, o arroz con bacalao, o mantas para que pudieran abrigarse cuando el río crecía y se llevaba por delante lo poco que tenían. Ese río que es como la memoria, y que me lleva a aquellos años que fueron luminosos en Sevilla, aunque en Madrid no cesaran las intrigas.

En Madrid había pronunciamientos a cada momento, había tiros por las calles. Los militares liberales querían conseguir el poder sin pasar por las urnas, los progresistas sabían que con el sufragio censitario jamás podrían ganar unas elecciones. Y el sufragio universal era impensable. ¿Cómo iban a votar los campesinos que no sabían leer ni escribir?

Nosotros no nos presentábamos a las elecciones, aunque una vez nos votaron en el Congreso, pero eso fue más tarde, durante los años de la revolución. Ahora no quiero recordar aquello. Quiero centrarme en los años luminosos. Cuando tu padre iba a los comercios a comprar muebles, cuadros, marcos, tapices, lo que hiciera falta para decorar San Telmo. Nuestros proveedores, que se enorgullecían de ello, imprimían tarjetas con ese título. Proveedores de Sus Serenísimas Altezas los Infantes Duques de Montpensier.

Tu padre llegaba, y con esa forma de hablar que tenía, porque nunca llegó a pronunciar bien el castellano, preguntaba cuánto costaba esto y aquello. Regateaba. A sus espaldas lo llamaban monsieur Combien. Aquello me hacía gracia. Le salía el combien francés para preguntar cuánto costaba aquel reloj de pared o cuánto pedían por esa alfombra persa.

Los comerciantes estaban muy contentos con la Corte Chica.

Gracias a nosotros se activó el comercio en Sevilla. Y no sólo por lo que compraba monsieur Combien, sino por lo que encargaban las mejores familias de la ciudad. Todo el que podía engalanaba su casa al gusto de los Montpensier. Y eso se notó en la economía de la ciudad. El Naranjero era un tacaño. Monsieur Combien regateaba el precio de todo. Pero al final la caja se llenaba más que antes de nuestra llegada. El pueblo es así, querida hija.

No te fies de los halagos ni de los piropos. Si no llenan la caja o la barriga gracias a ti, te

odiarán. Perdona que hable como esas mujeres que siguen presentes en mi memoria. Las pobres mujeres de los corrales de vecinos que despertaron lo mejor que llevo dentro, lo único que podrá salvarme en el juicio que me espera dentro de poco ante el insobornable juez que nunca se equivoca...

6

Estaba muy bueno el caldo, pero ya no puedo tomar más que media taza, mi cuerpo se conforma con poco, atrás quedaron aquellas cenas donde les ofrecíamos el lenguado al estilo Montpensier —así figuraba en las cartas de los restaurantes más exquisitos y de las cenas reales — a tus tíos Aumale, Joinville o Nemours, al millonario Rotschild o la bellísima Sissí, la emperatriz que cenó en San Telmo y se alojó en el hotel Londres.

No imaginas el revuelo que causó Sissí en Sevilla, todos pendientes de Sissí, de su belleza, de su distinción, de la aureola que la rodeaba, todas las mujeres querían verla, todos los hombres estaban enamorados de ella, parecía un cuento de hadas, porque este palacio fue durante un tiempo, y durante algunas noches, un palacio de hadas.

Pero no quería hablarte ahora de eso, sino de todo lo contrario, de las mujeres que salían a mi encuentro, o que me esperaban en la puerta del palacio para entregarme un informe. Así llamaban al papel donde reseñaban su estado y sus necesidades, un papel que les escribía alguien, porque ellas eran analfabetas, un papel con un margen en blanco para que yo anotara lo que se le debía dar, algunas veces retrasaba mi salida cuando las veía así. Yo cogía el papel y daba la orden pertinente para que se socorriera a aquella pobre mujer en el instante.

Ya sé que esto puede interpretarse como un acto de soberbia, pero no lo es, te lo aseguro y te lo podría jurar, Isabel, aunque no me gusta jurar en vano. Yo he ido personalmente a esos barrios de miseria, a esos corrales de vecinos donde buscó refugio la miseria después de las desamortizaciones, todo viene de ahí, al final los pobres pagaron ese castigo que los liberales le infligieron a la Iglesia. Decían que la riqueza no podía estar en las manos muertas de los conventos y de los monasterios, y se las arrebataron por un puñado de reales, porque en las subastas se pagaba a la baja. Hubo fincas que casi se regalaron, y todo el patrimonio pasó a manos de los ricos, de los que quisieron vivir de esos pobres braceros sin trabajar. Tu padre los odiaba pero se lo callaba, y yo no quiero callármelo ahora.

Aquellos burgueses podridos de dinero llegaron a la nobleza comprando tierras y comprando títulos, querían ser como nosotros y no tenían ni la mitad de la dignidad que atesoraban aquellas mujeres que me pedían para comer, y que me miraban con una mezcla de tristeza y de resignación. Alguna vez vi el filo del odio en esas pupilas que se clavaban en mi traje o en mis joyas, aunque yo no me vestía así cuando iba a socorrerlas. Me ponía un vestido o un blusón, un pañuelo como

el que ellas llevaban. No era plan de ir con la superioridad por delante, incluso tu padre acudía montado a caballo en medio de una riada, y no le importaba mojarse ni llenarse de barro.

Él se encargaba de repartir las hogazas de pan, también dábamos nuestros donativos, miles de reales que servían para que la ciudad no fuera una completa catástrofe. Tu padre me decía, cuando estábamos a solas, que así se pondría el pueblo llano de nuestra parte, pero yo no lo hacía por eso, yo lo hacía para ejercer la caridad, que es lo único que nos salva, las buenas obras, y no la fe seca y ciega, como dice el demonio de Lutero. Tu padre no entendía el significado profundo de la caridad, el amor a los demás como vía del amor a Dios, como reflejo del amor divino, porque todos somos hermanos en Cristo. Él lo resolvía todo diciendo que era un asunto práctico, que nos ganábamos a la nobleza con los besamanos y los bailes, que nos ganábamos a la burguesía comprando en sus tiendas y ayudando a sus cofradías, y que nos ganábamos al populacho remediando el hambre y remendando la miseria. Pero insisto en que yo no actuaba por eso, Isabel, y que cuando se lo decía a tu padre, él me respondía, a veces, con una frase terrible que me hacía mucho daño, que me hería por dentro y que me dejaba en un mar de dudas.

Me miraba fijamente y me lo soltaba muy despacio. «Yo les doy de comer para ganarme su favor y porque me interesa su apoyo para mis intereses políticos, sólo por eso, pero tú lo haces por algo más valioso, tú los utilizas para ganar la eternidad, así que ahora dime quién es más egoísta de los dos».

Y no era eso, querida hija mía, no era eso, yo los ayudaba porque me salía del alma, porque no soportaba el recuerdo de esas miradas, de esos vientres hinchados que traerían otro hijo más al mundo mientras los que se arremolinaban en torno a aquella pobre muchacha no tenían nada que comer, pero no te preocupes, pronto saldré de dudas, pronto me dirá el Altísimo si hice bien o no lo hice...

Hablando de vientres hinchados se me ha venido a la memoria lo que sucedió cuando fuimos aquella tarde al barrio de los toneleros. Está muy cerca de aquí. Río arriba, pasando los jardines. Calles estrechas y olor a madera. Nos habíamos hecho hermanos de la Carretería, esa cofradía formada por los artesanos que fabrican toneles y barricas, y que salía en la Semana Santa con un paso donde aparecía el Cristo muerto entre los dos ladrones. Tu padre le encargó a Dehodencq que lo pintara, y así lo hizo. El cuadro ya es un documento.

Allí, en la capilla de los toneleros, estaba la madre de alguien que luego conoceríamos muy bien. La buena mujer estaba embarazada de aquel niño que luego anduvo con nosotros. Tu padre ejerció de protector y benefactor de esa hermandad. No creas que lo hacía por su inquebrantable fe, ni porque le importaran mucho ni poco aquellos artesanos. Lo hacía para congraciarse con el pueblo. Había que ganarse al populacho. Ésa era la consigna.

Aquella mujer se me acercó y me besó la mano. Me agradecía con sus ojos y con sus palabras lo que estábamos haciendo por la hermandad y por el barrio humilde donde radicaba. Pronto lo olvidé. Hasta que el hijo que llevaba en las entrañas me lo recordó. Su madre se lo había contado una y mil veces. Al cabo del tiempo se sintió orgullosa porque su hijo había ingresado en el círculo de los proveedores de alto rango que suministraban sus obras a los Montpensier. Aquel niño se llamaba Antonio. Aquel niño era Susillo.

Los niños siempre me provocaron una ternura especial, recuerdo aquella mañana de febrero en París, cuando la revolución que nos expulsó de Francia, tú estabas en mi seno, y la viuda de Chartres iba de un lado para otro con su niño rubio, Sus ojos azules lo veían todo con ese asombro que nace en las aguas puras de la infancia, su madre se quedó viuda cuando el primogénito de Luis Felipe, el Delfín, sufrió un accidente al salir de las Tullerías; el coche ligero que él mismo conducía hizo un giro brusco y salió disparado, tuvo la mala suerte de caer de una forma fatídica, su cabeza chocó contra el borde de la acera, lo trasladaron a una tienda y allí, en un lugar tan humilde y tan modesto, murió el elegido, el designado para suceder al rey Luis Felipe. La familia se tiñó de luto. La sombra de la maldición cayó sobre los Orleans.

Desde entonces todo se fue precipitando de una forma incontrolable, hasta que las masas tomaron las Tullerías y tuvimos que salir huyendo. Recuerdo la mirada de aquel niño, que no tendría más de ocho o nueve años. Su madre iba con él y le insistía a Luis Felipe para que lo nombrara su heredero, para que abdicara la Corona en el hijo de su primogénito fallecido. Ella no salió huyendo. Helena, la pobre Helena, cruzó el Sena como si fuera el personaje de una tragedia griega. Cruzó el Sena por el puente del Carrousel, el que tomaron como modelo para construir el nuestro, el de Isabel II, o sea, el de Triana. Cruzó el Sena y se plantó en la Asamblea para que los diputados nombraran a su pequeño como el nuevo rey de Francia. Gritos, insultos, incluso alguna que otra blasfemia. Eran fanáticos, impíos.

El pequeño Luis Felipe, el nieto del rey que acababa de abdicar, el hijo del pobre Fernando, el fallecido duque de Orleans que estaba llamado a fijar la monarquía francesa, resistió. Otro se habría puesto a llorar. Su madre salió de allí ultrajada, humillada. Desde entonces no levantó cabeza.

Aquel niño es hoy tu esposo, Isabel. El conde de París. El legítimo heredero al trono de Francia. El que encandiló a las sanluqueñas cuando lo llevaste por allí.

Sanlúcar de Barrameda, nuestra querida Sanlúcar, ya era el lugar elegido para pasar los veranos. Tu padre había construido el primer edificio de estética mudéjar que se levantó en España durante el siglo que agoniza. Fue un pionero en tantas cosas... Eso nunca se lo perdonarán. Nunca. Recuerdo la luz de Sanlúcar, aquella mañana llena de color, con todo el pueblo en la calle para ver al joven alto y guapo, al Orleans que iba a casarse con su prima Isabel. Confieso que

aquel día fui feliz, y eso que tenía en la memoria a tu hermana Regla. La luz y la sombra en Sanlúcar, la felicidad y la pena. Pero ahora no quiero ponerme triste. Ahora quiero confesarte que fui muy feliz aquel día.

Estabas espléndida. Yo sabía que eras fuerte, que resististe dentro de mi seno todas las penalidades que me sucedieron durante aquellos nueve meses. Otra se habría rendido. Tú, no. Ni yo tampoco, ¿para qué voy a negarlo? Aquel pequeño Luis Felipe se quedaría huérfano de madre, Helena no pudo resistir tantos golpes. Solo y sin corona, sin reino ni patria, se fue a América. Pero eso ya lo sabes tú mejor que yo. Luchó en la guerra de Secesión en el bando del norte. ¿Estoy en lo cierto? Tu padre también había luchado en Marruecos cuando era joven. Eso sirve para forjar un carácter. Fíjate en el pobre Paquito, que no ha matado ni una mosca en su vida.

Tu padre era otra cosa. Se le notaba la educación que recibió de niño. La que nos faltó a Isabel y a mí. Espartero nos tenía prohibido que mantuviéramos correspondencia con mi madre, exiliada en Francia bajo la protección de Luis Felipe. Ella me mandaba sus cartas ocultas en los recortables que nos enviaba para que pudiéramos jugar a la moda de París. Yo le escribía dos cartas a la semana. Una era la que pasaba los controles de nuestros preceptores. La otra iba por valija diplomática sin que se enterara Espartero. Aquella educación que nos faltó a Isabel y a mí fue la que os dimos tu padre y yo.

En este palacio maldito hubo días y años de luz. Formábamos una familia de verdad. Éramos una familia de verdad. Tu padre y yo convivíamos con vosotros. Comíamos juntos. Manteníamos ese contacto que no suele existir en las familias reales, ni en la alta nobleza. Teníais vuestras ayas, pero no estabais sólo con ellas. Recuerdo a la viuda del capitán general Shelly, el valeroso militar que nos protegió cuando quisieron secuestrarnos nada más llegar a Sevilla. También resististe aquel secuestro en mi vientre. La pobre mujer, con la mejor de sus intenciones, se llevó a su marido y a su familia cuando un brote de cólera se presentó en Sevilla. Se los llevó a una finca que tenían en Pilas, cerca de tu querida Villamanrique. Allí murieron casi todos. Ella se salvó. Tu padre, en agradecimiento al general Shelly, acogió a su viuda.

Conmigo hicieron algo parecido cuando yo era niña y nos cuidaba la viuda de Espoz y Mina, otro militar de valor más que contrastado. Ese valor, esos valores se contagian. Las viudas de esos militares eran como ellos. Yo misma me siento así como viuda de tu padre, aunque el Gobierno no lo dejara ejercer nunca como capitán general. Ni siquiera en aquella guerra de Marruecos donde se ofreció para combatir con las tropas españolas.

Tu tía Isabel había estado aquí en Sevilla, dos años antes de la guerra de África, para inaugurar el puente de Triana. Fue unánimemente alabada, y con razón, por todas las fuerzas vivas de la ciudad. Tras siglos, milenios de historia, Sevilla iba a contar, por fin, con un puente de fábrica. Hasta entonces la población tenía que pasar el río por el puente de barcas que se inventaron los musulmanes. Aquello era engorroso y peligroso. Cuando el río bajaba con fuerza había que jugarse la vida para pasarlo.

Reconozco, como tu padre lo reconoció en su día, que los años centrales de su reinado no fueron malos para España, y que se avanzó mucho en las obras públicas que se necesitaban para que el progreso de la nación fuera como tenía que ser. Lo malo de todo aquello es que se fomentó la corrupción. Vergüenza me da de mi padraastro, el duque de Riánsares, que se hartó de ganar

dinero con la construcción de las primeras líneas del ferrocarril gracias a sus influencias.

Durante aquellos años el reinado de Isabel mantuvo un cierto bienestar, pero hacía falta algo que uniera sentimentalmente a los españoles, y ahí surgió la idea de la guerra de Marruecos por un quítame allá el ultraje a una bandera de España. No creas que el pueblo protestó por aquella guerra. Hubo euforia general. Montpensier sabía que los generales que volvieran victoriosos mantendrían una reputación que les serviría para llegar a los más altos niveles de la política. Pero Isabel, que temía a su cuñado porque lo veía como un aspirante al trono, no consintió que fuera a Marruecos. Y el Gobierno, menos todavía.

Imagina lo que habría sido tu padre si hubiera demostrado allí el valor que atesoraba. A la vuelta lo habrían proclamado rey a las primeras de cambio. Por eso se opuso O'Donnell, por ejemplo. O el mismo Prim. Pero ahora no quiero hablar de Prim. Ahora quiero recordar cómo fueron aquellos años felices en San Telmo, cuando erais niños y tu hermana Regla jugaba con las mayores, porque tú, Amalia y Cristina, todas con nombres de reinas, fuisteis las mayores, las encargadas de cuidar a los demás, algo que fomentaba vuestro padre.

Montpensier siempre creyó en la educación como la herramienta fundamental para desenvolverse en la vida. Y estaba en lo cierto. En eso era riguroso. Pero vuestra educación no era tan aburrida como la que nos dieron, de forma escasa y caprichosa, a Isabel y a mí.

Tu padre os ponía en contacto con la naturaleza. En San Telmo había una huerta que cultivabais. ¿Recuerdas aquella berza gigantesca que nos provocaba la risa y la admiración por lo bien que hacíais vuestro trabajo? Aquellos atardeceres en medio de aquel paisaje oriental, como le gustaba a tu padre. Aquellas primaveras entre fuentes, nenúfares, islas con cenadores donde la vida era maravillosa... Aquellos aromas que nacían de la tierra y que perfumaban los jardines que los sevillanos admiraban cuando llegaba la Feria y abríamos aquel recinto para que pudieran contemplarlo y distraerse de forma sana.

De todo eso te acordarás, ¿a que sí? Como te acordarás también del día en que liberasteis a los pájaros que esperaban, en una jaula provisional, que terminara de construirse la enorme y señorial pajarera que los albergaría. Regresaron casi todos, y vuestro padre os riñó antes de irse a su despacho con una sonrisa benévola. Cultivabais la tierra y cuidabais el jardín. Teníais un terreno asignado que debíais cuidar. Vuestro padre os educó en la responsabilidad. Contigo tuvo éxito. Con tu hermano Antonio, no tanto... Pero de eso ya hablaré con él antes de que se acabe todo esto. ¿Ha anochecido ya? Entonces lo mejor es que intente dormir. Descansa tú también, hija mía. Mañana, a pesar de todo, será otro día...

Ahora que es de noche puedo sumergirme en aquellos recuerdos. Ya no me duelen como acero. Con el paso de los años esa punzada se convierte en la hoja perenne de la tristeza. Era el mes de julio. Mediaba el siglo. Habíamos descubierto Sanlúcar de Barrameda gracias a Charles Crusset, un viajero francés amigo de Montpensier, y decidimos que nos instalaríamos allí durante los largos y calurosos veranos que padece esta zona de Andalucía. La nobleza y la burguesía que podía permitírselo nos siguieron, y desde entonces Sanlúcar se convirtió en el lugar predilecto para los sevillanos pudientes que podían abandonar durante esos meses la ciudad. A Montpensier, tan inquieto, le encantaban las excursiones. Quería conocer todo lo que había en los alrededores de los lugares que frecuentaba.

La mañana era limpia y el mar batía suavemente en la orilla. Arena fina. A medida que el ligero coche descubierto avanzaba, se iba acercando la silueta humilde de Chipiona. Montpensier ya había indagado para averiguar que el nombre se lo debía a su fundador, Escipión el Africano. El mismo que fundó la ciudad romana de Itálica. Eso despertaba su curiosidad. Todo lo que se refería al norte de África lo relacionaba con su juventud. Latour, que lo acompañó durante aquellos años de guerras y expediciones, venía con nosotros.

Al llegar a Chipiona descubrimos una vieja capilla elevada sobre el azul incandescente del mar. Entramos. Una Virgen negra llamó la atención de Montpensier. Nos recibió un monje agustino. Se había quedado allí tras la desamortización del cercano convento, que yacía abandonado. Latour, tan francés y tan ilustrado como era, se indignó. No comprendía cómo el Gobierno había vendido los suelos donde brotaba la espiritualidad de un país para que unos cuantos se hicieran más ricos de lo que eran. Y para que los gobernantes pudieran pagar los errores de su gestión con el dinero fresco que le entró, en una proporción muy inferior a la que se pensaba, en las arcas insaciables del Estado.

Al lado de la capilla había un pozo y una higuera. El fraile, que se había quedado allí tras la marcha forzada de la orden de los agustinos, nos relató varios milagros y leyendas relacionados con la higuera y con el pozo. Me impresionó especialmente la que protagonizaba una madre joven. Su hijo, que estaba allí junto a ella, desapareció de pronto. La mujer dio la voz de alarma. Todos los que estaban por allí se pusieron a buscar a la criatura. Todos menos ella, que permaneció en aquel lugar. Un miedo ancestral recorrió su médula. El chiquillo habría caído al pozo. Se encomendó a la Virgen de Regla, que permanecía en la capilla. El convento estaba en su esplendor. Desde entonces han pasado tres siglos y unas cuantas desamortizaciones. Cuando más desesperada se encontraba, la mujer se atrevió a acercarse al pozo. Llamaba a su niño con el silencio de sus entrañas. De pronto las aguas del pozo ascendieron, y el niño apareció, sonriente, en el brocal. Flotaba sobre aquel líquido frío y transparente. Le contó a su madre que había estado jugando con un niño que era como él. Y que una señora con la piel muy oscura estaba al lado de ambos.

Un escalofrío me recorrió por dentro. El mismo que siento ahora. Montpensier y yo decidimos que nos pondríamos al frente de una colecta para restaurar aquel lugar sagrado. Y así lo hicimos. Recuerdo la tarde en que tres obispos bendijeron la restauración de la capilla. Los pescadores pugnaban por llevar a la Virgen sobre sus hombros para sacarla del remozado templo y situarla frente al mar. Así protegería a todos los que surcaban el océano. La mano del obispo bendiciendo el mar no se me olvidará nunca. El sol caía y se hundía en las aguas mansas, dulces y saladas al mismo tiempo. Todo era perfecto y yo me sentía al borde de ese brocal sin pozo que es la eternidad.

Cuando nació nuestra cuarta hija le pusimos el nombre de aquella Virgen. Era una delicia de niña. Un encanto. Una de las grandes alegrías de aquel palacio donde reinaba la felicidad. Habían pasado diez años justos de nuestra primera visita al santuario de Regla. Nadie podría haber imaginado que aquella iglesia reluciría tanto. Aquel verano de 1861 dejamos a los niños en Sanlúcar y nos fuimos tu padre y yo a Inglaterra para visitar a la reina María Amalia. Tu abuelo, Luis Felipe, murió al poco tiempo de la revolución, creo que al cabo de unos dos años. La

abdicación y la huida fueron algo más que una derrota política. Aquello lo hundió definitivamente. Un rey sin corona es tan inútil como una corona sin rey.

A Montpensier le gustaba visitar a su madre en verano. Yo lo acompañé como era costumbre. Cuando nos dieron la noticia no quise creerlo. Grité en silencio. Como aquella madre que estaba al lado del pozo. Me encomendé a la Virgen que llevaba el mismo nombre que nuestra hija. Imaginaba que las aguas del pozo volvían a subir, y que Regla flotaba en ellas, con esa sonrisa que sigue grabada en mi alma. No había cumplido aún los seis años. Aquel 25 de julio no celebraron en Sanlúcar la festividad de Santiago. Todos lloraban.

La comitiva salió de Sanlúcar cuando empezó el ancho atardecer de julio. Siguieron la línea de la playa. El mar fue acunando a mi pequeña Regla. El rumor de las olas que ya no podía ver, con las que ya no podía jugar, fue su última canción de cuna. Las autoridades caminaban en un silencio infinito. Al fondo, Doñana era una rosa de arena fina que se desangraba. El cielo sintió la herida malva del ocaso. Los militares que acompañaban el féretro no pudieron contener las lágrimas. Antes de que las gentes de Sanlúcar despidieran a la infantita, los vecinos de Chipiona ya la esperaban para llevarla junto a la Virgen negra. Y yo no estaba allí. Es algo que no me perdonaré nunca.

El viaje de vuelta desde Inglaterra fue un tormento, un suplicio, una tortura. Cuando al final de todas las exequias me quedé sola en San Telmo, no lo dudé. Me fui a la capilla. Ordené que no entrara nadie. Creían que iba a rezar. No fue así. Iba a desahogarme. Me enfrenté con el Cristo que aparecía en aquel lienzo. Cristo bendiciendo a los niños. Fue uno de los motivos por los que animé a Montpensier a comprar San Telmo. Aquel Cristo protegería a nuestros hijos.

Su Madre, cuyo nombre llevaba nuestra hija, nos agradeció lo que hicimos por su ruinoso santuario permitiendo que la muerte de Regla me provocara el peor dolor que había sufrido en mi vida. Me rebelé, aunque nadie lo notara. Aparenté una resignación que ha quedado en las crónicas y en los libros de historia. La fiel, la católica, la resignada, la beata María Luisa Fernanda... Pues no fue así.

Nadie lo sabe. Ni mi hija Isabel, que tenía trece años y lloró amargamente la muerte de su hermanita Regla. Por eso le he dicho que se vaya y que me deje a solas. No quiero dormir. Me quedan siglos para dormir todo lo que me plazca. Ahora quiero estar despierta. Y evocar el nombre y la sonrisa de Regla, que no está en aquella tierna escultura que sacaron del mármol, sino en mi pecho. Como los otros. Todos están aquí. En este maldito palacio de San Telmo...

CAPÍTULO 11
ESPAÑA SIN REY

1

Unos cuantos años después, cuando lo vi ante el pelotón de fusilamiento, recordé aquella tarde en que mi esposo estuvo a punto de llevarme a conocer el hielo de la derrota, de la muerte como escarnio público, del fuego abierto contra los pechos que se ofrecen indefensos a la justicia programada por el tirano. Lo vi en el cuadro de Manet. Yo estaba en París. Y sentí el escalofrío de esos disparos, de ese fuego que podría haber abrasado mi pecho.

Cuando España participó en la invasión de México —Prim también estuvo allí, como no podía ser menos en alguien con ese afán de protagonismo— se abrió una puerta, más bien un postigo a la esperanza de conseguir esa Corona por la que suspiraba a cada momento Montpensier. Era una obsesión que iba más allá del proyecto vital. Era una lluvia continua que no cesaba de empapar sus aspiraciones a convertirse en rey de algo, aunque ese algo estuviera al otro lado del mar. Confieso que me sentí tentada, que llegué a soñar con ser la emperatriz de México.

¿Quién mejor que yo? Una infanta de España, la antigua metrópoli. Alguien que hablaba el mismo idioma, que le rezaba al mismo Dios y obedecía fielmente al papa Pío IX que había condenado al Gobierno republicano de Juárez. A mi hermana la medio condenó. Más bien la salvó con esa definición en dos palabras, tan propia de alguien extremadamente inteligente que puede reunir todo en una antítesis. Para el papa Pío IX, Isabel era puta pero piadosa. Yo era lo segundo, y jamás fui lo primero, de lo cual no me arrepiento.

Ese arrepentimiento me llega, en oleadas, cuando pienso en México. Aquel virreinato bajo el reinado de mi padre se independizaría de España y al final se convertiría en un imperio con su corte y con sus ingresos económicos para la familia reinante, algo que seducía a Montpensier y que también me seducía a mí. En ese caso ya no dependeríamos de la generosidad del emperador Napoleón III a la hora de que nos restituyeran las propiedades de los Orleans, ni del estado de la Hacienda española para hacer frente a mi dote y a mi herencia. Seríamos ricos, emperadores, dueños del gran país que nos esperaba en Ultramar.

Al final, Napoleón III nos salvó la vida al elegir para ese puesto al hijo del archiduque de Austria. Maximiliano llegó a México y sus sienes sintieron el dulce peso de la Corona que Montpensier ansiaba para mí y para él. Pero ahí terminó todo. Cuando el hijo del archiduque pisó tierra mexicana, aquellos criollos y aquellos indígenas, teóricos descendientes de los míticos y sanguinarios aztecas, no se sometieron a ese Gobierno que ahora, al cabo de los años, me parece

hasta ridículo. ¿Qué pintaba un austríaco rigiendo los destinos de aquellos vastos territorios que habían formado parte de nuestro Imperio español y que en esos años se entregaba a los republicanos de Juárez como si esos revolucionarios pudieran salvarlos del hambre y de la miseria que padecían?

En el cuadro, Maximiliano está impasible. El rostro descubierto. Un sombrero levemente caído hacia atrás. Manet lo vistió con una pincelada azul, oscura, simple, plana. Nada de lujos ni abalorios. Le da la mano a uno de sus colaboradores. El otro recibe el impacto y echa la cabeza hacia atrás. A la tapia se asoman curiosos, populacho ávido de justicia y de igualdad. ¡Qué palabra tan nefasta! La igualdad no existe ni existirá. Jamás. Es metafísicamente imposible, como me decía Montpensier. Pero su abuelo no lo entendió así. El abuelo de mi esposo era Felipe Igualdad. Era masón. De mi marido decían lo mismo. Como no practicaba ni se ponía el mandil, lo incluyeron entre los durmientes. Habladurías. Felipe Igualdad era anglófilo. Otro pecado más. Pero lo peor no fue eso. Lo peor fue el voto que emitió cuando los revolucionarios perpetraron aquel simulacro de juicio contra su primo Luis XVI. Algo tan horrible como la carta que, años después, le mandó la archiduquesa Amalia a su hijo Maximiliano cuando la rendición era el único camino para salir con vida de México. Le pedía, o más bien le ordenaba, que no abdicara, que resistiera, que su posición en Europa sería ridícula si regresara de México despojado del trono.

Maximiliano ya había emprendido la huida, pero aquella carta de su madre lo obligó a regresar a la ciudad de México. Su historia, su triste y desgraciada historia, terminó ante el pelotón de fusilamiento que segó su vida. Juárez fue implacable. Con nosotros habría sido más cruel todavía. De nada le sirvieron los ruegos para que conmutara la pena de muerte. Abogó por el cumplimiento de la justicia, como si esa gentuza supiera distinguir entre lo justo y lo injusto. Cuando vi el cuadro de Manet en París, al cabo de los años, sentí una punzada en el pecho, un ahogo que me provocó esa angustia que se siente cuando imaginamos lo que podría habernos sucedido si hubiéramos tomado una decisión equivocada.

Ahora me planteo el dilema que siempre se suscita en estos casos. ¿Dónde estaba la maldición que nos perseguía? ¿Acaso la maldición consistía en alargarnos la vida para que sufriéramos más? Si nos hubiéramos ido a México y nos hubieran fusilado nos habríamos ahorrado las desgracias que estaban por venir. Entonces no me di cuenta. Ahora, cuando todo empieza a apagarse, lo veo con una nitidez que me duele por dentro. Entonces sólo sentía angustia. Montpensier se limitó a comparar el cuadro de Manet con los fusilamientos de Goya. Su afición y su devoción por la pintura le sirvieron para escurrir el bulto y para no hablar de lo sustancial.

A Montpensier le gustaba hablar de pintura, pero no le apetecía recordar la historia de su abuelo, Felipe Igualdad. Su padre había sido el rey de los franceses. El rey burgués que vestía como un burgués y que se peinaba como un burgués. Su peluquero le teñía el pelo y le realizaba el tupé. Un rey burgués... Valiente contradicción. O se es lo uno, o lo otro. La burguesía nos mira a los nobles para seguir nuestro ejemplo. Si nos rebajamos a su condición, flaco favor les hacemos. En lugar de mostrarles el camino, lo cegamos. El burgués necesita al aristócrata. Es ley de vida. Pero Felipe Igualdad lo olvidó. Y propuso que se reunieran los tres estados. Como si la plebe pudiera votar con la misma legitimidad que el noble. Felipe Igualdad era un Orleans. Había que votar. La vida del rey Luis XVI estaba en juego. Eran primos. El Orleans apoyó, con su voto, la

condena a muerte del Borbón. Pero eso no fue lo peor. La Comuna le había dado el nombre de Igualdad. Y él lo había recibido, tan ufano. Cuando el noble se somete al pueblo, malo. No lo digo yo. Lo dice la historia.

Y la misma historia nos muestra cómo Napoleón III dejó tirado a Maximiliano en México después de haberlo aupado al trono. Si hizo eso con un austriaco, ¿qué habría hecho con nosotros, que éramos sus enemigos? ¿Cómo habría traicionado, desde sus cómodos y lujosos apartamentos en el ala del Louvre que da a la rue de Rivoli, al odiado Orleans y a su esposa, la Borbón española que habría pagado por las barbaridades que hicieron sus antepasados? Sin saberlo ni quererlo, Napoleón III nos salvó la vida. Pero algo se quedaba para siempre en mi interior. Ese imán que llamaba continuamente al hierro fiero de la maldición. Ese metal oxidado por el tiempo que es la ambición de poder. Confieso que quise ser la emperatriz de México. Y que no lo pagué ante ningún pelotón de fusilamiento, sino ante algo mucho más doloroso que me iría persiguiendo a lo largo de mi vida.

Felipe Igualdad también pagó por esa ambición. Y por ser un cobarde. Votó a favor de la pena de muerte para su primo Luis XVI y para la pobre María Antonieta. Pero eso no fue lo peor. Cuando hicieron el recuento, la votación no pudo estar más equilibrada. Serían ejecutados por un voto de diferencia. El voto de Felipe Igualdad, que inclinó la balanza hacia el platillo macabro de la doble calavera. No tardó en recibir el premio que le otorgarían los revolucionarios. El pueblo fue justo y agradecido con él. A los nueve meses, el tiempo que se tarda en gestar un hijo, un tribunal revolucionario lo encarceló. No había cometido ningún delito, pero su primogénito había conspirado contra la República. A Luis Felipe no pudieron cogerlo porque se marchó al exilio. Felipe Igualdad se quedó en Francia, como Maximiliano se quedaría en México muchos años más tarde. A Felipe Igualdad no lo fusilaron. Hicieron con él lo mismo que él hizo con su primo y con María Antonieta. Lo mandaron directamente a la guillotina.

Muchos años después, los líderes del populacho le echarían en cara a Montpensier lo que hizo su abuelo. Como si alguien pudiera ser responsable de los pecados o de los delitos que cometieron sus antepasados. Así pensaban y así actuaban los cabecillas de la plebe, los que no llegarán jamás a la altura de la aristocracia. Viven de la infamia y se alimentan con la podredumbre del rencor. Eran los mismos que criticaron con maldad mi viaje a Madrid. Yo tenía que decírselo a mi hermana. La Reina tenía que saberlo, aunque lo tuviera delante de sus ojos: España naufragaba y ella estaba hundiéndose en aquel barco sin gobierno. Las conspiraciones se sucedían, y nosotros no éramos los únicos. Todo el país conspiraba. Los unos y los otros. Todos querían el poder.

Antes de emprender aquel viaje le escribí un carta a Isabel. Estábamos en Sanlúcar, pasando aquel verano en que el grito se repetía por las calles y las tabernas.

—¡La Gorda! ¡Ya va a llegar la Gorda!

No me estoy refiriendo a aquel grito tan castizo que ponía de los nervios a Latour y que le encantaba escuchar a mi hermana cuando algún majo lo soltaba a su paso: «¡Vivan los toreros valientes y las mujeres gordas!». La Gorda era la revolución que se cocía a un fuego cada vez más intenso en las sentinas de ese navío zarandeado por los vientos del mal gobierno y podrido por la corrupción que se había instalado en lo más alto de sus instancias. Me vi en la obligación de

escribir esa carta. Montpensier y yo le pedimos consejo a nuestro secretario, a nuestro asesor. Isidoro de las Cagigas era un servidor extraordinario, un administrador honrado. Pulcro y discreto. Había estado en Madrid, se había empapado de aquel ambiente revolucionario. El trono se desmoronaba. La insurrección de los sargentos del cuartel de San Gil degeneró en un baño de sangre. El Parlamento le otorgó poderes excepcionales a O'Donnell, que aplastó la revuelta junto a Narváez.

—Han herido a Narváez de bala en la refriega, seguro que eso lo elevará más todavía. — Montpensier medita mientras el sol se detiene ante el horizonte, naranja y arena, de Doñana.

O'Donnell quería nombrar senadores para afianzarse, pero mi hermana le negó la petición porque estábamos en vísperas electorales y no era plan de saltarse la voluntad del electorado.

—Una forma como otra cualquiera de desautorizarlo, tu hermana está suicidándose lentamente. —Montpensier moja sus labios con una copa de manzanilla refrescada.

Entonces O'Donnell no tuvo más remedio que dimitir. Al frente del Gobierno se ponía, otra vez, el sempiterno Narváez. Regresaba al cargo el Espadón de Loja. Más represión para contener lo incontenible.

—Tienes que escribirle a tu hermana, España va al abismo y ella no se da cuenta. — Montpensier busca la Osa Mayor en el cielo limpio que se refleja en la desembocadura del Guadalquivir.

Antes de escribirle a mi hermana consultamos con nuestro secretario. Caminábamos con pies de plomo. Cagigas estaba en San Telmo. Un vapor hacía diariamente el recorrido entre San Telmo y Sanlúcar, y viceversa, para llevar y traer las cartas. La comunicación era cuestión de vida o muerte, y aún no llegaba el telégrafo al pueblo donde éramos verdaderamente felices.

—Admitiendo que tiene que escribir, ¿la princesa debe hacerlo en forma de carta? Por ejemplo: mi muy querida hermana... ¿O es mejor que lo haga en forma de exposición? Vuestra Majestad, su muy respetuosa..., que es la manera que yo he adoptado en el borrador que le adjunto. ¿Debo yo abstenerme por completo o debo acompañar la carta o exposición de la princesa (que debe estar siempre acompañada de una carta particular) y escribir una carta a la reina en el mismo sentido? —Montpensier no quiere improvisar lo más mínimo, ni dejar ningún detalle al albur de una elección personal.

Yo me senté en mi escritorio. Una leve brisa acariciaba mi mano mientras escribía para pedir consejo sobre cómo debía escribir. Redundancias inútiles, como se vería con el paso del tiempo.

—Aunque mi marido te escribe largamente, no quiero dejar de ponerte estos renglones para pedirte que nos digas francamente tu opinión sobre lo que te parece que yo debo hacer. Tú que has estado en Madrid puedes juzgar mejor que yo el efecto que producirá mi carta. Primero deseo saber si tú crees que debo escribir a mi hermana y en qué forma debo hacerlo; luego, si mi carta particular o exposición oficial no traerá consecuencias. Sobre todo, en nada quiero contribuir a hacer daño a mi hermana, ni directa ni indirectamente, y luego, si envío esa carta, no hay que hacerse ilusiones, no gustará y puede acarrearlos muchos disgustos y es menester estar decidido a sufrir lo que nos venga encima. Por mi parte, sabes que me cuesta tomar una resolución, pero una vez tomada no titubeo y sigo adelante.

Le escribí a Cagigas con esa mezcla de dudas y de contundencia que me persigue desde que

dejé de ser una niña, o incluso cuando lo era. Sin necesidad de llamar a arquitectos para que lo diseñaran y construyeran, mi hermana se pasó mi carta por el arco del triunfo. No existe nadie más sordo ni más ciego que el gobernante en el umbral de su derrota. No sé muy bien si la ceguera es la causa de la pérdida del poder o la consecuencia. Da igual. En noviembre —recuerdo que fue después de que pasaran algunos días, tal vez más de una semana desde los Difuntos— cogí el tren y me presenté en Madrid. En la estación me esperaba la reina. A su lado, Paquito. Componían una pareja ridícula. Como el país que gobernaban con sus respectivas camarillas. El ambiente era frío, más propio del invierno que del otoño. En palacio se barruntaba tormenta.

Isabel cogió la palabra y no la soltó, hablaba de forma aturullada, sin detenerse en pausas propicias para la reflexión.

—No te consiento que te metas en mis asuntos, soy la reina de España por mucho que os pese a ti y al conspirador de tu marido, te agradezco que hayas hecho el esfuerzo, que hayas emprendido este viaje pese a estar embarazada, pero no puedo consentir que me digas lo que tengo o no tengo que hacer, ¿qué sabrás tú de política?, eres tan necia como cuando jugábamos con las muñecas, sólo sirves para tocar el piano y para bailar con las castañuelas, ese franchute te tiene el seso sorbido, así que no me digas lo que tengo que hacer, ¿entendido? Si he nombrado a Narváez es para asegurar el orden público, ¿o es que los conspiradores preferís que la gente se mate a tiros en medio de la calle? Los progresistas y los demócratas están conspirando contra mí, sé que van a reunirse en el exilio, mis espías me mantienen informada de todo, ¿o es que piensas que soy tan boba como tú? Y ahora ya puedes marcharte, te deseo lo mejor para tu embarazo y lo peor para el conspirador de tu marido, es un indeseable y no lo soporto...

No debí sacar a colación los nombres de sus amantes en mi respuesta acalorada y chillona. Los rayos y los truenos se sucedieron. Gritos. Insultos. Las paredes no hablan, pero escuchan. Los inevitables sirvientes y secretarios que escuchan al otro lado de las puertas nos tildaron de pescaderas, de verduleras, de corraleras. Dos vulgares manolas peleándose a gritos en el Palacio Real mientras Paquito se frotaba las manitas al enterarse de todo gracias a su camarilla. Los progresistas y los demócratas se reunieron en Ostende. Los desterrados volverían después de destronar a Isabelona, y Prim presidiría ese Gobierno, pero mi marido no estaba por la labor. Por la labor de elevar a Prim. De lo otro, de destronar a mi hermana, estaba tan seguro que empeñó lo que no había en los escritos. Ni en los ahorros.

2

Cranio sabe que la vida es un destierro. Como el que sufrieron los que querían destronar a la reina que buscaba en los militares lo que no encontraba en el rey. Al inspector le pasaba lo mismo. Buscaba en aquella casa de la Alameda lo que no podía encontrar en ningún lugar del mundo. Volvió con más ansias que nunca. Necesitaba rebajar la tensión que le habían provocado los místicos en la taberna. En su cerebro se acumulaban las frases sin rematar, las alusiones y los equívocos. No podía soportar esa arenosa sintaxis, esa resbaladiza forma de narrar lo que se quiere ocultar. Cranio era cartesiano, aunque él no lo supiera.

—La Roldanita está en su habitación, inspector, para lo que usted guste...

Subió los peldaños de dos en dos. Entró y se abalanzó sobre la muchacha, que echó mano de las artes que había aprendido en un tiempo tan corto como intenso. Sabía que para aplacarlo no había nada mejor que dejarse hacer al principio. El macho se cansaría él solito. Cuando se calmó, Cranio empezó a desvestirse. Quería desfogar. La Roldanita lo sabía y se quitó la poca ropa que llevaba. Al momento estaba en la cama, tumbada bocarriba, esperando el encuentro inevitable. Lo anilló con sus piernas y arqueó su cuerpo para recibirlo mejor. El inspector no se explicaba cómo podía mantener tan firmes esos pechos en esa posición. Los lamía mientras la envergaba con furia y estrépito. El cabecero rebotaba contra la pared. Ese sonido enloquecía aún más al policía. El aliento no le dio para más.

—Déjeme que yo me ponga encima, inspector. Déjeme usted a mí...

Aquello fue el acabose. La muchacha empezó a cabalgarlo. Su cuerpo femenino trazaba sensuales curvas en el aire. El miembro era una columna salomónica que sentía las espirales del gozo que le transmitía la amazona. Los pechos encajaban en las manos de Cranio. Los pezones se clavaban en las palmas ansiosas de poseer ese tesoro. Cuando ya no pudo más, el inspector gritó. Como si lo estuvieran matando. Como si se estuviera muriendo.

—¿Le ha gustado, inspector?

La pregunta iba más allá de la retórica. Cranio estaba ahogado en su propio placer. Vio que el mundo estaba bien hecho. Que era posible vivir, aunque la vida fuera un instante. El cuarto olía a sexo, a deseo, a perfume de mujer. Cuando recuperó el pulso y el resuello, la pregunta inevitable cayó de sus labios.

—¿Es cierto que Susillo no te tocó?

—Tan cierto como la luz del día.

—¿Por qué, Roldanita? ¿Por qué no te tocó?

—Porque no le gustaba.

—¿Porque no le gustabas tú?

—No. Porque eso no le gustaba, inspector.

3

En cuanto al embarazo, todo fue perfecto. Se nota que los viajes tormentosos le vienen bien a mis futuros hijos. Antonio nació sin problemas y ahí sigue, esperando el momento de mi muerte para coger la herencia, dándome disgustos y sin madurar, a pesar de que ya haya cumplido más de treinta años. Montpensier esperaba, ansioso, las noticias de la reunión con mi hermana. Cuando se lo conté todo, se atusó los bigotes. Muy serio. Pero esa historia enlaza con el señuelo del trono mexicano. Era la historia de la ambición y de la maldición que nos perseguía sin que entonces lo supiéramos.

Una maldición que seguía presente en el interior de este palacio donde voy a morir. Me queda muy poco tiempo de vida. Lo intuyo. Lo sé. Como también le quedaba poco tiempo al reinado de mi hermana Isabel cuando entró en este mismo palacio el emisario de la ambición. No fuimos nosotros a buscarla. Fue la ambición la que entró aquí. Fue después de mi viaje a Madrid para hablar con mi hermana.

—Alteza, los generales Dulce y Serrano me envían con el propósito de trasladarle sus propósitos y de preguntarle, respetuosamente, cuál sería su disposición cuando llegara el caso que desgraciadamente ha de venir. —Era por estas fechas de enero pero en 1868, el año de la Revolución empezó con frío en los patios de Sevilla y con el calor del ambiente político que hervía en Madrid.

—Puede usted hablar con toda franqueza, soy todo oídos y mi discreción será absoluta. —Montpensier se atusa los bigotes, como suele hacer cuando ocurre algo importante que le despierta sus ansias de poder, invita al visitante a sentarse en un sillón del gabinete amarillo, ordena a su mayordomo que no lo molesten ni interrumpan por nada del mundo.

—Lejos de mí la posibilidad de ofender a Vuestra Alteza y la infanta con el planteamiento de una conspiración encaminada a derribar el trono que actualmente ocupa Su Majestad la Reina, pero... —El general Fernández de Córdoba, duque de Mendigorría, deja que los puntos suspensivos terminen de atirantar el aire amarillento del gabinete.

—¡Déjese de fórmulas exquisitas, general! No estamos aquí para cumplir con ningún protocolo. Vayamos al grano de una vez. —Montpensier se impacienta, escucha atento, tenso, expectante.

—Entonces iremos al grano... —El general que enviaron los generales de la Unión Liberal se

explaya a gusto y lo suelta todo ante la implacable mirada de Montpensier, que toma mentalmente nota del plan urdido.

—Creo que lo más oportuno es que mañana nos reunamos con la infanta. Mi esposa debe conocer lo que usted me ha planteado de primera mano. Excuso decirle que usted no va a comunicarle a ella lo que me ha dicho a mí, sino lo que ella y todo el mundo debe saber. —A Montpensier le brillan los ojos, le encantan esos dobles lenguajes, esas fórmulas duplicadas de enfrentarse a la realidad.

Al día siguiente volvió a aparecer por este palacio maldito el emisario de Dulce y Serrano. En realidad era el enviado de Serrano, el militar bonito, como lo llamaba mi hermana. Varonil y elegante, atractivo y atildado en el vestir, Serrano fue capaz de seducirla, aunque tampoco hacía falta mucho esfuerzo para llevarse a mi hermana al huerto. O al Campo del Moro que está junto al Palacio Real. Serrano se había hecho con las riendas de la Unión Liberal tras la muerte de O'Donnell. Esa vía intermedia que llegó a conciliar las aspiraciones de moderados y progresistas ya no servía como vía de escape para la reina. Ahora la Unión Liberal no quería apuntalar el trono de Isabel. Su propósito era otro, bien distinto.

—Alteza, es un honor para mí poder reunirme con la infanta de España y con su esposo, el señor duque de Montpensier, en este lugar singular y único como es el palacio de San Telmo...

—Abrevie, general. Mi marido ya conoce el plan de primera mano, aunque usted sea en realidad el emisario y no la fuente original del proyecto que lidera Serrano. Ahora soy yo quien quiero saber lo que se está tramando. Y sin rodeos. Se lo ruego.

—Entiendo perfectamente lo que quiere decirme, Alteza. Seré franco. Y explícito. De Sus Altezas es conocida la dramática situación por la que atraviesa el reino. España navega a la deriva, y no aparece por ningún lado san Telmo, protector de navegantes, para enderezarle el rumbo. Tal vez el santo esté echando mano de nosotros para ello, quién sabe...

—Al grano, general —se lo dije clavándole mis ojos negros en su mirada untuosa y resbaladiza.

—Entiendo, Alteza. Seré directo, pues. No estamos promoviendo ningún movimiento entre los generales, ni ganándonos coroneles ni sargentos para la causa, ni provocando actos de indisciplina en el pueblo llano. En resumen: no estamos tramando ninguna conspiración. —No pude soportar la risa, que retumbó en los tibores y en las cretonas, en los cuadros de costumbres y en las cortinas echadas del gabinete amarillo.

—Perdone, general, soy así de... castiza de vez en cuando, no se preocupe y prosiga.

—Así lo haré. No estamos perpetrando ninguna conspiración. Pero los dirigentes de la Unión Liberal, partido de gobierno que ha hecho posible el progreso de España y la tranquilidad y el funcionamiento de las instituciones cuando ha estado en el poder, no podemos permitirnos el lujo de permanecer callados e inmóviles ante la posibilidad de un vacío en el trono. Con el secretismo propio de esta reunión debo decirles, porque en caso contrario mentiría, que la reina tiene los días contados en el trono. Y que en la Unión Liberal hemos trazado un plan para sustituirla cuando los acontecimientos se desaten y llegue ese momento. —El general sonreía y se mostraba nervioso al mismo tiempo, tenía que medir sus palabras, incluso la sintaxis, para no cometer ningún error.

—Me parece razonable lo que dice. Prosiga. —Yo me hacía la nueva, que era de lo que se

trataba.

—Estamos firmemente convencidos de que la persona idónea para ceñir la corona de España es Su Alteza. Como infanta, como legítima heredera al trono al ser hija del rey Fernando, y como dama y señora que no ha dado escándalo público jamás. Madre sufrida y admirable. Y esposa fiel. —Lo último lo dejó caer sin señalar a mi hermana, pero diciéndolo todo con su silencio calculado.

—Comprendido. Ahora dígame qué tengo que hacer yo. —La ambición empezó a morder mi pecho por dentro, la respiración se agitó sin que yo pudiera controlarla, era inevitable.

—Nada. Su Alteza no tiene que hacer nada. Ahí está la clave. Si Su Alteza hiciera el más mínimo movimiento, todo se vendría abajo como un castillo de naipes. Se trata justamente de no mover un dedo. Nosotros tampoco haremos nada, como Su Alteza podrá comprender... Pero la caída es inminente. Sólo actuaremos, con determinación y rapidez, cuando se produzca el vacío en el trono. Entonces propondremos a Su Alteza, que aparecerá como una candidata sin mancha, como alguien que no se ha movido en absoluto para llegar al lugar que estaba destinado para ella. Exenta de la más mínima culpa. Sin tacha alguna. Nadie podrá demostrar que Su Alteza cambió su conducta durante los días previos a la revolución. El pueblo lo entenderá así, y apoyará a su nueva reina. Una reina que llegará al trono para sacrificarse por la dinastía y por España —concluyó el emisario de Serrano, el general que no estaba conspirando para derribar a mi hermana.

Tuve que aguantarme otra vez la risa, algo que fue posible gracias al cosquilleo que sentía por dentro, un cosquilleo que no era ni más ni menos que el placer presentido que provoca ese animal interior que recorre las vísceras y que se llama ambición.

El general Fernández de Córdoba salió satisfecho de palacio. Le llevaría a Serrano nuestra disposición para ocupar el trono en el caso de que quedara vacante. Yo sería la reina de España. Ya no valían los desprecios de la niña Isabel a su hermana menor cuando jugábamos en las horas muertas del Palacio Real. Ya no sería yo la segundona, la condenada a vivir en la sombra, la que no fue agraciada por ese título que depende del orden a la hora de nacer. Con el apoyo incondicional de mi esposo podría sacar adelante nuestra nación. Aquella noche apenas pude conciliar el sueño. Para colmo, Montpensier estaba inspirado. El poder lo excitaba. Se comportó como aquella lejana noche de bodas, cuando mi sirvienta salió de las cortinas.

Ahora estábamos solos en el dormitorio. Ya teníamos otra edad, algo que nadie diría si viera cómo se encendía el duque. Tras el nacimiento de Luis María, el pobre niño que no podía escuchar el menor ruido porque caía en un mar de convulsiones, ya no volví a quedarme embarazada. Aquella noche pudo haber ocurrido, pero no fue así. Fuera hacía frío. El frío húmedo que cala los huesos en Sevilla. Dentro del dormitorio hervían las sábanas, como si estuviéramos en un café de Madrid, en una tertulia política, en una sala de banderas atestada de generales y coroneles hambrientos de revolución. España hervía. Y mi esposo no iba a ser menos. Cuando pude dormirme estaba ya amaneciendo. Amanecía sobre el palacio maldito y sobre aquella España que había entrado, por obra y desgracia de mi hermana Isabel, en el túnel sin salida que nos llevaría inevitablemente a la rendición. A mi lado, Montpensier roncaba satisfecho.

—¡La Gorda, ya mismo va a estar aquí la Gorda!

La memoria confunde fechas y sitúa en el mismo plano los acontecimientos. El tiempo es

insobornable, nunca deja de fluir, el hombre más poderoso es incapaz de detenerlo, y menos aún de darle la vuelta para que corra hacia atrás. Pero al recordar los hechos el río de la memoria se remonta, se bifurca. Todo se mezcla. La visita a los sagrarios en la tarde del Jueves Santo. Sevilla resplandecía mientras los unionistas Dulce y Serrano conspiran en Madrid con los progresistas Olózaga, el inevitable Olózaga, y Muñiz.

Recuerdo aquella tarde de Jueves Santo de 1868, el olor del incienso en las calles, la luz cayendo de un cielo immaculado, el leve crepitar de la cera, el olor envolvente del azahar. Fuimos a la iglesia de San Miguel para contemplar la salida de una cofradía muy nuestra. Somos hermanos de Pasión. La imagen que el mismo Martínez Montañés atribuía a Dios, pues no era obra suya sino del Creador, salió por última vez de aquel templo. En cuanto llegó la revolución que se anunciaba en los zaguanes y las tertulias, aquella iglesia imponente, situada junto a la plaza que la ciudad le dedicó a Espartero como Duque de la Victoria, cayó víctima de la intolerancia revolucionaria. Eran unos ignorantes, por mucho que los subvencionara mi esposo con el dinero que hiciera falta. De allí se trasladó la cofradía a la colegial del Divino Salvador. Nosotros pagamos las vidrieras de ese templo catedralicio y barroco. El color de esos cristales le arranca esquivras de luz a la piedra. La vivifica. Allí está ahora ese Nazareno de la Pasión que me acompaña con su dulzura en el camino que me llevará hasta el umbral donde me espera el Altísimo.

Recuerdo ahora, no sé por qué, una soleá que le escuché a un gitano viejo de Triana. «La muerte no es el final, ni tampoco es el principio de lo que viene detrás». Tenía y sigue teniendo razón aquel herrero de Triana. Ahora lo veo claro. La muerte es un mero tránsito. Como la revolución. Un tránsito hacia ninguna parte fue aquel cambio que fracturó España. Un cambio anunciado por los gritos de la plebe. El grito del populacho, los blusones, las faldas raídas de volantes, el hambre dibujada en el rostro, las gotas venenosas del rencor en cada sílaba del grito repetido por las calles de Sevilla.

—¡La Gorda, ya está aquí la Gorda!

Yo no estaba en la ciudad cuando estalló la revolución, pero me lo contaron de tal manera que puedo ver al chulo gritando a la puerta de una tienda de lujo, «Proveedores de Sus Serenísimas Altezas Reales», para meterle el miedo en el cuerpo al burgués que la regenta. La Gorda no era la Chata. Así llamaban a mi sobrina Isabel, la primogénita de mi hermana. La Chata era castiza, carne de romance y de copla popular. Madrileña hasta el tuétano de su casticismo, Isabel se casó sin amor. Su marido era un príncipe italiano que sufría convulsiones cuando menos se lo esperaba. Ni él mismo era consciente de la enfermedad que padecía.

El país estaba igual. Convulso. Ignorante de sus males. Boda triste. No tuvieron hijos y él murió joven. Mi sobrina se quedó para vestir santos y alabar toreros. Aquella boda fue el reflejo de la España oficial. Nos invitaron con tanto retraso que estuvimos a punto de no asistir a la ceremonia. Mi relación con la reina se había roto. Aquel día se oyó uno de esos crujidos que rompen en dos la historia y la Historia. La reina y la infanta habían roto sus vínculos. Y en la calle pasaría algo similar cuando la reina y el pueblo se divorciaron.

—¡La Gorda, que viene la Gorda!

La Gorda tampoco era la Isabelona, como la llamaban sus enemigos, y eso que mi hermana se había puesto de buen ver con el paso del tiempo. Regordeta para su estatura, la reina no lucía la

esbeltez del talle. El cisne no era el animal en el que se pensaba al contemplar su cuello achaparrado. Yo había cumplido con mi obligación y se lo había dicho. Lo de la situación política, no lo de su gordura. El país no podía seguir así. Su reinado estaba dando las boqueadas, pero ella sólo se fiaba de su camarilla. Narváez fue su última apuesta. El reino se asentaba sobre la fuerza del Espadón, pero el tiempo no pasa en balde para nadie.

—¡Esto se acabó!

Fue la frase que dijo Narváez cuando murió. La enfermedad lo destruyó por dentro y mi hermana se quedó sin el hombre de confianza que reprimiera las revueltas y pusiera orden. La frase no es digna de un poeta ni de un mandatario con ínfulas de filósofo. Tan vulgar como la mujer que lo escogió varias veces para el cargo. «¡Esto se acabó!». Esto no era solamente la vida de Narváez, que expiró antes de que hiciera lo propio el reinado de Isabel II. Narváez despreciaba a mi esposo hasta el punto de divulgar lo que pensaba de él sin morderse la lengua. Le faltaba poco para morir, pero el veneno de su lengua seguía destilando odio hacia el duque.

—Montpensier es cobarde como una liebre, y aunque sea lo suficientemente estúpido para imaginarse que podría reemplazar a la reina, es poco probable que se atreva a arriesgar en ese juego ni su persona ni su bolsa.

Así estaba España. Bajo el mando de un general que desconocía los tejemanejes de alguien tan peligroso para la reina. Montpensier soltó el dinero preciso para que Prim pudiera llegar a España desde el exilio. Así comenzaría la Gorda. ¿O es que Narváez pensaba que éramos tontos? En una cosa tenía razón. En la última frase que dijo antes de morir. Vulgar como ella sola, pero tan cierta como la luz del día. «¡Esto se acabó!». Esto era todo. Esto era la España isabelina. Montpensier y yo pasamos aquel verano convulso del 68 en Sanlúcar. Recibíamos noticias a diario. En el ambiente se palpaba que algo gordo iba a ocurrir en cualquier momento.

—¡La Gorda, ya está aquí la Gorda!

Recuerdo que Topete nos invitó a almorzar en la fragata Zaragoza, y que Montpensier la recorrió con la curiosidad propia de un militar con título de capitán general, aunque nunca lo ejerciera. Aquella fragata ya tenía marcada su destino. Nuestro dinero sirvió para financiar aquella revolución. Montpensier le pidió más de cinco millones de pesetas a un banco de Londres. Ahora no recuerdo el nombre. Pero sé que tuvo que seguir pagando la deuda una vez que pasó todo.

—¡La Gorda, la Gorda!

Era julio y hacía calor en Sanlúcar. Los niños tomaban sus baños, ajenos al estado del país. La brisa venía cargada. Mi marido y yo regresamos a Sevilla. Solos. Nuestro secretario estaba muy mal de salud. Cagigas se nos iba. Recuerdo que era muy temprano cuando el mayordomo anunció la llegada de un comisionado del general Serrano. Serían las siete de la mañana. Aquel emisario llegó a San Telmo nervioso. Excitado a pesar de la hora tan temprana. Montpensier lo recibió a solas. La conversación debía ser lo más discreta posible.

—Han detenido a los conjurados. La revolución es inminente. El general Serrano, que también ha sido detenido, me manda para que os lo comunique. Su Alteza debe saber que la mecha está encendida...

Sólo había que esperar. La dinamita política y social estallaría de un momento a otro. El

emisario se marchó. Montpensier me buscó. Yo estaba tomando un baño para refrescarme del calor nocturno. Sevilla ardía en aquel mes de julio abrasador. Me vestí rápidamente. No había tiempo que perder. Montpensier y yo pasamos la mañana rompiendo papeles comprometedores. Al mediodía llegó el capitán general Lassala. En su mano, un sobre lacrado. Montpensier lo abrió con esa parsimonia que me recordó la actitud de su padre Luis Felipe en las Tullerías, cuando redactaba su abdicación con buena letra, sin pensar en el tiempo que corría en su contra. El capitán general estaba inquieto, pálido, mucho más nervioso que mi marido. Incómodo.

—Está bien, general. Quedo enterado. Nos destierran por haber sido fieles a España y leales con la reina. Hemos hecho todo lo posible, pero nuestras advertencias han caído en saco roto. Que la historia diga lo que tenga que decir. No oponemos resistencia ni nos uniremos a los conjurados. Puede estar tranquilo, general. No alborotaremos la ciudad que tanto nos respeta y nos quiere. Saldremos hacia Sanlúcar, recogeremos a nuestros hijos y marcharemos al exilio. Todo sea por España.

—No sabéis cuánto agradezco la actitud de Vuestra Alteza —respondió el capitán general, como si estuviera asistiendo a un episodio histórico.

—Sólo le pediría una cosa, general. —Yo estaba avisada, pero tenía que fingir sorpresa y tristeza a un tiempo.

—Si está en mi mano, Alteza...

—Ya que somos prisioneros suyos, pueden retirarnos la guardia que nos protege —se lo solté como un latigazo en el rostro.

—Eso, eso... eso es imposible, Alteza —tartamudeó, ahora era consciente de lo que estaba haciendo aquel general que transmitía una orden tan traicionera como injusta.

—En ese caso le rogaré algo más personal. Antes de salir al exilio me gustaría encomendarme a la Virgen de Regla. —Lo miré a los ojos directamente, como si estuviera escribiendo mis palabras en sus retinas.

—Cuenta con ello, una petición tan piadosa sólo puede ser aceptada por este general que está a vuestra disposición para que el trámite se cumpla de la manera más cómoda posible.

—Esto no es trámite, general, esto es una tropelía. Y en cuanto a la comodidad, sepa usted que estamos dispuestos a pasar las penurias que sean necesarias, mi esposa y yo ya estamos acostumbrados. —Montpensier no podía perder su autoridad en ese momento, aunque ya no la tuviera.

—Es cierto lo que dice mi esposo. No será el primer destierro que suframos de forma injusta. Espero que sea el último. Y ahora, si le parece bien, nos gustaría preparar el viaje de forma discreta y familiar. —Me di el gusto de despedirlo, de echarlo de mi casa como si el general fuera mi hermana.

Terminamos de destruir los documentos y las cartas que pudieran comprometernos. Una vez abandonado el palacio de San Telmo, cualquiera sabe lo que podría pasar allí dentro. Todo estallaría en unas semanas. Aquella revolución aún estaba por llegar. Su desarrollo y su final eran impredecibles. España se abriría en canal. Y nadie sabe cómo se cerraría aquella herida que iba a recorrer la vieja piel de toro de arriba abajo. Nadie.

CAPÍTULO 12
CAMINO DEL EXILIO

1

Aquel viaje al destierro no lo hice sola. No me pasó lo mismo que sufrí veinte años antes, cuando tuvimos que abandonar las Tullerías corriendo. Todo era distinto. Emprendimos el viaje al exilio, a un destierro que tenía nombre propio de ciudad: Lisboa. Antonio y yo fuimos desde Sevilla a Sanlúcar para recoger a nuestros hijos. Nos faltaba, ¡ay!, la pequeña Regla. Yo la llevaba clavada, como una astilla niña, en el corazón. Los más pequeños no embarcaron rumbo a Lisboa. Antonio y Luis María, mi pobre Luisito, viajarían en tren. Embarcamos con las mayores, como llamábamos a Isabel, Amalia y Cristina, y con Fernando y Mercedes. Felipe, aquel niño que nació enfermo y que no llegó a cumplir los dos añitos de edad, también me faltaba. Regla y Felipe iban de mi mano. Cada uno en una mano. Los llevaba como el mar lleva a sus olas. No podía despegarme de ellos por más que la muerte los hubiera alejado de mí.

El viaje fue cómodo. Nada que ver con aquella terrible noche de Abbeville. Los niños jugaban en el barco. Montpensier miraba el horizonte y hacía planes para el momento que se acercaba. Al atracar en Lisboa nos sorprendimos. Mi esposo bajó del barco. Nadie lo esperaba. No hubo recibimiento alguno. Como si fuéramos unos pasajeros anónimos. Como si yo no fuera la infanta de España. Montpensier regresó con un humor de perros. Cuando le tocaban su orgullo se ponía insoportable.

—Otra vez el maldito Napoleón III, ya no sabe lo que hacer para perseguirme, vive en un continuo complot contra mí, odia a los Orleans y yo soy su chivo expiatorio favorito.

No estábamos autorizados a bajar del barco. Podíamos dificultar las negociaciones: no nos querían en Portugal. Sólo bajaba Montpensier para negociar con don Fernando, el rey viudo, que pasaba el verano en Sintra. No podía hacer nada, y nos mandó a su hijo, el rey Luis I.

—Voy a hablarle con franqueza. Las presiones de los gobiernos de España y de Francia son tremendas. No se lo puede usted imaginar. Mi consejo es que intente establecerse en Inglaterra. Si no es posible allí, haga la prueba en Génova o en Madeira. Mis gestiones me confirman que en esos lugares podrá vivir tranquilamente.

—Lo siento, pero no soy un delincuente. Mi esposa es infanta de España. No somos buhoneros trashumantes. No somos nómadas. Llevamos sangre de reyes. Nos quedaremos en Portugal. — Montpensier se puso serio ante un rey que se dejaba presionar por gobiernos extranjeros.

—Haré todo lo que esté en mi mano...

Hacía un calor espantoso. Los niños se entretenían como podían. La marquesa viuda de Cela no tenía ganas de sacar ese gracejo sevillano que tan popular la había hecho en la ciudad. No les contaba chascarrillos a sus niños. Los llamaba así. Mis niños. No cantaba, ni apuntaba un baile sentada en la silla, ni reía a carcajadas para contagiar la alegría a los demás. La vida se le iba poco a poco.

Al final, Montpensier se salió con la suya. No celebró su cumpleaños el último día de julio, pero consiguió que nos quedáramos en Lisboa. Buscó una casa amplia. En la calzada de San Amaro. Cuando por fin pudimos bajar del barco y nos dirigimos a nuestra nueva casa sentimos un alivio infinito. Pero al llegar a aquella esquina, el ánimo se cayó al suelo como un cristal que va a romperse. Aquel caserón destartado era el reverso lúgubre de San Telmo.

—No puedo más, Alteza, me marcho para siempre sin ver por última vez la luz de Sevilla...

La marquesa viuda de Cela murió agarrada a mi mano. Los niños la lloraron con esa ternura sincera que luego se va perdiendo a lo largo de la vida. Todo era triste. Todo era polvoriento y pesado como aquella casa. Estábamos fuera de nuestra ciudad. Ni jardines, ni salones. Ni los carruajes, ni las fiestas. Antes de que entrara el otoño, su tristeza ya estaba allí. Instalada en aquella casa que no era la nuestra.

—En Sevilla ya no nos conoce nadie. Nuestros amigos no han movido un dedo para defendernos. Ni uno. Nos atacan, nos envían a este destierro humillante... y ninguno alza la voz. Ni en la prensa, que tan generosamente he patrocinado hasta ahora, ni en los clubes que nos recibían hasta ayer como si fuéramos reyes o emperadores, ni en las reuniones públicas donde nos ponen a parir.

—La vida es así, Antonio, cuando nos besaban la mano yo sabía que algún día nos la morderían los mismos que se inclinaban ante nuestra presencia. Esa ciudad se nos entregó sin conocernos. Ahora, cuando los necesitamos, se esconden. No quieren recordar las obras de caridad que hemos hecho, el hambre que hemos quitado con nuestro dinero, las ayudas a las cofradías que les han servido para recuperar el esplendor del que presumían... Nada ha servido para nada.

Al menos podíamos confiar en Felipe Solís y Campuzano, el fiel coronel de infantería que ejercía como ayudante de Montpensier, que por algo era o había sido capitán general. Latour no podía ayudarnos porque el exilio le cogió en París. Pero Solís estaba con nosotros en Lisboa.

—Solís, debe usted cumplir una misión muy delicada. Mañana saldrá con destino a Madrid. Tiene que entrevistarse de forma discreta con los progresistas del Comité Revolucionario. Debe recordarles, con sumo tacto, que nos habían prometido el ascenso al trono de la infanta en cuanto estalle la revolución. Yo desde aquí nada puedo hacer.

—Antes de tomar ninguna decisión tenemos que contar con la opinión del general Prim. Con ese motivo me desplazaré a Londres. No tengo noticia de que haya abandonado el destierro, así que seguirá allí. En cuanto tenga noticias se lo comunicaré. —Muñiz, que encabezaba junto con el inevitable Olózaga la facción progresista del Comité Revolucionario, se secó las manos en una toalla limpia después de habérselas lavado como Pilato.

—La ambición del duque es desmedida, tiene prisa y no sabe lo que hacer para que reine alguien de su familia, o él o su esposa, piensan que España es suya, que les pertenece, y están muy

equivocados. Al señor Solís debe decirle la verdad. No se ande con rodeos, Muñiz. Dígale que una vez proclamada la revolución y destronada la reina Isabel, las Cortes constituyentes decidirán libremente, en nombre del país, el futuro del trono. —Prim deja que su mirada se pierda en la lejanía de una pradera que luce su verdor en pleno mes de agosto.

—Está claro que Prim sólo quiere mi dinero para que le financie la revolución. Está jugando con dos barajas. O con tres. Porque acepta las cartas que le sirve Napoleón III. El emperador de mi país... bueno, de mi antigua nación, lo tiene claro: ni yo, ni la república. Y Prim le sigue el juego para contar con su apoyo. Creo que tarde o temprano me veré obligado, por culpa de este maldito general, a hacerle un encargo mucho más delicado, Solís... —La voz de Montpensier se volvió opaca, y un escalofrío recorrió mi espalda mientras Solís asentía y callaba, su rostro cada vez más pálido.

Montpensier se gastó el dinero de su fortuna en fletar dos barcos. Uno para recoger a los generales conjurados que estaban desterrados en Canarias. El otro, para que Prim pudiera trasladarse desde Londres hasta algún puerto español.

—El general Prim ha desestimado vuestro ofrecimiento, Alteza. —Solís se puso aún más pálido, sabía que Prim no quería comprometerse con el duque, y que eso traería unas consecuencias tan fatídicas como inevitables.

—Encantado de conocerle, general Prim, aunque sea en estas circunstancias, en esta bahía de Cádiz donde proclamaremos la revolución por el bien de España. —Topete abraza a Prim, que ha conseguido viajar desde Londres en un barco de la Marina Real Inglesa, disfrazado con levita, como si fuera el lacayo de sus amigos, los condes de Bark. Por eso ocupó una cámara de segunda clase, el destino era Gibraltar, donde lo esperaba el republicano Paúl y Angulo, quien le dio el encargo de Topete con esa voz que no olvidaría Prim, y que escucharía al cabo de dos años, pero ésa es otra historia. Prim debía esperar la llegada de los conjurados de Canarias, pero no hizo caso y se presentó en Cádiz para ser, como siempre, el primero.

Era septiembre y nosotros seguíamos en Lisboa, malviviendo en aquella casona que Montpensier se encargaba de amueblar y adecantar lo mejor que podía. Los niños aprovechaban para jugar, para dejarse llevar por un tiempo que se había estancado. Montpensier y yo estábamos cada vez más nerviosos. Solís iba una y otra vez a la estación del telégrafo en busca de noticias. Yo recordaba de forma continua y obsesiva, en aquellos momentos convulsos, la conversación en San Telmo con el general Fernández de Córdoba, duque de Mendigorriá, el enviado de Serrano. Sus palabras estaban grabadas en mi memoria. Su ofrecimiento de la Corona en caso de que mi hermana fuera destronada.

—No debería haberse precipitado, general. Le di esa orden a Paúl y Angulo, pero veo que usted no la ha cumplido. —Topete se dirigía a Prim con una mezcla de osadía y respeto, la hazaña de los Castillejos marcó a los militares de su tiempo, y podía esperarse cualquier cosa de un general que encabezó la tropa, en franca desventaja, contra el enemigo moruno en un ataque que por poco le cuesta la vida y del que salió malherido.

—He hecho lo que tenía que hacer. —Prim miró a Topete con una autoridad que descentró al iniciador de la revolución.

—En estos momentos es imprescindible que alguien tome el mando para que no se produzca el

temido vacío de poder. Yo reconozco solamente la autoridad del general Serrano, que ha adquirido el compromiso de que la Corona recaiga en la duquesa de Montpensier, la infanta doña Luisa Fernanda. Las Cortes constituyentes deberán designarla para que así se cumpla ese compromiso adquirido. —Topete dejaba clara su posición, y empleaba la palabra compromiso para no hablar del dinero que financió la Gorda, como la llamaban en las calles de Sevilla.

—No me opongo a nada de lo que ha dicho usted. Pero ha de comprender que las Cortes serán las que decidan en su momento quién será la nueva reina, o el nuevo rey, de España. —Prim siempre se adelantaba a los acontecimientos, en Marruecos y en Cádiz.

Al día siguiente se proclamó la revolución. La arenga del brigadier Topete a la tropa formada en la cubierta de la fragata Zaragoza sirvió como proclamación de la revolución.

—¡Viva la reina!

—La reina, no, brigadier. ¡Viva la soberanía nacional! —corrigió el incorregible Prim.

—¡La Gorda, ya se ha formado la Gorda! ¡Viva la Gorda! —La noticia llegó a Sevilla, donde la calle Sierpes se convirtió en el eco del grito que estallaba por todos los rincones de la ciudad que nos había abandonado.

Prim tomó el mando de forma provisional. Los demás militares no habían llegado desde Canarias en el barco que les habíamos fletado nosotros. Serrano abrazó a Prim, como si no le importara que hubiera tomado el mando sin su presencia ni su consentimiento.

—Señores, insisto en mi postura. Pasaré a la historia como el marino que proclamó la Revolución en Cádiz, y quiero que se cumplan los compromisos adquiridos, por lo cual debemos proclamar reina de España a la infanta Luisa Fernanda —Topete seguía erre que erre ante las miradas frías y esquivas de los generales sublevados.

—No es hora de discutir eso, ahora se trata de vencer. —Serrano, atildado y compuesto como siempre, desvió el tiro.

¿Y mi hermana? Habían aprovechado que la reina estaba tomando los baños en Lequeitio. Había cogido un vapor con destino a San Sebastián para regresar a Madrid. Toma conciencia de la revolución cuando González Bravo le presenta su dimisión como presidente del Gobierno. En casa de González Bravo se forma la Gorda. Asaltan su vivienda. Cecilia Bhöl de Faber me lo contó al cabo de los años. Una historia que viene a demostrar la existencia de una maldición que pende sobre mi palacio en Sevilla. Las hordas asaltan la casa de González Bravo en Madrid. En la confusión se pierde el manuscrito de un poemario que le había dado un periodista, amigo suyo y de tendencia también conservadora, para que lo ayude a publicarlo. Alguien lo coge, lo destruye, lo quema en el conato de incendio que se produce. Aquel libro manuscrito desaparece. El título es muy sencillo: Rimas. Y está firmado por alguien que estudió, cuando era niño, en una escuela para mareantes que tenía su sede en nuestro sevillano palacio de San Telmo.

La reina duda en San Sebastián. Le aconsejan que vaya a Madrid para defender el trono. Se muestra conforme siempre que la acompañe Marfori, su favorito de entonces. Los consejeros más sensatos la convencen para que no haga eso: sería cavarse su propia tumba política.

—Las tropas de Serrano se dirigen a Madrid. Para contenerlas, tu hermana ha enviado a sus tropas leales al mando de Novaliches. Tengo que hacer algo. Esto no huele nada bien. La evasiva de Prim a Solís es el anuncio de lo que temo que va a pasar. —Mi esposo estaba inquieto, aislado

en Lisboa, había financiado aquella revolución que se había olvidado de nosotros nada más estallar, había enviado a su ayudante Solís en barco hasta Cádiz para que se entrevistara con los generales que estaban al mando, la evasiva de Prim empezaba a aclarar un panorama que paradójicamente se llenaba de nubarrones.

Los recuerdos se superponen. Tengo que ordenarlos. Serrano emprendió la marcha hacia Madrid. Mi hermana seguía dudando. Su camarilla de amantes, confesores y monjas con llagas siempre la trajo por la calle de en medio de la perdición. Serrano y Novaliches se encontraron en Alcolea, en la provincia de Córdoba. En aquel puente sobre el Guadalquivir se inclinó la balanza. Triunfó la revolución. Aquella batalla fue fundamental. Además, Serrano se ganó el prestigio militar que le permitiría gobernar. Mientras tanto, Montpensier seguía conmigo y con los niños en Lisboa. Esperando noticias en San Amaro.

—He llegado a pensar que debería haber acudido a Alcolea para ponerme a disposición de Serrano, o sea, para encabezar la revolución. Pero no lo veía claro. Al principio creía que iba a fracasar, que iba a quedarse en una insurrección, en una asonada más. Pero esto va en serio. Mi dinero me está costando para que empiecen a ignorarme.

Montpensier no fue a Alcolea. Sus enemigos no dejaron pasar un segundo para reprochárselo. Labraron una imagen de conspirador y de cobarde. Lo difamaron y lo calumniaron. Las injurias cayeron sobre el franchute. Tanto la prensa que no dominaba —menos mal que nuestros periódicos hacían honor a su figura— como el populacho que vive instalado en el rencor hacia el noble. Sacaron a relucir su falta de valor en la campaña de África a la que acudió con Latour cuando era un joven militar al servicio de Francia. Insistieron en aquel episodio que siempre quise olvidar, en la huida de las Tullerías, cuando me dejó sola entre la multitud que asaltaba el palacio. Montpensier no había acudido a Alcolea porque era un cobarde. La consigna de trazo grueso hizo efecto. El duque tuvo que escribir artículos para defenderse. Nuestros periódicos los publicaron. Pero sirvió de poco.

Recuerdo el momento en que me dieron la noticia. Yo estaba junto a las mayores, que jugaban con los pequeños. La algarabía infantil disimulaba la tristeza hosca de la casona de San Amaro. Reían y gritaban. Las ayas trataban de poner orden, pero aquel día los niños estaban como Madrid: revueltos. Montpensier jugaba con ellos. Siempre fue un padrazo, como su padre Luis Felipe. Nada que ver con esos aristócratas que son unos padres austeros, secos, hoscos. Solís, el solícito y fiel ayudante, pidió permiso y entró en aquel salón destartado y chillón. Llevaba un telegrama en la mano. La cara del coronel era de preocupación. No hizo falta que dijera nada. El duque y yo salimos del salón, dejando a los niños en medio de una libertad alborotada. Así estaba Sevilla.

—Alteza, acaba de llegar un telegrama. Nuestros hombres en Madrid lo han corroborado. Las fuentes son de total solvencia.

—Buena y mala noticia. Inevitable, querida Luisa Fernanda. Tu hermana estará llegando a Francia a esta hora. Ha tomado el tren hacia el exilio. El trono está vacante... —Una sonrisa triste y preocupada iluminó levemente el rostro alterado de Montpensier.

Con la Villa y Corte revuelta, con un Gobierno provisional presidido por Serrano y formado por progresistas y por los mismos unionistas que habían formulado el acuerdo con nosotros para

que yo fuera la reina, Montpensier decidió que no era el momento de quedarse quieto. Ya llevaba demasiado tiempo esperando. Se puso en marcha. Tomó el camino hacia Córdoba para dirigirse desde allí a Madrid. El Gobierno estaba al tanto de sus movimientos. Registraba sus telegramas para averiguar qué estaba perpetrando. El duque quería presentarse en Madrid como la solución. Luego supimos que Mercier, el embajador francés, informaba de todo esto a Napoleón III, que presionaba para que la Corona no cayera en nuestra familia. Sus presiones iban bien dirigidas. El emperador francés sabía quién era el hombre fuerte de aquella revolución que había sembrado el caos y el desorden en muchas ciudades. Las Juntas Revolucionarias se hicieron con el poder, y ahora tenían que cedérselo a Serrano. Los republicanos, que habían quedado fuera de aquel Gobierno revolucionario y provisional, agitaron las revueltas. España seguía hirviendo.

Montpensier no pudo pasar de Alcázar de San Juan. No llegó a Madrid. No rozó las alfombras que sostienen el poder. El Gobierno le recomendó que volviera a Lisboa. Los mismos a los que había financiado con nuestro dinero le daban la espalda. Quien dio la orden era el hombre que controlaba el ejército. El flamante ministro de la Guerra. Nació en Reus y era un general victorioso. A Montpensier se le atragantó la arrogancia del general y la pronunciación de su apellido: Prim.

A nuestros opositores les faltó tiempo para burlarse. El mismo conspirador que no tuvo agallas para presentarse en Alcolea aprovechó el desorden de Madrid para trasladarse a la capital de España con el objetivo de coronarse rey, o de entregarle la Corona a su esposa. La situación no podía ser peor. Mi hermana en París, destronada y exiliada. Yo en Lisboa, sin Corona y desterrada. Y Montpensier esperando un tren en Ciudad Real para volver a Lisboa con el rabo entre las piernas. Aquel día tal vez fuera uno de los más largos de su vida. Veinticuatro horas esperando un tren que lo devolviera, una vez más, al lugar que estaba destinado para nosotros: el exilio. Porque volver a San Telmo sería regresar, otra vez, al lugar donde la desterrada reina Isabel nos desterró.

La vuelta a San Telmo se veía cada vez más lejana. La Navidad se acercaba al sombrío caserón. Ante el futuro que se avecinaba, Montpensier ordenó que se trajeran algunos muebles y cuadros desde San Telmo. Así nos sentiríamos más abrigados en lo sentimental. Los niños festejaron la llegada de aquellos objetos que les traían a su memoria infantil el palacio de hadas en el que habían vivido hasta el exilio. Una tarde húmeda y ventosa fuimos a un mercadillo para comprar un nacimiento. Las mayores disfrutaron escogiendo las figuras y montándolas después en el salón que, con los muebles traídos desde Sevilla, era menos inhóspito. Cenamos con la añoranza de San Telmo flotando en el consomé y latiendo en el pavo con almendras, comimos turrónes y cantamos villancicos después de que el padre Domingo, nuestro capellán, celebrara la misa del gallo.

Con el año nuevo llegaron las elecciones a Cortes, o eso creo recordar. Al hacer balance del 68, el año de la Gorda, siempre se me viene a la cabeza un pensamiento: en Alcolea perdieron la batalla Isabel y Montpensier. Ninguno de los dos estuvo allí. Si mi esposo hubiese encabezado aquel ejército como capitán general que era, entonces habría entrado como vencedor en Madrid, y Prim no habría podido quitarlo como quitó al pusilánime de Serrano. Pero la Revolución no estaba asegurada, y Antonio prefirió quedarse en Lisboa. Allí sólo podía conspirar y salir al paso

de las propuestas de Prim. El general de Reus lo dejó muy claro en las Cortes. Había ganado las primeras elecciones después de la revolución. En aquellas Cortes constituyentes soltó aquella proclama que tanto daño me hace cuando la recuerdo. Afirmó solemnemente que haría todo lo posible para que los Borbones no volvieran a reinar en España. Ni Isabel, ni yo ni su hijo Alfonsito. Lo recalcó, lo repitió y lo remachó: «Jamás, jamás, jamás».

Entonces se puso a buscar un rey. Los unionistas intentaban convencerlo una y otra vez: la solución estaba en nuestra casa, o Montpensier o yo. Prim miró para Lisboa en busca del nuevo monarca. Pero no se dirigía esa mirada a nosotros, sino al rey viudo. Fernando de Coburgo. Estos Coburgo son como los sementales de las monarquías europeas, y que Dios me perdone por la comparación. A mi hermana quisieron casarla con uno. Son altos, rubios, guapos, bien plantados. Y sirven para lo que tienen que servir. Sementales refinados y exquisitos, pero sementales al fin y al cabo. A veces me sorprendo cuando pienso estas cosas. Me parezco en eso cada vez más a mi hermana. Será la vejez, que provoca la pérdida del pudor. Menos mal que mis labios están sellados. Y que ahora, en esta antesala de la muerte, todo se perdona.

El rey viudo le pidió consejo a Montpensier, a quien le había negado el permiso para desembarcar en Lisboa cuando llegamos para cumplir la pena de destierro. El duque llegó muy contento después de hablar con él a solas.

—Este rey viudo no va a meterse por medio, te lo aseguro yo, le he dicho que España es ingobernable, y que su romance con esa jovencita alemana se vería muy mal en la muy católica España. ¿Un rey extranjero y una reina que ha sido su amante? —Montpensier sonrió satisfecho.

—Por lo visto, al final os vais a llevar muy bien el rey viudo y tú.

—Sentimos algo mucho más sólido y duradero que el cariño mutuo: el desprecio. —Cuando se ponía sarcástico y volteriano era insuperable.

De pronto apareció en Lisboa un periódico destinado a dinamitar la posible ascensión del rey Fernando al trono español.

—La gente dirá que yo estoy financiando ese libelo, pero como tú comprenderás, querida mía, esas conjeturas son completamente falsas. —Cuando mentía de esa manera era adorable.

—¿Y si los casamos?

—¿Cómo has dicho, Luisa?

—Que podemos casar al rey viudo con su amante alemana. Ahora mismo podría dejarla, abandonarla como hacéis todos cuando vais a casaros con una princesa o cuando vais a ascender a un trono, ¿o ya no te acuerdas de aquella señora que te visitaba en el Palais Royal?

—Las personas decentes no tenemos memoria. Si la tuviéramos, no podríamos ser decentes.

—Puede abandonarla para irse a Madrid y que Prim lo proclame rey. Pero si se casa, la alemana sería la reina. Y eso es más difícil de asimilar por el pueblo. Podemos hablar con el nuncio para que haga las gestiones pertinentes y lo anime a contraer matrimonio. Esta relación pecaminosa es de conocimiento público y ya afecta a la monarquía portuguesa. Si se lo ordena el nuncio no podrá decirle que no.

El nuncio intervino y el rey viudo se casó. Un obstáculo menos. Prim había perdido la primera baza. El rey viudo, casado con su amante alemana, se descolgó pidiendo un dineral por el trono después de que todos lo hubieran eliminado. Además, los españoles deberían aceptar como reina

a su flamante esposa, la cantante alemana que se llamaba Elisa o algo así. No hizo daño. Hizo sencillamente el ridículo.

La segunda baza estaba en Italia. El duque de Aosta, hijo del rey Víctor Manuel, dijo que no. El país era ingobernable, saltaba a la vista, y aquel joven llamado Amadeo no quería líos. Amadeo tenía un primo estudiando en Londres. Víctor Manuel recomienda y ofrece a su sobrino Tomás de Saboya. Prim mandó un emisario. El joven era apuesto, elegante y dulce. Alumno aplicado. Su madre, una viuda joven hija del rey de Sajonia, se deja seducir por la propuesta. Para convencer a Montpensier, el astuto Prim le propone que nuestra hija Amalia se casaría con el nuevo rey. Una jugada maestra. Se asegura el control del monarca y elimina a su gran rival de la lucha por el trono. Mi esposo, que de tonto no tiene un pelo, declina el ofrecimiento. No quiere ser el padre de la reina.

Pero una noche la joven viuda, madre de Tomás de Saboya, tiene una pesadilla. Sueña, como yo he soñado muchas veces, con el fusilamiento de Maximiliano en México. La situación de España es conocida en toda Europa. Napoleón III, como siempre, echa leña al fuego y le escribe a la madre o al niño, eso ya no lo recuerdo. El caso es que los convence. Para colmo interviene el rey de Italia. Víctor Manuel pide que las Cortes le den la mayoría absoluta y que reciba el apoyo expreso de las potencias extranjeras. Alguien dijo que aquella candidatura hacía reír fuera de España, y que dentro hacía llorar. Tomás de Saboya responde negativamente.

—Prim quería un jovencito menor de edad en el trono para ser el regente durante unos años. Reconozco que mi gran enemigo es astuto y muy inteligente. Durante ese tiempo controlaría al muchacho. Cuando llegara al trono se limitaría a reinar, pero el que seguiría gobernando es Prim. —Como estratega era muy bueno, lástima que Montpensier no tragara con su propuesta.

La cosa se ponía emocionante. La revolución se había hecho al revés. En vez de buscar un rey, se derriba a la que está para encontrarse al día siguiente con el vacío. Todo muy improvisado. Muy español. El siguiente candidato fue Ole Ole. La gente lo llamaba así. Se trataba de un príncipe alemán. Otro semental. Otro Leopoldo. Como se apellidaba Hohenzollern, el pueblo le puso Ole Ole. Nunca se arrastró tanto la monarquía. Nunca estuvo más a ras de suelo. Y lo peor no fue eso. Un mote se pone y se quita, se exprime y se olvida. Lo peor fue que los franceses no querían a un alemán en el trono español.

Se enzarzaron en una discusión diplomática. Bismarck se encargó de azuzar el fuego, y manipuló un telegrama. Con lo bueno que era el invento del telégrafo, y lo que el ser humano puede llegar a hacer con estas bondades cuando la ambición le pone una venda en los ojos. Bismarck, que quería pelea, hizo creer que Guillermo I no quería recibir al embajador francés, cuando lo había hecho en dos ocasiones para recibir el mismo mensaje de Napoleón III: que los alemanes no se metieran en la cuestión sucesoria española. Se lio una gorda. Más que la Gorda del 68. Se lio la guerra franco-prusiana. Luego vino la batalla de Sedán. Quién sabe lo que sucederá el siglo que viene. Yo no estaré aquí, en este valle de lágrimas. Pero desde entonces los franceses y los alemanes se tienen un odio peculiar.

Napoléon III perdió la guerra y el trono que se había fabricado a su medida. La III República se proclamó en Francia para regocijo de los republicanos españoles. Un desastre. A todo esto, Prim quitándose la responsabilidad de encima. Él no había tenido la culpa de nada. Su propuesta

de Ole Ole era una cosa, y el conflicto franco-prusiano que se desencadenó a partir de ahí era otra muy distinta. En esto Prim era un maestro.

El caso es que seguía España sin rey y nosotros fuera de nuestra casa. Yo estaba deseando volver como fuera. En junio de 1869 Montpensier jura la nueva Constitución. Eso nos permite regresar, por fin, a España. Pero no a Sevilla. Los disturbios durante ese periodo revolucionario han sido importantes. Yo no estaba allí, sólo puedo contar lo que me llegó como un eco bronco y hostil. La ciudad se había vuelto republicana. ¡Qué razón tenía mi padre! Los mismos que nos recibieron veinte años antes como si fuéramos reyes, se oponen a nuestra vuelta a la ciudad. En un mitin multitudinario convocado por los republicanos un orador se dirige a la muchedumbre exaltada. Recuerdo una frase que dijo, y que me inquietó hasta llevarme al desasosiego:

—Cuando llegue la República y triunfe el socialismo, el palacio de San Telmo ya no estará ocupado por duques ni por infantas, sino por los gobernantes elegidos por el pueblo, por un Gobierno legítimo que no conocerá jamás la corrupción que reina ahora...

Pasamos aquel turbio verano del 69 en Sanlúcar. Allí la gente nos trataba bien, nos quería. O al menos eso parecía.

—Les damos trabajo, empleo. Compramos en sus tiendas, repartimos limosnas, atraemos, o atraíamos, a los sevillanos pudientes. Por eso nos quieren, querida Luisa Fernanda. Por eso.

—Pues en Sevilla, donde hemos hecho lo mismo y mucho más, donde hemos restaurado iglesias y ermitas, donde hemos salvado a algunas cofradías de su extinción, donde hemos repartido trabajo y limosnas, donde hemos dado lustre al teatro y al comercio, donde nos han besado la mano una y mil veces, ya no nos quieren, Antonio. Es más: nos odian.

Lo que iba a pasar a partir de nuestro regreso a San Telmo nadie lo podía prever. Ni siquiera el propio Cagigas, nuestro fiel secretario, que murió aquella primavera del 69. Lo sustituyó Esquivel, que se había criado en nuestra casa y a nuestro servicio. No era igual. Esquivel no conocía los resortes del Estado ni de la sociedad, como Cagigas. Era un servidor de nuestra casa, de nuestra familia, y no podía asesorarnos. Pero la culpa no fue suya. La culpa estaba incrustada en este maldito palacio. Si pesados y gravosos fueron los males que acaecieron durante nuestro destierro, nada se podía comparar con lo que había de venir. Ahora, cuando la vejez muerde mis talones, lo veo con una claridad completa: el año 1870 fue el annus horribilis...

El odio es el fruto del rencor. O viceversa. El odio no es tiniebla. Todo lo contrario. El odio aclara las situaciones y muestra la verdad descarnada. La muerte tampoco es oscura. ¿Quién ha dicho que la muerte es la oscuridad? Cuanto más se acerca, más claro está todo. Esta lucidez contrasta con mi juventud. Entonces yo no tenía voz. Otros decidían por mí. El hecho que marcó mi vida me llegó desde fuera. El matrimonio con el duque de Montpensier no lo elegí yo. Y a partir de ahí vino lo demás. Ahora que todo está apagado, la luz se hace más intensa.

2

Cuando Cranio regresó, los místicos estaban allí. Sentados. Esperándolo.

—Señores, creo que estoy comprendiendo lo que ustedes me quieren decir. Es evidente que Susillo era...

Los tres lo interrumpieron al unísono en una confusión de voces que se convirtió en un acorde raro, sin más armonía que el afán por cortar la frase del inspector.

—No diga nada más, es evidente que usted ya se ha enterado de qué va esto, pero no es bueno que lo enuncie en voz alta. —Gil tomó la palabra, la veteranía era un grado, sobre todo si le sumamos los que llevaba ingeridos gracias al aguardiente de Zalamea.

—No es de recibo decir nada que no se pueda demostrar ni contrastar, inspector. Usted lo sabe, y nosotros sabemos que usted lo sabe. Pues ya está. —Guitard estuvo cortante.

—Esta ciudad es así, inspector. Si no quieres que algo se sepa, no lo pienses. Somos hipócritas desde antes de nacer. Nos engendraron así. Los Montpensier se enteraron de eso cuando la ciudad los abandonó. Antes de ese abandono creían, los muy ilusos, que la gente estaba con ellos. Que tendrían partidarios hasta la muerte. —Leal estuvo escéptico y crítico.

Cranio compendió que aquella teoría que explicaba el suicidio permanecería en silencio. Que nadie la enunciaría en voz alta. Que no la vería nunca escrita. Y que alguien tendría que exponer, negro sobre blanco, las razones científicas del suicidio. Unas razones que la ciudad pudiera asumir. Pidió más vino. El revolcón con La Roldanita lo había dejado seco.

3

Veo los perfiles y reconstruyo las situaciones de una forma exacta. Puedo palpar la vibración del aire en el aula de aquel liceo francés donde Antonio de Orleans perdió, sin que él la hubiese deseado todavía, la Corona española. Era un niño. El primer príncipe de Francia que acudía, junto con su hermano, a un liceo. Hasta entonces todos se habían quedado en palacio con el preceptor de turno, que en ese caso era Latour. ¿Cómo iban a mezclarse los hijos de los reyes con otros niños?

En mi caso todo sucedió como de costumbre. Mi hermana Isabel y yo recibimos la peor educación que se les puede suministrar a dos niñas. Montpensier, no. En aquella aula también estaba mi primo Enrique. El hermano pequeño de Paquito, que luego se casaría con Isabel. Vidas y familias paralelas. Paquito y Enrique. Isabel y yo. Ellos, hijos de Francisco de Paula y de Luisa Carlota. Nosotros, hijos del rey Fernando VII, el hermano de Francisco de Paula, y de la regente María Cristina, hermana de Luisa Carlota. Primos por parte de padre y de madre. Mi tío Francisco de Paula fue aquel niño que lloró cuando los franceses entraron en Madrid. El pueblo se levantó en armas por el llanto de aquel pobre niño, que se lo llevaban a Francia, con su hermano Fernando y con sus padres, Carlos IV y la reina María Luisa. La Corona en Bayona, en manos de Napoleón, y el pueblo matándose con los franceses en las calles de Madrid.

O abriendo los brazos en el cuadro de Goya. Fusilados. Así se abrió el siglo que ahora se cierra. Con una guerra que sirvió para echar al francés y para dividir la nación en dos bandos que nunca se reconciliarán. Es la maldición de España. Cada uno lleva la suya. Y en aquella aula del liceo francés cristalizó la maldición que nos perseguiría durante toda nuestra vida a los Montpensier.

Enrique era el segundón de su familia, como yo lo era de la mía. Ser el hermano pequeño en esos casos es una suerte y una tortura. El poder queda a un paso. A unos meses del momento de nacer. Pero ese hecho es irreversible, y Enrique no lo comprendió así. Por eso se rebeló contra todo y contra todos, incluido él mismo. Aquella mañana el profesor había propuesto una redacción. Los alumnos se pusieron manos a la obra. Mientras tanto, el servicio de Montpensier le preparaba su vajilla y sus cubiertos en el comedor. Comía con los demás alumnos, pero su cuchara y su tenedor eran de plata. Y eso humillaba a Enrique.

El desquite estaba a tiro de pluma. Le bastaba con escribir mejor que el hijo del rey de los

franceses, como se hacía llamar Luis Felipe. El profesor, que sufría de los males revolucionarios que había dejado la tricolor en Francia, quería que sus alumnos fueran iguales ante la literatura. No escribirían sus nombres en el papel destinado a contener sus reflexiones. Luego, tras la lectura pública, escogerían entre todos al mejor. Enrique afiló bien el ingenio. Iba a ganar. Era inteligente y se sentía poderoso. Una vez caída la barrera de la sangre y de los privilegios de los que él también gozaba aunque no lo quisiera reconocer, la verdad resplandecería. Las plumas se deslizaban por el silencio húmedo de la tinta.

Lo estoy viendo. Veo a Enrique henchido como un gallo de pelea, crispado y mojando la pluma en el tintero del rencor. Antonio de Orleans está concentrado en su trabajo, ensimismado en las palabras que elige para que la sintaxis sea perfecta, para que cuadren sus ideas y lo escrito. No se escribe con ideas, sino con palabras, pero eso aún no lo sabía aquel niño que pretendía ser el mejor sin necesidad de competir con nadie. No podía aspirar al trono de Francia, pero en sus sienes latía el deseo del oro que algún día las ceñiría.

El profesor recogió los trabajos. Fue leyéndolos uno por uno. La democracia es la aspiración de los que han nacido sin cuna. Pretenden que los demás les reconozcan algo que no tienen. Enrique no debería ser demócrata, pero su rebeldía lo llevó a ese error. El profesor terminó de leer las redacciones. Enrique, ciego por la excesiva luz de una verdad sin límites que le nublaban el entendimiento, se veía ganador. Los alumnos votaron. Y el profesor pronunció el nombre del ganador. No había trampa ni cartón. Sólo tinta y papel.

Antonio de Orleans ganó aquel concurso sencillo, escolar, cotidiano. El pupitre se convirtió en cadalso. Una guillotina invisible afiló la pluma donde Enrique escribía una sentencia que con el tiempo habría de cumplirse. Desde aquel momento el pequeño y aplicado Montpensier estaría condenado a no ser el rey de España. Si los dos años anteriores habían sido malos, el año 1870 será el annus horribilis que nunca podré olvidar. O como diría Prim: «Jamás, jamás, jamás».

CAPÍTULO 13

ANNUS HORRIBILIS

Prim no veía el peligro. Desde aquel día en que se envolvió en la bandera de España y atacó a los moros en los Castillejos se creía inmortal. Nadie podría con él. Picó las espuelas de su caballo. El ejército español estaba en clarísima desventaja. Enfrentarse al moro era una forma como cualquier otra de suicidio. Más heroico, más estético si cabe, pero suicidio al fin y al cabo. A Prim no se le suponía el valor. Lo demostró en el campo de batalla, donde la sangre es de verdad y los legajos no existen. Donde las conspiraciones no se realizan a la luz de un candil, donde las puñaladas por la espalda no pueden darse ni recibirse, porque todo se hace de frente y por derecho. Montpensier quiso ir a Marruecos para participar en aquella guerra que unió por una vez a los españoles, aunque no fuera por mucho tiempo. Nada une más que el enemigo exterior, aunque luego la nación vuelva a dividirse. Prim no veía el peligro que se le venía encima. Era el gallo del corral de la política. No era alto de estatura, pero destacaba sobre el resto de aquellos militares que se echaron España a la espalda. O a la espada. No le afectó el destierro en Londres cuando se enfrentó con mi hermana. Odiaba a los Borbones. Y a Montpensier. Creía que la mejor España posible era la que él llevaba en la cabeza. Con el tiempo he aprendido que eso es muy español. Cogió el mando de la revolución en Cádiz antes de que llegara Serrano. Tenía muchísima más personalidad que nuestro buen amigo Topete, que le cedió el bastón. Se adelantó a Serrano, el militar bonito que tanto le gustaba a mi hermana y que luego le arrebató el trono. Prim se creía el primero, el imprescindible, por eso no vio el peligro. No se puede engañar a quien te dio el poder. Y el poder le llegó a Prim gracias a Montpensier. En lugar de nombrarlo rey, que habría sido lo más sensato, se enfrentó a él. Quería una marioneta. Un rey viudo de Portugal, un principito italiano al que manejar, un Ole Ole alemán que no supiera nuestra lengua y que no tuviera ni pajolera idea de lo que era España. Así mandaría él. Serrano, que estaba hecho de una pasta más blanda, pero muy parecida a la textura de la ambición, lo vio venir. Vio el peligro. Y se unió a él. No a Prim. Se unió al peligro. La conspiración crecía. Desde San Telmo la podíamos escuchar en aquel otoño en que todo parecía nuevo en este palacio maldito. En un raptó de lucidez Prim le propuso a Montpensier que nuestra hija Amalia se casara con el principito italiano, con aquel Tomás de Saboya que sería rey de España por una carambola imposible. Pero mi esposo se negó.

No quería prestarse a los manejos de Prim. No quería ser un jarrón chino, un adorno inútil que se rompe en cuanto entra en contacto con el suelo.

Mi hija Amalia se había enamorado de su primo Alençon, pero Nemours, el hermano de Montpensier, no quería esa boda para su hijo. Los Orleans suelen picar más alto. Buscan un matrimonio que los eleve. Amalia se quedó con las ganas. El otoño volvió a San Telmo. Recuerdo aquella tarde de la tormenta. No sé por qué, pero sentí un escalofrío. De pronto, la luz estridente de un relámpago se coló por la ventana que daba a poniente. El río bajaba turbio. El cielo de Sevilla era plomo envejecido. A mi mente acudieron, para que los protegiera de los rayos, Regla y el pequeño Felipe. No estaban tranquilos al otro lado de la orilla. La muerte no era la madre definitiva que los acogía en su seno. Me buscaban. Regla llevaba a su hermanito de la mano. Me llamaba con esa voz de coral que les daba a sus palabras un aire musical, marino. Murió a la orilla del mar. Me llamaba insistentemente. Dejé la lectura. No hay mejor libro que la novela que todos llevamos dentro. Me puse a repasar su vida, como si así pudiera salvarla del abismo en que había caído. Noviembre había llegado con una tristeza cenicienta, infinita. Amalia tosía. Estaba de mal color. Pero yo seguía pendiente de Regla y del pequeño Felipe. Caí en la cuenta de que nunca había estado con todos mis hijos juntos. Al poco tiempo de morir Regla me quedé embarazada del pobre Felipe, que no llegó a cumplir los dos años. Regla y Felipe se conocieron en el jardín de la muerte. Amalia seguía tosiendo. Tenía fiebre, pero yo me agarraba al Cristo que bendecía a los niños en la pintura de la capilla. Y le pedía a la Virgen del Buen Aire que no dejaran de soplar los vientos bendecidos por su gracia. De pronto un ventarrón cerró puertas y ventanas, barrió las hojas del jardín que Montpensier había diseñado con los niños antes del exilio. Todo estaba igual pero nada era igual. Amalia me miraba sin querer hacerme daño. Tenía diecinueve años. Una mujer llena de gracia. Su tos empezó a confundirse con el ruido de la tormenta, como todo se confunde en el hilar incesante de la memoria cuando recuerdo aquel año maldito.

Empezó a toser antes de llegar a la Puerta del Sol. Un frío cortante se hundió en sus pulmones. Nieve en la garganta. Escalofríos por todo el cuerpo. Zarandeado por la noche de diciembre, el periodista espera junto a un amigo el tranvía que lo lleve de regreso a su casa. Tiene treinta y cuatro años, pero una extraña vejez le arruga el rostro por dentro. Como si se fuera marchitando en las galerías de su sombrío interior. Su mirada se derrama por la plaza, que va quedándose desierta. Dentro de dos o tres noches todo será distinto, y las familias irán de un lado a otro cantando villancicos, buscando la iglesia donde escucharán la misa del gallo. Sus ojos no se detienen en un punto fijo, o eso parece. El estrabismo producido por la enfermedad innumerable le afea el rostro que le pintó su hermano Valeriano. Su tío fue el profesor de pintura de nuestros hijos. Y su hermano Valeriano pintó a Cecilia, mi amiga Cecilia, la novelista que tenía que firmar con un pseudónimo masculino: Fernán Caballero. Como si las mujeres no pudiéramos escribir una novela. Como si yo no estuviera haciendo eso mismo ahora, cuando la muerte me ronda en este palacio donde ese periodista estudió cuando niño. Se quedó huérfano demasiado pronto, y se benefició de aquella escuela de náutica que tenía su sede aquí. Él no lo sabe. Está maldito. Se fue de este palacio muy pronto, dejó esos estudios de navegación para dedicarse al periodismo y a la poesía, para escribir historias de los templos de España y leyendas donde un viejo organista toca el órgano en Nochebuena aunque esté muerto. El tranvía no llega. El frío va helándolo por dentro.

Sigue tosiendo. Al final llega un tranvía, pero va lleno. Su amigo le dice que esperen al siguiente, pero él no puede más y se montan en la jardinera. El frío se acentúa con la velocidad del tranvía. El aire se cuele por los poros de su cuerpo. Cuando llega a su casa es una tos repetida. El volcán de la fiebre se le rompe por dentro. Tiembla.

Le tiemblan las manos cuando coge la pistola. La primavera atiranta el aire de la mañana. Cantan los pájaros en el campo de tiro de Carabanchel. Los padrinos eligen una zona discreta, junto al blanco donde apuntan los artilleros para probar la puntería de los cañones. Han engañado a la autoridad militar. Los duelos son ilegales. Pero no había más remedio. A Enrique de Borbón, duque de Sevilla, le tiemblan las manos. Su imaginación lo lleva a la Costanilla de los Ángeles. Allí vive en una casa austera que linda con la pobreza. Dos cuadros viejos en las paredes semidesnudas. La escena de caza apenas se ve por la suciedad renegrida del lienzo. Allí no hay obras de Zurbarán como en San Telmo. Pudo haber sido el rey de España si hubieran dejado que Isabel eligiera marido. Pero la casaron con su hermano Paquito. Las manos le tiemblan aunque él trate de disimular. No es buen tirador. Las armas que mejor maneja son las dialécticas. Es hábil en el insulto y en la confrontación. La infamia es lo suyo. Provoca como nadie. Ha sido capaz de sacar a su oponente de sus casillas. Le echó en cara su truhanería política. Ha aireado sus presuntas miserias en los periódicos. Pastelero francés. Así lo ha llamado en público. Pastelero francés. Se ha opuesto como nadie a su candidatura para la Corona española. Más que Prim, que ya es decir. Es un rebelde sin causa que imagina su casa a la luz de los blandones que llevan sus amigos del mandil. Y eso le aterra. El último tranvía pasó de largo. Dejó que pasara de largo cuando no se avino a la rectificación que le pidió el hombre corpulento que tiene enfrente. Habían pactado nueve metros, pero al medir la distancia los padrinos comprobaron que era demasiado corta. Diez metros. La suerte le ha sonreído. Empezará disparando él. También ha podido elegir la pistola, aunque eso es lo de menos: son nuevas, recién compradas por unos padrinos que cuidan del más mínimo detalle. Entre ellos distingo a dos. Solís, el ayudante de Montpensier, protesta por la inclinación del campo. Los demás le hacen ver que es la zona menos escarpada que hay por los alrededores. El otro al que reconozco es un médico. Republicano como el infante don Enrique. Se llama Federico Rubio. Su barba gris reaparecerá al cabo de los años, cuando la muerte vuelva a rondarnos. La línea que los separa está perfectamente estudiada para que ninguno reciba el sol de cara. Enrique escucha cómo su oponente pide permiso para colocarse las lentes. Se lo conceden, ya que suele llevarlas. Se sitúan uno enfrente del otro. Enrique tiene la oportunidad que tantas veces ha buscado en su vida. Por fin lo tiene a tiro de pistola. Por fin puede matar al fantasma que lo persigue desde que era un niño. Mi hermana Isabel, que tal vez siga enamorada de él a pesar de que las edades no pasan en balde, se lo dijo en París días antes del duelo. «Procura que Montpensier no sea rey de España». Y eso es lo que está haciendo. Aunque sería más exacto decir que eso es lo que ha hecho ya, antes de que suene el primer disparo. El duque de Sevilla apunta al otro duque de Sevilla, porque Montpensier es el duque para los sevillanos. O lo era. O lo fue y ahora lo seguirá siendo. Cosas de la ciudad y de su carácter tornadizo. Un Borbón contra un Orleans. Las dos ramas de la misma familia enfrentadas. Enrique levanta el brazo y apunta al odio. Apunta a su odiado Montpensier. Le tiembla la mano como me temblaba a mí en ese instante, cuando rezaba el rosario en la capilla del palacio maldito.

A Prim no le tiembla la mano. Ha elegido al duque de Aosta. Antes era Dios quien elegía al rey. Derecho divino. Ahora es Prim. Después de los encartes y los descartes, Amadeo de Saboya ha aceptado el trono. Las presiones de su padre han sido decisivas. Víctor Manuel no quiere enemistarse con Napoleón III, que aún no ha perdido la guerra franco-prusiana que ha originado, o desatado más bien, esta sucesión a la Corona. Mi boda con Montpensier hizo que temblara el tablero de los equilibrios políticos y dinásticos en Europa, pero la sangre no llegó al río. Esta vez no será así. Y el emperador de mentira que encumbraron los franceses, aunque en realidad fue él mismo quien se subió al trono, se llevará su merecido. Prim sigue sin enterarse de nada. Cree que aquella bandera de los Castillejos es su armadura, y que nadie podrá nunca con él. Jamás, jamás, jamás. En Cádiz dijo que las Cortes constituyentes elegirían al rey. Y va a cumplir su palabra. En noviembre, el mes de los difuntos, España elegirá a su rey. El único diputado que habla con lucidez es un republicano. Dice que esta votación es absurda, una contradicción en sí misma. Los reyes no se eligen. Se elige al presidente de la República. Pero nunca a un rey. Y además, extranjero. Un príncipe que no ha pisado España, que no conoce su historia ni la forma de vivir de sus gentes. Prim se enfrenta con Montpensier en un duelo soterrado. La forma de elección es fundamental. Si se aplica la mayoría absoluta de los diputados, independientemente de que asistan o no, Montpensier no tiene nada que hacer. Si basta con la mayoría de los presentes, entonces hay alguna posibilidad. Las malas lenguas y los periódicos enemigos propagan la calumnia. Montpensier estaría comprando las ausencias de los diputados que no lo votarían. Una enfermedad fingida y a cobrar por no votar. Prim le teme a eso y despliega todas sus facultades. Logra que se apruebe su fórmula de elección. Amalia sigue tosiendo, la fiebre no remite. Come poco y mal. San Telmo está como apagado. Ya no brillan las joyas ni los espejos, ya no se escucha el suave frufrú de las sedas ni de los moarés. La guardia de honor ha desaparecido, como las serenatas de las bandas militares. El servicio se ha reducido. Los bailes se han detenido en el pasado. Amalia empieza a caer como una hoja de noviembre. Ya no se asoma a la ventana para sacudir el pimentonero cuyas ramas quieren colarse en su dormitorio. El árbol es el primero que la echa de menos. Tomás de Saboya no será rey de España, ni ella se casará con él. Prim está haciendo todo lo posible para que la corona vaya a parar a las sienes de su primo Amadeo. Madrid arde en noviembre. Como la frente de mi pobre Amalia.

Arden mis dedos y tiemblan mis manos. Estoy rezando el rosario en una noche de marzo y en una tarde de noviembre, en un amanecer limpio de primavera y en una noche oscura, interminable. Rezo en la capilla, el único lugar que escapa a la maldición que sostiene el palacio. Enrique dispara y la bala pasa de largo. Montpensier hace lo propio y sucede lo mismo. Los padrinos se extrañan. El duque de los sevillanos —¿no fue su padre Luis Felipe el rey de los franceses?— es un buen tirador. Tal vez no quiera matar al primo de su esposa. En ese caso estaría matando dos pájaros de un tiro: al pájaro de mal agüero que lo ha difamado públicamente en la prensa, y al pájaro volátil que lleva en su pico la corona de España. «Haz todo lo posible para que Montpensier no pueda ser rey de España». Es la prueba del amor que pudo ser y no fue. El último servicio de Enrique a Isabel. Los padrinos cargan las armas de nuevo. Enrique dispara y vuelve a fallar. La pistola no es lo suyo. Sonríe irónicamente. Ahora lo ve completamente claro. Pase lo que pase en el duelo, habrá ganado la guerra. Se habrá salido con la suya. Prim ha desperdiciado

varias balas. La portuguesa, la alemana, la italiana de Tomás. Pero va a salirse con la suya. Algunos pedían que Espartero fuera el rey. Una locura, aunque Montpensier lo apoyaba. Tenía setenta y siete años. No duraría mucho. ¿Y después de Espartero, qué? Enrique lo había elegido como padrino, pero el viejo general que buscaba Isabel cada vez que el trono se tambaleaba excusó su asistencia. Estaba en Logroño. Muy mayor para ese viaje. Y para empañar su reputación con el padrinazgo en un duelo ilegal. Llega el turno de Montpensier. Su disparo da en la pistola de Enrique. Es imposible que los juegos de espejos sean más perfectos. Una bala que busca la pistola enemiga. Y la encuentra. Y el impacto roza el hombro de Enrique pero no llega a perforar el chaleco. Los padrinos acuden. No hay herida, pero proponen el final del duelo. Enrique se opone vivamente. Sería el final deseado por Montpensier. Su honor lavado sin haber matado a un infante de España. No hay nada que hacer. El duque de Sevilla se empeña en seguir hasta el final. La tercera tanda. El cuarto candidato. Todo sigue un orden. Enrique apunta a Montpensier. Quiere matarlo. Necesita matarlo. Montpensier lo ve. Vuelve a ver el odio, las miradas encendidas por la adolescencia cuando compartían aula y liceo. El disparo pasa cerca, pero vuelve a fallar. Es el turno de Montpensier y de Prim. Ninguno de los dos puede fallar.

Sigo rezando. Es la misión que Dios me ha otorgado en esta vida. Rezo por la vida de Montpensier. Antes del duelo le puse un telegrama. «No te batas. Desprécialo». Me contestó como suele hacer sus cosas. Me dijo que no se batiría. A la vista está. Rezo por él y rezo por Enrique. Aunque sea por egoísmo no quiero que muera. Rezo por Amalia. La hermanita de los pobres la llaman en Sevilla. Su alma caritativa no conoce los límites. Es un ángel caído del cielo que al cielo quiere volver. No quiero escuchar el nombre de la enfermedad. Me niego en rotundo. Ordeno que se prepare el mejor caldo con la mejor gallina. Ha pasado el Día de Todos los Santos. Y el de los Fieles Difuntos. Noviembre avanza a paso lento. El tiempo vuelve a detenerse otra vez. La mano cada vez más tierna, más blanda. Ya no tiembla. La mano del poeta no puede escribir. Lo han acostado, le han dado el mejor caldo que han podido hacerle, pero el frío que cogió en la Puerta del Sol mientras esperaba el tranvía lo lleva clavado como acero en sus entrañas. Falta muy poco para la Nochebuena, para que maese Pérez el organista vuelva del mundo de los muertos y le saque al viento el mejor de sus sonidos. Regla y Felipe vuelven cada tarde para que los lleve a jugar a los jardines del maldito palacio. O eso creía yo. Vienen por otro motivo. Y cuando lo comprendo doy un grito de dolor. Me sacan de la habitación de Amalia. Una duquesa no puede gritar. Una infanta de España no puede quejarse como una vulgar plañidera. Estoy harta. No puedo más. Regla y Felipe vienen para llevarse a su hermana mayor. El grito me desgarrar por dentro. Los médicos mueven la cabeza. Entran y salen sin decir palabra. Amalia intenta sonreír, pero no puede. La maldición bate sus alas negras en el aire cerrado del dormitorio. «El Naranjero pagará muy caro lo que ha hecho, eso de dejar sin comer a las familias que se sacaban un jornal de las naranjas de esos huertos...». Escucho un coro de voces difusas, renqueantes. «Quiso hacerse más rico con las naranjas de San Telmo y ahora el pueblo está vengándose con las aguas podridas que riegan los naranjos y que están matando a sus hijos con el tifus». Un palacio que fue escuela de navegantes, un santo en la espadaña con un barco en la mano, un barco de piedra encallado junto al río, al otro lado del putrefacto arroyo que llaman Tamarguillo, aguas estancadas, contagiosas, que riegan los naranjos, los diabólicos naranjos

donde la maldición echó raíces. Esas aguas infectaron el aire, y el aire infectó los pulmones de mis pobres hijos, hasta envenenarles la sangre. Pero esos árboles están fuera del palacio. La verdadera maldición tiene que estar aquí dentro. La verdadera maldición sostiene este palacio. Me propuse descubrirla. Yo tampoco podía fallar.

Le fallaron los pulmones al periodista que se murió sin ser poeta, sin ver cómo sus amigos le publicaban ese libro que se perdió cuando se formó la Gorda, que así es como el pueblo llamaba a la Gloriosa, a la revolución que lo rompió todo para que todo volviera a recomponerse al cabo del tiempo, los españoles somos maestros a la hora de perder el tiempo. En los periódicos del día siguiente, un suelto. Breve. Ha muerto el literato Gustavo Adolfo Bécquer. El literato, no el poeta. Le faltó el aire al poeta que vio cómo aquel manuscrito se perdía en el asalto a la casa de González Bravo, el último presidente del Gobierno que nombró mi hermana. Tal vez hubiera otro presidente después y yo no lo recuerdo, pero cuando dimitió González Bravo ya estaba el trono roto, tirado en el suelo. También fue el primero en ocupar ese cargo durante el reinado de la Isabelona, como la llamaba el pueblo que murmuraba, primero en voz baja y luego gritando por las esquinas, por las casas de vecinos, en los cafés del ilustrado y del cesante, en la taberna del desesperado. Isabel nombraba a los presidentes del Gobierno como quien se echa un amante, y viceversa. González Bravo perdió buena parte de su casa, pero aquel periodista amigo suyo perdió el único libro de versos que había escrito en su vida. Le llevó el manuscrito para que pudiera publicarse gracias a las influencias de la amistad, pero la Gorda se lo llevó todo por delante. Es imposible imaginarse a un revolucionario revisando manuscritos y hallando las claves poéticas de aquel poemario, las que me ayudó a desentrañar Cecilia cuando me trajo el ejemplar que me dio a leer, o que me recitaba casi de memoria. Estaba enamorada de esos versos, como su amigo y maestro Rogelio Cano, que siempre le decía lo mismo, «parece que se le caen de los labios o de las manos cuando los escribe, eso es lo más sencillo y lo más difícil del mundo». El poeta culto y popular al mismo tiempo. Llevaba la música en las arterias de cada verso, en la sangre que recorría las estrofas, Cecilia me lo repetía una y otra vez, y yo descubría algo tan triste que nunca se lo dije. Yo nunca he estado enamorada de esa forma. El amor era una obligación. Me casé con Montpensier sin conocerlo, sin haber intercambiado ni una sola palabra con él. Jamás temblé por dentro ante su mirada, ni suspiré por un beso, ni se cerraron mis párpados cuando brotaba por dentro la chispa del deseo que jamás sentí. Dicen de mí que soy fría, distante. Es mi timidez congénita. Cuando me conocen cambian de opinión. Entonces soy afable y cariñosa. El piano y las castañuelas se llevan mal con mi oficio de infanta y de duquesa. Se me iban los pies y las manos cuando íbamos a un espectáculo y veía bailar unas boleras, un polo, una caña, un jaleo. Y se me iban los ojos al cielo cuando leía los versos del poeta al que le faltó el aire aquel día de diciembre, cuando el frío que se le clavó en el pecho lo mató del todo. Estaba aquejado por una de esas enfermedades innombrables, como mi pobre Amalia. Cada uno con su mal. Los dos sufrieron la maldición de San Telmo cuando eran niños. Uno, becario y huérfano. La otra, feliz y caritativa. La maldición se ensañó con ellos. El poeta recibió el veneno que entra por el sexo. Lo sé. ¿O es que todavía se creen que soy gazmoña y tonta? Tanto fue el cántaro a la fuente que acabó por emponzoñarse con ese veneno que mata como una cornada por dentro de las ingles. Amalia no sufrió ese mal, sino otro que tampoco tiene nombre cuando una se resiste a reconocerlo. No podía

ser. Los hijos iban y venían, nacían y se morían. La ciudad festejaba los nacimientos con luminarias y serenatas, y lloraba las muertes con ese goteo de bronce que dejan las campanas cuando suena ese gemido de metales apagados en el aire quieto del dolor. El poeta se quedó sin aire, pero antes de morir pidió que cuidaran de sus niños. Cuidad de mis niños. Eso es lo que yo hacía con Amalia. Cuidar de ella. Al pie de la cama, mientras el árbol la echaba de menos porque no jugaba a zarandear sus ramas. A mi lado, Montpensier con el dolor clavado en el esternón. Luego supe que durante aquel tiempo siguió conspirando. La elección del nuevo rey estaba a la vuelta de unas cuantas hojas del almanaque. Nunca se lo perdonaré, aunque ya se lo haya perdonado. Ahora puedo decirlo. Seguía pendiente de los tejemanejes de Prim mientras yo me desvivía por Amalia, que iba dejando de vivir poco a poco. La fiebre era lava pura. La cabeza le estallaba por dentro. Sufría. Y Montpensier pendiente de Prim, despachando con su ayudante Solís a solas. Como si yo no me diera cuenta. Conspirando mientras su hija no podía respirar. No tenía bastante con lo que pasó en Carabanchel, cuando Enrique se negó a terminar el duelo y se empeñó en continuar. Enrique no quería que Montpensier fuera rey. Como Prim. Y los dos terminaron igual. Porque ninguno de los dos terminó vivo el año.

El poeta se vio obligado a reescribir sus versos. Los llevaba guardados en la memoria. La música que contenían lo ayudó en su propósito. Eran como un arpa que espera la mano de nieve que le saque las notas que duermen en sus cuerdas. No tenía dinero. Con la Gorda cayeron los de su bando moderado. Se quedó sin trabajo. ¡Ay, la España de los eternos cesantes! ¿Terminará algún día esa lacra? Montpensier también tuvo que reescribir su historia. Varias veces, y de varias formas. El duelo podía terminar con su vida. Enrique quería matarlo. Lo había intentado en los tres disparos que llevaba realizados hasta ese momento. Montpensier había tirado al aire en el primero. El segundo alcanzó la pistola del contrincante. Quedaba el tercero. Ahora tenía la oportunidad de terminar con esa pesadilla, con ese indeseable que lo perseguía con los celos y la envidia, con la infamia y el rencor desde que eran dos adolescentes. Apuntó, como el poeta apuntaba los poemas que iban regresando a su memoria. Como no tenía dinero, aceptó el regalo de un libro de contabilidad para reescribir las cuentas que había ajustado con la vida. Ajuste de cuentas. Montpensier apuntó. Los que lo recibieron en Fuencarral, en la casa de nuestro amigo Lasala, donde se hospedaba en Madrid, apuntaron en voz baja que era una lástima, que Montpensier había perdido el duelo después de haber perdido el honor. Llegó en un estado angustioso de excitación nerviosa. El doctor Federico Rubio, que lo acompañó a pesar de ser uno de los padrinos de su adversario, mandó que le dieran tazas de tila con éter. Por la tarde le administró una sangría para que bajara ese nerviosismo que podría llevarlo a la tumba. Montpensier estaba fuera de sí. Enrique de Borbón sonreía. Se le había quedado esa sonrisa después del disparo que dio en el blanco. Por fin había conseguido lo que quería. La bala entró en su cerebro y lo destruyó por dentro. Deshizo las redes del rencor que había tejido en su pensamiento. Sonreía bocabajo, un pie dislocado por la caída, un tobillo lastimado que ya no le hacía falta. En Fuencarral, tila con éter. En la Costanilla de los Ángeles, mandiles y escuadras. El cadáver de mi primo alineado con Oriente y Occidente. La guardia masónica veló el cadáver del infante republicano. Yo seguía rezando en la capilla. La Virgen del Buen Aire escuchaba el rosario sincopado. Cuando me llegó la noticia respiré tan lívida como aliviada. Sabía que Montpensier ya

nunca sería rey de España. El poeta dijo, antes de expirar, que sería más valorado después de morir. Mi esposo estaba vivo. Publicad mis versos, susurró con un pie en el estribo del caballo que nunca se detiene. Un caballo que se dirige hacia la niebla de la muerte, como el que montó Prim en los Castillejos: por eso era un héroe, porque hizo lo que ningún militar se atrevió a hacer. La muerte de Enrique provocó la misma sonrisa en el general. Aquel duelo terminaba con las aspiraciones de Montpensier. Lo que ignoraba Prim es que los poetas reescriben sus versos para dejarlos a la posteridad. Aunque no los vean impresos en un libro, los vuelven a escribir. Montpensier también era así. Aunque no fuera rey, no podía permitir que Prim se saliera con la suya. Amalia agonizaba. Como aquella España sin rey. Como aquellas Cortes que iban a reunirse para elegir al italiano que Prim había buscado. España sin rey, Montpensier sin corona, el poeta sin su libro, Enrique sin dejarle herencia a sus pobres hijos, y yo sin el ángel de Amalia, que se me iba al cielo.

Tengo que cerrar este capítulo antes de que el sueño me arroje a ese abismo del que tal vez no pueda salir. La muerte es sueño. Su muerte fue el sueño que buscaba Enrique. La muerte de Prim era el sueño de Montpensier. Amalia murió. Sujeto y predicado. Regla y Felipe se la llevaron. La agarraron de la mano. La liberaron de la fiebre, del dolor de cabeza, del volcán que la envenenaba por dentro y por fuera. Seis hijos en San Telmo y tres en el cielo. Eso es lo que yo tenía. El día del entierro de mi pobre Amalia, Solís se vio en Madrid con un tal López. Todavía no habían elegido las Cortes al nuevo rey. La conspiración se retrasaba. No pudimos enterrarla en la Capilla Real de la Catedral de Sevilla, como al pequeño Felipe, porque ya no éramos la familia reinante. Aquel insulto iba más allá de la confrontación política. Le rogué a mi esposo que construyéramos un panteón en San Telmo para reunir a los tres: Regla, Felipe y la dulce Amalia. Maldita sea la idea que se me ocurrió. La muerte llama a la muerte. La muerte de Enrique llamaba a la muerte de Prim. Los diputados no sabían lo que estaban votando. Creían que estaban eligiendo a Amadeo de Saboya como nuevo rey de España, cuando en realidad estaban dictando la sentencia de muerte de Prim, como el poeta se dictaba a sí mismo los versos que se habían quemado en casa de González Bravo, el último presidente isabelino. El fuego, a veces, purifica. Eso sentí cuando vi el palacio de las Tullerías al cabo de los años. Habíamos regresado a París tras la derrota de Napoleón III. Las Tullerías se habían reducido a ruinas y ceniza. Ése es el destino de todo y de todos. El poeta lo dijo en su lecho de muerte. Solís había hecho su trabajo. Era nuestro secretario. El que guarda los secretos. Calló cuando tuvo que callar. Huyó cuando tuvo que huir. No soltó palabra. Eso salvó a Montpensier, que me tranquilizó cuando me dijo que todos los papeles irían a parar al castillo de Randan, devuelto por las autoridades francesas a su legítimo propietario. El lugar que fue el paraíso de su infancia se convirtió en la caja fuerte donde guardó sus miserias. A veces sueño con el fuego que devora Randan. Los papeles se queman. La ceniza desordena los archivos. Aquellas Cortes votaron a varios candidatos. Un diputado me votó a mí. Uno sólo. A Montpensier lo votaron veintisiete. Al duque que hizo posible la revolución lo votaron veintisiete fieles. La mayoría se fue con Prim. Eterno ganador, el general de Reus no escuchó las voces que le advertían del peligro. Salió de las Cortes aquella noche anticipada de diciembre. Faltaban cuatro días para que terminara el año. El annus horribilis. En el cruce de la calle de Alcalá con la calle del Turco se oyeron disparos. Y el general oyó la voz inconfundible de Paúl y Angulo. Prim creía que él no

era el receptor de esa metralla. ¿Cómo iban a matar al general invencible? Llegó al ministerio, donde vivía, herido. Nadie sabe lo que pasó a partir de ahí. Serrano, que seguía siendo el regente, salió de la habitación donde agonizaba Prim. O donde se restablecía, como decían los periódicos adeptos a su causa. Salió sonriente. Prim le había comunicado que tendría una sustanciosa pensión en cuanto dejara la Regencia. Así era el militar bonito que sedujo a mi hermana y que luego la destronó. Como en las conspiraciones nunca faltan las versiones, hay quien dice que Prim ya estaba muerto cuando llegó a su lecho. O que lo remataron allí mismo, en su propia casa. Los héroes no saben la cantidad de enemigos que pueden reunir. Cuando Amadeo de Saboya llegó a Madrid lo primero que vio fue el cadáver de Prim. La nueva monarquía nacía muerta. Unos días antes, casi en vísperas de aquella Nochebuena que nadie celebró en este maldito palacio porque la sombra de Amalia lo oscurecía todo, el poeta moría. O murió. Había dejado sin publicar el libro que le daba la vuelta a la poesía, como me repetía Cecilia una y otra vez. Se fue sin ver publicadas las Rimas. Sus últimas palabras son como un escalofrío. ¡Todo mortal! Cuando estudió de niño en San Telmo era Gustavo Adolfo Domínguez Bastida. Ahora es Bécquer.

CAPÍTULO 14

EL INFORME ROQUERO

La infanta se incorporó levemente cuando entró el doctor Roquero. Ha rezado el rosario como de costumbre. El almanaque marca el día 17 de enero de 1897. Un día más que le ha ganado a la vida terrenal. El gabinete está en penumbra, caldeado por un brasero que luce los rescoldos del cisco picón.

—Es usted un hombre de otra época, doctor. Es un usted un verdadero caballero. Digo más: aunque su familia no pertenezca a la nobleza que nos distingue del vulgo, es usted todo un señor.

El doctor Roquero, atildado y planchadísimo, con la camisa transparente de blancura, inclina la cabeza mientras su sonrisa curva el decimonónico bigote que llevaba a juego con su galantería. El doctor Roquero es una de las mentes más lúcidas de la ciudad. Su corazón es una fuente incesante de la que manan las límpidas aguas de la bondad interior. El doctor Roquero habla con la misma sintaxis que sirve para definirlo. Aficionado a la pluma casi tanto o más que al escalpelo, bruñe sus textos científicos y humanísticos hasta dotarlos de un brillo literario.

—Serenísima Alteza, no sabe cuánto agradezco sus más que innmerecidos halagos. Y me siento muy honrado por la cita que me habéis concedido. Su petición ha sido un honor para mí.

—Síentese, doctor. ¿Prefiere una taza de café o un buen chocolate caliente?

—En ese caso, y agradeciendo de antemano su amabilidad, me inclinaré por el chocolate, bebida que guarda en la espesura indiana de su sabor las esencias patrias. Nunca he sido amigo del café por las connotaciones liberales, tirando a revolucionarias, que ese bebedizo trae consigo. Por eso prefiero el chocolate, tan español y tan clerical, tan nuestro y tan rancio...

Servido el chocolate en una taza blanca con las inevitables flores de lis dibujadas en azul, el doctor Roquero abre una carpeta y se coloca sus lentes. Ahora parece un poco más viejo. Conserva cierto atractivo físico que ha ido menguando con los años. Espigado, de voz engolada y gestos de actor, es una verdadera delicia para la infanta. Hombres así quedan muy pocos.

—En confianza le diré, Serenísima Alteza, que su encargo supuso un dilema ético y deontológico para este modesto médico. Llegar a una conclusión predeterminada casa mal con el método científico. Empero, en este asunto nos encontramos con el feliz ensamblaje que se produce entre lo que deseamos y lo que ha sucedido. Todo cuadra. Todo encaja.

El médico le da un sorbo a la taza de chocolate mientras la infanta sorbe lentamente su tacita de té. La salud ha volado de sus rasgos femeninos. Los labios resecos, los ojos caídos, la tez macilenta. El doctor Roquero no hace la más mínima alusión al estado físico de doña María Luisa Fernanda, y prosigue con su exposición.

—Vayamos al grano, Serenísima Alteza. He escrito un amplio artículo científico que verá la luz en la Revista Médica en dos entregas sucesivas, ya que la amplitud y minuciosidad del texto impiden que se publique íntegro en un solo número. En este artículo científico expongo las causas que motivaron el inevitable desenlace. El título es directo y elocuente. «¿Por qué se mató Susillo?». No me he limitado a quedarme en la carcasa de lo científico, en el lenguaje mate que emplean mis colegas para fijar un diagnóstico o para aventurar un pronóstico. He querido llegar más hondo. Por eso inicio el texto con frases de este tenor que me atrevo a leerle en privado antes de darlas a la imprenta.

«¡Pobre Antonio! ¡Descanse en paz! Bajo el peso abrumador de la desgracia, todo el mundo sintió la pérdida del artista y del amigo, mas la dulce memoria del siempre pacífico y querido pareció amargada...».

La duquesa de Montpensier sigue como puede aquel caudal de palabras henchidas por el viento retardatario del Romanticismo. «Las sombras de tristeza de su tumba fueron mezcladas con las sombras de la horrible duda». Le llama la atención el párrafo donde se alude al paralelismo de la mano de Susillo. «Aquella mano armada que un día trasladó al barro las hermosas fantasías de Bécquer y acabó a un tiempo con el hombre y el artista». Tras ello viene, triunfal y sonora, la inevitable hipérbole. Las frases se deshilvanan en la memoria frágil de la infanta. Aun así, es capaz de atrapar algunas expresiones al vuelo. «La humanidad se conmovió ante la sangre, sintió el horror del crimen, retrocedió espantada, se sintió herida... Las almas piadosas experimentaron una desconsoladora decepción...».

Tras carraspear y tomar un poco de agua, el doctor Roquero llega, por fin, al preámbulo de lo que debería ser su exposición.

—Todo el mundo sintió, nadie pensó nada concreto ni claro en los primeros días. Hora es ya de pensar, y que la clara luz de la razón evapore las sombras de la sinrazón del hecho sangriento que deploramos. Saborea la humanidad con deleitoso entusiasmo las obras del arte humano, los progresos de la ciencia y de la industria; alaba la velocidad de las comunicaciones; goza de las comodidades de la vida doméstica moderna, y como ya ha pagado el precio, olvida que adquirió todas esas cosas a cambio de sus más hermosos cerebros, que dejaron de ser anegados en un inmenso mar de sangre.

El doctor Roquero se viene arriba. Se levanta del sillón y recompone su figura para darle un carácter oratorio a su artículo científico. Engola aún más la voz mientras la infanta lo mira, indiferente, como si continuara sentado en el sillón que ocupa.

—Di, olvidadiza humanidad, ¿qué tienes de bueno, qué tienes de santo, qué de bello, qué de útil, que no te haya costado ríos de sangre? Tú, hermosa y grande España, que has paseado tu gloria con tus armas y tus letras por el mundo entero, di, ¿dónde hay espacios bastante grandes para encerrar la sangre que tu gloria ha costado y cuesta?

La sirvienta que había dejado en la mesilla la bandeja con el chocolate caliente no se atreve a

servirlo. Es menuda, morena, de ojos negros y de una belleza afilada que pronto se marchitará: en cuanto la coja un gañán de su pueblo y la deje preñada al momento de casarse con ella. Entonces se refugiará definitivamente en las novelas románticas, en los folletines que se editan semanalmente para saciar ese afán de amoríos que la vida les niega a estas muchachas. Absorta en la voz histriónica del doctor Roquero, la sirvienta se emociona. Una furtiva lágrima se asoma a su ojo derecho. No entiende muy bien lo que está leyendo aquel hombre atildado que remarca cada palabra como si quisiera aislarla del discurso. No entiende lo que dice, pero es tan bello y tan emocionante ese relato sobre la sangre del artista...

—Noble o plebeya, es, ha sido y será la sangre el precio de nuestras mejores conquistas. ¿Cómo has salido, humanidad, de la esfera del animal sino quemando en tu cerebro la sangre de tus venas? No retrocedas horrorizada porque has pagado en su natural moneda la gloria que te dio un artista.

Aquel discurso dirigido a la humanidad provoca el mismo efecto en el auditorio: las dos mujeres lo escuchaban con la boca abierta. La criada está absorta; la infanta bosteza.

«¡No te admira que un Bécquer (víctima de la tisis) quemara su cerebro escribiendo sus fantasías, y te llama la atención que un Susillo (víctima de un impulso suicida) taladrara el suyo con una bala después de interpretarla en el grosero barro! Variaciones de forma; de esencia, no».

A Pedro Balgañón se le nota la tristeza en los ojos. Fue el íntimo amigo de Antonio Susillo. El único que llegó a asomarse al abismo que llevaba el artista en el interior de su humanidad. Balgañón lee muy despacio el artículo de la Revista Médica que le ha hecho llegar el doctor Roquero. En su expresión se nota que convive mal con el sueño. A pesar de su cansancio, se concentra y aplica el raciocinio para descifrar las metáforas científicas que el doctor va desgranando para justificar el estado de Susillo.

«Mientras más elevado es en jerarquía el trabajo producido, así se quema el hombre con mayor o menor intensidad. Las llamas más grandes gastan más combustibles, en la unidad de tiempo, que las pequeñas».

Pedro Balgañón vive solo en un piso demasiado grande para sus necesidades. Envuelto en un silencio que se parece demasiado a la soledad, enciende una lámpara. Se ha hecho de noche. La ciudad ha desaparecido del cristal que la protege del frío.

«Entremos en el análisis de la vida y carácter de nuestro infortunado amigo y cómo de la mano llevados, surgirán despejadas las supuestas aparentes incógnitas, a las cuales se ha podido atribuir su desgraciado fin. No hay verdaderas incógnitas aquí. El instinto de un amigo cariñoso previó y temió el fatal desenlace. El que suscribe estas consideraciones le admiró y le quiso como artista y como amigo, y nunca pudo sustraerse, desde hace algunos años, al terror de un silencioso presentimiento de desgracia; al contemplar aquel carácter tan hermoso como taciturno».

Pedro Balgañón detiene por un instante la lectura. Él era el verdadero amigo, el único que lo sabía todo de Antonio Susillo. Su silencio es lo único que le queda al suicida para salvar su honra. De la salvación espiritual ya se encargaron la infanta, el arzobispo Spínola y el resto de sus amigos. Pero hay otra condena tan severa como ésa: la imagen que guardarán las generaciones venideras del hombre y del artista. Balgañón toma un sorbo de coñac. Ha cenado poco y necesita algo de alcohol para calentarse por dentro y para buscar la enredadera del sueño.

«En las manifestaciones del carácter va muchas veces nuestra historia escrita, y en ellas también va el horóscopo de nuestro destino».

El amigo fiel sabía que tarde o temprano tendría que asistir al entierro del hombre que no tenía más remedio que quitarse la vida con sus manos. La infanta sabe que ese destino estaba escrito desde hacía años, y que ella cometió el error de acentuarlo con un encargo que no debería haberle hecho. Junto a ella, la romántica sirvienta sigue embobada mientras el doctor Roquero se regodea con sus tesis y sus hipótesis entre científicas y humanistas. En el despacho donde debería estar redactando una sentencia banal, el juez Fernández Amaya rebusca entre la hojarasca literaria del artículo que le ha publicado la Revista Médica al doctor Roquero para encontrar la causa de la muerte de Susillo.

Escribir no es conversar con una persona. Escribir es lanzar el texto al océano del tiempo y del espacio. Cada uno leerá lo escrito desde su punto de vista con las lentes que siempre nos proporciona la experiencia. Lectores diversos. Distintos lugares y tiempos divergentes que convergen en el mismo texto.

El doctor Roquero lee para sí mismo. Estos párrafos los extrajo de su memoria personal y los escribí como si estuviera redactando el argumento, la trama de una novela.

«No recuerdo en este momento a quién debí el honor de haber conocido a Susillo el año 1889. Su fama despertó mi curiosidad por conocer al hombre, ya que admiraba al artista, y fui presentado a él en su estudio».

La infanta da un respingo. Su marido murió un año más tarde, para ella el año 1890 es la frontera que marca el inicio de su soledad. Pedro Balgañón recuerda el encuentro entre Susillo y el doctor Roquero, aquel saludo cortés que dio paso a una conversación un punto elevada por el afán del médico: quería parecer un experto en escultura cuando lo suyo no iba más allá de la anatomía.

«Confieso ingenuamente que quedé mucho tiempo pensativo y preocupado por la entrevista con aquel hombre tan natural y tan sencillo. Entre las paredes casi tapadas por bocetos y apuntes en barro de sus ya celebradas obras, sus medallones inolvidables, trozos de encantadora poesía pasada de su mente a sus manos, y aquel hombre tan modesto, siendo ya artista elogiado, existía un océano de distancia».

La infanta cae en la cuenta de que en aquel estudio donde se conocieron Susillo y Roquero podría estar colgado algún que otro boceto del último encargo que le hizo el duque de Montpensier al escultor: las estatuas de la fachada norte del palacio de San Telmo. El juez Fernández Amaya siente la tentación de saltarse aquellas partes del texto que no hablen de la causa de la muerte, pero no tiene nada que hacer en su despacho, hoy también está de guardia, como aquella tarde en que lo llamaron para levantar el cadáver del suicida. El juez aprovecha la mañana gris y fría de febrero para leer sin prisas.

«Aquel hombre recordábame el volcán apagado, que no se revelaba su existencia más que de cuando en cuando, por la brillantez en las erupciones de su genial fantasía. Yo quisiera comprender al hombre físico separado del hombre moral, mas no me es fácil describir en sus componentes lo que Dios, en su impenetrable sabiduría, nos ha presentado a los ojos como invisible unidad».

Ha salido de la Catedral y ha sentido el frío que corta el cuerpo en la esquina de Matacanónigos, a los mismos pies de la Giralda. El arzobispo don Marcelo Spínola ha subrayado el artículo que anoche le enviaron de forma discreta y que pronto publicará la Revista Médica. Un doctor piadoso que nunca se pierde la misa dominical en la Catedral es el responsable del envío. No se trata de pedirle el nihil obstat, sino de prevenir. Don Marcelo decidió personalmente que Susillo fuera enterrado en sagrado a pesar del pecado que cometió al final de su vida. En ese artículo puede haber alguna clave que sirva de refuerzo para la decisión arzobispal. Y más que eso: los argumentos del médico pueden servirle de bálsamo al obispo, algo que parece contradictorio, pero no lo es.

Spínola entra en el Palacio Arzobispal, cruza el patio que sirve de apeadero, sube las portentosas y barroquísimas escaleras y se dirige a sus estancias. Aún es pronto para comer, pero su secretario está sobre aviso. Encima de la mesa, la revista abierta por la página cuarenta y cinco, donde aparece, al final, la primera frase del párrafo subrayado. Vuelve a leer una y otra vez esas frases. Es cierto lo que dice el doctor Roquero. Dios es la impenetrable sabiduría, y por esa razón es imposible separar al hombre físico del moral, al que actúa del que piensa. Esa unidad es impenetrable e indivisible. Como el mismo Dios que nos hizo, aunque no lo parezca, a su imagen y semejanza.

«La meta del equilibrio saludable entre las ardientes aspiraciones del espíritu y las fatales necesidades económicas de las materias, sólo la alcanzan los privilegiados individuos de una robustez excepcional de raza y de familia, o la inmensa pléyade de innominados, en los cuales la existencia se desliza en la pacífica vida orgánica, a la cual coadyuva la psiquis sólo facilitando el camino de su conservación. Mas el equilibrio económico en la vida del artista y del pensador, suele ser un sueño fantástico. Susillo, por sus trabajos realizados en pocos años, enfermó no se sabe a punto fijo cuándo, pero ha muerto por propia mano en un incidente de una larga y silenciosa enfermedad. Su historia encierra hechos que han preparado el terreno para su enfermedad y además existen muchos síntomas demostrativos de ella».

El balcón da a la Alameda. Pero no es la Alameda de Sevilla, donde compartió poco más de un año de su vida con el escultor que la dejó por otra: se fue con la muerte. Es la Alameda de Málaga. La casa donde se casaron hace quince meses mal contados. María Luisa Huelin no tiene nada en Sevilla. Tampoco tiene a nadie... que la quiera. Sólo tiene enemigos. O eso ve ella. No ha asistido al funeral de su esposo. Y no ha sido por falta de fuerzas, sino por todo lo contrario. Se encontraba demasiado bien, y no era plan de enfrentarse con los que le achacaban la muerte del artista que era, para ellos, el amigo y el maestro. La luz suave de febrero entra por los cristales del balcón. Es mediodía. En San Telmo es de noche, a mediados de enero, y por las ventanas no entra ni siquiera la oscuridad.

«Un distinguidísimo novelista español. Don José María Pereda, que une a su preclaro tratamiento nativo un conocimiento profundo de los hombres y las cosas, ha expresado en una carta su intuición acerca de las causas de la muerte de Susillo, a quien quería mucho, y ha trazado magistralmente los principales rasgos del carácter del infortunado artista. Completamente autorizado por mi distinguido maestro don Ramón de la Sota, propietario de dicha carta, transcribo los dos párrafos más importantes de ella. Dice así...».

El juez Fernández Amaya recuerda perfectamente que entre las ropas de Susillo se encontraban algunas cartas. Una iba dirigida precisamente al novelista cántabro. Ahora va a leer la respuesta que el destinatario le envía a un amigo suyo: el remitente ya no podría leerla por cuestiones obvias. La sirvienta de la infanta se pone nerviosa, se ha liado ella sola con los destinatarios y remitentes, y le da miedo pensar que algún día pueda recibir la carta de alguien que haya muerto después de escribirla. María Luisa Huelin no siente celos, sino la amarga decepción que le provoca la desigualdad de trato: para ella, una frase; para el novelista amigo, una carta.

«Excuso decir a V. que desde la primera noticia que tuve del suceso, no se ha apartado un instante de mi memoria. No crea usted que Susillo se mató porque real y verdaderamente le apurara la falta de dinero. Ese motivo fue el tema de su enfermedad como pudo ser otro cualquiera y aunque días antes del suceso le hubiera dado Rothschild su fortuna, se hubiera creído igualmente pobre y se hubiera matado lo mismo. Lombroso se quedó corto al achacar el desequilibrio solamente a los genios, es muy frecuente también en los corazones puros, en las almas nobles, en la exaltación de cualquier virtud».

La viuda sonrío. Siempre tuvo razón, pero la leyenda se la negará. Los discípulos, los amigos, los partidarios de su difunto marido tendrían que leer esa carta para convencerse de su error, pero con una leyenda no hay quien pueda. Y menos, la protagonista si ejerce el papel de mala. Sigue leyendo la carta de Pereda y tuerce el gesto ante la primera frase que se encuentra en el siguiente párrafo.

«Susillo era bueno, de excelentes ideas a lo que pude observar en su conversación, generoso, amante de su familia y de honradas costumbres, fervoroso artista, colmado de laureles, recién casado por amor y en los comienzos de una vida gloriosa, ¿cómo mezclarlo con los desesperados que se quitan la vida por haber cometido una acción infame o caído de repente en un atolladero real y sin salida posible? No le queda a V. duda; en este caso, si no ha habido ningún designio providencial, lo ha habido de enfermedad incurable, y bien lo demuestra el proceso de ella que publican los periódicos. ¡Dios haya tenido clemencia de él y la tenga con nosotros!».

¿Amante de la familia? La viuda aparta la vista. Fuera luce el sol. El mar estará azul a pesar de todo. La gente pasa bajo el balcón. Atareados. Cada uno cumple con su menester. Menos ella, que parece un pájaro enjaulado que no tiene fuerzas para cantar. No ha derramado ni una sola lágrima por Susillo, y eso le duele. Quien llora sin disimulo es la sirvienta de la infanta. No puede contener el llanto, aunque disimula como puede y rellena la taza de chocolate y el vaso de agua del doctor Roquero. El juez Fernández Amaya siente una aceleración en el pulso cuando lee la siguiente frase del artículo, que el doctor Roquero pronuncia de forma elevada y categórica ante la mirada un punto desvanecida, pero atenta, de la infanta.

«Después de leer estos dos interesantísimos párrafos, sólo queda el trabajo de aportar los elementos de prueba».

Elementos de prueba. El juez siente cómo se dilatan sus pupilas. Toda atención es poca. Por fin ha llegado el momento del lenguaje jurídico. ¿Esa prueba supondrá la certeza médica que proporcione argumentos tranquilizadores para la conciencia del arzobispo Spínola? La sirvienta se mete en el relato como si fuera un folletín.

«Antonio Susillo había surcado, en sus treinta y nueve años de edad, un inmenso mar erizado

de escollos que fueron salvados por su dominante pasión al arte, pero a expensas de su desgaste. En su historia patológica familiar, detenidamente estudiada, no hay antecedentes de importancia. Nuestro infortunado amigo tenía un temperamento nervioso predominante. Todo el mundo conoce la historia de sus primeros años. Su afición a hacer muñecos de barro como desahogo de su pasión y su aptitud, fueron el punto de partida de su vida de artista. Cuando ya de obra lo era, refería con su sencillez, acostumbrada en el seno de la amistad. Sus éxtasis de niño ante aquellos muñecos de la Alcaicería que constituían para él notables ejemplares».

La sirvienta se pone tierna. Ya está en edad de tener un niño propio entre sus brazos, un artista que triunfe pero que no se quite la vida como Susillo. En ese caso es mejor que se dedique a trabajar en el campo, como su padre y sus hermanos. El doctor Roquero tiñe su voz con el cromatismo sonoro de la ternura, algo que provoca un ensimismamiento femenino en la muchacha que ya se ha olvidado de que su misión es retirarse y seguir con las labores propias de su oficio en ese palacio. En Málaga sale un sol tibio que se cuele por los álamos desnudos, como si quisiera adelantarse a la deseada primavera.

«El amor, en todas sus formas, ocupó su corazón toda la vida. Nació amando entrañablemente a una mujer, su madre; y ha muerto amando a otra, su segunda mujer, D^a María Luisa Huelin. Se casó muy joven la primera vez con una mujer tísica. ¿Por qué? Porque era buena mujer, y porque estaba tísica. Sufrió mucho durante un año; pero satisfizo su gran corazón llegando al sacrificio. Amó a su familia entrañablemente toda la vida, y si el desamor pudo lastimar a alguno de los suyos, puede reputarse que esto ha correspondido ya al estado avanzado de su enfermedad».

¿Qué sabrá este médico sobre el amor? La viuda se muerde la lengua por dentro. Quisiera hablar pero no puede. ¿Para qué? En lo único que lleva razón es en el amor por su madre. Pronto comprendió María Luisa Huelin que no tenía nada que hacer ante esa rivalidad imposible: la madre muerta frente a la esposa viva. En cuanto a la primera mujer, estaba claro. Una tísica para disimular. Así se moriría pronto y Susillo no tendría que soportar la pregunta inevitable en aquella pequeña burguesía a la que empezaba a pertenecer su familia. Artista y soltero era algo demasiado sospechoso. Una tísica era lo ideal. En cuanto a su matrimonio, fue un inmenso error, y ahora lo comprende del todo. Enamorarse de un loco es algo que va contra lo convencional, y eso quiso hacer ella. Un loco bohemio, artista, que pudiera triunfar y llevarla directamente al Parnaso. Imaginaciones que van y vienen por la mente calenturienta de la sirvienta mientras la infanta intenta comprender esos matrimonios plebeyos sin reglas escritas de antemano. Ella no tuvo problema alguno. La infanta no se casó: la casaron. Y punto.

«Era ciego su culto por la amistad, y por ella generoso hasta el máximo posible. Jamás podía decir que no a peticiones del amigo, ni de la persona querida, y si alguna vez luchaba en su interior concluía por seguir ampliamente la voluntad ajena. Era un sugestivo dispuesto a complacer a cualquiera, en tanto no contrariase a su madre, que fue para él el ídolo familiar. Después de su madre, todo, antes que ella, nada; éste fue el lema de su conducta mientras ella vivió, y a su muerte se inició para el primer paso de su curva descendente hacia la ruina de su espíritu y su cuerpo».

Ahí estaba la pura verdad que amarga la lectura de María Luisa Huelin, la misma verdad que emociona a Viriato Rull, el discípulo que le sacó la mascarilla en el Depósito Anatómico Forense.

Rull lee el artículo y reconoce a su maestro en esa generosidad sin límites de la que hablaron todos los asistentes al entierro.

«Susillo era profundamente religioso, no sólo en manifestaciones externas de culto, sino en el fondo del alma del artista. Tan infundido estaba el espíritu cristiano en su alma serena, que sin la irresistible y tiránica impulsión morbosa, su educación cristiana le hubiese llevado a una resignación, que siempre tuvo, hasta el estoicismo, antes de su ruina moral. Los que pueden creer lo contrario tengan por seguro que no lo conocieron íntimamente».

Spínola vuelve a coger el lápiz que anoche dejó en la bandeja de plata de su escritorio. Subraya el párrafo. Irresistible y tiránica son palabras que le vienen bien. Impulsión morbosa, también. El juez Fernández Amaya sigue decepcionado, buscando argumentos que hagan fructífera la lectura.

«Su educación era sólo efectiva y artística. Su ilustración versaba sobre el terreno afectivo e idealista. Amaba con predilección la poesía soñadora, conocía toda la escuela de este género, sobre todo a Bécquer, del cual, podía afirmarse que era completamente idólatra. Tenía prodigiosa memoria para conservar poesías que recitaba con tanta fatalidad como vehemencia».

Bécquer... El apellido del poeta se le escapó a la pobre muchacha, que a punto estuvo de ser expulsada del gabinete de la infanta. Roquero la miró y sonrió. Bécquer... ¿Qué sabría Susillo de Bécquer?, se pregunta la mujer que mira el tibio sol de febrero entre los álamos desnudos. ¿Qué sabría Susillo del amor de verdad que un hombre siente por una mujer?

Quien lee ahora el informe del doctor Roquero es el inspector Cranio. Cuando se enteró de la existencia de ese informe, el policía se hizo con él. En cuanto lo tuvo en sus manos se dirigió a la taberna. Allí estaban los místicos. En el rincón de El Rinconcillo. Abrió el sobre que contenía una copia del informe y se dispuso a leerlo en voz alta. Gil, Guitard y Leal se concentraron en esa cascada barroca de palabras que brotaban del papel. Al llegar a ese punto, los tres se hicieron la misma pregunta. ¿Acaso se había asomado Susillo a esos párpados cerrados donde late el volcán del deseo, a esa lengua que se apresura, a ese cuerpo que pide lo que aquel hombre nunca le supo dar a mujer alguna? Amargura y rabia atraviesan el pecho de la viuda que no puede escuchar el nombre del poeta asociado a su difunto esposo. Roquero cambia de tercio. Lo poético le cede el paso a lo psicológico.

«Odiaba con toda su alma la filosofía y a los filósofos, y si transigía escuchando a alguno de éstos, era porque su amistad vencía su extrema repugnancia. La filosofía escéptica o materialista o el positivismo actual, pugnaban violentamente con su manera de pensar».

Gil asiente en el rincón de la taberna, Susillo lo odiaba por sus aspiraciones filosóficas, y Leal lo corrobora con un gesto cómplice. Cranio sigue leyendo en voz alta. La infanta se reconoce en ese párrafo. Su pietismo, su manera de enfocar la vida desde el prisma de lo religioso le impide comulgar con el positivismo que todo lo reduce a lo material. En eso Susillo era lo contrario a su difunto esposo, el duque de Montpensier. La muchacha sigue pensando en Bécquer y el juez se sumerge, por fin, en la personalidad del suicida.

«Vivía sumido en una semisomnolencia fantástica, de la cual, a veces, no era fácil sacarlo más que por breves momentos. Odiaba instintivamente los números y las cuestiones financieras, que confiaba, cuando podía, al cuidado de sus amigos íntimos. Mentalmente considerado, había en él

un desequilibrio extraordinario entre sus facultades afectivas e intelectuales, siendo de las primeras, esclava su voluntad. Susillo era tipo de irregularidad en sus aficiones artísticas: le molestaba la música, no la sintió nunca, ridiculizaba el arte musical y a los apasionados de él, sin que yo pudiera comprobar si esto era defecto anatómico de su cerebro, de educación, o una de sus manifestaciones morbosas. Tenía ciertas supersticiones muy vulgares y frecuentes del carácter de este pueblo; le preocupaba el número 13, y le eran sospechosos los martes y los viernes. La menor contrariedad le trastornaba y creía que nada podía salir bien después de ella y le llamaba a esta situación tener pata».

Una extraña coincidencia puso de acuerdo a los que leían el artículo en tiempos y lugares diferentes: Susillo estaba loco de remate. Pero el único que lo dijo en voz alta fue el inspector Cranio. Las síntesis son así de crueles.

«Era un trabajador incansable durante meses enteros, día y noche, con la irregularidad natural de los trabajos artísticos. Sentía su cerebro en condiciones de producir, y ya no había descanso posible hasta la terminación del trabajo necesario o del capricho. En esto, en nada difería de los verdaderos amantes del arte a que están dedicados. Como todos, desarreglo en las comidas y en el sueño».

La viuda asiente: ella lo sabe mejor que nadie por haberlo padecido. El juez empieza a ver atenuantes. Lo del desarreglo es algo que se pasan por alto los místicos. Ellos son el puro desarreglo en la comida y en el sueño. El obispo busca desesperadamente la eximente. El discípulo ve al maestro como el genio que no puede entregarse a los horarios del vulgo. El doctor Roquero hace una pausa. Quiere captar la atención de su reducido auditorio. La voz se envuelve en el celofán del misterio.

«¿Cuándo empieza su enfermedad? Cualquiera lo sabe».

Pues estamos bien, masculla la viuda despechada. Los místicos interrumpen a Cranio, está claro que su trastorno se materializa cuando se marcha a París con el ruso. Lo anterior, lo que sentía por dentro, estaba oculto.

«No intento entrar en un análisis médico detallado de este estudio, porque iría muy lejos y esto tendría un valor puramente técnico, cuya lectura sería insufrible para el público en general, a quien van dedicadas estas consideraciones».

Menos rodeos y vamos al grano de una vez, exclama en silencio el juez. Cranio, fiel a su condición, se impacienta.

«Respecto a causas, me limito sólo a recordar que nuestro desgraciado amigo experimentó la pobreza y el rudo trabajo de un oficio, y de él salió con titánico esfuerzo, teniendo su pasión como estímulo y su entonces fuerte voluntad como apoyo. Después... toda una serie de obstáculos y de contrariedades. Más tarde, decaimientos físicos y morales que terminan por un episodio sangriento, que ha defraudado nuestras esperanzas y causado la admiración general. A destruir esta extrañeza y a convertir en diáfano el cielo nebuloso, se dirigen mis actuales razonamientos.

»Respetando contrarias opiniones del mundo médico, si las hubiera, y no entrando en justificaciones puramente especulativas patológicas, que corresponden a una discusión estrictamente médica, en la cual no es necesario ni oportuno entrar, sólo consignaré aquí que Susillo era un asténico de escasísima voluntad, con extravagancias características de esta clase de

enfermos. Tenía infundadas antipatías a los perros y a los pavos, horror supersticioso a un pobre hombre que tenía la nariz hinchada y roja y que estaba frecuentemente en la puerta de una casa por cuya calle no quería pasar nunca, como pudiera evitarlo; profesaba un odio impropio de su natural y dulce carácter a varias personas, a quienes no conocía ni había tratado en su vida».

Todos volvieron a coincidir. La locura habitaba en el artista. La criada no puede reprimir la risa cuando se imagina la nariz hinchada y roja, o el miedo que Susillo sentía por los pavos. La viuda podría ampliar la lista de las manías que tuvo que soportar, pero sabe que todo se ha terminado para siempre, y que su mejor aliado es el silencio.

«Era víctima de violenta irascibilidad, motivada por la menor contrariedad; hasta el extremo de romper una preciosa obra que le había costado días y noches de trabajo, sólo por el hecho de que no pudo enviarla en fecha 10 de un mes, pudiendo enviarla el 20. Varias veces, al atravesar el puente de Triana, luchó con el deseo de tirarse al río. Padeció impulsiones repentinas de suicidio cuatro veces, en dos de ellas fue evitada la realización de su muerte por la presencia de un amigo; otra, se ha entrevisto por el contenido de una carta encontrada recientemente entre sus papeles, y la última pasó a hecho desgraciadamente».

Pedro Balgañón necesita otro trago de coñac. Un escalofrío recorre su espalda y electriza su cuerpo. Recuerda perfectamente esas situaciones, esos intentos de suicidio que crearon en su conciencia el dilema contrario al que siente el obispo Spínola. Después de salvarlo, Balgañón sentía que prolongaba la tortura de Susillo, que no lo dejaba descansar allí donde su voluntad lo empujaba. Para el arzobispo, esos intentos frustrados eran la prueba de que Susillo estaba condenado a morir de esa manera: lo que pasó el 22 de diciembre no fue un capricho ni una forma de enfrentarse con la voluntad de Dios anticipando ese final que está en manos del Creador y que es la muerte. El juez está a punto de recomponer la personalidad del reo que se dio la muerte a sí mismo, y que podría conseguir la absolución en caso de un juicio que no podría celebrarse por incomparecencia del acusado, pero que sirve para hacer cábalas en la mente. ¿La condena a muerte de Susillo fue justa o no? ¿Su acción es punible o debe ser declarado inocente por haber obrado fuera de sí?

«Sobre este fondo patológico adicionad una nueva y potente causa conmovedora del espíritu, y tendréis explicada la agravación que determinó el incidente final. Susillo tan virtuoso como tímido, tan honrado como supersticioso, tan grande para el arte como pequeño para comprender y sufrir las miserias de la vida real, sucumbió a su manera de ser un neurótico patológico envuelto entre los soles y estrellas de su soñado cielo, levemente rozado por el contacto de la pobre tierra en que vivimos. Ni admití antes, ni admito hoy, ni creo que en adelante admitiré, que el hombre sano se suicide. Sólo el hombre dotado de la brillante luz de la inteligencia puede sufrir en ella esas momentáneas debilitaciones de su claridad, y apagada ésta, sumirse tan voluntaria como patológicamente en los abismos de la muerte. ¡Qué desgracia compensadora! Sólo el hombre en la naturaleza atenta frecuentemente contra su existencia, y si el hecho se realiza en algún animal es siempre por causa de enfermedad, que le es común con el hombre, la locura ya momentánea, ya continua; en resumen, por estado enfermo».

El doctor Roquero deja la última palabra en el aire. La infanta se ha quedado pensativa, como si faltara algo en los razonamientos y en las causalidades que ha expuesto el médico. La sirvienta

no sabe qué hacer, de pronto recoge la bandeja y pide permiso para retirarse. La infanta se lo concede con un gesto. El artículo verá la luz en la Revista de Medicina que se publicará el 31 de enero. A partir de esa fecha lo leerán la viuda y el arzobispo, el amigo y el juez. La segunda parte del artículo saldrá el 15 de febrero, pero Roquero ya lo tiene escrito, sólo le falta corregirlo. Le pregunta a la infanta si quiere que le haga llegar una copia.

—Déjelo, doctor, yo también tengo mi teoría sobre la muerte del pobre Susillo, pero no puedo decírsela a nadie. Cosas mías... En cuanto a lo que me propone, haga lo que mejor le parezca. Estoy muy cansada, sé que me queda muy poco tiempo en este mundo. ¡Quién sabe dónde estaré yo dentro de quince días o de un mes!

El doctor Roquero capta el mensaje. Al cabo de cinco minutos está sintiendo el aire frío de enero en su rostro.

CAPÍTULO 15
CONVERSACIÓN EN LA CARROZA

1

Antes de que fuera demasiado tarde. Llevaba esa frase metida en la cabeza. Tenía que llegar a Madrid antes de que fuera demasiado tarde. Tenía que ver a aquel hombre antes de que partiera. No le dije nada a Montpensier hasta el último momento. No quería que me acompañara. La cita sería a solas. Él y yo. Nadie más. Me senté y dejé que los pensamientos fluyeran como el tren que me llevaría hasta la capital de aquella España que había perdido seis años en revoluciones inútiles y que ahora se enfrentaba a otro reto. El *annus horribilis* no cerró ningún tiempo. Lo supe después de que terminara aquel funesto año 70. Yo creía, ingenua de mí, que tras las desgracias viene la felicidad. Después de la tempestad no llega la calma. Después de la tempestad aparece el lodo en el que nos hundimos. Así fue.

El rey que vino de Italia y que se encontró el cadáver de Prim, se fue a los dos años de llegar. No soportaba la inestabilidad de un país que sólo pensaba en hacerse daño. Montpensier tuvo que exiliarse. Lo perseguía la sombra de la muerte de Prim. Todos los enemigos que había ido coleccionando a su pesar salieron del escondrijo. Todos.

Lo señalaron con el dedo acusador de la infamia. El duque que había financiado la Gorda, ahora la Gloriosa, se había encargado de pagar el asesinato de Prim. Nuestro secretario huyó de España. Solís salió como alma que lleva al diablo en sus entrañas. Montpensier lo negó todo, pero eso daba igual. Le tendieron una trampa. Tenía que jurar lealtad a Amadeo de Saboya. A un simple príncipe italiano que no era ni siquiera el sucesor natural de Víctor Manuel. Por ahí no podía pasar. Y no pasó.

Entonces pasó lo que tenía que pasar. El destierro a Mahón. Se dedicó a hacer turismo en aquel viaje que lo llevó hasta la isla. Y yo, en San Telmo. Callada. Aguantando el desprecio de una ciudad que ya no era la misma que nos recibió veinte años antes. Todo había cambiado. Las murallas caían y las puertas desaparecían. Sevilla ya no era la ciudad amurallada que conocí. Se había abierto por fuera. Pero por dentro seguía siendo igual de cerrada. De envidiosa. Ambivalente hasta el extremo de provocar angustia en quien pretende comprenderla.

La sonrisa y la reverencia por delante, el besamanos reverencial. Por detrás, el puñal que hiende el acero oxidado del rencor y de la venganza. Los republicanos agitaron a las masas para ponerlas en contra de los duques. San Telmo, decían, sería ocupado por el socialismo cuando la libertad llegara a España, cuando el sufragio universal nos igualara. Daban miedo. No quiero

recordar aquellos años. No puedo. Pero es inevitable que lleguen los recuerdos en oleadas.

Aquella mañana de noviembre de 1885 me senté en mi vagón y dejé que mi imaginación volara hacia el pasado. Habían transcurrido quince años desde aquel 1870, el annus horribilis que se llevó a mi primo Enrique, a mi pobre niña Amalia, al poeta que estudió en San Telmo, al general Prim. Aquel año se llevó las ilusiones de Montpensier y mis ganas de vivir. Pero había que seguir adelante. Me refugié en los rezos. La vida pasaba por mí como mis dedos por las cuentas del rosario. Era lo único que me daba algo de paz interior. El resto no me importaba.

Se sucedían los gobiernos en medio del desgobierno. Montpensier se enfurecía. Él había alentado y había pagado aquella revolución que trajo el caos. Cuando Amadeo se fue, Castelar lo despidió otorgándole un título que, según él, era superior al de rey: lo despidió como ciudadano de la República que se proclamó sola. Montpensier bramaba, el vacío de poder genera estas consecuencias desastrosas. Había que hacer algo por traer de nuevo la monarquía a España.

El tren silba, se desliza cada vez más rápido, atrás han quedado las casitas de las afueras, la Sevilla humilde que tan bien conozco porque he pisado los suelos de la pobreza, he repartido hogazas de pan y consuelo para los pobres. Me he mojado los pies en las riadas por socorrerlos, yo en una barca y Montpensier a caballo. Pero jamás nos lo agradecerán. Nunca. Tuvieron su república, y los republicanos se pelearon entre ellos. Los unionistas contra los federales. Se proclamaron cantones, ciudades independientes. Algo ridículo. Un desastre.

Y nosotros fuera de España. Otra vez exiliados. Otra vez en París, donde las Tullerías eran ceniza y olvido, la pesadilla de aquella revolución que trajo lo mismo que ésta. Salimos huyendo de allí y de aquí. Siempre huyendo. Siempre hacia delante para no mirar atrás.

El campo respira. Es noviembre. A lo lejos se ve la bruma gris de la campiña. Figuras leves se inclinan sobre la tierra mientras el tren devora los raíles. Recuerdo que cuando empezamos a viajar en tren había miedo a dejarse el alma atrás, a que el cuerpo se desintegrara si se sobrepasaba cierta velocidad. Ahora todo es distinto. Más rápido. Ésa es la clave de estos años. La rapidez. Ya no se vive con esa lentitud de antes. Todo cambia. Sevilla pierde sus murallas, su encanto. España perdió en aquellos su esencia. Su Historia con mayúscula. Desligarse de la monarquía era olvidar el ser, las entrañas de una nación. Había que hacer algo. Y Montpensier se puso, otra vez, manos a la obra.

En París vivíamos como burgueses. En una casa del Faubourg Saint Honoré. Dos pisos para todos. Yo tenía sólo un cuarto. El cuarto amarillo. ¡Qué diferencia con el gabinete amarillo de San Telmo! Este noviembre que pasa al otro lado de los cristales es infinitamente más luminoso que el verano gris de París. No soportaba aquella falta de luz, aquella lluvia que no cesaba y que no era impedimento para que los parisinos de la buena sociedad salieran a las fiestas, los bailes, las cenas, los teatros, el ballet, la ópera... Todas las noches había que acudir a alguna cita. Algunas noches, hasta tres compromisos. De un lado para otro. Yo no podía hacer otra cosa. Mi hija Cristina me lo exigía sin decirme nada. No podía tenerla aburrida y mustia como una flor que se seca.

Íbamos de acá para allá mientras Fernando estudiaba en un internado de Mataró. Tan aplicado. Tan alto. Tan parecido a su padre en los ojos, en la cara, en el porte. Estábamos orgullosos de él. El primer varón, el que heredaría el título de duque de Montpensier.

Cristina tosía. La llevé a tomar las aguas. Hidroterapia. Había que esperar a que los tratamientos hicieran efecto. Salíamos las dos todas las noches. Su tos salía del cuerpo adolescente. Montpensier iba y venía. Como nosotros. Recuerdo vagamente una Nochebuena en una casa de la costa Azul. ¿Niza? ¿Cannes? Habíamos llegado ese día. Habíamos improvisado un altar al final de un pasillo. Compramos unas figuras para el nacimiento en un mercadillo... No. Eso fue en San Amaro, en Lisboa. No nos dio tiempo de comprar nada. Una Nochebuena sin portal mientras en España se armaba el belén. Todo contradictorio. Como la vida misma, que no cesa.

2

El tren sigue avanzando. Mi dama de compañía me da conversación, pero no le sigo el hilo. No quiero hablar ahora. Sólo quiero hablar con el hombre que me espera en Madrid. Tengo que vaciar mi corazón allí. Montpensier sabe algo, pero no está al tanto de lo más importante. El cielo es una grisalla fría. Todavía no hemos llegado a Córdoba. Antes el trayecto se hacía en esos carruajes que ya hemos olvidado. Pesado. Incómodo. Todo crujía, empezando por los huesos, que llegaban molidos. Ahora pasan los pueblos por el cristal como si fuera una pantalla, y el cuerpo no se resiente. ¡Qué diferencia entre el principio y el final del siglo!

Sigo recordando. Estoy en San Telmo, muriéndome, mientras recuerdo lo que recordaba en aquel tren que me llevaba a Madrid. Recuerdo la fecha. En mis cartas siempre hacía alusión a las fechas, los lugares, los sitios donde estaba cada miembro de la familia. Siempre he tenido buena cabeza para eso. Y a pesar de los años la sigo teniendo. No sé para qué sirve recordar estos detalles, si dentro de muy poco me voy a morir. El tren avanza. De vez en cuando se detiene en una estación. Afortunadamente no tengo que salir a saludar a la multitud, no hay bandas de música ni besamanos, ni alcaldes aduladores, ni muchachas vestidas de majas, ni dulces que tendremos que cargar para regalarlos luego a los pobres. Tranquilidad. El tren se detiene, luego se oye el silbato del jefe de estación y la marcha se reanuda.

España también se detuvo. La República no podía seguir adelante. Cantones. Taifas. Insubordinación. Desorden. Caos. La dignidad de Salmerón, o la cobardía de Salmerón, que no quiso o no pudo firmar una sentencia de muerte. Salmerón es un cobarde, repetía Montpensier. El verbo florido de Castelar, que hilvanaba unos discursos literarios, ampulosos. Castelar es un charlatán, repetía Montpensier.

Estamos llegando a Córdoba. La ciudad bajo el capote grisáceo de un cielo que amenaza lluvia. No hay que visitar la Mezquita, con Latour explicándonos cada detalle. No estamos en 1848, cuando nos detuvimos aquí, cuando nos subieron a la sierra, comidas, brindis, gitanos bailando, guitarras, majas, besamanos, adulación. Y aquella gitana que me miró el vientre hinchado y me dijo que no tenía nada que temer por lo que llevaba allí dentro, pero que luego... Sí, luego. Las muertes de mis hijos. La tristeza de la que nunca pude salir, aunque la disimulaba como infanta de España que era. Miro por la ventana y nadie me reconoce. Mejor así. El tren reanuda otra vez la marcha. Arranca con fuerza. Estalla el vapor.

España a punto de estallar otra vez por culpa de aquella República que estuvo a punto de desmembrar la patria. Había que hacer algo. Y Montpensier ya estaba haciéndolo. Como siempre. Conspirando para que la monarquía regresara. Él echó a mi hermana y él quería traer a su hijo. Seis años de revolución, de Topete, de regencia, de Serrano, de búsqueda desesperada de un rey, de Prim, de asesinatos, de república, de cantones, de nada... Seis años para que heredara el trono el hijo de la reina. ¿Puede haber en el mundo un país más inútil? Sí. Francia.

La misma Francia que había confiscado nuestros bienes, por aquel entonces nos los devolvería. De pronto, el dinero. De pronto, Randan, el castillo al que irían a parar los papeles comprometedores que podían relacionar a Montpensier con lo de Prim. El castillo donde se inició, durante nuestro exilio tras la revolución a la que unos llaman la Gloriosa y el público motejó como la Gorda, aquella historia de amor que nunca olvidaré. En Randan se juntaron el amor y el crimen, crimen sin castigo y amor a primera vista. Todo en el mismo castillo. ¿Por qué no los quemó? ¿Por qué no destruyó esos papeles que podían comprometerlo? Tengo que preguntárselo cuando vuelva a Sevilla.

Solís volvió y lo encarcelaron. Había pagado a los asesinos de Prim. Estaba cada vez más claro. Y el dedo acusador señalaba a su jefe, que era Montpensier. Aquello fue muy duro. Aquello provocó, entre otras cosas, aquel nuevo exilio. El tren busca las estribaciones de Despeñaperros. Montpensier lo pasó muy mal. Tal vez fueron sus peores años. Hasta que todo volvió a su ser.

Me ofrecen un bocado. No tengo hambre. Sólo quiero hablar con el hombre que me espera en Madrid. Confesarle lo que siento por él. Nunca he sentido nada por alguien así. Nunca he sentido esto por un hombre. Por ninguno. Sólo por él. Y quiero decírselo antes de que sea demasiado tarde...

—No sabes cuánto agradezco tu visita. —Había envejecido, las canas le daban un aire otoñal, de noviembre ceniciento.

—Tenía que verte, y tú lo sabes.

Yo nunca había visto el amor en los ojos de un hombre, nunca había escuchado esas palabras dulces que encogen el pecho de una mujer, nunca se me había parado el reloj del corazón al sentir esa caricia cálida de una mirada, de un leve beso que apenas roza los dedos de la mano, nunca me había perdido en un paseo por ese jardín donde los senderos se bifurcan como si fueran la alegoría de la propia vida, siempre eligiendo entre un camino y otro.

—¿Cómo están las cosas por Sevilla? —Su voz conservaba esa música de la juventud, pero se apagaba cuando la frase caía como un telón sobre sus labios.

—Como siempre, o como nunca, no sabría qué decirte, cuando llegamos hace casi cuarenta años todo era cariño, alegría, ahora es diferente, existe una oposición política, y hasta personal, a la figura del duque, es algo que no puedo ocultarme a mí misma...

—No será para tanto, ya sabes cómo es el pueblo, un día te elevan y te alzan sobre un pedestal, y al siguiente quieren derribarte.

—Ojalá no te pase nunca eso.

—No me pasará, ya no me puede pasar... —Dejó la última frase en el aire, como si fuera el ocre de una hoja cayéndose.

—No digas eso. —Apenas pude con tres palabras.

—Háblame de Sevilla, de San Telmo, de esos jardines donde fui tan feliz, aunque fuera a escondidas... —En sus ojos la tristeza coagulada, la melancolía presentida.

San Telmo ya no es lo que fue. Aquel navío con la proa de la fachada de piedra, aquel barco de arena cocida en forma de ladrillos no relumbraba como entonces, cuando él llegó y todas las luces se encendieron. Sus ojos traspasaban la pupila y dejaban en la retina la rosa inmarchitable del amor, la misma rosa que seguirá en mi mano cuando yo me vaya y la piedra o el bronce me recuerden en forma de estatua. Llegó arrasando, como una riada tibia, como un vendaval tierno. Sólo había ojos para él. Su alegría era contagiosa. No quería traer a mi memoria esa palabra. Tampoco quería ver su figura delante de la fachada principal, al lado de esas columnas que sostienen el palacio maldito. En aquel tiempo aún no me había dado cuenta de que la maldición estaba escrita, sin palabras, allí. Desde lejos parecen las piernas arrugadas de una anciana. De cerca se ven los guerreros tallados en relieve que me advertían, desde hacía casi cuarenta años, del peligro que se encerraba en el interior del palacio maldito.

—Sevilla ya no es la misma, o al menos eso me parece a mí. Ya no nos recibe la guardia de honor, ya no se escuchan salvas para celebrar los acontecimientos, ya no vamos a la Feria de Abril para disfrutar de esas casetas que Montpensier montaba para recrearse con su gusto por lo moruno, ya no hay bailes ni recepciones, ya no nos visita la buena sociedad sevillana, que de buena tiene poco, ni nos besan las manos, ni nos aplauden por las calles cuando vamos a comprar, porque ya no salgo apenas del palacio maldito, me llevo los días y las horas allí dentro, rezando y rezando.

—No digas eso, eres una mujer alegre, tienes que vivir, tienes que disfrutar de la vida antes de que se acabe, yo me he venido a El Pardo porque no tenía más remedio, quería estar solo... —Un silencio cayó sobre su rostro como una niebla o un espanto, tomó mi mano y me miró como sólo él sabe mirar a una mujer.

—No debes aislarte, y te lo digo yo, que vivo aislada.

La lluvia amenazaba con mojar la tarde, con empapar los setos y los caminos de tierra, con manchar los cristales y romper ese silencio de cristal que se había instalado entre nosotros. Me miraba como quien busca una tabla de salvación. Como un náufrago mira al horizonte para intuir la vela de un barco. Sostuve su mano y su mirada. En sus labios luchaban la sonrisa y la nostalgia.

—Recuerdo aquellos días luminosos en los jardines de San Telmo, cuando nos perdíamos por aquel laberinto de flores y palmeras, de estanques que reflejaban nuestra alegría, a veces le robábamos un beso a la compostura, pero nadie se daba cuenta, ¿verdad? Fuimos tan felices que me daba miedo pensar en lo que luego sucedió, ese presentimiento me acompañó durante aquellos años que pasaron como un suspiro. —La palabra se hizo soplo, suspiró y luego tosió, intentaba disimular la tos pero no podía, yo no quise ni pude apartar la mirada, no volví la cabeza, seguía embebida con aquellos ojos que lo decían todo sin decir nada, los ojos que reían, chispeantes, durante aquellos días de nieve en Viena o en París, en Randan, donde se quedó prendado de un amor que tuvo que ocultar como pudo, aunque todo el mundo se dio cuenta, empezando por Montpensier.

—Allí me enamoré para siempre, en Randan, cuando vi esos ojos de niña, esa inocencia infantil, esa pureza que sólo tienen los ángeles. —Reía a pesar del dolor que le oprimía el pecho.

—No estamos de acuerdo con esta boda por los motivos expuestos. En cuanto a la futura reina, no tenemos nada que decir en este parlamento por una sencilla razón: los ángeles no se discuten. —Claudio Moyano, el portavoz de los moderados en las Cortes de la Restauración, se oponía a la boda pero ensalzaba a la futura novia.

—Me di cuenta desde el primer momento, sabía que estabas enamorado de Mercedes, y que mi hija bebía los vientos por ti, desde ese día en sus labios sólo callaba un nombre: Alfonso —se lo dije sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Cánovas tampoco está de acuerdo con la boda, otro que me traiciona como Prim, cuando nadie creía en Alfonsito yo fui el primero en dar el paso, cuando la República nos sumergió en el caos, ahí estaba yo, en Francia, moviendo los hilos, restaurando la relación que se había roto con tu hermana, convenciéndola para que abdicara la Corona en su hijo, fundando el Partido Alfonsino, gastándome otra vez mi dinero para sacar a España del atolladero en el que la habían metido los españoles, cuando el trabajo principal estaba hecho di un paso atrás para no entorpecer la restauración monárquica, y le cedí el paso a ese joven político que prometía, inteligente y moderado, culto y perspicaz, Antonio como yo, Cánovas del Castillo, y ahora pretende impedir la boda de mi hija con Alfonso, porque no quiere que una Orleans sea reina de España, porque sigue preso de esos prejuicios irracionales, a este país le hace falta racionalismo, ilustración, luces que alumbren los sótanos de tantas creencias y tantas supersticiones, ¿qué hay de malo en que Alfonso se case con su prima por amor?, ¿qué hay de malo en que yo sea su consejero privado en un futuro cercano?, ¿por qué no puedo aportar mi experiencia, aunque sea de una forma discreta? Pues no, una Orleans, no, tiene que ser una extranjera, una protestante que fingiría durante la ceremonia, que se convertiría al catolicismo por conveniencia, él mismo lo ha dicho. —Montpensier se desesperaba ante una nueva traición, como él llamaba a la actitud de Cánovas, pero todo eso ya es el pasado, de aquello hace siete años que parecen siete siglos.

La República sucumbió. Se derrumbó. Cuando el general Pavía entró en el Congreso no tuvo que blandir el sable ni ordenar que sus soldados disparasen sus armas de fuego. Los que allí quedaban se fueron corriendo. Ahuecaron el ala. Martínez Campos, otro general, proclamó a Alfonso XII rey de España en Sagunto, como Topete había destronado a su madre en Cádiz. Alfonso se despidió de nosotros en París, cenas y bailes, ilusión y modestia en aquel muchacho que había dejado de ser un niño.

—¿Me vas a esperar, Mercedes? Dímelo. Dime que me vas a esperar.

—He soñado que entrabas en Madrid montado en un caballo. En un caballo blanco. —La voz iba dejando atrás el timbre infantil, pero sus ojos negros seguían siendo inocentes.

—En un caballo blanco, jajajaja... —Reía a carcajadas como quien está bebiéndose la vida de un trago.

Entró en Madrid. Triunfal. Montado en un caballo blanco que nació en el sueño de una muchacha que se quedó en París, esperándolo. Todavía no era el momento de que regresáramos a España. Isabel también se quedó en su casa, llamada Villa Castilla por los españoles que la buscaban para rendirle pleitesía como reina en el exilio, como reina madre, y para provocar esa ira, ese rencor, esos cristales que llevaba en su oronda barriga y que le impedían ser feliz por dentro y por fuera. Rumiaba su derrota, su fracaso, la Corona perdida, la humillación del exilio. Y

no se alegraba de lo más próximo: su hijo Alfonso ya era el rey de España.

—¡Viva el rey! ¡Viva el rey don Alfonso! —El tipo quería abrazarse a las patas del caballo, se desgañitaba dando vivas una y otra vez.

—Se va a quedar usted ronco, hombre. —Alfonso sonreía al verlo y al escucharlo.

—¡Ca! Ronco me quedé el día que echamos a su madre...

Los recuerdos van y vienen. Así es el oleaje de la memoria, esa marea que no cesa cuando se llega a la orilla de la muerte presentida. Alfonso se enamoró de Mercedes en Randan, en aquella Navidad helada del exilio, España dividida y desgarrada, como mi familia, como la familia real que estaba fuera de la patria. Mi hermana odiaba a Montpensier, el sentimiento era mutuo, recíproco, Isabel y yo apenas nos hablábamos, pero ya se sabe que el enemigo común une mucho, la reina destronada quería recuperar el poder, pero ya era imposible, en ese caso lo mejor era abdicar la Corona en Alfonso, y eso fue lo que hizo, pero aquello fue el primer paso, había que restaurar la monarquía en aquel país donde los republicanos no necesitaban a los monárquicos para provocar el enfrentamiento fratricida: se bastaban ellos solos, los unionistas por un lado y los federales por el otro.

Después de aquel acercamiento en Randan hubo que esperar a que pasara la República, a que se suavizaran los odios polarizados de Isabel y Montpensier, a que Alfonso fuera mayor de edad para que no hubiera necesidad de volver a buscar un regente, el cargo al que aspiraba mi marido en secreto, aunque fuera un secreto a voces, el cargo que nunca aceptaría Isabel, ver a su malvado cuñado como regente de su hijo, y ella destronada, eso jamás, jamás, jamás, como decía Prim. En Randan, nieve y adolescencia, surgió el amor, esa chispa que salta cuando quiere. Mercedes era una niña, no se lo creía. Cuando pudimos regresar, vivía en una nube. Flotaba. Y a la vez sentía ese miedo, ese peligro de la frustración, ese temor a que Alfonso se casara con otra mujer por razones de Estado. Esa maldición que nos perseguía a los Montpensier, maldición a la que Mercedes no era ajena.

—Estaba buscando unas flores para adornar el comedor y una gitana se asomó a la tapia. —La respiración entrecortada, los ojos muy negros y muy abiertos, como si sólo tuviera dos enormes pupilas para tragarse toda la luz del Aljarafe sevillano.

—¿Qué te ha dicho, hija mía? —Dejé a un lado el libro que estaba leyendo, me lo había regalado Cecilia, eran los versos del poeta que estudió en San Telmo, otra víctima de la maldición del palacio, las Rimas de Bécquer.

—Me cogió la mano y me la leyó, al principio la cerré, me dan mucho miedo los conjuros y las adivinaciones, pero la gitana se empeñó, abrió mucho los ojos, luego los entrecerró, empezó a hablar como si estuviera sola. —Mercedes apenas puede contener los nervios, se mueve sin moverse, su sombra en el suelo vibra.

—Serás reina, está escrito en la palma de tu mano, serás la reina de España. —La voz de la gitana es un arpegio adulador, un trémolo de ojana sin guitarra, los colores chillones de su ropa contrastan con el verdor que la rodea.

—¿Estás segura de que te ha dicho eso? —Ahora la nerviosa soy yo.

—Sí, serás reina aunque no lo creas, te casarás después de bajar de una carroza y vivirás en un palacio. —La voz empezó a ponerse cavernosa, como si sonara más allá de donde se

encontraban los volantes del vestido que rozaba el suelo.

—Me miré la mano, pero no vi nada extraño, quise preguntarle cuáles eran las líneas donde estaba escrito mi destino, pero me dio miedo. —Mercedes empezó a temblar.

—Cuando me lo contó me eché a reír, le dije que estaba de acuerdo con la gitana, que por una vez aquella mujer estaba diciéndole la verdad. —Alfonso se acomoda en el sillón, no puede mantenerse erguido, de vez en cuando tose y yo disimulo, como si no lo escuchara.

—Serás reina, pero... —La gitana cerró la cancela de su discurso, un silencio espeso, de cobre o de candela, terminó con la adivinación.

—¿Pero... qué? Dímelo, buena mujer, no me dejes así.

—No te preocupes, hija mía, las gitanas son así, les gusta decirte algo bueno y algo malo para dárseles de adivinas. —Yo empecé a sudar, era un sudor frío que contrastaba con la luz que se proyectaba sobre los jardines de aquella casa de Castilleja, la que fue de Hernán Cortés, la que nos servía para disfrutar de la luminosa primavera del Aljarafe sevillano, esas lomas suaves que sirven para que el aire sea más puro, más transparente.

—Claro que vas a ser reina, Mercedes, pero eso no es por culpa de esa gitana, sino por culpa mía, porque quiero casarme contigo. —Alfonso sonríe, está en la plenitud de su juventud, pasea junto a Mercedes por los jardines de San Telmo mientras yo no los pierdo de vista, el noviazgo discurre de una forma perfecta, parece mentira que la felicidad se haya instalado entre nosotros, después del *annus horribilis* y del exilio, todo ha vuelto a su cauce, como el río que brilla ahí mismo, justo al lado del paseo de las Delicias, bajo este sol de Sevilla.

—Estoy muy preocupada, no me ha gustado nada lo que ha hecho esa gitana, seguro que habrá visto alguna desgracia y no me la ha querido decir. —Mercedes sigue empeñada en invocar a la maldición, yo le acerco el libro de poemas, le recomiendo algunos, y me callo lo que siento en ese momento, la suerte que ha tenido, así no te querrán nunca más, hija mía, así no me han querido a mí, mi boda no fue por amor, yo no conocía a tu padre, nos presentaron poco antes de casarnos, no podíamos hablar porque no conocíamos la lengua del otro, me lo callé todo para no enturbiar su felicidad, la dejé leyendo bajo un naranjo que estaba estallando, floreciendo, el azahar inundaba el aire con su aroma, al fondo se destacaba la silueta de la Giralda, esa mujer de ladrillo, vertical, y a la derecha la silueta del palacio maldito al que yo no quería volver, prefería las primaveras en Castilleja y los veranos en Sanlúcar.

—Estos versos son bellísimos, seguro que el poeta que los escribió fue un hombre dichoso y feliz. —Mercedes fantaseaba con las Rimas, yo no quise contarle la historia de Bécquer, la que me había contado Cecilia.

—Mercedes no me dijo que la gitana se había quedado callada de pronto, que había sentido miedo ante ese silencio, que no quiso decirle qué más estaba escrito en aquella mano de nieve. —Alfonso sigue tosiendo, un viento mueve los árboles desnudos que rodean el palacio de El Pardo.

3

Todo está muy lejos de aquellos días azules, de aquella juventud que florecía en los labios y en los pechos de Mercedes, de aquel paréntesis que nos dio la vida, de aquella tregua que nos ofreció la maldición para regresar con más fuerza, para herirnos con más crueldad aún, aquel tiempo se quedó en el pasado, han pasado apenas diez años desde aquel noviazgo de ensueño y parece que ha transcurrido un siglo, estoy muriéndome y soy capaz de recordar las fechas, todavía no se han cumplido ocho años desde el día de la boda y cualquiera diría que han sido ochenta, toda mi vida pendiente de los relojes y de los almanaques, miro las canas de Alfonso, su rostro de hombre prematuramente envejecido, aislado en El Pardo, fuera del bullicio de Madrid, alejado del Palacio Real, de su mujer María Cristina, de sus hijas, de la corte, del mundo. Como si la mala suerte lo acompañara.

—No se lo había dicho a nadie, pero el día de mi boda con Mercedes un diplomático francés dijo algo en la puerta de la basílica de Atocha que no le gustó al colega con el que estaba hablando. —Alfonso deja que su mirada se pierda por la trama de la alfombra, como si tirando de esos hilos pudiera llegar al centro del laberinto.

—Sería la primera vez en la historia que una Orleans le diera a España un rey. —El francés sonríe con esa suficiencia de quien se alegra del mal ajeno.

—No sea usted gafe, que estamos de boda. —La marquesa que lo escucha se enfrenta con él.

—Yo no soy gafe, como ustedes dicen. Los gafes serán los Orleans. María Luisa de Orleans, la triste mujer del triste Carlos II no le dio hijos al Hechizado. Luisa Isabel, la jovencísima esposa del Bien Amado, tampoco. —El diplomático francés se hincha como un gallo.

—Y encima se las da de cenizo. Usted lo que tiene no es razón. Lo que tiene usted es una envidia muy grande. Y la novia no es una Orleans de su tierra, así que deje en paz a Francia y a sus franceses. Nació aquí, en Madrid, y se crio en Sevilla bajo un sol que sólo puede traer alegría. —El francés por fin guarda silencio y mira con una mezcla de cobardía y desprecio a la marquesa que lo remata con el brillo de navaja que despiden sus ojos.

Llueve ceniza sobre el palacio de El Pardo. Aquí se refugió el rey Francisco cuando se enemistó con mi hermana. Y aquí se ha refugiado su hijo, el rey Alfonso, para no tener que sacar su pañuelo rojo en el Palacio de Oriente. Lo lleva para disimular el color de su tos. La historia se repite con una insistencia que me desarma. Fue lo que sucedió cuando llegué aquel fatídico día al

Palacio Real. Estábamos en Eu. Lejos. Como el día en que Regla se fue al cielo de Sanlúcar. Cada telegrama que abría Montpensier era una punzada que yo sentía en el corazón. Mercedes había sufrido un aborto. El legrado no se había realizado como era debido. En estos asuntos no me engaña nadie. Al poco tiempo empezó a sentirse mal. Los médicos decían que eran los síntomas propios de una noticia feliz.

—Pero yo sabía que Mercedes no estaba embarazada, no me preguntes cómo podía averiguarlo a tantos kilómetros de distancia. Las madres desarrollamos un sentido que no está en los libros de medicina. Cada vez que tu tío abría un telegrama se me estrechaba el pecho por dentro. Daba igual que tú quisieras tranquilizarnos desde Madrid. Las noches se me hacían eternas. Hasta que llegó el telegrama donde nos pedías que viniéramos a Madrid.

—Recuerdo cómo se lo dicté a mi fiel Alcañices, el hombre que nunca me abandonó ni me abandonará.

—Señor, el telegrama se ha enviado conforme a su voluntad. En cuanto tengamos respuesta se lo haré saber. —El marqués de Alcañices no es ajeno al sufrimiento de aquel muchacho de veinte años al que ha visto crecer en el exilio.

—Tenemos que salir ya, no podemos quedarnos aquí ni un minuto más, tengo que despedirme de Mercedes antes de que se vaya. —La angustia me volteó por dentro, le hablaba a Montpensier con una voz tan desabrida que me molestaba a mí misma.

—He ordenado que nuestro tren tenga preferencia de paso en todas las estaciones, así llegaremos a Madrid antes de lo que imaginas. —El padre de Mercedes tiene el rostro demudado, las noticias son alarmantes.

—Llegasteis a tiempo, al menos puedes vivir con esa tranquilidad, en aquel momento sentía pánico ante la posibilidad de que llegaras cuando Mercedes ya no pudiera despedirse de su madre. —Alfonso me miraba con ojos líquidos, a punto de llorar, vestía de casa, una sencilla chaqueta, unos zapatos cómodos, un pantalón ajustado a su figura, que no había perdido, no era alto pero lucía buena planta.

—Cuando me case ya no podré usar zapatos de tacón, me da vergüenza parecer más alta que el rey. —Mercedes era la ingenuidad hecha mujer.

—Cruzamos Madrid en coche, el pueblo se agolpaba en la plaza de Oriente, todos estaban pendientes de la salud de su reina, estuve a punto de llorar, pero tuve que contenerme, toda mi vida conteniendo las emociones. —Alfonso me escucha atentamente a pesar de que la historia no era nueva para él.

—Cuando vi a Ramona no tuve más remedio que abrazarme a ella, Ramona era más que un aya, más que la criada de Mercedes, aquella mujer la quería como una hija, el telegrama que me mandó cuando todavía estábamos en Eu me desgarró el corazón, entonces supe que lo peor estaba a punto de suceder. Dejé a Ramona y entré en la habitación. Allí estaba Mercedes, mi niña...

—Recuerdo tu grito, me estremeció por dentro, y eso que yo estaba en una nube espantosa de dolor, nunca he escuchado una voz más desgarradora. —Alfonso entrecierra los ojos, como si le doliera el grito que emití en aquel dormitorio.

—¡Como los otros, como los otros!

Montpensier me cogió entre sus brazos, Mercedes quería sonreír pero no podía.

—¡Como los otros, como los otros!

Cristina, mi pobre Cristina, se arrodilló junto al lecho donde su hermana agonizaba, reprimía su tos y lloraba sin descanso.

—Yo no podía soltar su mano. —Alfonso tose, saca su pañuelo rojo.

—Es hora de volver. —Me pongo rígida, vuelvo a mi papel de infanta en este teatro del mundo, me levanto.

La ceniza sigue cayendo. No es lluvia. Es un polvo líquido, húmedo, pegajoso. No hay salida posible. La maldición se instaló entre nosotros y sigue con su labor. Carcoma insaciable.

—No sabes cómo te agradezco tu visita, antes de irte quisiera decirte que yo...

—¡Cállate! —Me sorprende a mí misma, ¿quién soy yo para decirle al rey de España que se calle, por muy sobrino mío que sea?

Salimos al porche. El coche espera. En uno de esos raptos que definen su personalidad, Alfonso manda que venga otro coche.

—Déjame que te acompañe un tramo del recorrido, regresaré en el otro coche, así podré estar más tiempo contigo. —Alfonso sabe que yo sé lo que él está pensando, callamos para no herirnos, para no destrozarnos por dentro.

—Tienes que venir a Sevilla, te llevaremos a Sanlúcar, seguro que el sol y el mar te sientan bien —mentí con esa piedad que empleo ante los desvalidos, en ese momento Alfonso era más débil que los sevillanos acosados por el hambre y las riadas que tantas veces he socorrido.

Subimos al coche. Alfonso me cede el paso y me ayuda. Lo miro como sólo se puede mirar a un hijo. Nos sentamos. El látigo despierta a las nubes. Estalla en el plomo bajo del cielo. Empieza a llover con más fuerza.

—Ahora no me digas que me calle, ahora déjame que te diga lo que siento, las palabras oprimen mi pecho, no quiero hacerte daño, no quiero que llores, sé que eres mucho más sensible de lo que aparentas, sé que no querías que mi dolor se reprodujera cuando empecé a cortejar a Cristina, era lo más parecido a Mercedes que había en este mundo, tras su muerte perdí el sentido, disimulaba como podía, pero mi mente desvariaba. Cristina estaba enferma, ahora comprendo lo que pasaba, porque yo estoy pasando exactamente lo mismo que ella, esta maldita tos es un veneno que me mata por dentro. Quise casarme con Cristina pero la muerte se adelantó, tú no querías que yo fuera a San Telmo porque sabías lo que iba a suceder, siempre me has querido mucho más de lo que me he merecido, me has querido como una madre, yo sabía que mi tío me quería a su manera, me quería para influir sobre mí, para pedirme el Toisón para mi primo Antonio, para conspirar en la sombra, que siempre ha sido lo suyo, me pidió sutilmente que hiciera todo lo posible por alejar la sombra de la muerte de Prim y empeñé mi palabra, ese asunto se olvidó y ahora puede vivir tranquilo. Montpensier quiso ser el regente que me tutelara hasta que yo pudiera reinar, no se me escapaba nada, fundó el Partido Alfonsino y luego se retiró para influir desde fuera, pero no le guardo ningún tipo de rencor, todo lo contrario, sin embargo, lo tuyo es diferente, tú eres la madre con la que siempre soñé, y para colmo me enamoré perdidamente de tu hija, de mi prima Mercedes, de aquella niña que me rompió el corazón en Randan y me lo sigue rompiendo todos los días. Me da mucha pena de María Cristina, me casé con ella para cumplir con mi obligación de darle un heredero al trono, la quiero y la respeto, pero ella sabe que mi amor sigue encadenado

al recuerdo de Mercedes, me lo dijo una vez que me pilló embelesado, mirando su retrato, por eso me he ido de palacio, no quiero que sufra viéndome sufrir. Me ha dado dos hijas y está embarazada, quiera Dios que sea un varón, estoy a punto de entregarle mi alma a Dios, no me engaño y no quiero que te vayas a Sevilla sin despedirte de mí, aquí nadie nos verá llorar, aquí no somos esclavos de nuestra condición, este carruaje guardará nuestro secreto, la maldición que nos persigue no descansa, espero que Mercedes, Cristina y yo seamos los últimos, que mi hijo nazca sano y pueda reinar hasta el fin de sus días, sólo le pido eso a Dios, sólo eso y nada más que eso.

Alfonso ordena que se detenga el coche. Al fondo se ve, bajo la gasa cenicienta del aire y de la lluvia, el Palacio Real, los tejados de Madrid. El rey baja del coche después de darme ese abrazo que sigo llevando en mi pecho. Era 23 de noviembre. Día de San Clemente. El día que Fernando III conquistó Sevilla. Montpensier ya no porta la espada del Rey Santo en la procesión que se celebra en la Catedral de Sevilla. Mercedes quería que su primogénito se llamara Fernando, como el hermano que se le murió. Nada es como queremos. Regresé a Madrid en aquel coche, envuelta en un silencio que me sirvió para aislarme de este mundo. A los dos días de haberme despedido de él, España lloraba la muerte del rey. Mercedes murió dos días antes de cumplir dieciocho años. El amor de su vida entregó su alma a Dios tres días antes de cumplir los veintiocho. Yo estoy a punto de morir. No he podido celebrar mi cumpleaños como estaba previsto. La maldición nos persigue, implacable. Cuando me comunicaron la noticia que yo estaba esperando, se me vino a la memoria el cante que le escuché a aquel cantaor de Triana que decía verdades como puños, y que por eso mismo dolían tanto.

Como a un hijo lo quería,
y ahora que no lo tengo
lo quiero más todavía.

La segunda parte del artículo no la pudo escuchar aquella sirvienta fantasiosa y enamoradiza en la voz engolada del doctor Roquero. El autor le envió una copia a la infanta en cuanto terminó de corregirla. La recibió y se lo calló. Como tantas cosas se había callado a lo largo de su existencia. Con dificultad leyó aquella continuación del artículo del doctor Roquero que aparecería en el número de la Revista Médica que saldría el 15 de febrero. A partir de entonces lo leerían los discípulos de Susillo, su viuda en la lejanía de Málaga, Pedro Balgañón en la soledad de su piso deshabitado. El arzobispo, el juez y el inspector Cranio buscarían más claves para la condena o la absolución. Los místicos tendrían más temas para conversar en su rincón de El Rinconcillo.

La infanta ordenó que nadie la molestara. Abrió el sobre que le había enviado Roquero y empezó a descifrar el último texto que leería en su vida:

«Trece años de ver autopsias de suicidas me convencieron de que no podían considerarse, en vida sanos, los que desgraciadamente presentan lesiones en su cerebro y en otros órganos. Cuando veo ante mis ojos el cadáver de un suicida, siento el peso abrumador de las consideraciones sobre la fragilidad de la fábrica humana. Jamás se me ocurrió la mínima protesta contra el autor y víctima de tanta desdicha. La justificación de este hecho infortunado de todos los siglos, y muy principalmente del nuestro, no hay que buscarla en las oscuras discusiones sobre la existencia o no existencia de la libertad del hombre, sino en las páginas de los libros que se ocupan de su patología. No se entiende de ningún modo que Susillo padecía una verdadera locura, que se caracteriza por la inconsciencia de las impulsiones homicidas o suicidas, no, las impulsiones del asténico no quitan la conciencia, sino que sólo anulan la voluntad, después de varios accesos anteriores en los cuales aún ha podido salir vencedora.

»La muerte de su madre, que era su idolatría, y la de su hermana, también fallecida después de un cruel padecer de una afección de orden quirúrgico, influyeron muy desfavorablemente en el carácter apocado de Susillo.

»Cuando, hace dos años, lo encontré en Madrid almorzamos juntos, y entonces me contó su última pasión amorosa y sus proyectos de nuevo matrimonio. Le hice objeciones en contra, no por la elección de persona que me era y me ha sido completamente desconocida, sino porque la descripción de sus sentimientos amorosos me pareció verdaderamente patológica. No comprendía

aquella pasión en su edad, y la animación exagerada de su semblante, chocaba con la manera corriente de expresarse, que me era conocida. No me opuse en concreto, opuse mis objeciones en absoluto a ese matrimonio, como cualquier otro, en sus circunstancias entonces actuales. Sospeché la existencia de una pasión ruinosa por todo lo que le rodeaba en aquellos momentos.

»Supe luego que su amor había nacido súbitamente como amor de niño o de loco, y que antes de conocer ningún antecedente de la persona amada, la idea de este amor le perseguía como una verdadera obsesión. Temí por él, y en efecto, la desgracia ha confirmado aquellos sospechosos temores.

»Cambió de costumbres y de género de vida, la cual, de trabajadora y pacífica, tornose en vida de movimiento y agitación; vivía siempre viajando con una sola idea fija, una pasión extemporánea por lo fantástica y ruinosa, tanto financieramente, como ruinosa para su debilitada y avasalladora voluntad. Esta pasión y el género de vida que imponía, no podían menos que dar desastrosas consecuencias en su salud. Las impulsiones suicidas que anteriormente habían sido dominadas por el resto de voluntad que quedaba, tenían que ganar fácilmente terreno hasta conseguir por último la victoria.

»El público ha visto y deplorado el drama final, y ha creído a Susillo verdaderamente pobre, cuando la pobreza sólo existía en el apocamiento de su espíritu. Susillo no estaba apurado en realidad, ha dejado excedentes sesenta mil duros, y para resolver sus atrasos momentáneos tenía sobrado dinero en la caja de muchos amigos que se lo ofrecieron constantemente. Tenía razón D. José María Pereda, cuando en su linda carta expresa que Susillo se habría matado aun disponiendo de la fortuna de Rothschild. La víspera de su muerte, su amigo íntimo Tena le había abierto sus brazos y su caja.

»Pero pasemos al estudio de sus impulsiones suicidas. Fueron cuatro veces muy conocidas, una sospechada, de las cuales dos tuvieron lugar antes de su matrimonio, otras dos después.

»Susillo, pundonoroso y honrado, sintió lastimada su reputación por una calumnia, que tenía relación con sus amores, y contaba su disgusto a su amigo íntimo D. Pedro Balgañón; de repente, al ver pasar un tranvía intentó tirarse sobre los raíles. Su amigo Balgañón le sujetó, pasó el tranvía, y ambos cayeron al suelo unidos en estrecho abrazo. Esto tuvo lugar en Madrid en la calle de Serrano el mes de septiembre de 1894.

»Entre sus papeles se ha encontrado una carta, no enviada a su destino, fechada el 10 de septiembre de 1895 y dirigida a su íntimo D. Pedro Balgañón. Por esta carta se induce que cruzó por su mente otra nueva tentativa de suicidio, pero fue dominada aún por su voluntad. En dicha carta autoriza a su amigo Balgañón, para que se entienda con sus hermanos, le suplica arroje al fuego un paquete de cartas amorosas, que él no tiene valor para quemar, y al escribir el nombre de la persona amada, su mano tiembla convulsivamente, como lo indica la escritura; le ordena arreglar algunos asuntos e invita a su amigo para que tome en su estudio lo que más le guste, y lo guarde como recuerdo suyo. Se despide enviándole un abrazo estrechísimo, llamándole hermano, y firma. Esta carta no tiene sello de franqueo ni vestigio de que hubiese intentado inutilizarla. Indudablemente quedó completamente olvidada. Diez y nueve días más tarde se casa.

»Después... el paraíso terrenal sin reminiscencia del pecado... sueños encantados de romántico poeta, el amor en todo su esplendor sin remordimientos, sin dolores, legítimo,

expansivo, santificado y hermoso, el constante idilio, la esperanza de una vida dichosa, el olvido de las miserias terrestres... un día claro sin una sola nube.

»Las ideas de pobreza y de muerte quedan veladas y oscurecidas. Los rayos de la luna llena no iluminan en su cerebro más cuadros que los que pinta el amor. Esto no lo supongo yo; lo cuenta el pobre Antonio al amigo más íntimo, el que conocía todos los secretos y resortes de su alma. Este intervalo no lo ocupa la lucidez de una locura real y triste, no, es el periodo expansivo de descanso de un cerebro asténico en el que la débil voluntad no tuvo que luchar. Nada provoca el tema, la razón clara sin pesadumbre alguna, vuelve a imperar... La ilusión lo llena todo. Pero el placer, ese insidioso enemigo tan derrochador de fuerzas como el dolor, prepara el terreno para nueva caída.

»En el mes de febrero de 1896 un asunto financiero le obliga a descender del cielo a la tierra, se encuentra en contacto con la prosa y en pacífica conversación con su íntimo D. Pedro Balgañón, vuelve a sentirse pobre, arruinado y perseguido; cae dentro del malvado tema y monta el revólver para dispararle sobre su cabeza. Su amigo le desvía la mano y la bala atraviesa el ala del sombrero de éste último. Ésta es la tercera impulsión al suicidio.

»Llega la cuarta impulsión y sin tener ya voluntad hábil que le defienda, ni amigo que lo proteja contra sí mismo, el drama se realiza en las circunstancias que todos conocen, el 22 de Diciembre del pasado año. El vulgo, ese ente inclinado a lo maravilloso, que se complace en llenar de sombras fatídicas lo que no comprende, que eleva a muchos porque sí, y abate y calumnia también porque no, que no ve más que la apariencia de las cosas y no las cosas mismas, crea e inventa trozos de novelas de Montépin, donde no hay más que una página sangrienta y dolorosa del padecer humano.

»Susillo, con la razón clara para pensar, pero vencida su voluntad por la idea de la pobreza, su tema patológico, confiesa por su mano su obsesión y expresa su última disposición testamentaria a favor de su única heredera, y dedica su pensamiento de despedida al último ídolo de sus ensueños de amor... ¡A las puertas de la muerte, donde ya no hay valor para mentir ni disimular, en medio de la última ruina de su voluntad, aún conserva un resto para afirmar su pasión!

»Las ruinas que no son reales, los desengaños que no se prueban, las desilusiones que no se confirman, sólo pueden matar en esta forma al degenerado, al enfermo, al que lleva constantemente arrastrando la cuerda de atracción al seno de la muerte. Los incidentes, los episodios vulgares de la vida prosaica, obran como aceleradores de la velocidad en el camino que se ha de recorrer indefectiblemente.

»Yo presentí en nuestro malogrado artista la existencia de un proceso de vejez prematura en su primer periodo de astenia simple. Ya he dejado consignados muchos síntomas muy expresivos. Quise afirmar mi juicio, comprobar si había lesiones, y presencié su autopsia.

»No me podía resignar a que la memoria de hombre tan bueno, tan delicado y cariñoso amigo, quedase envuelta en la nebulosa de un drama misterioso y vulgar. Quería cerciorarme de su estado enfermo y me cercioré. Conteniendo los latidos tumultuosos de mi corazón, enjugando lágrimas y recordando que allí sólo podía estar el médico, presencié con serena apariencia su autopsia. No había en su cuerpo ninguna marca clara de degeneración en la piel. Representaba su cadáver lo

que representaba su persona, en su triste y apático semblante, más edad de la que realmente tenía. No era oportunidad, por la naturaleza del cadáver, de hacer delicadas observaciones antropométricas que adicionaran tal vez, algún nuevo dato. Tampoco lo necesitaba. Su historia clínica era suficiente.

»Su cráneo era duro, resistiendo al corte como el de un sexagenario y su textura tan compacta como en los de esta avanzada edad. Tenía también gran dilatación en los senos frontales. Yo recordaba entre sus padecimientos una cefalalgia que frecuentemente le atacaba bajo la forma de hemicránea derecha y empezaba en un punto fijo del parietal. Quise ver este punto y en él encontramos una gruesa placa de tejido condensado en las membranas cubiertas del cerebro y fuerte adhesión de estas membranas al cerebro. Esta placa, seguramente, tenía tanta antigüedad como la jaqueca intensísima que sufría por el menor motivo.

»Había, pues, una alteración anatómica que se encuentra en la mayor parte de las autopsias de hombres de avanzada edad. La masa cerebral estaba destrozada sobre la parte central del hemisferio izquierdo, sitio donde terminó el curso del proyectil desde su entrada por debajo de la barba. Su piel y sus vísceras estaban sobradamente engrasadas, incluso el corazón, presentando la grasa el color amarillo canario intenso de las infiltraciones de un anciano. Los demás órganos se encontraban en estado normal. No necesitaba ver más.

»De allí salí con dolorosas enseñanzas, mas con sobrado consuelo para mi espíritu. Había visto la autopsia de un pobre enfermo, tenía valor adquirido para defender su grato recuerdo contra la maledicencia vulgar.

»¡Desgraciado Susillo! ¡Descanse en paz! ¡Sea para todos su memoria tan limpia y pura como lo es para mí!

»Sevilla, 18 de enero de 1897».

CAPÍTULO 16

LA ÚLTIMA CONFESIÓN

Esta lucidez es la antesala, el zaguán, el último paréntesis antes de la muerte. La he vivido con mis hijos. Contigo fue distinto, Antonio. La luz caía de forma oblicua sobre el aire salino. Otra vez el presentimiento. Otra vez la punzada fría en el corazón encogido. No son metáforas. Es la realidad corporal. Estábamos en Sanlúcar y fuiste a Torrebrea. Era tu paraíso. El lugar donde te refugiabas para olvidarte de la vida.

—Voy a cazar, luego nos vemos a la hora de la cena. —Sonreíste sin ganas, como si esa noche que aún no había llegado no tuvieses apetito.

Tras la muerte de Mercedes llegó el duelo. Perdiste la capacidad de influencia que llegaste a tener sobre el pobre Alfonso. Casi se me muere en los brazos. Le pediste el toisón para Antonio, le escribías a Mercedes insinuándole asuntos en los que la mano de su esposo te podría servir de salvoconducto, de apoyo, de coartada. Recuerda que esa mano real apartó el peso de la muerte de Prim que caía sobre tus espaldas.

—Después de la muerte de Mercedes ya no sé qué castigo nos puede mandar el Señor —te lo dije en San Telmo, recuerdo que hacía frío, ese frío húmedo que nace del río y que empapa la médula de la ciudad de Sevilla.

—No metas a Dios en esto, no seas supersticiosa como la gente del pueblo, siempre mirando hacia arriba cuando se trata de resolver las cuestiones de aquí abajo. —Odiaba tu suficiencia, esa superioridad que demostrabas incluso en los momentos más incisivos de mi pena.

Habíamos llevado a Cristina a tomar las aguas, a respirar aire puro, a sanatorios y balnearios, habíamos recorrido media Europa procurando su salud, pero Cristina tosía, no dejaba nunca de toser, las noches se me hacían eternas, desde la cama escuchaba su tos aunque el silencio del palacio maldito me envolviera. Cristina fue la encargada de despertar a Mercedes el día de su boda, siempre estuvo al lado de su hermana. Cuando murió Mercedes, Cristina se hundió en una tristeza de la que no pudo salir. Ni siquiera el cortejo de Alfonso, que quería casarse con ella a pesar de la oposición de Cánovas y del resto de los políticos.

Fueron meses muy extraños. Estábamos sumidos en ese dolor del que no podíamos salir, y a la vez suspirábamos por esa nueva boda que traería de nuevo la alegría a la familia y al palacio

maldito. En tus ojos de conspirador vi un leve reflejo de las ansias que volvían a dominarte. Hasta nuestro capellán se dio cuenta. Por eso se dirigió a ti, sin nombrarte, en una de esas homilias que tanto te fastidiaban. Nunca entendí cómo podías llevarte la mano al reloj para indicarle que terminara con el sermón, que ya había consumido demasiado tiempo. Te lo consentían los oficiantes porque eras el dueño del palacio que albergaba la capilla de la Virgen del Buen Aire.

—Por muy poderoso que se crea el hombre, nunca llegará al poder de Dios. Todo será en vano. Todo será vanidad. Ya lo escribió san Pablo. Y lo repiten los hechos que acontecen cada día, aunque no reparamos en ello. —El capellán cortó el sermón aunque apenas llevaba unos minutos disertando, te llevaste la mano al reloj de una forma demasiado ostensible, te molestaron tanto sus palabras que me puse a investigar, la maldición que sufríamos tenía una explicación, y estaba ahí.

—Ha sido un sermón breve pero muy intenso, padre —empecé a indagar con ese disimulo que debe adornar a los investigadores.

—Muchas gracias, Alteza, es un honor para mí que mis torpes palabras hayan generado ese benéfico efecto en vuestro espíritu. —Su sonrisa trataba de endulzar el amargo trago al que lo sometiste.

—Me gustaría hablar con usted sobre ese asunto.

—¿Sobre la ambición desmedida de los que pretenden emular el Gran Poder de Dios?

—Más o menos —se lo dejé caer como quien suelta un naipe concreto para provocar la jugada del contrario.

Saliste de esa casa que tantas tardes de alegría nos dio, montaste en el coche y te perdiste por las calles de Sanlúcar en busca de Torrebreva. Me quedé sola. Te habías empeñado en levantar aquel palacete de rasgos orientales en lo alto del pueblo. Así lo dominarías todo con un golpe de vista, como tú decías. Ese afán por dominar a los demás lo heredaste con la sangre y el apellido. Los sanluqueños seguían tratándonos como antaño. No eran como los sevillanos, que se condecían con nuestras desgracias y se alegraban al mismo tiempo. Ya no éramos los duques que iban a salvar a Sevilla de su postración. Los republicanos nos odiaban, como ese profesor de la universidad que se llamaba Antonio Machado. Tú encarnabas lo peor del Antiguo Régimen y yo era la hija del rey felón.

—Abrígate bien, aunque haga sol estamos en febrero y en cuanto se nuble aparecerá ese frío que tanto daño te hace —te lo había dicho antes de que salieras, pero no me hiciste caso, ibas tan mal vestido como casi siempre, con unas botas que te estaban grandes, con unos pantalones que apenas se mantenían en tu cintura, la escopeta engrasada y los cartuchos preparados para cazar, para ser feliz durante el tiempo que empleabas en tu afición favorita.

—No te preocupes, Luisa, voy bien abrigado aunque no lo creas, antes de que el sol empiece a declinar estaré de vuelta y cenaremos tranquilamente, seguro que traigo algo apetitoso para echarlo en la cazuela. —Reíste para mí, desganado, con esas carcajadas que sonaban igual que los zapatos que llevabas en chanclos cuando paseabas por Sevilla con la levita arrugada, con el paraguas verde, caballero de la triste figura del que se burlaba el populacho cuando te llamaba loco a tus espaldas.

Cristina se apagaba como esa rosa que parece inmortal cuando se abre por la mañana, y que

por la tarde está mustia. No hay nada más triste que la muerte de un niño, de un adolescente, de una muchacha en flor. El palacio se ensañó con nosotros. Al año siguiente de la muerte de Mercedes tuve que encerrarme de nuevo con la agonía de una hija nacida de mis entrañas. La capilla me ahogaba. Los rezos me asfixiaban. No encontraba lo único que Dios me podía ofrecer: la serenidad ante la muerte, esa mezcla de bondad y esperanza que es el consuelo. Cristina se apagaba.

—No llores por mí, el Señor me acogerá en su seno y volveré con Mercedes, con Amalia, con Fernando, con todos...

La séptima hija que se me iba de este mundo. ¿Qué he hecho mal, Dios mío? A los diez meses de la muerte de Mercedes. Era el mes de abril, y Sevilla resplandecía. Eran los días de la Feria, con sus casetas y sus castañuelas, con sus pianos y sus cantes, con sus manos alzadas al aire, sus bailes y el olor de la manzanilla; la alegría en los rostros de los que extrañan ese sentimiento, y los músculos de la cara no responden al principio, se obstruyen porque no están acostumbrados a reír de esa manera, como me pasa a mí ahora mismo, como me pasó en los últimos veinte años de mi vida, o en los treinta, o quién sabe si a lo largo de toda mi existencia, porque siempre nos engañamos para no asumir que la vida es un abismo de lágrimas, un fracaso continuo, una ilusión que se desvanece cuando entra en contacto con la realidad de los días.

Aquella fue la Feria de Abril más triste de mi vida, de la ciudad, del mundo. Cristina se iba apagando mientras la ciudad se encendía como una pavesa que prefiere consumirse antes que permanecer eternamente apagada. Cristina se fue en medio de una luz que era la pura primavera que marcaba su edad. Dulce, cariñosa, buena como una lágrima o como un padrenuestro, purísima en los sentimientos que manaban de su inmaculado corazón. Alfonso volvió a sentir cómo la maldición se ensañaba con él. Se le murió su reina y al cabo de los diez meses perdió a la novia que se había echado para que le diera un heredero, un motivo para vivir, un pañuelo donde secar ese llanto que le nacía desde lo más profundo de su ser.

Nos quedamos solos, Antonio. Muy solos. Sobre todo, y sobre todos, yo. Me quedé demasiado sola. Isabel venía con sus hijos, nos encariñamos con los nietos, pero no era igual. Nuestro Antonio empezó a hacer de las suyas, era una bala perdida, como aquella que acabó con la vida de mi primo Enrique y con tus ilusiones por ser rey de España. Todo se derrumbó con la muerte de Cristina, si no estaba derrumbado ya. La maldición se alejó del palacio maldito y se fue a Madrid. Se instaló, como un zaratán, en el pecho de Alfonso para llevárselo también por delante.

—Voy a confesarle algo que no le he dicho a nadie, padre. Este palacio está maldito, y tengo que encontrar el lugar donde habita esa maldición.

—Perdone que sea tan franco con Su Alteza, pero eso suena a superchería. Dios está por encima de esas creencias banales.

—¿Estamos hablando del mismo Dios que se ha llevado a mis siete hijos? —Un silencio de piedra se instaló entre el capellán y mis labios.

—No intentéis interpretar los designios de Dios, porque son inescrutables. —El cura no sabía cómo salir del atolladero, estaba ante un callejón sin salida, el chocolate empezó a enfriarse, como las palabras que salían de mi boca.

—No interpreto nada. Rezo cada vez más, y vivo cada vez menos. No le he pedido la riqueza

ni el poder, sólo la salud de los míos, y no me la ha concedido. Usted tiene que ayudarme. A partir de mañana recorreremos el palacio hasta que demos con la tecla.

Tú no supiste nada de ese plan. Aquella mañana de febrero del año 90 —sigo siendo una pejiquera con las fechas, lo reconozco— te fuiste a cazar sin saber que la caza te daría alcance. Tú no sentías la misma pena que yo. A ti te consolaba la herencia de Galliera, la decisión de aquella duquesa que sirvió para ampliar tu patrimonio de una forma tan considerable como inesperada.

—Somos ricos, Luisa, inmensamente ricos, esta duquesa se ha empeñado en que yo herede sus posesiones porque su hijo es un poema, como decís por aquí, un auténtico mequetrefe que no quiere el dinero heredado, allá él.

—¿Y por qué nos lo deja todo a nosotros, o sea, a ti?

—Porque así se demuestra a sí misma, y al resto de la humanidad, que está emparentada con los Orleans.

—Habrá que ser tonta para llegar hasta ese punto. —No pude reprimirme, Montpensier rio compasivo, el dinero le hacía chiribitas en los ojos, no sería rey ni regente, pero a cambio volvería a ser rico como antes de emplear sus caudales en conspiraciones revolucionarias.

—No somos tan ricos como antes, sino mucho más. ¡Muchísimo más! —Parecía un niño o un prestamista, me daba pena por un lado y lo odiaba con todas mis fuerzas por el otro.

Siempre me pareció indecente tu alegría ante la llegada de aquellas fincas, de aquel palacio situado en la bella Italia, de aquel ducado que te convertía en uno de los hombres más ricos de España, tal vez también de Europa. Viajabas para representar a nuestro país hasta que murió Alfonso. Estuviste en Rusia, con el zar, con lo más granado de la aristocracia europea, conversando y conspirando —en ti era inevitable, como el veneno en el escorpión— con aquellos políticos que mandaban en las naciones más poderosas del continente.

Todo fue muy sencillo. Un grito me ahogó por dentro. No podía chillar. Pedí un coche, rápido. Me tomaban por loca. Era normal. El sol se perdió tras unas nubes demasiado negras para la hora del día. El carro empezó a dar vueltas por Torrebrevia. No escuchábamos disparos. Eso me alarmó. Me encontré con un ayudante del guarda. Su cara lo decía todo. Nos dirigimos corriendo a la choza del guarda. Allí estabas tú. El duque de Montpensier y de Galliera. El que fuera capitán general aunque no participara en ninguna batalla defendiendo la bandera de España. El preferido de Luis Felipe, rey de los franceses. Mal vestido, sudoroso y seco, con las manos frías y los ojos semicerrados.

—¡Antonio, Antonio! ¡Soy Luisa! ¡Dime algo, Antonio!

No volví a escuchar tu voz, tus erres como jotas deslizándose en tu acento de gabacho, tus ironías salpicando las conversaciones, tu discurso elaborado para ser el centro de atención de las cenas que ofrecíamos en palacio, tus maldades volterianas, tus órdenes implacables al servicio, la voz que pronunciaba combien a cada momento cuando entrabas en una tienda y preguntabas el precio de un marco de plata o de una alfombra, de un libro envejecido o de una lámpara que ya no podrá alumbrarte, porque has cerrado los ojos para siempre, esos ojos que se abrieron al mundo en Neully y en Randan, en Eu y en París, en las Tullerías y en el Palais Royal.

Esos ojos que se recrearon en los salones de Versalles se cierran en la mísera choza de un

guarda, como si estuviéramos viviendo la historia de Belén a la inversa, como si esto fuera la cura de humildad que nadie te dio en vida, porque nadie se atrevió a decírtelo a la cara aunque en cara te echaran tu afán por el engaño y la conspiración, algo que en cierto modo te elevaba sobre el común de los mortales, y eso fue lo que nunca te dijimos, que eras uno más, Antonio, uno más de los que van o vamos a morir. Te resistías a esa visión del hombre, y ahora soy yo quien lo ve todo claro, en esta lucidez que precede a la muerte y que va a servir para confesarme. Llamad al arzobispo, quiero confesar otra vez, quiero que el santo de Spínola escuche cuál ha sido el pecado que ha manchado mi vida y que ha provocado la muerte de mis siete hijos, decidle que venga cuanto antes, ¡confesión, quiero confesar!

Podría haber buscado a un buen escritor, a una confidente como Cecilia Böhl de Faber, mi entrañable amiga Cecilia, alguien que tomara notas mientras yo le contaba mi vida con pelos y señales, con fechas concretas y escenas narradas con el más mínimo detalle, apoyándome en las cartas, en los documentos que sí guardamos y que no están en Randan, podría haberlo planificado todo con ese esmero que me caracteriza, o eso es lo que dicen de mí, que soy metódica para mis cosas, tal vez demasiado cuadrículada, pero no lo he hecho, he dejado que pasaran los días y que se estancaran las noches, con la luz del sol vivía mi tiempo, durante las largas noches de invierno hablaba con los que se habían ido, salía a los jardines y contemplaba a mis niños jugando al corro, enlazados por las manos, sin imaginar el frío que debe guardar una mano muerta, los veía cuidando las plantas que les animaba a sembrar su padre, hablaba con ellos, les preguntaba qué habían hecho durante el día, cómo llevaban sus estudios, Amalia siempre estaba sonriente, Cristina no tosía, Mercedes seguía siendo la Reina y caminaba del brazo de su amado Alfonso, para Regla siempre era verano y siempre era Sanlúcar, Felipe se había quedado en esa niñez tierna, en ese periodo de la vida que es tan hermoso como el aprendizaje de una palabra, Fernando estudiaba con el sueño en el horizonte del mar, y el pequeño Luis escuchaba la música celestial sin sufrir ningún dolor.

Podría haber escrito mis memorias para dejar una crónica fiel de mi paso por este mundo, para reivindicar la figura histórica de Antonio de Orleans, para que sus enemigos no mancharan su paso por este mundo con las injurias y las calumnias que le arrojaron durante su vida, se lo digo cada noche cuando me reúno con él y echamos un rato de charla, siempre hay una chimenea encendida, siempre hay un plan para hacernos con una Corona o con una regencia, siempre hay papeles por allí cerca, facturas y albaranes, cobros pendientes y pagos que se han realizado con esa puntualidad que lo adornaba, hablamos de nuestra vida, de lo que hicimos y del daño que nos hicieron, de nuestros errores y del acierto que fue casarnos, porque a pesar de todo estábamos hechos el uno para el otro, no concibo una vida sin Montpensier, desde que murió sigo viviendo con él, han pasado casi siete años y no lo he echado de menos porque sé que está ahí abajo, en el patio que da a la capilla, con sus zapatos viejos y gastados, escucho el ruido de esos chanclos, y veo en la oscuridad su paraguas absurdo, camina por las entrañas del palacio, sé que está buscando el lugar donde alguien cifró la maldición que nos persigue, él quiso llenarlo de figuras históricas para darle prestigio, como se hacía en Francia, pero esos próceres esculpidos en medallones están ahí para algo más que eso, su función es espantar la maldición, algo que no han podido hacer, algo que Montpensier tampoco llevará a cabo, porque no sabe que la maldición no

está en esos patios ni en esas galerías, en esa escalera suntuosa ni en esa capilla donde ya no puedo refugiarme para rezar, la maldición está en la frontera que traspasamos aquel día lluvioso, sin saber que el Señor nos lo estaba advirtiendo, que ponía de relieve el peligro que estábamos corriendo, éramos unos muchachos todavía, yo llevaba en el seno a Isabel, pasamos junto a la maldición y no la vimos, la maldición que sostiene este palacio como si fuera una columna arrugada por el peso de su maleficio.

Podría haberlo escrito todo, pero entonces estaríamos leyendo un libro de historia, y no estas memorias que se irán conmigo, que desaparecerán cuando mi mente deje de alumbrar el pasado, el momento en que decidí encargarle a aquel escultor las estatuas de los personajes históricos que coronarían la balaustrada. Cuando compramos el palacio ya estaba más que levantada la fachada principal, le añadimos el escudo de nuestras armas y un reloj que iría marcando nuestras desgracias, pero esa puerta estaba muda, la fachada norte no decía nada, entre los dos torreones sólo estaba el hueco del portal y la balaustrada muda que cerraba el espacio superior, faltaba algo, Montpensier me lo había dicho más de una vez, ya estaba muerto pero seguía hablando conmigo, entre los dos decidimos los personajes que ocuparían ese espacio, las efigies que le encargáramos al escultor, le pareció bien el encargo, aunque me dijo que según su punto de vista faltaba alguien, un poeta que había escrito los versos más certeros de nuestra lengua, él siempre quiso ser el Bécquer de la escultura, diseñó el monumento que iba a levantarse en la ciudad para homenajear al autor de las Rimas, pero los académicos se lo echaron para atrás, como también le negaron la licencia para que pudiera elevarme en una columna monumental que habría immortalizado mi efigie, me enseñó los planos, me explicó la idea y el boceto, ahí aparecía la infanta María Luisa Fernanda como una heroína romántica o romanesca, pero no pudo ser, no esculpió a Bécquer ni me modeló a mí, al final se quedó con la actitud desafiante de Velázquez, el pintor que se había puesto de moda en París, nos lo dijo Manet cuando estuvimos allí por última vez, el escultor también había estudiado en París y me lo recalcó aquí en San Telmo, Velázquez era el ídolo de esos pintores que habían surgido en la capital de Francia, se burlaban de ellos y los llamaban impresionistas porque se dedicaban a pintar las impresiones que recibimos cuando vemos algo, la luz y los colores, yo no entiendo mucho de pintura, por eso le pregunto a Montpensier por las noches, y me dice que ese tipo de pintura no encaja en nuestro país, y menos aún en Sevilla, que aquí nos gustan los casacones, los majos y los toreros, Velázquez estaría acompañado por Murillo, otro de los grandes pintores que ha dado esta ciudad, Murillo es la ternura que puede vencer a la miseria, yo he vivido ese ideal en mis propias carnes, cuando íbamos a llevarles comida y mantas a los que se quedaban sin nada por culpa de las riadas estábamos posando, sin saberlo, para Murillo, aunque el artista ya estuviera más que muerto, como muerto estaba Montañez, así lo rotuló el escultor, yo creía que era Montañés, que se trataba de un apodo, pero por lo visto era su apellido, aparece su figura sosteniendo en sus brazos otra escultura, el rostro del Señor del Gran Poder, ese Cristo al que le rezan todos los pobres de la ciudad, como sostiene en sus brazos a un pobre Miguel de Mañara, un santo varón que debería subir no sólo a la balaustrada de San Telmo, sino a los altares, algo que no le sucederá a Benito Arias Montano, lo incluí con reparos, me lo aconsejaron por haber sido el consejero y el confesor de Felipe II, pero algún clérigo bien informado me dijo que leía y traducía la Biblia en demasía, y

que había tenido problemas por ello, del resto de personajes no me acuerdo ahora, si esto fuera un libro no habría problema alguno, se consultaba o se salía a la calle y se tomaba notas de los nombres que están esculpidos bajo las efigies, pero esto no es un libro, y mucho menos unos anales, esto no es más que mi memoria, que fluye lentamente hasta el mar donde se confundirá con el océano infinito e invisible de la muerte.

He pedido confesión y al final han podido traer a don Marcelo, este arzobispo es otro santo, como Mañara, no sé por qué no le han colocado todavía el capelo, debería ser cardenal por ocupar esta sede y por la bondad que lo alumbra, está obsesionado por socorrer a los pobres, me ha preguntado cómo estoy y me ha escuchado tranquilamente, esta lucidez postrera me viene muy bien porque voy a desvelarle y a confesarle el gran pecado que he cometido en mi vida, el que nunca me perdonaré, pero entonces me ha interrumpido con su voz dulce y fraternal, me ha llevado de la mano hasta la orilla del mar, hasta Sanlúcar, y allí nos hemos embarcado rumbo a América, el viaje ha durado lo que dura una frase, hemos visto los cielos incendiados y el mar embravecido como un toro que busca la orilla para convertir su bravura en la embestida de la marea, hemos llegado a una costa que se abría como si el río que allí desemboca fuera otro mar, hemos entrado por esa lengua de agua y al final hemos desembarcado en un puerto donde no había nadie, sólo niebla y huellas de pisadas que nos esperaban para que pudiéramos seguirlos, hemos subido por senderos escarpados, la tierra desaparecía y se convertía en piedra, nos guiaba un río que saltaba sobre sí mismo en el ruido de las cataratas, miedo, he sentido pavor, y vértigo, hemos visto a un misionero crucificado, arrojado a las aguas de una cascada que se lo ha tragado después de que el agua lo acompañara, en caída libre, durante un tiempo que se me hizo eterno, Spínola me agarró la mano con fuerza, no te preocupes, no temas, estamos llegando a nuestro destino, seguíamos subiendo por una pendiente imposible sin dejar nunca el vértigo del río que nos acompañaba, de pronto se escuchó un ruido confuso y metálico, nos apartamos rápidamente, no sé dónde pudimos refugiarnos, porque la maleza de aquella selva vertical lo ocupaba todo, un bulto deforme caía con estrépito, era como una red cargada de cachivaches, al final apareció el hombre que la llevaba sobre sus hombros, y que caía sin emitir ni un solo grito, ni una sola queja, muy cerca de donde nosotros estábamos, unos seis o siete metros bajo el lugar que ocupábamos, el hombre pudo agarrarse a unas raíces que sobresalían y se repuso como pudo, sudaba y sangraba, no nos miró, no nos dijo nada, su único afán era subir y subir, entonces apareció una figura infantil, como si fuera un ángel moreno bajó un niño, sonreía levemente, iba desnudo y llevaba un cuchillo en la mano, el filo brillaba, el sol jugaba con la cascada al arcoíris, el niño siguió bajando hasta que llegó a la altura del hombre que subía, se acercó a él y le puso el cuchillo en el cuello, yo le pregunté a Spínola por qué no hacíamos nada, por qué íbamos a permitir que ese pequeño nativo matara a aquel hombre, no te preocupes, ese hombre es un misionero que quiere subir con ese fardo, y que nunca podrá llegar arriba con esa carga tan pesada, el niño empezó a mover el cuchillo, el misionero se dejaba hacer, iba a cortarle el cuello delante de nosotros, y nosotros no podíamos hacer nada, estábamos en ese minúsculo escalón que formaba la piedra con el puñadito de tierra al que se agarraba el mismo árbol al que nosotros nos agarrábamos, el niño seguía moviendo el cuchillo, el misionero no se inmutaba, de pronto escuchamos el ruido, ensordecedor, miré hacia abajo y vi cómo el fardo se perdía en la hondura, cómo sonaba todo ese metal

enredado en las piedras húmedas, el misionero siguió al niño, los dos subieron a la explanada donde crecía una hierba como recién estrenada, allí el cielo parecía más ancho, a unos cien metros se recortaba el cañizo de los tejados, ahora voy a explicarte por qué te he traído aquí, a ti te pasa lo mismo que a ese misionero, no eres capaz de romper las amarras que te ligan con tu pasado, ese misionero ha llegado desde Europa, es el hijo de una familia noble, pero ha pecado, no ha sido fiel al destino que la vida le tenía reservado, se ha arrepentido y ha venido para que Dios lo perdone, pero antes tiene que perdonarse a sí mismo, antes de predicar en esta misión tiene que dejarlo todo atrás, y eso es lo que ha hecho ese niño, le ha roto las amarras que lo mantenían anclado, inmóvil, ese peso de los cachivaches ha caído por el precipicio del arrepentimiento, ese niño puro y desnudo es la imagen del perdón, esta historia que estás escuchando en tu lecho de muerte ha sucedido de verdad, Alteza, no me la estoy inventando, Su Alteza podría comprobarlo si llamara a un historiador de las misiones que se establecieron allí donde más falta hacía, en las selvas a las que no llegaron los evangelizadores de América, allí donde tuvieron que actuar los jesuitas porque nadie quería enfrentarse con aquellos indios que podían crucificarlos y arrojarlos por una cascada, aquel misionero consiguió que el niño lo liberase de ese pesado fardo que Vuestra Alteza lleva con tanta dignidad como arrepentimiento, y que ahora mismo Dios os perdonará, porque así entraréis limpia de pecado en el cielo, lo decía con una ternura y con una convicción que provocaron mi llanto, aquel niño de la historia se fue repitiendo en mi mente, ahora eran siete, los siete hijos que me estaban esperando en el umbral del misterio, ellos se afanaban por cortar el fardo de mis pecados, pero antes tenía que enfrentarme con la verdad que no le dije a nadie, antes tenía que confesarme el juez más implacable que existe: mi propia conciencia.

—Me han traído un poco de caldo, Cecilia.

—Tómelo, doña Luisa, le vendrá bien.

—¿Usted cree? ¿A estas horas? ¿Cuando ya tengo un pie en el estribo?

—Eso nunca se sabe, Alteza. No adelante acontecimientos. Aquí la estamos esperando, pero nadie quiere verla antes de que suene su hora.

—Estaba confesando con don Marcelo Spínola, es una pena que no lo haya conocido usted.

—Aquí nos conocemos todos, Alteza, esto se parece mucho a la ciudad que nos unió...

—Veo que no pierde ese humor tan tierno, Cecilia. Estaba confesando con don Marcelo, pero hay algo que no podría contarle a ningún hombre, ni siquiera a este santo varón. Por eso la he buscado. Seré breve. El arzobispo espera mi confesión definitiva. He pedido el caldo para aprovechar la pausa. Así, mientras mojo mis labios en el líquido caliente que sabe a puerros y a gallina, a zanahoria y a apio, le confieso algo que no tengo por qué decírselo al confesor. Si fuera pecado, no dude usted que lo haría. Pero no lo es. Tal vez sea todo lo contrario.

—Me tiene en ascuas, Alteza, aunque ese dicho popular sería más apropiado para el infierno del que gracias a Dios me he librado.

—Usted siempre con sus dichos y refranes, como los que recogía en sus libros y en sus novelas. De esto mismo quisiera hablarle antes de irme de aquí. No he sido el personaje de ninguna novela. Con mi vida no podría escribirse ningún relato apasionado. No he sido una mujer de mi tiempo, y no me arrepiento de ello. Todo lo contrario. Si la vanidad no fuera un pecado, me

enorgullecería. Usted fue la culpable, benévolamente culpable pero culpable al fin y al cabo, de que mi mente empezara a volar por las vidas ajenas y enajenadas de las heroínas literarias de nuestro tiempo. Usted me dio a leer, a escondidas, las novelas que contaban la vida de aquella francesa desequilibrada que se casó con el pobre Bovary. Usted me recomendó que leyera las peripecias atormentadas de Anna Karenina, aquella mujer fatal que se arrojó a los raíles de su desquiciada muerte. Y usted me trajo en secreto la novela que discurre en Vetusta, una ciudad que en lo interior se parece demasiado a Sevilla. Pude haber sido la Regenta de España, pero no lo fui. En ninguno de los sentidos. No he sido Madame Bovary porque no he engañado a monsieur Montpensier con ningún galán, ni he escrito cartas ardientes, ni me he escapado del palacio para encontrarme con ningún militar apuesto como Vronsky, el amante de Karenina...

—Los militares apuestos le gustaban a otra regia señora, Alteza...

—¡Cecilia! No me puedo creer que en el cielo siga usted con sus maldades... Terminaré pronto, que el confesor espera y la parca está afilando sus tijeras, desde aquí escucho el sonido metálico, inconfundible. Gracias a Dios no me he encontrado jamás con ningún magistral que se hubiera enamorado de mí. Confieso que me he mirado desnuda en el espejo tras salir del baño, como hacía Ana Ozores, y que la finura de mi talle esbelto me ha traído a la mente imágenes indecentes que alejaba inmediatamente con la oportuna invocación a los santos que me protegían. Fermín de Pas no ha estado nunca en ningún confesionario, y eso me ha permitido vivir al margen de ese tormento carnal que sigue al gozo de los sentidos. Tampoco me ha buscado ningún Álvaro Mesía, ningún conquistador vano y caprichoso que quisiera incluirme en su galería de trofeos. Mi esposo se batió una vez, pero la cuestión de honor nada tenía que ver con mi honra.

—En eso tiene usted toda la razón, Alteza.

—Sólo me identifico con un personaje novelesco. Uno que salió de su pluma. Pedro, el padre de Marisalada. El padre de esa muchacha entrañable que le da nombre a su mejor novela. La Gaviota...

—Ya sé por qué se identifica usted con Pedro, no me hace falta que me lo diga, lo intuí en una de nuestras conversaciones en San Telmo, en su gabinete amarillo, aquel día sus ojos estaban tristes, estuvimos hablando de Marisalada y de su padre, aquel pobre hombre que había enterrado a cinco hijos.

—Ésa ha sido la clave de mi vida, Cecilia. Ni Bovary, ni Karenina, ni la Regenta. Mi historia no tiene nada que ver con el engaño del placer, sino con la verdad del tormento.

—No insista, doña Luisa. El tiempo se os acaba. Usted no conoce todavía esa dimensión. Vivir sin tiempo. No se atormente ahora. Piense en sus hijos, que la esperan. Y piense en su conciencia, que está limpia, inmaculada.

—En ese aspecto sí lo está. En el otro, no. Por eso necesito confesar. El caldo se enfría, como mi cuerpo. Nos veremos pronto, Cecilia.

—Antes de lo que piensa usted, doña Luisa.

Tenía razón una vez más la escritora, el tiempo se iba deshaciendo, es imposible explicarlo, todo empezó a suceder de una forma muy rápida, no, rápida no es la palabra, ligera, eso es, la vida se aligeró, se volvió más leve, don Marcelo esperaba mi confesión, me había tomado el caldo mientras hablaba con Cecilia, voy a confesar el pecado que me atormenta y que ha marcado

mi vida, sine labe concepta, padre, me acuso de no haber escuchado las advertencias del Señor, he convertido mi vida, ese gran regalo de Dios, en una lucha incansable por el poder, he sido cómplice de los peores crímenes y de las más abyectas conspiraciones, he aprobado que se dedicaran grandes sumas de dinero a comprar voluntades en lugar de invertir las en el socorro de los pobres, durante muchos años he creído que Dios lo permitía, pero antes de caer enferma he descubierto que el Señor marcó las puertas de este palacio con un mandamiento que no he cumplido, no crea que estoy delirando, voy a desvelarle el secreto a voces que Dios me confió, voy a ponerle de relieve dónde se adivina la maldición de los Montpensier, la maldición que se ha llevado por delante a mis hijos, la que nos ha impulsado a persistir en el error y en el pecado, cuando sus manos me den la absolución, no salga de aquí por la puerta de los coches, la que está coronada por las estatuas de otra víctima de la maldición, porque el pobre de Antonio Susillo, al que le encargué esa obra, murió por su propia mano como usted bien sabe por culpa de la maldición que hemos compartido con los que se han acercado a nosotros o al palacio, incluido el poeta de las Rimas, y junto a Bécquer el pobre de Alfonso, el rey que se enamoró de Mercedes y que se obstinó en seguir la senda maldita para casarse con Cristina, salga del palacio maldito por la puerta principal, no eleve la mirada hacia la hornacina de aire que acoge a san Telmo, quédense en lo más terrenal, en las bases de las seis columnas, en esos relieves que vistos desde lejos parecen arrugas de la piedra provocadas por la pesantez de la fachada, esos guerreros que ahí aparecen no son más que la representación de un pasaje del Nuevo Testamento, ahora hágame caso, abra el cajón superior de esta mesita de noche, no tenga miedo, no tiene llave, ábralo, así, coja la Biblia que está dentro, no puede confundirse porque es lo único que hay, no hace falta que lo busque, está señalado con el hilo, está subrayado por mi mano temblorosa, me atreví a subrayarlo como si así estuviera remarcando mi pecado, léalo, o mejor lo leo yo, no hace falta que tenga el texto delante, se ha clavado en mi memoria, estuve durante un año buscando a alguien que pudiera darme esta clave, fue un estudioso del arte y de las Sagradas Escrituras, un clérigo que cambió la brillante carrera que llevaba en la corte por una parroquia en un pueblo perdido de la sierra de Aracena, me pidió que lo llamara Benito, nunca me dijo su nombre, al ver esos guerreros se quedó pensativo y me soltó el pasaje de la Carta de san Pablo a los Efesios sin detenerse, marcando las pausas como si lo tuviera delante de los ojos, estaba leyendo la piedra y estaba leyendo mi propia vida, por eso voy a legar este palacio a la Iglesia, usted es un santo aunque lo niegue o no lo sepa, este palacio no puede pertenecer a mis hijos, heredarían la maldición y eso es lo último que quiero, no les he dicho nada, usted tampoco podrá desvelarlo porque el secreto de confesión me ampara, intuyo que ya lo ha leído, ahora podrá comprobar que esas palabras están grabadas a fuego en la memoria que dentro de unas horas se apagará, dice así: «Revestíos de la armadura de Dios, para que podáis resistir las tentaciones del diablo, porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos que andan por los aires, por esto recibid la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y ser perfectos en todo, estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad y revestidos con la coraza de la justicia y teniendo calzados los pies, prontos para anunciar el Evangelio de la paz, empuñad en todas las ocasiones el escudo de la fe, con el cual podáis inutilizar los dardos enemigos del Maligno, tomad el yelmo de

la salud y la palabra del Espíritu que es la palabra de Dios...».

Ya he soltado el fardo, ya me siento libre, el agua clara de la confesión me ha limpiado por dentro, fuimos como los Magos, que encontraron la Verdad pero no creyeron, compramos un palacio que no estaba maldito, porque los malditos éramos nosotros, ahora lo comprendo, siempre es demasiado tarde, el tiempo nos atenaza y nos impide arrepentirnos, me lo ha dicho Cecilia desde la otra orilla, ¿la otra?, es la que tengo más cerca, a mi alrededor escucho los rezos, el rosario como una cascada sorda que no deja de caer, ha llegado el momento de las letanías, como aquella tarde en que me comunicaron la noticia de la muerte de Susillo, el último zarpazo de la maldición, la última oportunidad que Dios me dio para salvar la vida eterna de un hombre, el Señor es infinitamente generoso, aunque nosotros no seamos capaces de verlo así, quien piense que morir es una carga, se equivoca, ahora todo es ligero como el pétalo de una flor, ahora florecen los jardines, Rosa mystica, ora pro nobis, veo a los niños entre las plantas y las flores, son míos aunque pertenezcan a otro tiempo, Turrís davidica, ora pro nobis, desde la altura veo sus siluetas, sus madres llevándolos de la mano, dicen mi nombre cuando quieren ir al parque donde juegan y ríen, María Luisa, y ese nombre huele a madreSelva, a jazmín, a dama de noche, a azahar de marzo y abril, Turrís eburnea, ora pro nobis, la torre se ha vuelto negra, eso quiere decir que es de noche, desde aquí no puedo verla, pero la lenta letanía me lleva hasta la Turrís Fortissima, la Giralda que empieza a brillar en mis ojos apagados, Domus aurea, ora pro nobis, sí, todo es de oro, pero no del vil metal que perseguíamos por culpa del pecado que ya no existe, es un oro de luz poniente, oro de arena y de Sanlúcar, Fœderis arca, ora pro nobis, Ianua cœli, ora pro nobis, Stella matutina, está amaneciendo, puedo verlo aunque no haya salido el sol, Salus infirmorum, están sanos, me sonrían, me esperan, están ahí, me llaman y no tengo más remedio que llorar de emoción, Refugium peccatorum, hemos llegado al lugar donde el mal no existe, estoy con ellos, me abrazan, me acogen, Consolatrix afflictrum, ora pro nobis, ya no tenéis que rezar por mí, estoy con ellos, estoy con él, y estoy con Dios, la forma más perfecta del consuelo.



FRANCISCO ROBLES RODRÍGUEZ (Sevilla 1963) escritor y periodista sevillano. Es licenciado en Filología Hispánica en la Universidad de Sevilla. Es director de la revista El libro andaluz (Asociación de Editores de Andalucía). Colabora en prensa, radio y televisión. En Sevilla TV dirige el programa Ojos que nos ven y colabora en Herrera en la Onda de Onda Cero.

A partir de 1997 ha publicado mas de una docena de libros, Tontos de capirote 1997, La feria de las vanidades 1998, Las letras del cante 1998, El fútbol es algo más... que veintidós individuos corriendo detrás de una pelota 1999, Cernuda para jóvenes 2003, Monipodio 2004, Poesía eres tú: Bécquer, el poeta y su leyenda 2004, Mester de progresía: Teoría y praxis del progre ibérico o como quedarse con el personal 2005, Historia de Sevilla 2006, Semana Santa: antología literaria 2006, Compilación de artículos de ciencias sociales 2008, Hijos de la Logse: claves para entender y superar el fracaso educativo 2008 y Trío de capilla 2008.